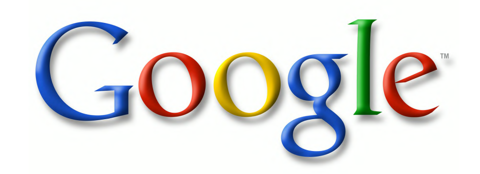
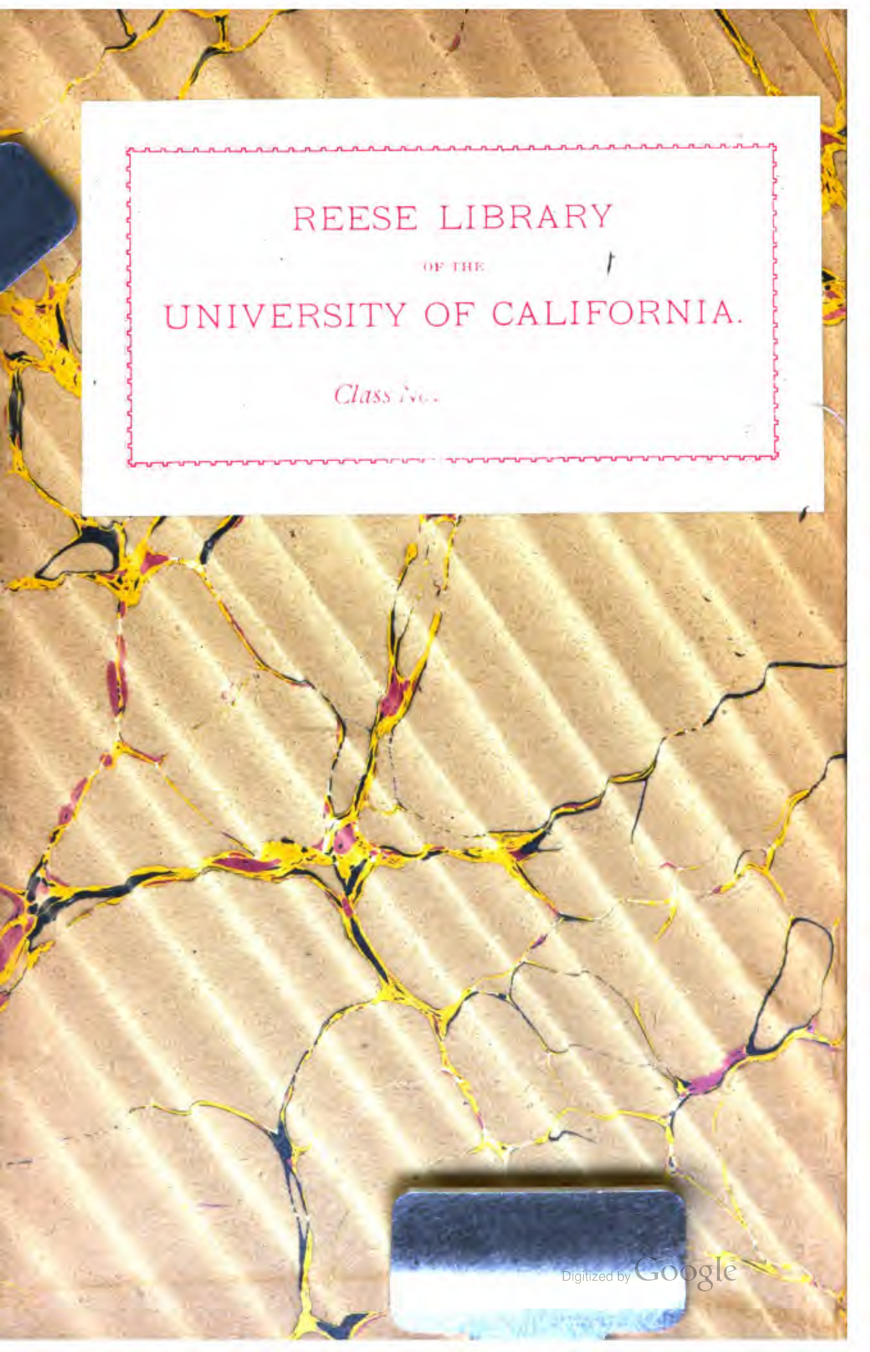
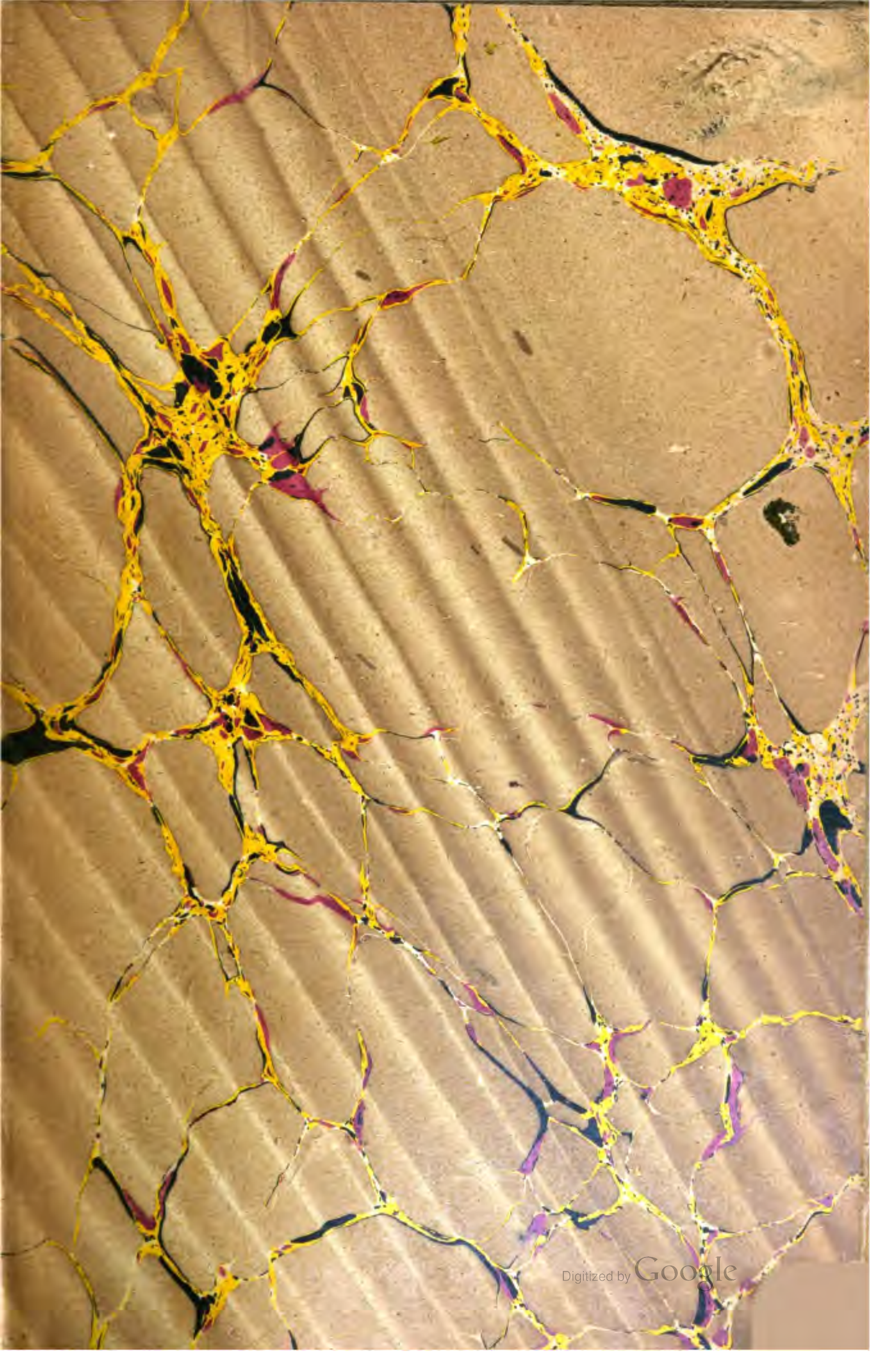





REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class No.
Digitized by Google



HISTORIA

DE

LOS MUSULMANES ESPAÑOLES,

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

Comendador de la órden de Carlos III, académico corresponsal de la de Historia de Madrid, sòcio extrangero de la Sociedad Asiática de Paris, profesor de historia en la Universidad de Leiden.

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

Ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

SEVILLA.
Administracion de la Biblioteca Científico-Literaria, Moro 12.

MADRID.
Libreria de Victoriano Suarez. Jacometrezo, 72.

1878.



HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA

POR LOS ALMORAVIDES.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta obra, que ahora se traduce al castellano por primera vez, há tiempo que goza entre nosotros de grande y merecida celebridad.

Fruto de un trabajo de veinte años, durante los que su autor ha consultado todos los manuscritos relativos á la Historia de los Arabes que se conservan en Europa, es de aquellas que están llamadas á formar época en este género de estudios, hoy es considerada justamente como la mejor y lo será siempre como una de las clásicas en esta materia.

Hasta ahora, por lo menos, solo en ella

encontramos una esplicacion satisfactoria de esta maravillosa aventura de siete siglos, que comienza con la derrota de don Rodrigo en Wadi-Becca y termina cuando el conde de Tendilla tremola los estandartes castellanos en las torres de la Alhambra.

Unas hordas semi-salvajes, casi desconocidas á los historiadores clásicos que arrastraban penosamente su oscura existencia en las tristes soledades de la Arabia, inflamándose á la voz de un pobre camellero, cuyas estravagantes revelaciones no escitan al principio mas que la sonrisa ó el sarcasmo de aquel pueblo escéptico, conquistando á su nombre aquel Oriente, barquera infranqueable del poder romano, sometiendo á aquella Africa jamás sometida y haciéndose dueños en un dia de esta nuestra España, tierra en que se marchitan los láuros de todos los conquistadores, y que á despecho de las leyes mismas de la vida, habia balanceado durante siglos el poder incontrastable de la Ciudad Eterna; una

gente semi-bárbara, despreciadora de la agricultura, de la industria y del comercio, que estimaba profesiones indignas del hombre libre, cuya antigua ignorancia y cuyo nuevo fanatismo, le lleva á odiar los tesoros del saber acumulados por el trabajo de todos los génios, plantando esos incomparables jardines que se llaman las huertas de Valencia, de Orihuela, de Murcia y de Alicante, esas vegas de Córdoba, de Sevilla y de Granada que parecen soñados paraisos, y esos poéticos cármenes en que florecen plantas exóticas suspendidas del azul de los cielos, cubriendo el Mediterráneo con las blancas velas de sus naves cargadas con los ricos tegidos de algodon, de lana de sederías y de brocado que labran en Córdoba, en Sevilla, en Almería y en Granada millares de telares, edificando esa mezquita de Córdoba, esa Giralda de Sevilla, esa Alhambra de Granada que los ojos no se sacian de contemplar, enseñándo á la asombrada Europa ese tan sábio como sencillo sistema de notacion aritmé-

tica que aprendieron de los indios, y á que el mundo agradecido ha bautizado con el nombre de numeracion arábiga, inventando ó adelantando el Algebra y la Trigonometría, descubriendo en los cielos astros que habian escapado á las miradas de Hiparco y Tolomeo y en la tierra plantas salutíferas desconocidas á Aristóteles, Teofrasto, Hipócrates y Galeno, haciendo resonar en nuevas liras cantos hasta entónces no escuchados, creando la Química y penetrando más allá de lo visible en ese mundo de las etérnas esencias, en cuya diamantina red están tejidos la Naturaleza y el Espíritu, que el sevillano Tofail y el cordobés Ibn-Rosch enseñan á Alberto el Grande, Santo Tomás y Escoto, y luego, cuando han llegado á domar la oposicion de los vencidos, cuando la inquieta aristocracia árabe ha sido refrenada por la fuerte mano del poder real, cuando han conseguido levantar un imperio tan poderoso que los Emperadores de Oriente y de Occidente para captarse su amistad le

envian presentes y embajadas, tan rico, que por el capricho de una favorita hace aparecer como por arte májico, aquella poética Zahara en cuyos jardines corrian fuentes de buyente azogue y cuyas maravillas nos parecerían el sueño de un poeta á no atestiguar unánimes su existencia escritos y ruinas, tan ilustrado que sus sábios dirigen la cultura del mundo durante siglos, y nos asombra con el número de sus literatos y de sus academias, y lo rico de sus bibliotecas, cuando acaba de producir á su mayor guerrero aquel incomparable Almanzor, el debelador de Búrgos, de Leon y de Barcelona, el que hace conducir en hombros de cautivos las campanas de Santiago para fabricar con ellas lámparas que alumbren la mezquita cordobesa, entónces, en el apogeo al parecer de su pujanza, cuando apenas el héroe acababa de ser enterrado en el polvo de sus victorias, el califato se disuelve y unos pocos de aquellos vencidos en un dia que se habian refugiado en las montañas asturianas donde, al principio, ajenos á toda

policía, vivian como fieras, persiguiéndolos de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, acaban por obligarles á abandonar hasta el último aquella tierra enriquecida con su sudor que sus enemigos prefieren ver yerma y deshabitada, á dejar que les preste aquel asilo que piadosa no niega ni al esclavo; cosas son que mas parecen uno de esos cuentos de encantamento con que las nodrizas se complacen en suspender la inquieta atencion del niño, llevándola de asombro en asombro y de maravilla en maravilla, que sucesos cuya verdad la Historia ha comprobado con los delicados reactivos de la crítica, ántes de grabarlos para siempre en sus inmortales páginas.

Y sin embargo, cuando guiados por el sábio profesor de Leiden, sorprendemos bajo la móvil tienda del beduino, el espíritu individualista y aventurero de esas tribus que, no sin razon, han sido apellidadas los germanos de Oriente, fácilmente nos esplicamos cómo cuando las luchas entre

las diversas sectas cristianas y judias despiertan su hasta entónces dormido sentimiento religioso, y este sentimiento, concentrándose en un hombre nervioso y soñador como Mahoma, produce un libro que, dejando atrás literariamente considerado á la moallaca de Levid, ofréce á sus creyentes, en los cielos oasis nunca imaginados en las trabajosas jornadas del desierto, se lancen los musulmanes sobre los enervados imperios del Asia, con aquel claro presentimiento de sus destinos que hacia decir por boca de Khaleb al rey de los reyes: «de grado ó por fuerza recibirás nuestra ley, porque os será llevada por hombres que aman la muerte tanto como vos amais la vida.»

Cuando con su ojo sagáz nos descubre el historiador las miserias de la tan ponderada civilizacion visigótica, extraña mezcla de la sábia corrupcion romana, de la sana pero anárquica, como niña, vitalidad del germano, y de los generosos sentimientos del cristianismo que la Iglesia trae á las

leyes, y que el interés de clase y la intransigencia del sectario no tardan en convertir en instrumentos de opresion, puede concebirse cómo bajo aquella constitucion política en que la libre junta germánica ha cedido su puesto al áula régia ó consejo palatino, y en que los obispos que, como elegidos ántes por el puéblo entre los mas virtuosos, eran los verdaderos defensores de la ciudad, sacados cada vez más de entre los optimates, llegan á constituir otro cuerpo privilegiado que disputa al primero la direccion política, conviniendo solo con él, en impedir la consolidacion de la monarquía, único poder capáz de servir de centro á gentes de tan diversas tradiciones y costumbres, se conservan y aun se estreman todos los abusos de la época imperial, aquellos lati-fundios que perdieron la Italia y las provincias, aquellos privilegiados que aumentaban sus posesiones con la comun miseria, aquellos curiales, el nervio de la produccion, abrumados por los impuestos y envidiando la suerte de los esclavos, estos

esclavos, que al oir predicar la igualdad de los hombres ante Dios, habían soñado ser libres, y que viendo que la manumision les concedía bajo una monarquía cristiana ménos derechos que les había otorgado una república gentílica, y que la Iglesia de quien esperaban su libertad los declaraba en sus Concilios y en las leyes su propiedad pérpetua, privándoles hasta de la esperanza, maldicen en secreto de su pátria, y reniegan de su fé, y más léjos tadavía, y todavía más miserables los judíos á quienes les arrebatan los hijos para educarlos en una religion que no es la suya, á quienes se les convierte por decreto y luego se les castiga como apóstatas: ¡qué estraño pues, que donde se ajitan tantos y tan encontrados intereses sin que la santa voz de la pátria se haga oir, para acallar y moderar aquellos egoismos, las rebeliones siguen á las rebeliones, los asesinatos á los asesinatos, y el Estado sea presa de desordenado movimiento como barco sin lastre, ó cuerpo que no ha halla-

do su punto de equilibrio! ¡Qué estraño que los hijos de Witíza, representantes del espíritu gótico, busquen contra don Rodrigo, elegido por los elementos latinos la ayuda de los árabes, como los latinos habian buscado contra los godos la ayuda de los francos y de los imperiale! ¡Qué estraño que cuando vencido por la traicion, mas que por los berberiscos de Taric, muere ó desaparece el último rey de los visigodos único lazo que sugetaba, siquiera esteriormente, aquel haz de encontradas aspiraciones, se deshaga la unidad aparente de aquel Estado que no ha conseguido reunir á sus súbditos en un pensamiento é interés comun, ni aun establecer una ley de sucesion unánimemente reconocida y aceptada! Temerosos los unos de las antiguas cadenas, se apresuran á someterse y á favorecer á los invasores; pactan los otros por conservar algo de los antiguos privilegios, el ódio y la venganza mueven á los judíos á engrosar las huestes enemigas, y sin atender más que á su

mezquino egoismo, lo mismo el siervo que ayuda á escalar las murallas de Córdoba que el príncipe que les sirve de gobernador en Toledo; lo mismo el Metropolitano, que como mercenario abandona á sus ovejas en la tribulacion, que la Reina que no se avergüenza de compartir el lecho del Walí; todos igualmente traidores á su pátria, huyen, no ante el terror de las armas musulmanas, sino ante el que les inspira el espectro de su propia debilidad.

Mejorada, triste pero preciso es confesarlo, con la conquista, la suerte de los siervos, convertidos los más en libres por haber renegado de sus antiguas creencias, (tan escaso era el cuidado que se habia tenido de adoctrinarlos y de fortalecerlos en la fé) subdivididas las grandes propiedades de la Iglesia y de los reyes, diseminada por los campos la poblacion que á lo ménos en los últimos tiempos de la monarquía visigótica parece haberse concentrado en las ciudades, tranquilas las clases superiores y hasta el mismo clero por cierta

política, más que inteligente, obligada tolerancia, llevados unos por interés, otros por pereza y cobardía hácia el nuevo órden de cosas, y más aficionada la nueva generacion á los esplendores de la cultura arábiga que, en sentir de Alvaro y de otros piadosos varones, á godos y á cristianos conviniera, ni convidados por las discordias intestinas ni alentados por las repetidas victorias del primer Alonso, que apenas puede arrastrar algunos miles de muzárabes para replobar los riscos asturianos, pobre, pero gloriosa, cuna de la nueva monarquía, responden al grito de guerra virilmente lanzado por Pelayo y coronado por el triunfo en Covadonga; traen por el contrario á sus señores el saber conservado por la escuela Isidoriana, que, aun descartadas las exageraciones, no puede negarse despues de los trabajos de Simonet y Amador de los Rios que da cierto carácter á la literatura arábigo-occidental, y capacita á los musulmanes españoles para aprovechar los restos de la civilizacion clásica,

mientras que en la Persia, en la India y en la China encuentran otras mas antiguas y olvidadas, ó que nunca entraron en la corriente central de la vida europea, de las que aprenden métodos aun hoy admirados de irrigacion, y el cultivo de plantas aquí desconocidas para la agricultura, nuevas materias y procedimientos para las artes y las industrias y nuevos datos para la ciencia que hacen del califado árabe de Occidente el Estado mas rico, mas próspero y mas ilustrado del mundo.

Mas no es la roca en que se asientan los imperios la riqueza ni el poder, sino la justicia, y el pueblo arábigo trae á la historia un vicio original. Individualista, pero al modo del Oriente donde todas las ideas toman al punto un carácter absoluto y esclusivo, no piensa al individuo, como á quien por serlo necesita de los demás para vivir y desenvolverse, sino como el que bastándose asi mismo, todo lo fía de su valer. Con un Dios como en el que Mahoma idealizó á los suyos, único y sin com-

pañero, más tambien sin semejante, unidad simplísima en que hasta la propia perfeccion se desvanece, con un libro, libro, código á la par civil y religioso que dá la inmutabilidad de dogmas á las varias conveniencias de la política, con un Califa, sumo sacerdote y sumo imperante, no cabe concebir otro organismo interior, más que una série de unidades que mútuamente se repelan como en el proceso hegeliano, que si se consideran como irradiaciones del todo, conducen al despotismo, si con propia subsistencia, á la anarquía. Y en efecto, período de anarquia es aquel que sigue inmediatamente á la conquista. Ofrece la Península arábiga entre sus habitadores oposicion semejante á la de germanos y latinos; pastores los unos, los otros agricultores y mercaderes, pero en vez de buscarse como aquellos, como el varon busca á la muger, para unirse ante el mismo altar, la obligada unidad de creencias, no sirve mas que para exacerbar los ódios, luchando por el poder «compañeros

y defensores» contra la antigua aristocracia, religiosos é inhábiles los unos, políticos y excépticos los otros, mirando aquellos en el gobierno, el lado de la Iglesia, estos el del Estado. Mayor contraste ofrece todavía el árabe aristócrata con el berberisco, que si al principio rechaza el Islam, que le ordena abluciones cuando no tiene agua, y limosnas cuando nada tiene que dar, enamorado al fin de las ideas democráticas que se hallan en el fondo do toda religion, las vuelve con sus lanzas contra los que fueron sus apóstoles y se convirtieron en sus tiranos; unos y otros ensangrientan la Peninsula como habian ensangrentado la Meca y Medina, las llanuras del Irac y los desiertos del Africa. Y como cada afirmacion supone la negacion de todo el resto, y como cada miembro no existe sino por la anulacion de los demás, vivir es destruirse, y la guerra y la venganza, la ley de aquella sociedad. Para salir de aquel estado era preciso una individualidad que lo resumiera todo, una vo-

luntad que hiciera callar toda voluntad, que en pueblos que no tienen la conciencia del derecho, de la anarquía se pasa al despotismo, aspectos ambos de la fuerza ciega. Cada uno de los jeques habia intentado realizar este pensamiento en su provecho; algunos lo habian logrado hasta por algunos meses. Porque para dominar aquellas inquietas ambiciones se necesitaba algo de sobrehumano que se impusiera, que nadie se aviene á obedecer á sus iguales. Último vástago de una familia que habia ocupado con gloria el califado, milagrosamente escapado á las iras de los Abásidas, proféticamente anunciado desde la cuna como el restaurador de su familia, interesante por sus aventuras y desgracias «el sacre de Coreix,» Abderramen el desterrado, reunia todas las condiciones de un fundador de imperios; nobleza, tradicion, audacia, mision divina, valor y hasta belleza y juventud. Su reinado es un continuo combate; mas al morir deja sentada la Monarquía. Por su naturaleza y por su origen, esta

Monarquía estaba llamada á realizar el principio de unidad, lo que en el lenguaje del Oriente equivale á decir que estaba llamado á borrar toda diferencia. Y la primera con que se encontraba, era nada menos que una diferencia religiosa. ¿Cómo el Pontífice y el soberano habia de tolerar á sus súbditos creencias que en su sentir eran un pecado y un delito? Es preciso que los Cristianos se conviertan, que los Visigodos se arabicen, que se les lleve á las escuelas musulmanas; que se les prohiba su lengua. Mas ¿cómo los Muzárabes han de tolerar que se les arrebate la lengua en que conservan el espíritu de su raza y los tesoros de su fé? No pueden luchar con la fuerza, porque no supieron fundar un Estado y son débiles, entregarán el cuerpo, pero pertenecen á una iglesia que les ha enseñado que el espíritu es incoercible, y desafiarán el martirio. Así la primera insurreccion que tiene que vencer la Monarquia es una insurreccion moral. A la insurreccion moral sigue la política; á

los martirios de Córdoba, la rebelion de los renegados.

Hafsum, de antigua estirpe gótica, semi-cristiano, semi-musulman, audáz, aventurero, soñador, proscripto, justiciero, y sobre todo, astuto, levanta el pendon de la rebeldia en las ruinas de Bobastro, y bajo él se agrupan todos los enemígos del Califado, todos los que quieren sacudir el yugo, lo mismo los Cristianos que los Renegados y los Arabes, lo mismo los oprimidos que los aristócratas; dominador del pais, sus algaras tocan ya en las puertas de Córdoba; pero aquellos elementos no se han reunido para aceptar un nuevo señor, sino para mantenerse cada cual independiente; estalla la discordia y un nuevo Abderramen, no menos poético, no menos hermoso, no menos desgraciado é interesante que el primero, arranca en un instante el imperio del borde de su ruina. En la lucha ha perecido la aristocracia y la union y la costumbre han moderado los ódios religiosos: la Monarquia ahora será

un hecho; ahora es cuando verdaderamente vá á nacer el Califado. Pero no es la representacion del pueblo, si pueblo puede llamarse aquella agrupacion de tribus, es una autoridad estraña, impuesta por sus guardias de mudos y eslavones. Cada vez mas aislada en los alcázares de una ciudad, creada espresamente para aislarse de sus súbditos, el Califa es una especie de mito, que no habla sino por la voz y la espada de sus hadjibes. Todo el mundo conoce á Almanzor, nadie conoce al último de los Hixem, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente. La Monarquía ha llegado á toda su unidad, es decir, á toda su abstraccion, y ha concluido. Cuando la jigante sombra del guerrero siempre victorioso, que la oculta, desaparezca, Arabes, Eslavos, Berberiscos, Omeyas Aimeríes, se disputarán el mando; pero, ¿qué walí logrará hacerse obedecer de los demás walíes? En vano Gewar intentará crear un feudalismo á la manera germánica; la intransigencia individual del árabe

no lo permite. Se ha salido del despotismo, preciso es recaer en la anarquía.

En tanto, aquel Estado microscópico que habia nacido en una cueva, ha ido estendiéndose y fortificándose, buscando la fuerza en el derecho, de los elementos dispersos que perdieron el reino visigótico ha emprendido la noble tarea de formar un pueblo. Las discordias entre Arabes y Berberiscos permiten las algaras de Alonso el Católico, que fortifica los pasos de las sierras, y asegura aquel nido de aguilas, que puebla con los muzárabes, que arrastra en sus afortunadas correrías. El aumento de poblacion exije la mejora del cultivo, y se alienta el trabajo con las exenciones de las cartas pueblas; se necesita fortificar la fé, y se encuentra milagrosamente el cuerpo del Apóstol de las Españas, que será en adelante su invencible caudillo; se necesitan leyes, y Alonso el Casto, restaura todos los órdenes en la Iglesia y en el Estado. Pero que no se piense que se vá á estancar en la constitucion gótica. La voz

nacional personificada en Bernardo, dice elocuentemente que no es una guerra religiosa, sino una guerra nacional, la que se vá á emprender: el concilio tiende hacia las córtes; las tendencias feudales moderan la autoridad de la Iglesia y de la Monarquía, el siervo afloja sus cadenas, y cuando se llega á las llanuras de Castilla, cuando la necesidad de poblar establece una competencia de derechos, cuando en las ciudades fronterizas el bandido se convierce en héroe y S. Millan desenvaina aquella espada nunca ociosa, y resuenan esos romances que son nuestros salmos nacionales y cada hombre está sujeto á una piedra por el lazo inquebrantable de un derecho que la espada misma de Almanzor, con todo el poder de sus ejércitos y de sus victorias no acierta á quebrantar, el pensamiento de Cástilla triunfa del pensamiento del califado: Fernan-Gonzalez ha vencido á Almanzor, como con profunda verdad dicen los cantos de Gesta. Un paso más y se unirán Leon y Castilla, otro y se

tomará Toledo, y Alfonso VI se llamará «Rey de las tres religiones,» y la España árabe se reconocerá su tributaria, y brillará el Cid, y se oirán por primera vez en Toledo palabras en lengua española y alardes de independencia, que indican que el pensamiento de España empieza á germinar en la cabeza de todos. En vano los reyes de Taifas, aun á riesgo de ahogarse y perecer, abrirán las compuertas á las inundaciones del Africa; ya está formada la roca sobre que se han de estrellar todas esas oleadas. De cada inundacion saldrá aumentada con nuevo limo.

Los Arabes han cumplido su mision en Occidente: custodios de una inmensa carabana, han traido á Europa las riquezas estancadas de las civilizaciones orientales; ya no les queda más que levantar sus tiendas y volverse al desierto de donde partieron.

Grande y provechosa enseñanza ofrece al filósofo y al político la consideracion de época tan interesante de nuestra historia.

En ella se vé cómo la formacion de las naciones no es producto de combinaciones arbitrarias, ideadas por la ambicion y ejecutadas por la violencia, sino que esos grandes matrimonios sociales que forman las naciones compuestas, necesitan que sus miembros procedan de una misma estirpe, y que cada uno de ellos se individualice, tan igual y tan contrariamente como la naturaleza humana se individualiza en el varon y en la mujer.

Y para llegar á tamaño resultado, que el lector atento fácilmente puede encontrar en las páginas de este libro, no necesita fatigarse leyendo largas disertaciones, ni caminar por el enmarañado dédalo de discusiones críticas. En él, el autor se ha limitado á presentar en breve y atractiva narracion el resultado de largos años de trabajo, señalando tan solo las fuentes al pié, como garantía de exactitud y guia para el estudioso.

¡Y cuánto arte no ha desplegado en su relato! Admirable conocimiento de los

lugares, de las costumbres, de los personajes y hasta de las mas pequeñas anécdotas de la vida íntima, le permiten formar una série contínua de pequeños dramas de creciente interés, en que el ánimo se espacia dulcemente, sin apercibirse siquiera de la riqueza de noticias que tan sin trabajo vá adquiriendo. Si esta no fuera una obra notable de ciencia, seria una de las mejores de entretenimiento que se han escrito.

Pocas palabras hemos de añadir respecto á nuestra traduccion. Libro de ciencia y de arte el que traducimos, pero de ciencia lo primero, hemos debido atender en primer término á la exactitud. Tomada del árabe, que tanta analogía tiene con nuestro idioma y tan escasa con el francés, en muchos casos nuestra version no es más que una restitucion á sus primitivas fuentes. Algo nos ha fatigado la incoerencia con que entre nosotros se emplean los nombres arábigos, espresando muchas veces uno mismo con diferentes

palabras, cuando se aplica á diversos individuos, y escribiendo el mismo sonido con diversas letras. ¡Ojalá que hubiera llegado á tiempo á nuestras manos el trabajo que sobre este punto prepara el Sr. Eguilaz! Faltos de él, hemos elegido un sistema, que si nó el mejor, tendrá al ménos la ventaja de ser constante.

Alguna vez diferimos en puntos esenciales históricos ó geográficos del autor; estas diferencias van razonadas por medio de notas. De este modo los lectores podrán ilustrar su juicio. Tambien hemos querido vindicar á Conde de acusaciones que nos parecen exageradas é injustas. No procedemos en esto por un mal entendido patriotismo; la ciencia es patrimonio universal y vive en un progreso contínuo, pero tambien exige de los que la cultivan respeto á los predecesores y maestros.

ADVERTENCIA. (1)

La historia de España y particularmente la de los Moros, ha sido durante veinte años mi estudio predilecto, mi preocupacion continua, y ántes de comenzar este libro, he pasado gran parte de mi vida en reunir sus materiales que se hallaban esparcidos en casi todas las bibliotecas de Europa, en examinarlos, compararlos y publicarlos en gran parte. Y sin embargo no doy á luz esta Historia sino con gran desconfianza. El asunto que he elegido es nuevo porque los libros que de él se ocupan, no son de ninguna utilidad, como he tratado de demostrarlo en otra parte, (2) tienen por base el tratado de Conde, es decir, el trabajo de un hombre que tenía á su disposicion pocos materiales, que falto de conocimientos gramaticales no estaba en el caso ni aun de entender los que tenía, y que carecía por completo de sentido histórico. No se trataba pues de rectificar aquí ó allí algunos hechos desfigurados por mis antecesores ó de presentar algunas cir-

---

(1) Del Autor.

(2) En la primera edicion de mis «Recherches sur l' histoire et literature de l' Espagne pendant le moyen áge.»

cunstancias desconocidas, sino de tomar las cosas de raiz, de hacer vivir por primera vez en la historia á los Musulmanes españoles, y si la novedad del asunto es uno de sus atractivos es al mismo tiempo origen de todo género de dificultades.

Creo haber tenido á mi disposicion casi todas las obras manuscritas relativas á la historia de los Moros que se encuentran en Europa, y he estudiado el asunto por todas sus faces; pero como no me había propuesto escribir una obra cientifica, severa y seca destinada á tal ó cual especie de lectores, me he guardado muy bien de referir todos los hechos que han llegado á mi conocimiento. Queriendo cumplir hasta donde me era posible con las reglas del buen gusto y de la composicion histórica que mandan poner en evidencia un cierto número de hechos, á los que los restantes solo sirven de adorno y de cortejo, me he visto obligado muchas veces á condensar en pocas líneas el resultado de muchas semanas de estudio y aun de pasar en silencio muchas cosas que aunque no dejáran de tener interés, bajo cierto punto de vista, no cuadraban con el plan de mi trabajo. En cambio me he esforzado en presentar con el mayor detalle las circunstancias que me parecian caracterizar mejor las épocas de que trataba y no he temido entremezclar algunas veces á los dramas de la vida pública los hechos íntimos, porque soy de los que piensan que muchas veces se olvidan demasiado esos matices pasageros, esos curiosos accesorios, esas menudencias de las costumbres sin las que la gran historia queda pálida y desabrida. El método de la escuela que se aplica, ménos á poner en relieve los individuos que las ideas que represetan, no creo pueda convenir al asunto que he elegido.

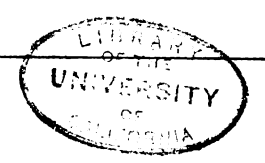
Por otra parte, aunque nada haya escusado para

dar á esta historia el grado de certeza y realidad, á que me habia propuesto llevarla, he creido que convenía difrazar la erudicion en provecho del movimiento y de la claridad del relato, y no multiplicar inútilmente las notas, los textos y las citas. En trabajos de este género solo deben aparecer los resultados, libres del aparato científico que ha servido para obtenerlos. Solo he tenido cuidado de indicar las fuentes en que he bebido.

Tengo que hacer constar que algunas partes de este libro son anteriores á otras publicaciones de estos últimos años. Así los primeros capitulos del primer libro estaban ya escritos cuando mi sabio y excelente amigo, M. Renan, publicó en la Revista de Ambos Mundos su hermoso artículo acerca de Mahoma y los orígenes del Islamismo, de modo que si hemos llegado á los mismos resultados los hemos obtenido con entera independencia.

Réstame ya solo cumplir el agradable deber de dar las gracias á mis amigos, y particularmente á los Sres. Mohl, Wright, Defrémery, Tornberg, Calderon, Simonet, de Slane y Dugat, ya por los manuscritos que han tenido la bondad de prestarme, ya por los extractos y cotejos que me han proporcionado con la mayor amabilidad y benevolencia.

Leiden, Febrero de 1861.



LIBRO I.

LAS GUERRAS CIVILES.

I.

Mientras Europa hace siglos que progresa y se desarrolla, la inmovilidad es el carácter distintivo de esas innumerables hordas que con sus tiendas y sus rebaños recorren los áridos y vastos desiertos de la Arabia. Hoy son lo que eran ayer, y lo que serán mañana; en ellas nada cambia ni se modifica: los Beduinos de nuestros dias conservan en toda su pureza el espíritu que animaba á sus abuelos en tiempo de Mahoma, y los mejores comentarios sobre la historia y la poesía de los Árahes paganos, son las noticias que nos trasmiten los viajeros modernos acerca de las costumbres, los hábitos y la manera de pensar de los Beduinos, entre quienes han habitado.

Y sin embargo, este pueblo no carece ni de la inteligencia ni de la energía necesarias para conocer y mejorar sus condiciones, si quisiera. Si no progresa, si permanece estraño á toda idea de adelanto, es porque indiferente á el bienestar y á los goces materiales que ofrece la civilizacion, no quiere cambiar su suerte por ninguna. El Beduino en su orgullo se considera como el tipo mas perfecto de la creacion, menosprecia á los otros pueblos, porque no se le parecen y se cree infinitamente más felíz que el hombre civilizado. Cada condicion tiene sus inconvenientes y sus ventajas; pero la vanidad de los Beduinos se esplica y se comprende sin esfuerzo. Guiados nó por principios filosóficos, sino por una especie de instinto, han realizado de buenas á primeras la noble divisa de la revolucion francesa; la libertad, la igualdad y la fraternidad (a).

El Beduino es el hombre más libre de la tierra: «Yo no reconozco, dice, mas señor que el del Universo.» La libertad de que goza es tan grande, tan ilimitada, que comparadas con ella, nuestras más avanzadas doctrinas liberales parecen preceptos de despotis-

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

mo. En nuestras sociedades, un gobierno es un mal necesario, inevitable, un mal que es la condicion del bien, los Beduinos no lo tienen. Hay, es verdad, en cada tribu un gefe elegido por ella; pero este gefe no posee mas que una cierta influencia; se le respeta, se escuchan sus consejos, sobre todo si tiene el don de la palabra, pero no se le concede en manera alguna el derecho de mandar. En lugar de cobrar sueldo, tiene, y aun está obligado por la opinion pública, á proveer á la subsistencia de los pobres, á distribuir entre los amigos los presentes que recibe y á ofrecer á los estrangeros una hospitalidad mas suntuosa que cualquier otro miembro de la tribu. En todas ocasiones tiene que consultar el consejo de la tribu, que se compone de los gefes de las diferentes familias. Sin el consentimiento de esta asamblea no puede, ni declarar la guerra, ni concluir la paz, ni aun siquiera levantar el campo. (1) Cuando una tribu concede el título de jeque á uno de sus miembros, no es la mas veces sino un homenaje sin consecuencia; le dá con esto un testimonio públi-

(1) Burckhardt «Notes on the Bedouins» p. 66, 67; Burton «Pilgrimage to El Medinah and Meccah» t. II, pág. 112.

co de estimacion; reconoce solemnemente en él el más capáz, el más bravo, el más generoso, el más adicto á los intereses de la comunidad. «Nosotros, no concedemos á nadie esta dignidad, decía un Arabe antiguo, á menos que no nos haya dado todo lo que posee, que nos haya permitido hollar todo lo que le es querido, y todo lo que quisiera ver honrado, y que no nos haya servido como esclavo,» (1) pero la autoridad de este jeque es las mas veces tan mínima, que apenas se percibe. Habiendo preguntado uno á Araba contemporáneo de Mahoma de qué manera habia llegado á ser el jeque de su tribu, Araba negó al principio que lo fuera, é insistiendo el otro, Araba le respondió al cabo: «Si las desgracias aquejaban á mis contributos, yo les daba dinero, si alguno de ellos cometia alguna falta, yo pagaba la multa por él, y he establecido mi autoridad apoyándome en los hombres mas dignos de la tribu. Aquél de mis compañeros que no puede hacer otro tanto, es ménos considerado que yo, el que lo puede es mi igual, y el que me escede es mas estimado que yo.» (2). En efecto, entonces como ahora se de-

(1) **Mobarrad pag. 71.**
(2) **Mobarrad «ibid». Consúltese tambien á Ibn-**

ponía al jeque, si no sabía mantener su rango, ó si había en la tribu un hombre mas generoso ó mas valiente que él. (1)

La igualdad, aunque no es completa en el Desierto, es sin embargo mayor que fuera. Los Beduinos no admiten ni la desigualdad de las relaciones sociales, porque todos viven de un mismo modo, usan los mismos vestidos, y consumen los mismos alimentos; ni la aristocracia de fortuna, porque la riqueza no es á sus ojos un título de pública estimacion. (2) Menospreciar el dinero y vivir al día del botin conquistado por su valor, despues de haber repartido su patrimonio en regalos, es el ideal del caballero árabe. (3) Este desden de la riqueza, es sin duda, prueba de grandeza de alma y de verdadera filosofía; preciso es sin embargo, no perder de vista que la riqueza no puede tener para los Beduinos el mismo valor que para los otros pueblos, pues que entre ellos es estremadamente precaria, y cambia de dueño con asombrosa facilidad. «La riqueza

---

Nobáta «apud» Rasmussen, «Addit. ad hist. Arabum» pág. 18 del texto.

(1) Burckhardt pág. 68; Caussin t. II, p. 634.
(2) Burckhardt pág. 41.
(3) Caussin, t. II, págs. 555, 611.

viene por la mañana y se vá por la tarde» ha dicho un poeta árabe, y en el desierto esto es estrictamente verdadero. Estraño á la agricultura, y no poseyendo una pulgada de tierra, el Beduino no posee mas bienes que sus camellos y sus caballos; pero es una posesion con la que no puede contar un solo instante. Cuando una tribu enemiga ataca á la suya y le quita todo lo que posee como sucede todos los dias el que ayer era rico, se encuentra reducido de pronto á la miseria (1) mañana tomará la revancha y volverá á ser rico.

Sin embargo la igualdad completa no puede existir sino en el estado de la naturaleza, y el estado de la naturaleza no es mas que una abstraccion. Hasta cierto punto, los Beduinos son iguales entre sí, pero en primer lugar sus principios equalitarios no se estienden á todo el género humano; ellos se estiman muy superiores, no solo á sus esclavos y á los artesanos, que ganan el pan trabajando en sus campos, sino aun á todos los hombres de otras razas; tienen la pretension de haber sido amasados de un barro diferente al de todas las otras criaturas humanas.

(1) Burckhardt, pág. 40.

Luego, las desigualdades naturales acarrean distinciones sociales, y si la riqueza no dá al Beduino consideracion ni importancia alguna, tanto mas se la dán la generosidad, la hospitalidad, la bravura, el talento poetico y el don de la palabra. «Los hombres se dividen en dos clases, ha dicho Hatim: las almas bajas se complacen en amontonar dinero, las almas elevadas buscan la gloria que procura la generosidad.» (1) Los nobles del desierto, los «reyes de los árabes,» como decía el Califa Omar, (2) son los oradores, y los poetas, son aquellos que practican las virtudes beduinas; los plebeyos son los nécios ó malvados que no las practican. Por lo demás los Beduinos no han conocido nunca ni privilegios ni títulos, á menos que no se considere como tal el sobrenombre de «Perfecto» que se daba antiguamente al que juntaba al talento de la poesía la bravura, la liberalidad, el conocimiento de la escritura, la destreza en nadar y en tirar el arco. (3) La nobleza de nacimiento que bien comprendida impone grandes deberes y hace las generaciones solidarias unas de otras

(1) Caussin tomo II. pág. 627.
(2) Tabarí, t. II, p. 254.
(3) Canssin, t. II, p. 424.

existe tambien entre los Beduinos. La multitud, llena de veneracion hácia la memoria de los grandes hombres á quienes rinde una especie de culto, rodea á sus descendientes de su estimacion y afecto, con tal que, si estos no han recibido las mismas dotes que sus abuelos, conserven al menos en su alma, el respeto y el amor á los hechos heróicos, á el talento y á la virtud. Antes del Islamismo se consideraba nobilísimo el jeque de tribu cuyo padre, abuelo y bisabuelo le habian precedido sucesivamente en el mismo puesto. (1) Nada mas natural. Puesto que no se daba el título de jeque sino al más distinguido, se debía creer que las virtudes beduinas eran herèditarias en una familia que durante cuatro generaciones había estado á la cabeza de su tribu.

En una tribu todos los Beduinos son hermanos; este es el nombre que se dan entre sí cuando cuentan la misma edad; si es un anciano el que habla á un jóven le llama: hijo de mi hermano. Si uno de sus «hermanos» se halla reducido á la mendicidad y viene á implorar su socorro, el Beduino matará si

---

(1) Ibn-Kaldnn «Prolégomenes» (XVI), p, 250; «Rahian» p. 146. r.

es preciso hasta su última oveja para alimentarlo; si su «hermano» ha sufrido una afrenta de un hombre de otra tribu, sentirá esta afrenta como una injuria personal y no se dará punto de reposo hasta que no haya obtenido la venganza. Nada puede dar una idea bastante clara, bastante viva de esta «azabia» como él la llama, de esa adhesion profunda, ilimitada, inquebrantable que el Árabe siente hácia sus contributos, de esa absoluta adhesion á los intereses, á la prosperidad á la gloria y al honor de la comunidad que lo ha visto nacer y que lo verá morir; no es un sentimiento parecido á nuestro patriotismo, que parecería al ardiente Beduino frio en extremo, es una pasion violenta y terrible y al mismo tiempo el primero, el mas sagrado de los deberes, la verdadera religion del Desierto. Por su tribu, el Árabe está siempre pronto á todos los sacrificios, por ella comprometerá á cada instante su vida en esas empresas arriesgadas en que solo la fé y el entusiasmo pueden realizar portentos; por ella peleará hasta que su cuerpo deshecho no tenga figura humana........ «Amad á vuestra tribu, ha dicho un poeta, porque estais unidos á ella por lazos mas fuertes que

los que existen entre el marido y la muger (1)»......

Hé aquí de qué manera comprende el Beduino la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estos bienes le bastan, no desea, no imagina otros, está contento con su suerte. (2) La Europa no está jamás contenta con la suya, ó no lo está mas que durante un dia. Nuestra febril actividad, nuestra sed de mejoras políticas y sociales, nuestros esfuerzos incesantes para llegar á un estado mejor ¿no son en el fondo los síntomas, la confesion implícita del tédio y malestar que entre nosotros corroen y devoran la sociedad? La idea del progreso preconizada hasta la saciedad en las cátedras y en la tribuna es la idea fundamental de las sociedades modernas; ¿pero habla sin cesar de cambios y mejoras el que se encuentra en una situacion normal, el que se halla feliz? Buscando siempre la felicidad sin conseguirla, destruyendo hoy lo que edificamos ayer, caminando de ilusion en ilusion y de desengaño en desengaño, acabamos por desesperar de la tierra y decimos en nuestros momen-

(1) Mobarrad, p. 233.
(2) Véase Burckhard p. 141,

tos de abatimiento y debilidad que el hombre tiene otro destino que los Estados, y aspiramos á bienes desconocidos, en un mundo invisible.... Completamente tranquilo y fuerte, el Beduino no conoce esas vagas y enfermizas aspiraciones hácia un porvenir mejor, su espíritu alegre, espansivo, indiferente, sereno como su cielo, no comprendería nuestros cuidados, nuestros dolores, ni nuestras confusas esperanzas. A nosotros con nuestra ambicion ilimitada en el pensamiento, en los deseos y en el movimiento de la imaginacion, esta vida tranquila del desierto nos parecería insoportable por su monotonía y su uniformidad y preferiríamos pronto nuestra sobre-excitacion habitual, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestras sociedades conturbadas y nuestra civilizacion por concluir, á todas las ventajas que poseen los Beduinos en su inmutable tranquilidad.

Es porque entre ellos y nosotros, existe una diferencia enorme, somos demasiado ricos de imaginacion para gustar del reposo del espíritu; pero es tambien á la imaginacion á la que debemos nuestro progreso, ella es la que nos ha dado nuestra superioridad relativa. Donde quiera que falta, el

progreso es imposible; cuando se quiere perfeccionar la vida civil y desarrrollar las relaciones de los hombres entre sí, es preciso tener presente en el espíritu la imágen de una sociedad mas perfecta que la existente; ahora bien, los Árabes á despecho de un prejuicio acreditado no tienen sino muy escasa imaginacion. Tienen la sangre mas impetuosa, mas ardiente que nosotros y pasiones mas fogosas; pero son al mismo tiempo el pueblo menos inventivo del mundo. Para convencerse de ello, basta examinar su religion y su literatura. Antes que se hicieran musulmanes, tenian sus Dioses representantes de los cuerpos celestes; pero nunca han tenido mitología, como los Indios, los Griegos y los Escandinavos, sus Dioses no tenian pasado, no tenian historia y nadie ha intentado componerles una. En cuanto á la religion predicada por Mahoma, simple Monoteismo al que han venido á juntarse algunas instituciones y algunas ceremonias tomadas del judaismo y del antiguo culto pagano, es sin disputa, de entre todas las religiones positivas la mas simple y la mas desnuda de misterio, la mas razonable y la mas depurada, dirian aquellos que excluyen lo sobrenatural en cuanto es posible y que des-

tierran del culto las demostraciones esteriores y las artes plásticas. En la literatura, la misma falta de invencion, la misma predileccion por lo real y positivo. Los demás pueblos han producido epopeya en que lo sobrenatural juega un gran papel. La literatura árabe no tiene epopeya, no tiene tampoco poesía narrativa; esclusivamente lírica y descriptiva, esta poesía no ha espresado nunca mas que el lado práctico de la realidad. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que esperimentan; pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo, sus compatriotas en vez de complacerse en ello, los tratan secamente de embusteros. La aspiracion hácia lo infinito, hácia lo ideal, les es desconocida y lo que vale mas á sus ojos, desde los tiempos mas remotos, es lo preciso y lo elegante de la espresion, el lado técnico de la poesía. (1) La invencion es tan rara en su literatura que cuando se encuentra en ella un poema ó un cuento fantástico, se puede casi siempre asegurar desde luego, sin temor de equivocarse, que tal produccion no es de orígen árabe, que es

(1) Véase á Caussin t. III, pág, 314 y siguientes, 345, 509 y sig. 513.

una traduccion. Así, en «Las mil y una Noches» todo los cuentos de hadas, esas graciosas producciones de una imaginacion fresca y riente que han encantado nuestra adolescencia, son de orígen persa ó índico; en esta inmensa coleccion, las únicas narraciones verdaderamente árabes son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real. En fin, cuando los Árabes establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de su espada, se han ocupado de materias científicas, han mostrado la misma falta de poder creador. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes y minuciosas; pero no han inventado nada, no se les debe ninguna concepcion grande y fecunda.

Existen, pues, entre los Árabes y nosotros diferencias esenciales. Acaso tienen ellos mas elevacion de carácter, mas grandeza de alma y un sentimiento mas vivo de la dignidad humana; pero no llevan consigo el gérmen del desarrollo y del progreso y con su necesidad apasionada de independencia personal y con su carencia adsoluta de espíritu político parecen incapaces de plegarse á las leyes sociales. Lo han ensayado con

todo: arrancados por un profeta, de sus desiertos, y lanzados por él á la conquista del mundo, lo han llenado con la fama de sus hazañas; enriquecidos con los despojos de cien provincias, han aprendido á conocer los goces del lujo; puestos en contacto con los pueblos que habian vencido, han cultivado las ciencias y se han civilizado tanto como era posible. Sin embargo, aun despues de Mahoma ha trascurrido un periodo bastante largo antes de que perdieran su carácter nacional. Cuando llegaron á España, eran todavia los verdaderos hijos del Desierto y era natural que á las orillas del Tajo ó del Guadalquivir, no pensáran al principio sino en proseguir las luchas de tribu á tribu, de horda á horda comenzadas en la Arabia, en la Siria y en el África. De estas guerras es de lo que primero debemos ocuparnos y para comprenderlas bien es necesario subir hasta Mahoma.

II.

Una infinidad de tribus, algunas sedentarias, la mayor parte nómadas, sin comunidad de intereses, sin centro comun, en guerra de ordinario las unas con las otras, hé aquí lo que era la Arabia en tiempo de Mahoma.

Si la bravura bastára para hacer á un pueblo invencible, los Árabes lo hubieran sido. En ninguna parte era mas comun el espíritu guerrero. Sin guerra no hay botin y es de el botin de lo que principalmente vive el Beduino. (1) Además, era para ellos un placer embriagador manejar la lanza negra y flexible, y la brillante espada, hender el

(1) Véase Burckhardt, pág. 41.

cráneo ó cercenar el cuello á los contrarios; pulverizar la tribu enemiga como la «piedra pulveriza el trigo,» é inmolar víctimas «de aquellas cuya ofrenda no agrada al cielo.» (1) La bravura en los combates era el mejor título á los elogios de los poetas y al amor de las mujeres. Estas habian tomado algo del espíritu marcial de sus hermanos y de sus esposos. Marchando á retaguardia cuidaban á los heridos y animaban á los guerreros recitando versos llenos de una salvaje energia. «Valor, les decian, valor, »defensores de las mujeres! Herid con el filo »de vuestras espadas!..... Nosotras somos »las hijas del lucero de la mañana, nuestros »pies huellan blandos cojines, nuestros cue»llos están adornados de perlas, nuestros ca»bellos perfumados con almizcle. Nosotras »estrechamos en nuestros brazos á los va»lientes que hacen frente al enemigo; á los »cobardes que huyen los desdeñamos y les »negamos nuestro amor.» (2)

Sin embargo un observador atento, fácilmente hubiera podido apercibirse de la es-

---

(1) Moallaca d' Amr, ibn· Colthum.

(2) Caussin, t. II, p.281, 391; t. III, p. 99. Compárese con Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 77, 198, 200.

trema debilidad de este pais, debilidad que provenia de la falta absoluta de unidad y de la rivalidad permanente de las diversas tribus. La Arabia hubiera sido infaliblemente subyugada por un conquistador estrangero sino hubiera sido demasiado pobre para merecer el trabajo de la conquista. «Qué teneis vosotros, decía el rey de Persia á un príncipe árabe que le pedia soldados y le ofrecía la posesion de una gran provincía? «Qué teneis? «ovejas y camellos. No quiero aventurar en «vuestros desiertos un ejército persa por tan «poco.»

Sin embargo, la Arabia al fin, fué conquistada; pero lo fué por un Árabe, por un hombre extraordinario, por Mahoma.

Acaso el enviado de Dios como él se llamaba, no era superior á sus contemporáneos, pero de seguro no se les parecia. De constitucion delicada, impresionable y estremadamente nerviosa, que había heredado de su madre; dotado de una sensibilidad exagerada y enfermiza; melancólico, silencioso, amigo de paseos interminables y de prolongadas meditaciones nocturnas en los valles mas solitarios, siempre atormentado por una vaga inquietud, llorando y gimiendo como una muger cuando enferma-

ba, sujeto á ataques de epilepsia y falto de valor en los campos de batalla; su carácter formaba un extraño contraste con el de los Árabes, robustos, enérgicos y belicosos que no entendian de ensueños y miraban como una debilidad vergonzosa, que un hombre llorára aunque fuera por los objetos de su mayor cariño. Por otra parte Mahoma tenía más imaginacion que sus compatriotas y un alma profundamente religiosa. Antes que los sueños de la ambicion mundana vinieran á alterar la pristina pureza de su corazon, la religion era para él lo único, lo que absorvía todos sus pensamientos, todas sus facultades y esto era sobre todo lo que le distinguía de la multitud.

Sucede con los pueblos lo que con los indivíduos; unos son esencialmente religiosos, otros no. Para ciertas personas, la religion constituye el fondo de su naturaleza, así que si su razon se revela contra las creencias en que han nacido se crean un sistema filosófico mucho más incompresible, mucho mas misterioso que sus creencias mismas. Pueblos enteros viven asi por la religion y para la religion, ella es su único consuelo y su única esperanza. El Árabe por el contrario, no es religioso por naturaleza y hay bajo este pun-

to de vista entre él y los otros pueblos que han adoptado el Islamismo, una diferencia enorme; no debemos admirarnos de ello. Considerada en su origen, la religion tiene mas influencia sobre la imaginacion que sobre el entendimiento, y en el Árabe, como lo hemos notado ya, no es la imaginacion lo que predomina. Ved á los actuales Beduinos. Aunque se llaman musulmanes apenas se cuidan de los preceptos del Islamismo, deben orar cinco veces al dia, no lo hacen jamás. (1) El viajero europeo que mejor los ha conocido, atestigua que es el pueblo mas tolerante del Asia. (2) Su tolerancia data de antiguo porque pueblo tan celoso de su libertad, consiente difícilmente la tiranía en materia de creencias. En el siglo IV Martahd, rey del Yemen acostumbraba á decir: «Yo reino sobre los cuerpos, y no sobre las opiniones: yo exijo de mis súbditos que obedezcan á mi gobierno; en cuanto á sus doctrinas júzguelos Dios que los crió.» (3) El Emperador Federico II no hubiera dicho más. Esta tolerancia tocaba muy de cerca

(1) Burckhardt p. 160.
(2) El mismo. ibid.
(3) Caussin, t. I, p. 111.

á la indiferencia y al escepticismo. El hijo y sucesor de Martahd habia profesado primero el judaismo, despues el cristianismo y acabó por fluctuar entre las dos religiones. (1) En tiempo de Mahoma tres religiones se dividian la Arabia: la de Moisés, la de Cristo y la politeista. Las tribus judáicas eran acaso las únicas sinceramente adictas á su culto, las únicas tambien que eran intolerantes. Las persecuciones son raras en la antigua historia del pais, pero de ordinario los culpables son judíos. El cristianismo no contaba muchos adeptos y los que lo profesaban no tenian de él sino un conocimiento muy superficial. El Califa Alí no exageraba demasiado cuando decia de una tribu que era sin embargo aquella en que habia echado mas raices: «Los Taglib no son cristianos, ellos no han tomado del cristianismo mas que la costumbre de beber vino.» (2) La verdad es que esta religion encerraba demasiados misterios y milagros para agradar á este pueblo burlon y positivo. Bien lo experimentaron los obispos que hácia el año

(1 Causin, t. I, p. 114.

(2) Baidhawi, «Comentarios sobre el Coram» sur. 5, vs. 7.

513 quisieron convertír á Mondhir III rey de Hira. Cuando los hubo escuchado atentamente, uno de sus oficiales vino á decirle una palabra al oido, al punto Mondhir muestra una profunda tristeza y preguntándole los prelados respetuosamente la causa: «¡Ay! les dijo: ¡cuán funesta noticia!.... Acabo de saber que el Arcángel San Miguel ha muerto!—¡Pero príncipe no veis que os engañan! Los ángeles son inmortales.—Y qué, ¿no quereis vosotros persuadirme de que el mismo Dios ha sufrido la muerte? (1)

Los idólatras, en fin, que constituian la mayor parte de la nacion, que tenian divinidades peculiares para cada tribu, y casi para cada familia, y que admitian un Dios supremo, Aláh, cerca del cual las otras divinidades eran intercesoras,—estos idólatras tenian algun respeto á sus adivinos y á sus ídolos y sin embargo degollaban á los adivinos si sus predicciones no se cumplian ó cuando imaginaban que los delataban; engañaban á los ídolos sacrificándoles una gacela cuando les habían prometido un cordero, y los injuriaban si no respondian con arreglo á sus deseos ó á sus esperanzas. Yendo Amrulcais contra los Beni-

(1) Caussin, t. II. p. 78.

Asad para vengar la muerte de su padre, se detuvo en el templo del ídolo Dhu-'l-Kholosa á fin de consultar la suerte por medio de tres flechas llamadas «la órden, la prohibicion y la espera.» Habiendo salido la «prohibicion» consultó de nuevo, pero la «prohibicion» salió tres veces seguidas. Entónces rompiendo las flechas y tirando los pedazos á la cabeza del ídolo: «Miserable! le dijo, si fuera tu padre el muerto, no me prohibirias ir á vengarlo!»

En general, la religion, cualquiera que ella fuese, ocupaba poco lugar en la vida del Árabe embebido en los intereses de esta tierra, en los combates, el vino, el juego y el amor. «Gocemos de lo presente decian los poetas, que bien pronto la muerte nos alcanzará.» (1) Y tal era en verdad la divisa de los Beduinos. Estos hombres que se entusiasmaban tan fácilmente con una noble accion ó un bello poema, permanecian de ordinario indiferentes, frios, cuando se les hablaba de materias religiosas. Así sus poetas, fieles intérpretes de los sentimientos nacionales, no hablan de ellas casi nunca. Escuchemos á Tarafa: «Por la ma-

(1) Moallaca de Amr ibn-Colthum.

«ñana, cuando vengas, te ofreceré una copa «llena de vino, y no te importe el beberte el «licor de un solo trago; volverás á comen- «zar conmigo. Los compañeros de mis pla- «ceres son, nobles jóvenes de rostros bri- «llantes como luceros.—Una cantadora, «con su vestido de rayas y su túnica de co- «lor de azafran, viene todas las noches á ale- «grarnos. Su túnica descotada deja que las «manos amorosas se paseen libremente por «su seno..... Estoy entregado al vino y al «placer; he vendido lo que poseia, hé disi- «pado los bienes adquiridos y los que habia «heredado. Censor que vituperas mi aficion «á los placeres y á los combates, dime: ¿tie- «nes la receta para hacerme inmortal? Si tu «sabiduria no puede alejar de mí el fatal «momento, déjame que todo lo prodigue en «los placeres, ántes que me alcance la muer- «te. El hombre que tiene inclinaciones ge- «nerosas, bebe en ancha copa, durante su «vida. Mañana censor rijido, cuando los dos «muramos, veremos á cual de nosotros «consume sed mas ardiente.»

Un escaso número de hechos habia demostrado sin embargo, que los Árabes, y sobre todo, los Árabes sedentarios, no eran inaccesibles al entusiasmo religioso. Veinte

mil cristianos de la ciudad de Nejran, teniendo que elegir entre la hoguera y el judaismo, prefirieron perecer entre las llamas á abjurar de su fé. Pero el celo era la escepcion; la indiferencia, ó por lo menos la tibieza, la regla general. La tarea que Mahoma se habia impuesto declarándose Profeta, iba pues á ser doblemente dificil. No podia limitarse á demostrar la verdad de las doctrinas que predicaba. Debia ante todo triunfar de la indolencia de sus compatriotas; despertar entre ellos el sentimiento religioso, y persuadirles de que la religion no es una cosa indiferente, de la que en rigor pudiera prescindirse. Le era preciso, en una palabra, transformar, metamorfosear una nacion sensual, escéptica y burlona. Empresa tan dificil hubiera desanimado á cualquiera otro menos convencido de la verdad de su mision. Mahoma no recogia donde quiera mas que burlas é insultos. Sus conciudadanos, los de la Meca, lo compadecian ó lo zaherian, y se le consideraba ya como un poeta inspirado por un demonio, ya como un adivino, un májico ó un loco. «Hé «aquí el hijo de Abdallah que viene á traernos «noticias del cielo,» decian cuando le veian venir. Algunos le proponian con aparente

buena fé traer á sus espensas médicos que lo curaran. Le arrojaban inmundicias, y cuando salia de su casa, hallaba su camino cubierto de ramas espinosas. Se le prodigaban los epítetos de bribon y de impostor. Ni habia sido mas afortunado fuera de la Meca. En Taif espuso su doctrina delante de los jeques reunidos; allí tambien se burlaron de él. «No podia Dios hallar un após-«tol mejor que tú?» le dijo uno. «Yo no «quiero discutir contigo,» añadió otro. «Si «tú eres un profeta, eres demasiada perso-«na para que yo me atreva á responderte; «si un impostor, no mereces que te hable.» Con la desesperacion en el alma, Mahoma abandonó la reunion, perseguido por las injurias y los insultos del populacho, que le tiraba piedras.

Mas de diez años se pasaron así. La secta era poco numerosa, y todo parecia indicar que la nueva religion acabaria por desaparecer, sin dejar huella, cuando Mahoma halló un apoyo inesperado, entre los Aus y los Khazradj, dos tribus que hácia el fin del siglo V habian quitado la posesion de Medina á otras judias.

Los Mequeses y los Medineses se odiaban porque pertenecian á razas enemigas. Ha-

bía dos en la Arabia; la de los Yemenitas y la de los Maáditas. Los Medineses pertenecian á la primera. A el ódio, los de la Meca juntaban el desprecio. A los ojos de los Arabes, que juzgaban la vida pastoral y el comercio como las solas ocupaciones dignas de un hombre libre, cultivar la tierra era una profesion envilecedora. Ahora bien, los Medineses eran agricultores y los Mequeses mercaderes. Y además habia gran número de judios en Medina; muchas familias de los Aus y de los Khazradj habian adoptado esta religion, que los antiguos señores de la ciudad, reducidos ahora á la condicion de «clientes,» habian conservado, Así, aunque la mayor parte de las dos tribus dominantes, parece haber sido idólatra como los Mequeses, estos miraban á toda la poblacion como judía, y la menospreciaban por consiguiente.

En cuanto á Mahoma participaba de las prevenciones de sus conciudadanos, contra los Yemenitas y los agricultores. Se cuenta que oyendo recitar á uno este verso: «Yo soy Himyarita, mis abuelos no eran ni de Rabia ni de Modhar,» Mahoma le dijo: «Tanto peor para tí! este origen te eleja de Dios y de su Profeta.» (1) Se dice tambien

(1) «Raihan», fól. 105 v.

que viendo la reja de un arado en la morada de un Medinés, dijo á este último: «Nunca semejante objeto entra en una casa sin «que la deshonra no entre con él.» (1) Pero desesperado de convertir á su doctrina á los mercaderes y á los nómadas de su propia raza, y creyendo su vida amenazada despues de la muerte de su tio y su protector Abu-Talib, se vió reducido á olvidar sus prejuicios y á aceptar apoyo de cualquiera parte que viniera. Recibió, pues, con alegria, las insinuaciones de los Arabes de Medina, para los cuales, las malas pasadas y las persecuciones que habia sufrido de los Mequeses, eran su mayor recomendacion y su mejor título.

El gran «juramento de Acaba» unió para siempre la suerte de los Medineses, á la de Mahoma. Rompiendo un lazo que los Arabes respetan mas que ningun otro el Profeta se separó de su tribu, vino á establecerse en Medina con sus sectarios de la Meca que tomaron desde entonces el nombre de «Refugiados,» desencadenó contra sus contributos la lengua mordáz de los poetas Medineses, y proclamó la guerra Santa. Animados por un celo entusiasta y menospreciando la

(1) Ibn-Khaldum, «Proleg.» (XVII.) p. 296.

muerte, porque estaban seguros de ir al Paraiso si eran muertos por los idólatras, los Aus y los Khazradj, confundidos entonces bajo el nombre de «Defensores,» hicieron prodigios de valor. La lucha entre ellos y los paganos de la Meca, se prolongó durante ocho años. En este intérvalo, el terror que las armas musulmanas difundian por todas partes, decidió á muchas tribus á que adoptasen la nueva creencia; pero las conversiones espontáneas, sinceras y durables, fueron pocas. En fin, la conquista de la Meca vino á poner el sello al poder de Mahoma. Los Medineses se habian prometido hacer pagar caro en este dia á los orgullosos mercaderes su insoportable menosprecio: «Hoy es el dia de la matanza; el «dia en que nada será respetado!» habia dicho el jefe de los Karzradj. La esperanza de los Medineses fué burlada: Mahoma quitó el mando á aquel jefe, y ordenó á sus generales la mayor moderacion. Los Mequeses asistieron silenciosos á la destruccion de los ídolos de su templo, verdadero panteon de la Arabia que encerraba 360 divinidades, adoradas por otras tantas tribus, y con la ira en el pecho, reconocieron en Mahomo al enviado de Dios; prometiéndose inte-

riormente, vengarse un dia de aquellos rústicos, de aquellos judíos de Medina, que habian tenido la insolencia de vencerlos.

Despues de la toma de la Meca, las tribus aun idólatras, pronto conocieron que ya la resistencia era imposible, y la amenaza de una guerra de esterminio les hizo adoptar el Islamísmo, que los generales de Mahoma les predicaban con el Coran en una mano y la cimitarra en la otra. Una conversion bastante notable fué de los Thakif, tríbu que habitaba en Taif, y que antes habian arrojado á pedradas al Profeta. Por boca de sus enviados anunciaron que estaban dispuestos á hacerse musulmanes; pero á condicion de conservar á su ídolo Lat, durante tres años y de no orar. «Tres años de idolatria es demasiado, y ¿qué es una religion sin oraciones?» les dijo Mahoma. Entónces los enviados redujeron su demanda, se regateó mucho tiempo, en fin, las dos partes contratantes se fijaron en condiciones tales como estas: los Thakif no pagarán diezmos, no tomarán parte en la guerra Santa, no se prosternarán durante la oracion; conservarán á Lat un año, y pasado este término no serán obligados á destruir este ídolo con sus propias manos. Sin embargo, Mahoma con-

servaba algunos escrúpulos; temia el qué dirán. «Que semejante consideracion no os «detenga, le digeron entonces los enviados. «Si los Árabes os preguntan porqué habeis «hecho semejante tratado, no teneis mas «que contestarles: «Dios me lo ordenó.»

Habiendo parecido al Profeta este argumento perentorio, se puso en seguida á dictar un acta que comenzaba así: «En el nom-«bre de Dios clemente y misericordioso: por «este acto ha sido convenido entre Mahoma «el enviado de Dios y los Thakif, que estos «no serán obligados ni á pagar diezmos ni á «tomar parte en la guerra Santa.....»

Habiendo dictado estas palabras, la vergüenza y los remordimientos impidieron proseguir á Mahoma. «Ni á prosternarse du-«rante la oracion,» dijo entonces uno de los enviados. Y como Mahoma persistiera en guardar silencio: «Escribe, es lo conve-«nido,» replicó el Thakifita, dirigiéndose al escribiente. Este miró al Profeta de quien esperaba la órden. En este momento el fogoso Omar, testigo hasta entonces mudo de esta escena, tan ofensiva para el honor del Profeta, se levantó, y tirando de su espada: —Habeis mancillado el corazon del Profeta, dijo; que Dios abrase los vuestros con el fuego.

—No hablamos con vos, replicó el diputado Thakifita, sin inmutarse, sino á Mahoma.

—Bien, dijo entonces el Profeta: no quiero semejante tratado. Teneis que abrazar el Islamismo, pura y simplemente, y observar todos sus preceptos sin escepcion; de lo contrario preparaos á la guerra.

—Por lo menos permitidnos guardar á Lat todavia, durante seis meses, dijeron los Thakifitas, contrariados.

—No.

—Durante un mes siquiera.

—Ni durante una hora.

Y los enviados volvieron á su tribu acompañados de soldados musulmanes que destruyeron á Lat, en medio de las lamentaciones y de los gritos de desesperacion de las mugeres. (1)

Y sin embargo, esta estraña conversion fué la mas duradera de todas. Cuando mas tarde la Arabia entera, abjuró el Islamismo, los Thakifitas le permanecieron fieles. ¿Qué debe, pensarse pues, de las otras conversiones?

Para apostatar solo se esperaba la muerte de Mahoma. Muchas provincias no tuvie-

(1) Sprenger, «Life of Mohammed,» p. 186; Caussin. t. III, p. 288.

ron paciencia para tanto; las nuevas de su enfermedad bastaron para hacer estallar la revolucion, en el Nadjad, en el Yemana y en el Yemen. Cada una de estas tres provincias tuvo su pretendido profeta, émulo y rival de Mahoma, quien supo en su lecho de muerte, que el jefe de la insurreccion del Yemen Aihala el negro, señor que juntaba á inmensas riquezas una elocuencia arrebatadora, habia arrojado á los empleados musulmanes y se habia apoderado de Nadjran; de Sana, de todo el Yemen en fin.

Así vacilaba ya el inmenso edificio cuando Mahoma lanzó el último suspiro. (632) Su muerte fué la señal de una insurreccion formidable y casi universal. Donde quiera, lós insurgentes llevaban la mejor parte; todos los dias se veian entrar en Medina empleados musulmanes, Refugiados y Defensores arrojados por los rebeldes de sus distritos, y las tribus mas próximas se preparaban á sitiar á Medina.

Digno sucesor de Mahoma, y lleno de confianza en los destinos del Islamismo, el Califa Abu-Becr no vaciló un momento, en medio de la gravedad del peligro. No tenia ejército. Fiel á la voluntad de Mahoma, lo habia enviado á la Siria, apesar de las re-

clamaciones de los musulmanes, que preveyendo los riesgos que les amenazaban, le habian suplicado dilatara esta espedicion. «No revocaré una órden dada por el Profe«ta, habia contestado. «Aunque Medina «quedara espuesta á la invasion de las fie«ras, esas tropas han de cumplir la volun«tad de Mahoma.» Si hubiera consentido en transigir, hubiese podido comprar con algunas concesiones la neutralidad ó la alianza de muchas tribus del Nadjd, cuyos diputados vinieron á proponerle que, si queria eximirlos del impuesto, continuarian rezando las oraciones musulmanas. Los musulmanes principales eran de opinion de no disgustar á estos diputados. Solo Abu-Becr rechazó todaclase de transaccion, como indigna de la santa causa que iban á defender. «La ley «del Islamismo, dijo, es una é indivisible, y «no admite distincion entre sus preceptos.» —«Tiene él solo mas fé que todos nosotros «juntos», dijo entónces Omar. Decia bien, el secreto de la fuerza y de la grandeza del primer Califa consistia en esto. Segun el testimonio del mismo Mahoma, todos sus discipulos habian dudado un instante antes de reconocer su mision, excepto Abu-Becr. Sin una originalidad bien caracterizada, sin ser

un grande hombre, era el hombre de la situacion, peseia lo que en otro tiempo habia dado á Mahoma la victoria, lo que faltaba á sus enemigos: una conviccion inquebrantable.

Hubo poca union en el ataque de los insurgentes, que ya divididos entre sí, se degollaban unos á otros. Abu-Becr, que habia hecho armar á todos los hombres que se hallaban en estado de combatir, tuvo tiemdo de rendir á las tribus mas vecinas. Luego, cuando las tribus fieles del Hidjaz hubieron suministrado su contigente de hombres y caballos, y volvió del Norte el ejército principal, trayendo de su espedicion un botin considerable, tomó atrevidamente la ofensiva y dividió sus tropas en muchas divisiones, que poco numerosas al partir engrosaron en el camino por la reunion de una multitud de Árabes á que el miedo ó la esperanza del despojo atrajeron á las banderas musulmanas. En el Nadjd, Khalid, tan sanguinario como intrépido, atacó las hordas de Tolaiha, que antes «contaba por miles «los hombres en su ejército,» pero que esta vez, olvidando su deber de guerrero y no recordando mas que su papel de profeta, esperaba lejos del campo de batalla, y en-

vuelto en su manto, inspiraciones del cielo. Por mucho tiempo las esperó en vano; pero cuando sus tropas comenzaron á huir recibió la inspiracion. «Haced lo que yo si po- «deis» gritó á sus compañeros, y saltando sobre su caballo escapó á rienda suelta. Aquel dia los vencedores no hicieron prisioneros. «Destruid á los apóstatas sin piedad, «con el hierro, con el fuego, con todo género «de supliciosl» hé aquí las instrucciones que Abu-Becre habia dado á Khalid.

Precedido de la fama de sus victorias y de sus crueldades Khalid, marchó contra Moselima, el Profeta del Yemana, que acababa de derrotar dos ejércitos musulmanes, uno en pos de otro. La pelea fué terrible. Al principio los insurrectos llevaron ventajal penetrando hasta la misma tienda de Khalid. Sin embargo, este general logró rechazarlos á la llanura que separaba entrambos campos. Despues de muchas horas de tenáz resistencia, los insurgentes fueron derrotados en todas partes. «¡Al campamento! ¡al campamento!» gritan, y se retiran á un vasto recinto ceñido de un grueso muro, y defendido por una puerta sólida. Síguenlos los musulmanes, sedientos de sangre. Con una audacia inaudita; dos de ellos escalan la muralla,

y se dejan caer en el interior para abrir la puerta. El uno acribillado de heridas sucumbe al instante; mas feliz el otro, coje la llave y la arroja por el muro á sus comñeros. Abrese la puerta, y los musulmanes penetran como un torrente. Entónces comienza una horrible carniceria en esta palestra en que era imposible la fuga. En esta «Palestra de la muerte» los insurgentes en número de diez mil fueron degollados hasta el último.

Mientras que el feróz Kalid ahogaba así en torrentes de sangre, la insurreccion de la Arabia Central, otros generales hacian otro tanto en las provincias del Mediodia. En el Bahren el campamento de los Bacritas fué sorprendido durante una orgía, y ellos pasados á cuchillo. Sin embargo, algunos que tuvieron tiempo de huir, alcanzaron la orilla del mar y se refugiaron en la isla de Daren. Pronto los musulmanes vinieron á sitiarlos y los degallaron á todos. Igual carniceria en el Oman y en el Mahra, en el Yemen y en el Hadhramot. Aquí los restos de las bandas de Aihala-el-Negro despues de haber pedido en vano cuartel al general musulman, fueron esterminados; allí el comandante de una fortaleza, no pudo obte-

ner, rindiéndose, mas que una promesa de amnistía para diez personas, el resto de la guarnicion perdió la vida; en otra parte, un camino entero quedó por mucho tiempo infestado por las emanaciones pútridas que exhalaban los innumerables cadáveres de los insurgentes.

Si estos mares de sangre no convencieron á los Arabes de la verdad de la religion predicada por Mahoma, les hicieron reconocer al ménos en el Islamismo un poder irresistible, y en algun modo sobrenatural. Diezmados por la espada, llenos de terror y de asombro se resignaron á ser musulmanes, ó al menos á parecerlo, y el Califa para no dejarles tiempo de volver del susto, los lanzó de seguida sobre el imperio romano y la Persia, es decir, sobre dos Estados fáciles de conquistar, porque estaban hacia mucho tiempo desgarrados por la discordia, enervados por la servidumbre, ó gangrenados por todos los refinamientos de la corrupcion. Inmensas riquezas y vastos dominios indemnizaron á los Arabes de su sumision á la ley del Profeta de la Meca.

No se pensó ya en apostatar:—la apostasía era la muerte;—sobre este punto la ley de Mahoma era inexorable—mas tambien se

pensó rara vez en la piedad sincera, en el celo por la fé.—Por los medios mas horribles y mas atroces se habia obtenido la conversion aparente de los Beduinos; era lo suficiente, era todo lo que se tenia derecho á esperar de parte de estos desgraciados, que habian visto perecer á sus padres, á sus hermanos y á sus hijos por la espada de Khalid ó de otros piadosos verdugos émulos suyos. Por mucho tiempo las masas neutralizaron con su resistencia pasiva las medidas que tomaban los musulmanes fervientes para instruirlos; no conocian los preceptos de la religion, y no se cuidaban de conocerlos. Bajo el Califado de Omar I un Arabe anciano habia convenido con un jóven que le cederia su muger cada dos noches y qué el jóven en cambio le guardaría su rebaño. Habiendo llegado á oidos del Califa este pacto singular, hizo comparecer á los dos y les preguntó si nó sabian que el Islamismo prohibia dividir su mujer con otro. Ellos juraron que no lo sabian. (1) Otro se habia casado con dos hermanas: «No sabes, le preguntó el Califa, que la religion no permite hacer lo que has

(1) Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as Cham,» p. 238, 239.

hecho?—Nó, le respondió el otro: lo ignoraba completamente, y confieso que no veo nada de reprensible en el acto que condenais. —El texto de la ley es sin embargo terminante. Repudia enseguida una de las dos hermanas, ó te corto la cabeza.—¿Hablais formalmente?—Muy formalmente.—Pues es una religion detestable la que prohibe semejantes cosas, y yo jamás he sacado de ella provecho alguno! »El infelíz no presumia tan grande era su ignorancia, que hablando así se esponía á ser decapitado como blasfemo ó como apóstata. (1) Un siglo despues ninguna de las tribus árabes establecidas en Egipto sabia aun lo permitido ni lo prohibido por el Profeta: se hablaba con entusiásmo de los antiguos tiempos, de las guerras y de los héroes del paganismo, pero ninguno hablaba de religion. (2) Hácia la misma época los Arabes acantonados en el norte del Africa, estaban en el mismo caso, poco más ó menos. Estas buenas gentes bebian vino sin sospechar siquiera que Mahoma lo hubiera prohibido. Lo estrañaron mucho cuando los misioneros enviados

---

(1) Abu-Ismael al-Bazri, p. 237.
(2) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 343.

por el Califa Omar II fueron á decírselo. (1) Habia tambien musulmanes que no conocian del Coran más que las palabras: «En el nom-«bre de Dios clemente y misericordioso.» (2)

¿Hubiera sido mayor el celo para la fé si los medios empleados para la conversion hubieran sido ménos execrables? Es posible, pero nó seguro. En todos tiempos ha sido sumamente dificil vencer la tibieza religiosa de los Beduinos. En nuestros dias los Wahabitas, secta rígida y austera que proscribe el lujo y las superticiones con que el Islamismo se ha manchado con el trascurso del tiempo, secta que ha tomado por divisa: el Coran y nada mas que el Coran,» como Lutero habia tomado por la suya «la «Biblia y nada más que la Biblia,»—en nuestros dias los Wahabitas han ensayado, pero en vano, arrancar á los Beduinos de su indiferencia religiosa. Raras veces han apelado á la violencia, y si han encontrado devotos partidarios entre los Arabes sedentarios, nó así entre los Beduinos, que han conservado el carácter árabe en toda su pureza. Aunque convinieran en miras políticas con los nova-

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 34.
(2) Nœldeke, »Geschichte des Qoráns, p. 204.

dores, aunque las tribus colocadas más inmediatamente bajo la inspeccion de los Wahabitas, se vieran obligadas á observar con mas exactitud los deberes religiosos, y aunque algunos de ellos, por su interés aparentasen un celo próximo al fanatismo— los Beduinos no se hicieron por eso mas religiosos en el fondo, y tan luego como el poder de los Wahabitas fué anonadado por Mohammed-Alí, se apresuraron á dejar unas ceremonias que los aburrian en estremo. (1) «Hoy dice un viajero moderno, poca ó ninguna religion se encuentra en el Desierto; allí nadie se cuida de las leyes del Coran.» (2)

Por lo demás, si los Arabes aceptaron la revolucion como un hecho consumado, del que era imposible retroceder, no perdonaron á los que la habian realizado, ni menos se conformaron con la gerarquía social que de ella derivaba. La oposicion tomó, pues, otro carácter, de lucha de principios se trocó en querella personal.

Hasta cierto punto las familias nobles, es decir, aquellas que durante muchas gene-

(1) Burckhardt, p, 160.
(2) Burton, «Pilgrimage,» t. II, p. 86, 109.

raciones habian estado á la cabeza de sus tribus, no sufrieron á consecuencia de la revolucion. Cierto es que la opinion de Mahoma sobre la existencia de la nobleza habia vacilado. Ya predicaba la igualdad completa, ya reconocia la aristocracia. Habia dicho: «No mas soberbia pagana, no mas orgullo fundado en los abuelos! Todos los hombres son hijos de Adan, y Adan fué formado del polvo: el mas estimable á los ojos de Dios es el que lo teme mas.» (1) Habia dicho tambien: «Los hombres son iguales como los dientes de un peine; la fuerza de la constitucion produce solo la superioridad de los unos sobre los otros.» (2) Pero en cambio tambien habia dicho: «Los que eran nobles bajo el paganismo, quedan nobles bajo el Islamismo, si ellos prestan homenaje á la verdadera sabiduria,» (es decir, si se hacen musulmanes.) (3) Así Mahoma tuvo alguna vez el capricho de abolir la nobleza pero no se atrevió ó no pudo hacerlo. Subsistió pues la nobleza, conservó sus prerrogativas y permaneció á la cabeza de las tri-

(1) Caussin, t. III, p. 231.
(2) Caussin, t. III, p. 507.
(3) Ibn-Khaldum «Prologeménes» (XVI). pág. 243.

bus; porque Mahoma lejos de pensar en hacer de los Árabes una verdadera nacion, lo que hubiera sido imposible, conservó aquella organizacion que hizo emanar de Dios mismo. (1) y no viviendo mas que para sí, cada una de estas pequeñas sociedades, solo de sí misma se ocupaba, no interesándose por otros negocios que los que les concernian. En la guerra formaban cuerpos separados, con bandera propia, que llevaba el jeque ó el guerrero designado por él, (2) en las ciudades, cada tribu tenia su barrio (3) su caravanserrallo, (4) y hasta su cementerio. (5)

Verdad es que el derecho de nombrar jeque de tribu pertenecia al Califa; pero es necesario distinguir aquí entre el derecho y el hecho. En primer lugar, el Califa no podia

---

(1) Véase el Coram, sur 49, vs. 13.

(2) Véanse los ejemplos que he citado en mis «Recherches)» t. I, p, 87, nota 2.

(3) Véase el «Cartás» p. 25, Iztakhri, p. 26, Ahmed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan» fól. 52 v. (artículo sobre Cufa.»

(4) Ahmed ibn-abi-Yacub, fól. 64 v.: dja ála licolli cabílatin mahrasan.

(5) Ahmed ibn-abi-Yacub fól. 53. v,: wacanat-licolli capílatin djabbanaton to'rafo bihim wabiroasa-ihim.

dar el mando de una tribu mas que á persona que formará parte de ella, porque los Arabes obedecian á regañadientes á un «extrangero,» ó no le obedecian. Asi Mahoma y Abu-Becr, conformándose casi siempre á esta costumbre, (1) investian con esta autoridad aquellos hombres cuya influencia personal era ya conocida, y bajo Omar se vé á los Arabes exigir como derecho no tener por jeques más que contribunos. (2) Pero de ordinario las tribus elegian por sí sus jeques, (3) y el Califa se limitaba á confirmar su eleccion, (4) uso que én el siglo presente ha sido observado tambien por el príncipe Wahabita. (5)

La antigua nobleza habia conservado su posicion; pero sobre ella se levantaba otra.

---

(1) véanse los ejemplos en Ibn-Cotaiba, p. 121, Tabarí, t. I, p. 80, t. II, p, 4.

(2) Véase Tabarí, t. II, p. 206, 208, 210, 224.

(3) Véase Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» p. 208, 209,

(4) Así es como debe entenderse la frase: «fulano «se presentó con sus contributos á Omar, que le dió «el mando de su tribu,» frase que se encnentra en diversas ocasiones en Tabarí, t. II, p. 210, Véase tambien Abu Ismael al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» pág. 45.

(5) Burckardt p. 295.

Mahoma y sus dos inmediatos sucesores confiaron los puestos mas importantes, tales como el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias á los antiguos musulmanes, á los Emigrados y á los Defensores. (1) Bien lo necesitaba, pues que eran casi los únicos musulmanes sinceros, los únicos, á los que pudiaran confiarse el gobierno temporal y espiritual. ¿Qué confianza podia tenerse en jeques de tribus siempre poco ortodoxos y á veces ateos; como aquel Oyena jeque de los Fazara, que decia: «Si Dios existiera yo le juraría por su nombre que nunca «hé creido en él?» (2) La preferencia concedida á los Emigrados y Defensores, era pues, natural y legítima, pero no menos ofensiva para el orgullo de los jeques de tribu, que se veian postergados á ciudadanos, á agricultores, á hombres salidos de la nada. Sus contributos que identificaban siempre su honor con el de sus jeques, se indignaban igualmente esperando con impaciencia una ocasion favorable para apoyar con las armas las pretensiones de aquellos y acabar con esos devotos que habian degollado á sus parientes.

(1) Véase Tabari, t. II, p. 164 y passim.
(2) Tabari t. I, p. 110.

Iguales sentimientos de envidia y de ódio implacable animaban á la aristocracia de la Meca, de que eran jefes los Omeyas. Arrogante y orgullosa veia con mal disimulado despecho que los antiguos musulmanes formaban esclusivamente el Consejo del Califa. (1) Cierto que Abu-Becr quiso hacerla tomar parte en las deliberaciones, pero Omar se opuso enérgicamente á este designio, y su opinion prevaleció. (2) Veremos ahora cómo esta aristocracia trató primero de apoderarse del mando, sin recurrir á la fuerza, pero bien puede predecirse que si su tentativa se frustrara, habrá de encontrar fácilmente aliados contra Emigrados y Medineses, entre los jeques de las tribus beduinas.

---

(1) Véasc Abú-Ismael al-Bazri, p. 106, 162 1, 3.
(2) Abú-Ismael al-Bazri, p. 37-39.

III.

El Califa Omar, herido de muerte por el puñal de un artesano cristiano de Cufa, habia nombrado en sus últimos momentos candidatos al imperio, á los seis compañeros mas antiguos de Mahoma, entre los que se distinguia Alí, Othman, Zobair y Talha. Cuando Omar hubo lanzado su último aliento esta especie de cónclave se prolongó durante dos dias sin llegar á un acuerdo, pensando solo cada cual en hacer valer sus títulos y denigrar los de sus cólegas. Al tercer dia se convino en que uno de los electores que habia renunciado á sus pretensiones, nombrára Califa. Con gran disgusto de Alí, de Zobair y de Talha designó al Onmiada Othman (644).

La personalidad de Othman no justificaba esta eleccion, verdad es, que rico y generoso habia ayudado á Mahoma y á su secta con sacrificios pecuniarios; pero si á esto se añade que rezaba y ayunaba mucho, y que era la honradéz y la modestia misma, se han enumerado casi todos sus méritos. Su inteligencia, que no tuvo nunca gran altura, se encontraba ya debilitada por la edad, tenia setenta años, y su timidéz era tanta que cuando subió a la cátedra por primera vez, le faltó el valor para comenzar su plática. «Comenzar es muy dificil,» murmuró suspirando, y se bajó.

Desgraciadamente, este viejo septagenario tenia un gran flaco por su familia, y su familia era la aristocrácia de la Meca, que durante veinte años habia insultado, combatido y perseguido á Mahoma. Bien pronto ella lo dominó completamente. Su tio Haquem, y sobre todo Merwan, hijo de este último, gobernaron de hecho, no dejando á Othoman mas que el título de Califa y la responsabilidad de medidas comprometedoras que ignoraba la mayor parte de las veces. La ortodoxia de estos dos hombres, sobre todo la del padre, era bastante sospechosa. Haquem no se convirtió hasta el

dia en que fué tomada la Meca, y luego habiendo revelado secretos que Mahoma le confiára, éste lo maldijo y lo desterró. Abu-Becr y Omar habian mantenido esta sentencia. Por el contrario Othman, despues de haber levantado al reprobo su destierro, le dió cien monedas de plata y una tierra que no era suya, sino del Estado. Además nombró á Merwan su secretario y su visir, lo casó con una de sus hijas y lo enriqueció con el botin de Africa. Prontos á aprovecharse de la ocasion, otros Onmiadas, jóvenes tan inteligentes como ambiciosos, pero hijos de los mas encarnizados enemigos de Mahoma, se apoderaron de los empleos mas lucrativos, con gran satisfaccion de las masas, contentas con cambiar viejos devotos, severos, rígidos, desapacibles y tristes, por caballeros alegres y divertidos; pero con gran disgusto de los musulmanes sinceramente religiosos, que esperaban hácia los nuevos gobernadores de las provincias una invencible aversion. ¿Quién entre ellos no recordaria con horror que Abu-Sofyán, padre de ese Moáwia que Othman habia elevado al gobierno de toda la Siria, mandaba el ejército que batió á Mahoma en Ohod y el que le habia asediado

en Medina? Jeque principal de los de la Meca, no se sometió sino cuando vió su causa perdida, cuando diez mil musulmanes iban á degollarlo á él y á los suyos, y aun entónces respondió á Mahoma que le intimaba lo reconociese como el enviado de Dios: «perdona mi sinceridad, sobre este punto yo conservo todavia alguna duda. —Dá testimonio del Profeta ó tu cabeza vá á rodar,» se le dijo entónces, y solo bajo esta amenaza, Abu-Sofyán se hizo musulman. Un momento despues, tan corto era de memoria, habia olvidado que lo era.... Y ¿quién no se acordaba de Hind, madre de Moawia, deaquella mujer atróz que se habia hecho con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod, collar y brazaletes, que habia abierto el vientre de Hamza, tio del Profeta arrancándole la hiel que habia despedazado con sus dientes? El hijo de tal padre y de tal madre, el hijo de «la comedora de hígado,» como se la llamaba, podia ser un síncero musulman? Sus enemigos negaban á voz en grito que lo fuera.

En cuanto al gobernador de Egipto (1)

(1) Abdallah ibn-Sad-ibu Abí-Sarh.

hermano de leche de Othman, era peor todavia. Su bravura no era contestable, pues habia batido al gobernador griego de la Numidia y obtenido una brillante victoria sobre la armada griega, muy superior á la suya; pero habia sido secretario de Mahoma, y cuando el Profeta le dictaba sus revelaciones, cambiaba de palabras, desnaturalizando el sentido. Habiendose descubierto este sacrilegio emprendió la fuga, y volvió á la idolatria. El dia de la toma de la Meca, Mahoma habia ordenado á los suyos matarle, aunque se hallare debajo de los velos que cubrian el templo. El apóstata se puso bajo la proteccion de Othman, quien lo llevó al Profeta, solicitando su perdon. Mahoma guardó un prolongado silencio.... «Le perdono, dijo al fin; pero cuando Othman se hubo retirado con su protegido, lanzando Mahoma á los que le rodeaban miradas de cólera, les dijo: «¿por qué se me comprende tan mal? guardaba silencio para que uno de vosotros se levantara y matara á ese hombre....» Y ahora era gobernador de una de las mas hermosas provincia del imperio.

Walid, hermano uterino del anciano Califa, era gobernador de Cufa; domó la rebe-

lion de Adzerbaidjan, cuando esta provincia trató de recobrar su independencia; sus tropas, reunidas á las de Moawia, tomaron á Chipre y á muchas ciudades del Asia menor: toda la provincia alababa la sabiduria de su gobierno, (1) pero su padre Ocba habia escupido en el rostro á Mahoma; en otra ocasion pretendió estrangularlo; luego, hecho prisionero por Mahoma, y condenado á muerte por él, habia esclamado: «¿quién recojerá á mis hijos cuando muera? El Profeta le respondió;—«El fuego del infierno.» Y su hijo, «el niño del infierno,» como se le llamaba, parecia haberse propuesto justificar esta prediccion. Una vez, despues de una cena, que, alegraba con el vino y la presencia de hermosas cantarinas, se habia prolongado hasta el clarear del alba, oyó al muecin anunciar desde lo alto del minarete la hora de la oracion matutina. Turbada aun la cabeza con los vapores del vino y sin otro vestido que su túnica, fué á la mezquita y recitó ,mejor que pudiera esperarse, la oracion acostumbrada, que por lo demás no dura mas que tres ó cuatro minutos, mas cuando la terminó, preguntó á la reunion,

(1) Véase Weil, «Geschichte del Chalifen» t. I, pág. 171, nota 2.

probablemente para demostrarle que no había bebido demasiado: «quereis otra?—Por Dios, gritó entonces un piadoso musulman que se hallaba detrás de él en primera fila: no esperaba otra cosa de un hombre como tú, pero no pensé que se nos enviára de Medina semejante gobernador»; y enseguida comenzó á desempedrar la Mezquita. Su ejemplo fué seguido por los concurrentes, que participaban de su celo y Walid, para no ser apedreado, tuvo que volver precipitadamente á su palacio, donde entró con paso vacilante, recitando estos versos de un poeta pagano: «Podeis estar seguros de en-«contrarme donde haya vino y cantadoras, «que no soy duro pedernal insensible á las «cosas buenas.» El gran poeta Hotaia parece haber encontrado la aventura muy graciosa. «El día del juicio, dice en sus versos, «Hotaia podrá certificar que Walid no mere-«ce en ningun modo la censura con que se «le abruma, que hizo despues de todo? Terminada la oracion, dijo, «quereis más?» Es «que estaba un poco alegre y no sabia lo que «se decia. ¡Afortunadamente te detuvieron, «Walid! Á no ser por eso hubieras estado «rezando hasta la consumacion de los siglos.» Verdad es que Hotaia, aunque poeta de pri-

mer órden, no era despues de todo mas que un impio, que abrazó y abjuró sucesivamente la fé musulmana. (1) Hubo, sin embargo en Cufa un pequeño número de personas que pagadas acaso por los santos varones de Medina, no pensaron como él. Dos de ellos marcharon á la capital para acusar á Walid. Othman reusó al principio escuchar su denuncia, pero intervino Alí y Walid fué destituido de su gobierno con gran disgusto de los Árabes de Cufa. (2)

No era la eleccion de gobernadores lo único que el partido piadoso echaba en cara al anciano Califa: reprochábale además haber maltratado á muchos compañeros del Profeta, haber renovado una costumbre pagana abolida por Mahoma y pensar en trasladar su residencia á la Meca, pero lo que menos le perdonaba era la nueva redaccion del Coran hecha por órden suya, no por los hombres mas instruidos, (pues hasta aquél que Mahoma habia designado como el mejor «lector» del Coran fué estraño á ella,) sino por los que le eran mas adictos y preten-

(1) Véase sobre Hotaia la nota de M. Caussin, «apud» de Slane. traduccion inglesa de Ibn-Kallican, t. I, p. 209.

(2) Masudi, man. 127, p. 185; «al-Mokhtar min nawadir al-akhbar» man. de Leiden 495, fol. 28 v.

der sin embargo, que esta redaccion era la única buena, habiendo ordenado quemar todas las restantes.

Resueltos á no tolerar por mas tiempo semejante estado de cosas, los antiguos competidores de Othman, Alí, Zobair y Talha que gracias al dinero destinado á los pobres que se habian apropiado, se habian enriquecidos tanto que no se contaba sino por millones, (1) sembraban oro á manos llenas á fin de suscitar revueltas en todas partes. Sin embargo no lo consiguieron mas que á medias, hubo aquí y allí algunos levantamientos parciales, pero las masas permanecieron fieles al Califa. En fin, contando con la voluntad de los Medineses, los conspiradores hicieron ir á la capital algunos centenares de esos Beduinos de estatura colosal y de rostro cetrino, que se hallaban siempre dispuestos á asesinar hasta á su padre por dinero. (2) Los que se apellidaban vengadores de la religion ultrajada, despues de haber maltratado al Califa en el templo, llegaron á sitiarlo en su palacio que solo estaba defendido por quinientos hombres,

(1) Véase Weil, t. I, p. 166.
(2) Véase Tabarí t. II, p. 250, 252.

esclavos la mayor parte, mandados por Merwan. Esperábase que Othman renunciaria voluntariamente al trono; esta esperanza fué defraudada: creyendo que no se atreverian á atentar á su vida ó contando con el socorro de Moawia, el Califa desplegó una gran firmeza. Fué, pues, preciso recurrir á los medios estremos. Despues de un asedio de muchas semanas, los bandidos penetraron en palacio por una casa contigua y degollaron al anciano octogenario que leia entonces piadosamente el Coran, y para coronar su obra saquearon el tesoro público. Merwan y los demás Onmiadas tuvieron tiempo de escaparse. (656)

Los Medineses, los Defensores (porque éste título pasó de los compañeros de Mahoma á sus descendientes,) dejaron hacer y la casa por donde los asesinos penetraron en palacio pertenecia á los Beni-Hazm, familia de los Defensores, que se señaló mas adelante por su ódio contra los Omeyas. Esta neutralidad intempestiva bastante parecida á la complicidad, le fué duramente reprochada por su poeta Hassan-Ibn-Thábit, decidido partidario de Othman, temeroso con razon de que los Onmiadas vengasen en sus contributos la muerte de su pariente. «Cuan-

do el venerable anciano vió levantarse á la muerte delante de sí, los Defensores no hicieron nada para salvarlo. ¡Ay! que bien pronto vá á resonar en nuestras moradas el grito de: Dios es grande! Venganza, venganza Othman! (1)»

Elevado Alí al Califado por los Defensores, destituyó á todos los gobernadores de Othman, y los reemplazó con musulmanes de antigua estofa, con Defensores sobre todo. Triunfaban los ortodoxos, iban á recobrar el poder y á anonadar á los nobles de las tribus y á los Onmiadas, aquellos convertidos de ayer, que creian ser los pontífices y los doctores de mañana.

Poco duró su regocijo: la division estalló en el mismo cenáculo. Comprando á los asesinos de Othman, cada uno de los triunviros habia contado con el califato. Engañados en sus esperanzas Talha y Zobair despues de haber sido obligados, puñal al pecho, á prestar juramento á su feliz competidor, dejaron á Medina para juntarse á la ambiciosa y pérfida Aixa, viuda del Profeta, que antes habia conspirado contra Othman, pero que escitaba ahora al pueblo á vengar-

(1) Masudi, p. 194; Ibn-Badrun, p. 148.

le y á levantarse contra Alí, á quien odiaba con toda la intensidad del orgullo herido, porque una vez en vida de su esposo se había atrevido á dudar de su virtud.

Cuál sería el resultado de la lucha que se iba á empeñar? Ninguna prevision bastaba para adivinarlo. Los confederados no tenian sino un escaso número de soldados; Alí no contaba bajo sus banderas mas que á los asesinos de Othman y á los Defensores. Era la nacion quien debía pronunciarse por uno de los dos partidos.

Y la nacion permanecía neutral. Á la noticia del asesinato del buen anciano, un grito de indignacion resonó en todas las provincias del vasto imperio, y si hubiera sido menos conocida la complicidad de Zobair y de Talha, acaso estos hubieran podido contar con la simpatía de las masas, ya que pretendian castigar á Alí. Pero su participacion en este crímen no era un misterio para nadie. «¿Será pues preciso, respondieron los Árabes á Talha, en la mezquita de Basora, será preciso enseñarte la carta en que nos escitabas á levantarnos contra Othman?—Y tú, dijeron á Zobair, no has inducido á la rebelion á los habitantes de Cufa?» Apenas hubo, pues, quien qui-

siera batirse por ninguno de estos dos hipócritas á quienes confundian en su comun desprecio. Esperando, procuraban conservar cuanto fuera posible el estado de cosas establecido por Othman y los gobernadores nombrados por él. Cuando el oficial á quien Alí habia dado el gobierno de Cufa, quiso presentarse en su destino, salieron á su encuentro los Árabes de esta ciudad y le declararon sin rodeos que exigian el castigo de los asesinos de Othman, que pensaban conservar al gobernador que tenian, y que á él le romperian la cabeza si no se marchaba al momento. El Defensor que debía gobernar la Siria fué detenido por algunos caballeros en la frontera. «Á qué vie-«nes aquí?» le preguntó el gefe.—Á ser tu emir.—Si es otro que Othman quien te envía, lo mejor que puedes hacer es volver piés atrás.—Acaso se ignora aquí lo que há pasado en Medina?—Lo sabemos perfectamente, y por eso te aconsejamos volverte por donde has venido.» El Defensor fué lo bastante prudente para aprovecharse del consejo.

En fin, Alí halló amigos de accidente, servidores de ocasion entre los Árabes de Cufa que ganó á su cáusa no sin trabajo, prome-

tiéndoles establecer en esta ciudad su residencia, elevandola así al rango de capital del imperio. Con su auxilio ganó «la batalla del camello» que le libró de sus competidores; Talha fué herido de muerte, Zobair asesinado en la fuga y Aixa solicitó y obtubo su perdon. Fué principalmente á los Defesores que formaban la mayor parte de la caballería, á quienes se atribuyó el honor de esta victoria (1).

Desde entonces quedó Alí dueño de la Arabia, del Irac y del Egipto, lo que quiere decir que su autoridad no era declaradamente desobedecida en estas provincias; pero si se le servía era con una frialdad estrema y una evidente aversion. Los Árabes del Irac, cuyo concurso le importaba más, sabian siempre encóntrar pretestos para no marchar cuando se les ordenaba: en invierno hacía demasiado frio, en verano demasiado calor. (2)

Solo la Siria reusaba constantemente reconocerle. Aunque Moawia hubiera querido no hubiese podido hacerlo sin mancillar

---

(1) Véase Masudi, p. 204-206

(2) Palabras del mismo Alí, hablando con los Árabes del Irac («apud» Reiske, nota sobre Abufeda, t. I, p. 67.)

su honor. Aun hoy dia el Fellah egipcio tan degenerado y oprimido como está, venga la muerte de sus parientes, mas que sepa ha de pagar con la cabeza (1) su venganza. ¿Podia, pues, Moawia dejar impune el asesinato de aquél cuyo abuelo era hermano del suyo? Podia someterse á el hombre que contaba entre sus generales los asesinos? Y sin embargo, no le arrastraba la voz de la sangre, sino una ardiente ambicion. Á quererlo hubiera podido salvar acaso á Othman, marchando con un ejército en su ayuda. Pero de qué le hubiera servido esto? Salvado Othman, hubiera quedado como estaba, gobernador de la Siria. Él mismo lo ha confesado: desde que el Profeta le dijo: «si obteneis el gobierno conduciros bien;» no habia tenido más fin, más anhelo, ni más pensamientos que obtener el califato. (2) Ahora le favorecian admirablemente las circustancias; despues de haberlo esperado todo á todo podia atreverse. Su designio iba á cumplirse: no mas temor, no mas escrúpulo, tenia á su disposision una justa cáusa, y podia contar con los Árabes de la Siria, suyos en cuerpo y alma. Cortés,

(1) Burckhardt, p. 178.
(2) Nawawí, p. 565.

amable, generoso, conocedor del corazon humano, dulce ó severo segun las circunstancias, habia sabido conciliarse su afecto y su respeto por sus cualidades personales. Habia además entre ambos comunidad de miras, sentimientos é intereses. Entre los Sirios el Islamismo habia quedado letra muerta, una fórmula vaga y confusa, cuyo sentido en ningun modo trataban de profundizar; repugnaban los deberes y los ritos que impone esta religion, profesaban ódio inveterado á los nuevos nobles que no tenian otros títulos para mandarlos, que el de haber sido compañeros de Mahoma, y echaban de menos la preponderancia de los jeques de tribu. Si los hubieran dejado, hubieran caido sobre las dos ciudades santas para saquearlas, incendiarlas y pasar sus habitantes á cuchillo. El hijo de Abu-Sofyan y de Hind, participaba de sus deseos, de sus aprensiones, de sus resentimientos y de sus esperanzas Hé aquí la verdadera razon de la simpatía que reinaba entre súbditos y príncipe, simpatia que se mostró de una manera conmovedora cuando Moawia, despues de un largo y glorioso reinado, exhaló el último suspiro y fué preciso tributarle los últimos honores. El emir á quien

Moawia habia confiado el mando hasta que Yezid, heredero del trono llegara á Damasco, ordenó que el féretro fuera llevado por los parientes del ilustre difunto; pero cnando en el dia de los funerales comenzó á desfilar el cortejo, dijeron los Sirios al emir: «Mientras que vivió el Califa hemos tomado «parte en todas sus empresas; nuestros han «sido sus goces y sus penas. Permitidnos «pues, que tambien ahora reclamemos nues«tra parte.» Y cuando el emir accedió á su peticion, todos quisieron tocar, aunque no fuera mas que con la punta de los dedos la caja en que descansaban los restos mortales de su amado príncipe, tanto, que desgarraron el paño mortuorio. (1)

Desde los primeros pasos Alí pudo convencerse de que los Sirios hacian suya la causa de Moawia. «Cada dia, le decian, vie«nen cien mil hombres á la Mezquita á llo«rar sobre la túnica ensangrentada de Oth«man, y todos han jurado vengarle de tí.» Seis meses habian pasado desde el asesinato, cuando Alí, vencedor en la «batalla del camello», intimó la sumision á Moawia, por última vez. Este, enseñando la túnica ensangrentada á los Árabes reunidos en la

(1) «Rahian,» fol. 200 r.

mezquita, les pidió su parecer. Mientras habló se le escuchó con un silencio respetuoso y solemne; cuando hubo concluido, uno de los nobles tomando la palabra en nombre de todos le dijo con esa deferencia que viene del corazon. «Príncipe, á tí te toca «aconsejar y mandar; á nosotros obedecer y «obrar.» En seguida se publicó por todas partes esta órden: «Que todo individuo que «se halle en estado de tomar las armas, «marche sin demora á sus banderas, y el «que á los tres dias no se presente en su «puesto, sea castigado con pena capital.» Ninguno faltó al llamamiento. El entusiasmo fué general y era sincero; íbase á combatir por una causa verdaderamente nacional. La Siria sola suministró mas soldados á Moawia, que dieron á Alí todas las otras provincias juntas. Este comparaba con dolor el celo y la lealtad de los Sirios á la tibia indiferencia de sus Árabes del Irac. «Cambiaria de buena gana diez de vosotros por uno de los soldados de Moawia, les dijo. (1) Por Dios! ha de triunfar el hijo de la comedora de hígado! (2).»

Parecia que la diferencia debia ventilarse

(1) Masudi, man. 537 «d,» fól. 159 r.
(2) Weil, t. I, p. 217, en la nota.

con la espada en las llanuras de Ciffin, en la orilla occidental del Eufrates. Sin embargo, desde que los dos ejércitos enemigos se encontraron frente á frente, pasaron muchas semanas en negociaciones infructuosas y en escaramuzas, que aunque sangrientas, no produgeron resultado alguno. Por ambas partes se evitaba todavia un combate general y decisivo. En fin, cuando frascasó toda tentativa de avenencia, se dió la batalla. Los antiguos compañeros de Mahoma combatieron en esta ocasion con la misma rabia fanática que cuando forzaban á los Beduinos á elegir entre el Mahometismo y la muerte. Á sus ojos, los Árabes de Siria eran verdaderamente paganos. «Os lo juro, decia Ammar, nonagenario entonces; nada podrá ser mas meritorio delante de Dios que combatir á esos impios. Si sus lanzas me matan moriré mártir de la verdadera fé. Seguidme compañeros del profeta! Las puertas del cielo se abren para nosotros, las hurís nos esperan!» (1) Y lanzándose en lo mas recio de la pelea combatió como un leon hasta que espiró acribillado de heridas. Por su parte los Árabes del Irac, viendo que

(1) Weil, t. I, pág. 225.

se trataba de su honor combatieron mejor de lo que se hubiera creido, y la caballeria de Alí dió una carga tan vigorosa que los Sirios perdieron terreno. Viendo la batalla perdida, Moawia ponía ya el pié sobre el estribo para emprender la fuga, cuando se le acercó Amr hijo de Ací.

—Y bien le dijo el príncipe, tú que te vanaglorias de saber salir siempre de un apuro, has hallado algun remedio á la desdicha que nos amenaza? Acuérdate que te he prometido el gobierno del Egipto en caso de que triunfara, y dime lo que debo hacer. (1)

—Preciso es, le respondió Amr, que mantenia inteligencia en el egército de Alí, preciso es ordenar á los soldados que tengan un ejemplar del Coran, que lo aten á la punta de sus lanzas, y vos direis al mismo tiempo que apelais á la decision del libro. El consejo es bueno, yo os respondo de ello.

En la hipótesis de una derrota eventual, Amr había concertado ántes esta escena teatral con muchos gefes del ejército enemigo, (2) de los cuales el principal era

(1) «Raihan,» fól. 197, Masudi, fól. 231 r.
(2) Véase á Weil, t, I, p. 227.

Achath, el hombre mas pérfido de esta época. No tenia motivo para estar demasiado ligado al Islamismo ni á sus fundadores; este Achath que cuando era todavia pagano y gefe de la tribu de Kinda llevaba orgullosamente el título de rey, y cuando hubo adjurado el Islamismo bajo Abu-Becr, vió á los musulmanes cortar la cabeza á todos los que guarnecian su fortaleza de Nodjair.

Moawia siguió el consejo que le habia dado Amr, y ordenó atar los Coranes á las lanzas. El santo libro era escaso en aquel ejército de ochenta mil hombres; apenas se hallaron quinientos ejemplares. (1) Pero esto bastó á los ojos de Achath y de sus amigos que, cercando al Califa le dijeron:

—«Aceptamos la decision del libro de Dios, queremos una suspension de armas!

—Es un ardid, un lazo infame dijo Alí trémulo de indignacion; ¿acaso saben lo que es el Coran esos Siríos que violan sin cesar sus mandamientos?

—Pero puesto que combatimos por el libro de Dios, es fuerza que no le recusemos.

—Nos batimos para obligar á estos hombres á someterse á las leyes de Dios; ellos

(1) Maeudi, fól. 231 r.

se han levantado contra el Omnipotente y arrojado léjos de sí su santo libro. ¿Creeis que ese Moawia, y ese Amr, y ese «hijo del infierno» y todos los que le siguen, creeis que se cuidan ellos de la religion ni del Coran? Yo los conozco mejor que tú, yo los he conocido cuando niños, y los he conocido cuando hombres, y hombres y niños fueron siempre unos malvados. (1)

—No importa, ellos apelan al libro de Dios y vos á la espada.

—Ay! bien veo que quereis abandonarme. Id, pues, id á juntar los restos de la coalicion formada en otro tiempo para combatir á nuestro Profeta! Idos á reunir con esos hombres que dicen: «Dios y su Profeta impostura y mentira!»

—Enviad inmediatamente á Achtar (el general de caballeria) la órden de batirse en retirada, si nó os espera la suerte de Othman. (2)»

Conociendo que no retrocederian, caso de necesidad, ante la egecucion de esta amenaza, Alí cedió. Dió la órden de retirada al general victorioso, que entretanto perseguía á los enemigos, picándoles la retaguardia.

(1) Masudi, fól. 232 r y v.
(2) Chahrastaní, p. 85, 86.

Pero Achtar reusó obedecer. Entónces comenzó un nuevo tumulto. Alí reiteró su órden. «Mas el Califa no sabe, contestó el bravo Achtar, que la victoria es nuestra? Me obligará á volver atrás en el momento mismo en que el enemigo vá á esperimentar una completa derrota?—Y de qué serviria tu victoria? le respondió uno de los mensajeros, Arabe del Irac, si Alí fuerà muerto entretanto?»

Á despecho suyo, el general mandó tocar retirada.

Este dia, el ex-rey de los Kinda pudo saborear las dulzuras de la venganza; él fué el que comenzó la ruina de aquellos piadosos musulmanes que le habian despojado de su reino, y degollado á sus contributos en Nodjair. Alí lo envió á Moawia, para preguntar á este cómo entendia que la discordia se habia de decidir por el Coran. «Alí y yo, respondió Moawia, nombrarémos un árbitro cada uno. Estos dos árbitros decidirán, segun el Coran cuál de nosotros tiene mas derecho al califato: «en cuanto á mí, elijo á Amr hijo de Ací.»

Cuando Achath hubo trasmitido esta respuesta á Alí, éste quiso nombrar á su primo Abdallah hijo de Abbás. No se le permitió:

este próximo pariente le dijeron, será demasiado parcial. Despues cuando Alí propuso á su bravo general Achtar: Quién sino él lo ha puesto todo en combustion? dijeron. «No queremos, decia el pérfido Achath, no queremos mas árbitro que Abu-Muza.

—Pero este hombre me guarda rencor porque le he quitado el gobierno de Cufa, contestó Alí, me ha hecho traicion, ha impedido á los Árabes del Irac seguirme á la guerra, cómo puedo confiarle mis intereses?
—No queremos mas que á ese, le contestaron, renovando las amenazas mas horribles. En fin, Alí cansado de la porfía, dió su consentimiento.

Al punto, doce mil soldados abandonaron su cáusa, despues de haber intentado en vano, hacer que declarase nulo el tratado que acababa de concluir, que consideraban un sacrilegio, pues que la decision de la diferencia no pertenecía á los hombres, sino solo á Dios. Acaso habia traidores entre ellos, si es cierto como se asegura que Achath era de aquel número; mas la mayor parte eran «piadosos lectores del Coran,» muy devotos de la religion, muy ortodoxos, pero que comprendian la ortodoxia de otro modo que Alí y la nobleza medinesa. Indig-

nados hacia mucho tiempo, de la depravacion y de la hipocresía de los compañeros de Mahoma, que se servian de la religion como medio para realizar sus proyectos de ambicion mundana, estos «no-conformistas,» (1) habian resuelto separarse de la iglesia oficial á la primera ocasion. Republicanos y demócratas en religion como en política, y moralistas austeros pues que asimilaban el pecado grave á la incredulidad, presentaban muchos puntos de contacto con los Independientes ingleses del siglo XVII, con el partido de Cromwel. (2)

El árbitro nombrado por Alí, fué engañado por su cólega, segun unos; segun otros, engañó á su señor. Sea lo que quiera, la guerra volvió á comenzar, Alí esperimentó desgracia sobre desgracia, revés sobre revés. Su felíz rival le quitó primero el Egipto, luego la Arabia. Dueño de Medina, el general sirio dijo desde el púlpito: «Ausitas «y Kazradjitas! ¿Dónde está ahora el vene«rable anciano que ocupaba este lugar?..... «Por Dios! si no temiera la cólera de Moa«wia mi señor, no habia de perdonar á nin-

(1) En árabe «Khawaridj.»
(2) Mas adelante, tendremos ocasion de volver á ocuparnos de esta notable secta.

«guno de vosotros!... Prestad juramento á «Moawia, sin segunda intencion y os reci«birá en su gracia.» La mayor parte de los Defensores estaban entonces en el ejercito de Alí; los demás se dejaron arrancar el juramento. (1)

Poco despues Alí pereció victima de la venganza de una jóven no conformista, cuyo padre y hermano había hecho decapitar y que pedida en matrimonio por su primo exijió como precio de su mano la cabeza del Califa. (661)

Su hijo Hasan fué el heredero de sus pretensiones al califato. Era poco á propósito para jefe de un partido: indolente y sensual, prefería una vida dulce, tranquila y opulenta, á la gloria, al poder y á los cuidados del trono. El verdadero jefe del partido fué desde aqui en adelante el Defensor Cais, hijo de Sad, hombre de colosal estatura, de formas atléticas, tipo magnifico de la fuerza material, y que se habia distinguido en cien batallas, por su gran valor. Su piedad era ejemplar: en ocasiones cumplia sus deberes religiosos con peligro de su vida. Un dia que se inclinaba haciendo oracion, vió una gran serpiente en el sitio

(1) Weil, t. I, p. 246.

en que iba á poner la cabeza. Demasiado escrupuloso para interrumpir su plegaria, la continuó, colocando tranquilamente la cabeza al lado del reptil. La serpiente le rodeó el cuello, pero sin hacerle daño. Cuando concluyó su rezo, cogió la serpiente y la arrojó á lo léjos. (1) Este devoto musulman odiaba á Moawia, no solo porque lo miraba como el enemigo de sus contributos en general, y de su familia en particular, sino tambien porque lo tenia por incrédulo, no habiendo nunca querído convenir en que Moawia fuese musulman. Estos dos hombres se detestaban tanto, que cuando Cais era todavia gobernador de Egipto por Alí, entablaron correspondencia únicamente para tener el gusto de injuriarse El uno ponia á la cabeza de su carta: «Judio, hijo de judio!» y el otro le contestaba: «Pagano, hijo de pagano! Has adoptado el Islamismo á tu pesar, por miedo, pero lo has abandonado con plena voluntad. Tu fé; si tienes alguna, es de ayer, pero tu hipocresia es ya antigua.» (2)

Desde el principio Hasan disimuló muy mal sus intenciones pacíficas. «Tended la

(1) Masudi, p. 278.
(2) Mobarrad, p. 304, 305; Masudi, p. 277.

«mano, le dijo Cais, yo os prestaré juramen-
«to cuando hayais jurado antes conformaros
«al libro de Dios como á leyes dadas por el
«Profeta y combatir á nuestros enemigos.—
«Juro, respondió Hasan, conformarme á lo
«que es eterno, al libro de Dios y á las leyes
«del Profeta. Vos os obligareis por vuestra
«parte á obedecerme, combatireis á los que
«yo combata y hareis la paz cuando yo la
«haga.» Se le prestó juramento, pero sus palabras habian producido muy mal efecto. «No es este el hombre que necesitamos, se «decian, no quiere la guerra.» Para los Defensores todo estaba perdido si Moawia triunfaba. No tardaron en realizarse sus temores. Durante muchos meses, aunque Hasan pudo disponer de un ejército bastante considerable, permaneció inactivo en Madaín; probablemente trataba ya con Moawia. Al fin envió á Cais hácia la frontera de Siria, pero con tan pocas tropas que el bravo defensor fué abrumado por el número. Habiendo llegado los fugitivos á Madaín en el mayor desórden, maltrataron á Hasan que si no los habia entregado al enemigo, jugaba por lo menos un papel ambigüo. Entonces Hasan se apresuró á concluir la paz con Moawia, obligándose á no preten-

der el califato. Moawia le aseguró una magnífica pension y prometió la amnistia á sus partidarios.

Todavia sin embargo, Cais contaba bajo sus órdenes cinco mil hombres, que á la muerte de Alí se habian afeitado la cabeza en señal de duelo. Con esta pequeña hueste queria continuar la guerra, pero no conociendo si sus soldados participaban de su ardiente entusiasmo les dijo: «Si quereis se«guiremos combatiendo y nos haremos ma«tar hasta el último ántes que rendirnos, pe«ro si quereis pedir «el aman» yo os lo pro«curaré; elegid.» Los soldados optaron por el aman. (1) Cais acompañado de sus principales contributos, marchó cerca de Moawia y pidió gracias para él y los suyos, recordándole las palabras del Profeta que en su lecho de muerte habia recomendado á los Defensores, á los otros musulmanes diciendo: «Honrad y respetad á estos hombres «que han dado asilo al profeta, y preparado el triunfo de su causa.» Al concluir su discurso, dió á entender que los Defensores se creerian dichosos si queria aceptar sus servicios, pues que á pesar de su devocion á

(1) Abu-'l-mahasin; t. I, p. 113.

pesar de su repugnancia á servir á un incrédulo, no podian conformarse con la idea de perder sus puestos elevados y lucrativos. Moawia respondió en estos términos: «No «concibo, Defensores, qué títulos teneis á mis «bondades. Por Dios! no habeis sido mis «mas encarnizados enemigos? ¿No sois vos«otros los que en la batalla de Ciffin habeis «estado á pique de causar mi ruina cuan«do vuestras refulgentes lanzas llevaban la «muerte á las filas de mis soldados? Las sá«tiras de vuestros poetas han sido para «mí otros tantos alfilerazos, y cuando Dios «ha afirmado lo que queriais destruir me «decís: Respetad la recomendacion del Pro«fera? Nó, nosotros somos incompatibles.» Herido en su orgullo Cais cambió de tono: «Nuestro título á vuestras bondades es, di«jo, el de ser buenos musulmanes, y á los «ojos de Dios esto basta; verdad es que los «que se coaligaron para combatir al Profeta, «tienen otros títulos para vos; no se los en«vidiamos. Hemos sido vuestros enemigos, «es cierto, pero si hubieseis querido, hubié«rais podido evitar la guerra. Nuestros poe«tas os han perseguido con sus sátiras, bien «está; lo que han dicho de falso será olvi«dado; lo que han dicho de verdadero, que-

«dará. Vuestro poder se ha asegurado, lo «sentimos. En la batalla de Ciffin, cuando «estuvimos á punto de causar vuestra pér- «dida, combatiamos bajo la bandera de un «hombre que pensaba obrar bien obedecien- «do á Dios. En cuanto á la recomendacion «del Profeta, el que creé en él se conforma «á ella, mas pues que decís que hay incom- «patibilidad entre nosotros, solo Dios podrá «impediros ¡oh Moawia! hacer el mal en ade- «lante.—Retiraos al punto!» le gritó el Califa indignado de tanta audacia. (1)

Los Defensores habian sucumbido. El poder volvia naturalmente á los jeques de tribu, á la nobleza antigua, y sin embargo, los Sirios no estaban satisfechos, habian esperado saborear el placer de una venganza completa. La moderacion de Moawia no se lo permitió, pero ya llegará el dia en que se comienze de nuevo; ellos lo esperan, y cuando llegue, habrá un combate á muerte. En cuanto á los Defensores, el despecho, la cólera y la rábia les devoraban las entrañas. Mientras que viviera Moawia, el poder de los Omeyas estaba demasiado sólidamente establecido, para que pudiesen

(1) Masúdi, p. 277, 278.

intentar nada; pero Moawia no era inmormal, y lejos de estar desalentado los Medineses se preparaban á nueva lucha.

En este intérvalo de forzada inaccion, la tarea de los guerreros pasó á los poetas; por ambas partes el ódio se exhalaba en sangrientas sátiras. Además se porfiaba sin cesar, habia continuos chismes y vejaciones incesantes; los Sirios y los príncipes Onmiadas no perdonaban ocasion de mostrar á los Defensores su ódio y su menosprecio, y estos les pagaban en la misma moneda. (1)

---

(1) Véase «Rahian», fól. 138 r;–139 r. «Noaveau «Journ. asiat.,» t. XIII, p. 265-297; «Raihan» fól. 139 r. y v. 140 r.; Masudi, 537 «d», fól. 141 r. y v.

IV.

Moawia, antes de su muerte, habia recomendado á su hijo Yezid que tuviera constantamente fijos los ojos sobre Hosaín, hijo segundo de Alí (Hasam el primogénito habia muerto), y sobre el emigrado Abdallah, hijo de aquel Zobair que habia disputado el trono al yerno del Profeta. Estos dos hombres eran en efecto, peligrosos. Habiendo Hosain tropezado con Abdallah en Medina, donde ambos vivian, le dijo: «Tengo motivos fundados para creer que el Califa ha muerto.—¿Qué vás ha hacer en este caso? le preguntó Abdallah.—Nunca, replicó Hosain, nunca reconoceré á Yezid por soberano; es un borracho, un libertino y tiene una pasion frenética por la caza.» El otro

se calló, pero el pensamiento de Hosain era tambien el suyo.

Yezid I no tenia ni la moderacion de su padre ni su respeto á las conveniencias, ni su amor al ócio y á las comodidades. Era la fiel imágen de su madre, altiva Beduina, que como ella decía en hermosos versos, prefería el silbido de la tempestad en el Desierto á la mejor música, y un pedazo de pan, bajo la tienda, á los manjares esquisitos que la ofrecian en el soberbio palacio de Damasco. Educado por ella en el Desierto de los Beni-Kelb, Yezib trajo al trono las cualidades de un jóven jeque de tribu, más bien que las de un monarca y un soberano pontífice. Menospreciando el fáusto y la etiqueta, afable con todo el mundo, (1) jovial, generoso, elocuente, buen poeta, amante de la caza, el vino, el baile y la música, tenia pocas simpatías por la fria y austera religion, de que el azar le habia hecho jefe, y contra la que su abuelo habia combatido inutilmente. La devocion, muchas veces falsa, la piedad muchas veces ficticia de los veteranos del Islamismo, repugnaba á su

(1) «Nullam umquan sibi regalis fastigii causa gloriam appetivit, sed cum omnibus civiliter vixit. Isidoro de Beja, c. 18.

franco natural, no disimulaba su predileccion por el tiempo que los teólogos llamaban «de la ignorancia,» abandonándose sin escrúpulo á placeres prohibidos por el Coran; gustaba de sastisfacer todos los caprichos de su espíritu fantástico y veleidoso, y no se reprimía por nadie.

Se le aborrecía, se le execraba en Medina;—en la Siria se le adoraba de rodillas. (1) Como de ordinario, el partido de los antiguos musulmanes contaban jefes en abundancia, y carecia de soldados. Hosain que, despues de haber engañado la vigilancia del demasiado crédulo gobernador de Medina, se habia refugiado con Abdallah en el territorio sagrado de la Meca, recibió pues con estraordinaria alegria cartas de los Árabes de Cufa, que le instaban vivamente á ponerse á su cabeza, prometiendo reconocerle por Califa y hacer que se declarára en su fa-

(1) «Vir nimium gratissime habitus,» Isidoro. Todo lo que dice este autor casi contemporáneo acerca de el carácter de los Omeyas es de gran interés pues reproduce la opinion de los Sirios establecidos en España, mientrás que los escritoros arábigos mucho ménos antiguos por otra parte, juzgan por lo comun á estos príncipes con el criterio de los medineses.—Véase tambien la elegia á la muerte de Yezid en Wirght «Opuscula Arábica,» p. 118, 119.

vor toda la poblacion del Irac. Los mensajeros de Cufa se sucedían rápidamente, el último era portador de una peticion monstruosa: las firmas que contenía no llenaban menos de ciento cincuenta fojas. En vano amigos previsores le suplicaban y le conjuraban que no se lanzára en tan audáz empresa, y que desconfiára de las promesas y del ficticio entusiasmo de unas gentes que habian engañado y hecho traicion á su padre: Hosain, enseñando con orgullo las innumerables peticiones que habia recibido, y que, como él decía, á un camello le costaría trabajo trasportar, prefirió escuchar los consejos de su funesta ambicion. Obedeció á su destino, partió para Cufa con gran contento de su pretendido amigo Abdallah que, incapáz de luchar en la opinion pública contra el nieto del Profeta, se regocijaba para sus adentros viéndole caminar voluntariamente á su perdicion, y llevar espontáneamente su cabeza al verdugo.

La devocion no entraba para nada en la adhesion que el Irac mostraba á Hosain. Esta provincia se hallaba en una situacion escepcional. Moawia, aunque originario de la Meca, habia fundado una monarquía

esencialmente siriaca. En su reinado, la Siria llegó á ser la provincia preponderante. Damasco fué desde entónces la capital del Imperio:—en el califado de Alí, Cufa habia tenido este honor. Heridos en su orgullo los Árabe del Irac, mostraban desde luego un espíritu muy turbulento, muy sedicioso, muy anárquico, muy árabe en una palabra. La provincia llegó á ser la cita de todos los tramoyones políticos, y el asilo de los ladrones y de los asesinos. Entónces Moawia confió su gobierno á Ziyad su hermano bastardo. Ziyad no contuvo las cabezas alborotadas, las cortó. No saliendo nunca sino rodeado de soldados, de agentes de policía y de verdugos, ahogaba con mano de hierro la menor tentativa de turbar el órden político ó social. Pronto la mas completa sumision y la mayor seguridad reinaron en la provincia; pero al mismo tiempo, el mas horrible despotismo. Hé aquí por que el Irac estaba pronto á reconocer á Hosain.

Pero ya el miedo dominaba los ánimos, más de lo que los mismos habitantes de la provincia sospechaban. Ziyad no existía, pero habia dejado un hijo digno de él, que se llamaba Obaidallah. A este fué á quien Yezid confió la tarea de sofocar la conspira-

cion en Cufa, pues que el gobernador de la cuidad, Noman, hijo de Baxir, daba prueba de una moderacion que parecia sospechosa al Califa. Saliendo de Basora á la cabeza de sus tropas Obaidallah, mandó hacer alto á alguna distancia de Cufa. Luego, habiéndose puesto un velo para ocultarse el rostro, entró en la ciudad al anochecer, acompañado de solo diez hombres. A fin de sondear los intentos de sus habitantes, habia apostado en su camino algunas personas que le saludaron como si fuera Hosain. Muchos vecinos, de la nobleza, le ofrecieron al punto hospitalidad, pero el supuesto Hosain desechó sus ofertas, y rodeado de una multitud tumultuosa que gritaba: ¡viva Hosain! se fué derecho al castillo. Noman hizo cerrar las puertas precipitadamente. «Abrid, le dijo Obaidallah, á fin de que pueda entrar el nieto del Profeta.»—¡Volveos por donde habeis venido! le respondió Noman; preveo vuestra ruina y no quisiera que se pueda decir: Hosain, el hijo de Alí, ha sido muerto en el castillo de Noman.» Satisfecho con esta respuesta Obaidallad se quitó el velo con que encubria el rostro. Reconociendo su fisonomía, la multitud se dispersó al punto llena de terror y espanto, mien-

tras que Noman vino á saludarlo respetuosamente suplicándole entrase en el Castillo. A la mañana siguiente Obaidallah anunció al pueblo reunido en la mezquita, que seria un padre para los buenos y un verdugo para los malos. Hubo una sedicion, pero fué reprimida; desde entónces nadie se atrevió á hablar mas de rebelarse.

El desdichado Hosain, supo estas fatales nuevas cerca de Cufa. Apenas llevaba consigo un centenar de hombres, parientes en su mayor parte; sin embargo continuó su camino, la loca y ciega credulidad, que parece ser como el sino de los pretendientes, no le abandonó: estaba convencido de que en llegando á las puertas de Cufa sus habitantes se armarian en su favor. Cerca de Kerbelá, se encontró frente á frente con las tropas que Obaidallah habia enviado á su encuentro, ordenándoles espresamente que lo trajesen muerto ó vivo. Obligado á rendirse parlamentó. El general de las tropas omeyas no cumplió sus órdenes, vacilaba. Era un Coreiscita, hijo de uno de los primeros discípulos de Mahoma, y le repugnaba la idea de verter la sangre de un hijo de Fátima. Pidió, pues, nuevas instrucciones á sus jefes haciéndoles saber las proposiciones de

Hosain. Habiendo recibido este mensaje, el mismo Obaidallah tuvo un momento de duda. «Y qué! le dijo entónces Chamir, noble de Cufa y general del ejército onmiada, Arabe de los antiguos como su nieto, al que más tarde hemos de encontrar en España; y qué! la suerte ha puesto al enemigo en vuestras manos, y le vais á dejar ir? No, es preciso que se rinda á discrecion.»

Obaidallah dió la órden en este sentido al general de sus tropas; Hosain reusó rendirse sin condiciones, y sin embargo, no se le atacó. Entónces Obaidallah mandó nuevas fuerzas con Chamir, á quien dijo: «Si el «coreiscita persiste en no querer pelear le «cortarás la cabeza y tomarás el mando.» (1) Pero una vez llegado Chamir al campo, no dudó más el coreiscita, y dió la señal de ataque. En vano gritaba Hosain á sus enemigos: «Si creeis en la religion fundado por mi «abuelo, cómo podreis justificar vuestra con«ducta el dia de la resurreccion?» — En vano lahizo atar Coranes á las lanzas: — dada órden por Chamir, se le cargó espada en mano, y se le mató. Casi todos sus campañeros quedaron en el campo de batalla, des-

(1) Ibn-Badrun, p. 164.

pues de haber vendido caramente sus vidas. (10 de Octubre de 680.)

La posteridad que siempre se conduele de la suerte de los pretendientes desgraciados y que de ordinario tiene poco en cuenta el derecho, el reposo de los pueblos y las desgracias que produce una guerra civil, si nó se sofoca en sus principios,—la posteridad ha visto en Hosain la víctima de un crimen abominable. El fanatismo persa hizo lo demás: ha imaginado un santo donde no habia mas que un aventurero, precipitado á su perdicion por una estraña aberracion de ideas, y una ambicion que rayaba en delirio. La inmensa mayoria de sus contemparáneos lo juzgaba de otro modo: veia en Hosain un perjuro, reo de alta traicion puesto que en vida de Moawia habia prestado juramento de fidelidad á Yezid, y que no tenia ningun título ni podia ostentar ningun derecho para pretender el califato.

El que ocupó la plaza de pretendiente que la muerte de Hosain acababa de dejar vacante, fué menos temerario, y se creyó mas hábil. Era Abdallah, hijo de Zobair. Habia sido ostensiblemente amigo de Hosain, pero sus verdaderos sentimientos no eran un misterio ni para este ni para sus amigos. «Qué-

«date tranquilo y satisfecho, hijo de Zobair,» habia dicho Abdallah hijo de Abbas cuando se hubo despedido de Hosain, despues de haberle conjurado inútilmente á no emprender el viaje de Cufa, y recitando tres versos muy conocidos entónces, continuó así: «El aire es libre para tí, oh golondrina! Pon tus huevos, gorjea y escarba cuanto quieras;.... hé aquí á Hosain que parte para el Irac y que te abandona el Hidjáz.» No obstante, aunque tomó secretamente el título de Califa, desde que la marcha de Hosain le dejó el campo libre, el hijo de Zobair fingió un profundo dolor cuando la noticia de la catástrofe de Hosain llegó á la ciudad santa, y se apresuró á pronunciar un discurso muy patético. Retórico por naturaleza, ninguno era mas ducho que él en la frase, ninguno poseia en igual grado el gran arte de disimular sus pensamientos y de fingir sentimientos que no esperimentaba; ninguno sabia ocultar mejor la sed de riquezas y de poder que lo devoraban, bajo las nobles palabras de deber, de virtud, de religion y de piedad. En esto consistia el secreto de su fuerza, por esto se imponia al vulgo. Ahora que Hosain no podia hacerle sombra, lo proclamó Califa legítimo, elogió sus virtu-

des y su piedad, prodigó los epítetos de pérfidos y engañadores á los Árabes del Irac, concluyendo su discurso con estas palabras que Yezid podia aplicarse, si lo juzgaba conveniente: «Jamás se vió á este santo varon preferir la música á la lectura del Coran, los cantos afeminados á la compuncion producida por el temor de Dios, los desarreglos del vino al ayuno, los placeres de la caza á las conferencias destinadas á piadosas conversaciones.... No tardarán esos hombres en recoger el fruto de su conducta perversa.....» (1)

Preciso le era ganar ante todo á su causa á los jeques mas influyentes de los Emigrados; presentia que no podia engañarles tan fácilmente como á la plebe acerca de los verdaderos motivos de su rebelion, previó que encontraria obstáculos, sobre todo en Adballah, hijo del Califa Omar que era un hombre verdaderamente desinteresado, verdaderamente piadoso y muy perpicáz. Sin embargo, no se desalentó. El hijo del Califa Omar tenia una mujer tan devota como crédula. Era preciso comenzar por ella, demasiado lo sabia el hijo de Zobair, Fué,

(1) Nouveau Journ., t. IX, p. 332.

pues á verla, la habló con su facundia ordinaria de su celo por la causa de los Defensores, de los Emigrados, del Profeta y de Dios, y cuando vió que tan melosas palabras habian hecho en ella una profunda mella, la rogó persuadiese á su marido que lo reconociera por Califa. Ella le prometió hacer todo lo posible, y por la noche mientras servia la cena á su marido le habló de Abdallah, haciéndole los mayores elogios y concluyó diciendo: «Ah! verdaderamente no «busca mas que la gloria del Eterno!— «Vis«tes tú, respondió friamente su marido, vis«tes tú el magnífico cortejo que llevaba «Moawia en su peregrinacion, sobre todo, «aquellas soberbias mulas blancas cubiertas «de gualdrapas de púrpura y montadas por «jóvenes que deslumbraban con sus ador«nos, coronadas de perlas y de diamantes; «has visto esto, no es verdad? Pues bien lo «que busca tu santo varon son aquellas mu«las.» Y continuó su cena sin querer escuchar mas. (1)

Ya hacia un año que el hijo de Zobair se hallaba en abierta rebelion contra Yezid, y este, sin embargo lo dejaba en paz. Era mas

---

(1) «Aghaniz, t. I p. 18; cf. Ibn-Bradrun, p. 199.

de lo que tenin derecho á esperar de parte de un Califa que no contaba la paciencia y la mansedumbre entre sus cualidades más acentuadas; pero juzgaba por una parte que Abdallah no era muy peligroso, puesto que mas prudente que Hosain no salia de la Meca, y por otra no queria sin que le obligara una necesidad absoluta, ensangrentar un territorio, que ya durante el paganismo habia gozado el privilegio de ser asilo inviolable de hombres y animales. Sabia demasiado que tal sacrilegio habia de colmar la irritacion de los devotos.

Pero su paciencia se agotó al cabo. Por última vez intimó á Abdallah que lo reconociera. Abdallah rehusó. Entonces enfurecido el Califa juró no recibir su juramento de fidelidad, sino cuando tuviera al rebelde en su presencia con el cuello y las manos cargadas de cadenas.

Pasado, sin embargo, el primer ímpetu de cólera, como era bueno en el fondo, se arrepintió de su juramento, y obligado, sin embargo á mantenerlo, imaginó un expediente para cumplirlo sin humillar demasiado el orgullo de Abdallah. Resolvió, pues, enviarle una cadena de plata, y con ella una soberbia capa, con la que podria cu-

brirse, á fin de ocultar la cadena á los ojos de todos.

Diez eran las personas á quienes el Califa designó para llevar estos singulares presentes al hijo de Zobair. Á su cabeza iba el Defensor Noman, hijo de Baxir, mediador ordinario entre el partido piadoso y los Onmiadas; sus cólegasmenos conciliadores eran jeques de las diferentes tribus establecidas en la Siria.

Habiendo llegado los diputados al lugar de su destino, Abdallah como era fácil prever reusó aceptar los regalos del Califa, sin embargo Noman, léjos de desaminarse por esta negativa trató de atraerlo á la sumision con prudentes discursos. Estas conversaciones que por lo demás no produjeron ningun resultado, eran frecuentes y como permanecían secretas para los otros diputados, despertaron las sospechas de uno de ellos, de ibn-Idhah, jeque de la tribu de los Acharitas, la mas numerosa y la más potente en Tiberiades. (1) «Despues de todo, «pensaba, este Noman es un Defensor, y bien «podrá ser capáz de vender al Califa el que «es traidor á su partido y á su tribu.» Y uu

(1) Ahmed ibu-abi-Yacub, fól. 62 v.

dia que encontró á Abdallah llegóse á él y le dijo:

—«Hijo de Zobair, puedo jurarte que ese Defensor no ha recibido del Califa, mas instruciones que las que se nos han comunicado á los demás. Es nuestro jefe, no hay otra cosa. Pero ¡por Dios! preciso es que te lo confiese no sé qué pensar de esas conferencias secretas. Un Defensor y un Emigrado son pájaros de la misma pluma y Dios sabe si se trama algo.

—Qué tienes tú que meterte? le respondió Abdallah con un aire de supremo desden. Mientras que esté aquí haré todo lo que me acomode. Soy aqui tan inviolable, como esa paloma que vez protegida por la santidad del lugar: no es verdad que no te atreverías á matarla, porque sería un crímen, un sacrilegio?

—¿Crees tú que me detendría semejante consideracion.

Y volviéndose hácia un paje que llevaba sus armas:

—Hola! muchacho, le dijo: mi arco y mis flechas.

Luego que el paje cumplió su mandato, cogió el jeque una flecha, la colocó en medio del arco, y comenzó á decir:

—Paloma, es dado al vino Yezid, hijo de Moawia? Si te atreves, dí que sí, y en este caso, por Dios! que te atravieso con esta flecha.... Paloma, pretendes tu despojar de la dignidad de califa á Yezid hijo de Moawia, separarte del pueblo mahometano y quedar impune, porque te hallas en un territorio inviolable? Di que este es tu pensamiento y te atravieso con este dardo.

—Bien ves que el ave no puede contestarte, le replicó Abdallah con ademan de lástima, pero pretendiendo en vano disimulalar su turbacion.

—Es verdad que el ave no puede responderme, pero tú si puedes, hijo de Zobair!... Escúchame bien; yo te juro que has de prestar juramento á Yezid, de grado ó por fuerza, ó que verás flotar en este valle la bandera de los Acharitas, (1) y no he de respetar entonces poco ni mucho los privilegios que reclamas para este sitio.

El hijo de Zobair palideció ante esta amenaza. Trabajo le costaba creer tanta impiedad aun en un Sirio, y se aventuró á preguntar con voz tímida y temblorosa:

—Se atreverá alguno, por ventura, á co-

(1) Este era como se ha visto el nombre de la tribu de que era jeque Ibn-Idhah.

meter el sacrilegio de derramar sangre en este sagrado territorio?

—Se atreverá, respondió el jequesirio con entera calma, y que caiga la responsabilidad sobre el que ha elegido este lugar para conspirar contra el jefe del Estado y de la religion. (1)

Si Abdallah hubiera estado más convencido de que este jeque era el intérpetre de los sentimientos que animaban á sus compatriotas, acaso hubiera evitado entónces muchos males al mundo musulman, y á sí mismo, porque el hijo de Zobair vá á sucumbir; vá á sucumbir como habian sucumbido el yerno y el nieto del Profeta; como sucumbirán todos los musulmanes de antigua estofa; los hijos de los compañeros y de los amigos de Mahoma: inauditas desgracias, terribles catástrofes, nacidas unas de otras, era lo que á todos esperaba; sin embargo, á él todavía no le había llegado su hora. Estaba decretado por el destino que ántes la desgraciada Medina habia de expiar con una ruina completa y con el destierro y la muerte de sus hijos el funesto honor de haber ofrecido un asilo al Profeta

(1) «Aghani», t. I, p. 18.

fugitivo, y de haber dado á luz á los verdaderos fundadores del Islam á esos héroes fanáticos, que, suyugando la Arabia en nombre de una nueva fé, habian dado al Islamismo tan sangrienta cuna.

V.

Érase el año de 682. El sol acababa de ocultarse detrás de las montañas que se estienden al Oeste de Tiberiades, cuya antigua grandeza hoy solo las ruinas atestíguan, pero que en la época de que hablamos, era la capital del distrito del Jordan, y la residencia temporal del Califa Yezid I. Iluminados por los argentinos rayos de la luna, los minaretes de las mezquitas y las torres de las murallas, se reflejaban en las límpidas y trasparentes ondas del lago, de ese mar de Galilea que trae á la memoria del cristiano tantos recuerdos queridos, cuando una pequeña carabana, aprovechando la frescura de la noche, salió de la ciudad dirigiéndose al Mediodía.

En los nueve viajeros que á su frente

iban recoñocíanse al punto personas de calidad; sin embargo nada denunciaba en ellos cortesanos del Califa, que por lo comun no admitia en su intimidad sino á personas menos maduras, y de caras menos ceñudas y austeras.

Caminaron algun tiempo sin despegar los lábios. Al cabo uno de los viageros rompió el silencio.

—Y bien, hermanos mios, qué pensais ahora de él? Confesemos al menos que ha sido generoso con nosotros. No son cien mil monedas lo que de él has recibido, hijo de Hanhala?

—Sí, esa suma me ha dado, replicó aquel á quien se dirigía la pregunta; pero bebe vino sin creer que es pecado; toca la guitarra, pasa el dia con perros de caza y la noche con salteadores de camino, comete incesto con sus hermanas y con sus hijas, no reza nunca, (1) en fin; no es evidente, que no tiene religion? ¿Qué haremos, hermanos mios? ¿Creeis que nos sea lícito tolerar por más tiempo á semejante hombre? Hemos sufrido quizá mas de lo que debíamos, y si

---

(1) Cf. Soyuti «Tarikh al-kholafá» p. 209, ed Lees.

continuáramos así, temo que han de llover piedras sobre nosotros. ¿Qué piensas de esto, hijo de Sinan?

—Voy á decírtelo, contestó éste. Así que nos hallemos en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremos más á un libertino, hijo de libertino, y enseguida lo acertaremos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado.

Cuando pronunciaba estas palabras, un hombre que venia por el lado opuesto cruzó el camino. El capuchon de su capa echado sobre su rostro, hubiera ocultado sus facciones á las miradas de los viajeros, aun cuando la atencion de estos no estuviera enteramente absorvida en una conversacion que se animaba cada vez más.

En cuanto la carabana cesó de hallarse al alcance de su voz, el hombre del capuchon se detuvo. Su encuentro era de mal agüero, segun las ideas de los árabes porque era tuerto: ademas el ódio y la ferocidad, se pintaban en la terrible mirada que, con su único ojo, lanzó á aquellos hombres que se perdian en lontananza, diciendo con una voz lenta y solemne: «Juro, que si alguna vez te encuentro de nuevo y puedo matarte, te mataré hijo de Sinan, por mas

compañero de Mahoma que seas!» (1)

Ya habrán reconocido nuestros lectores á Medineses en los viajeros. Eran en efecto los hombres mas distinguidos de esta ciudad, casi todos Defensores ó Emigrados, y hé aquí la causa porqué habian venido á la Córte del Califa.

Habian aparecido en Medina síntomas de rebelion; habia allí gravísimas cuestiones respecto á las tierras de labor y á las plantaciones de palmeras, que Moawia comprara en otro tiempo á los habitantes de la ciudad, pero que estos revindicaban ahora bajo pretesto de que Moawia reteniendo sus sueldos. los habia obligado á venderlas por la centésima parte. (2) El gobernador Othman, lisonjeándose con la esperanza de que el Califa, primo hermano, suyo, sabria calmar estas diferencias de un modo ó de otro, y que se conciliaria á los nobles Medineses, por su amable trato y su reconocida generosidad, propuso á estos nobles hacer el viaje á Tiberiades, en lo que consintieron ellos. Pero animado de las mejores intenciones, cometió una gran imprudencia, una

(1) Ibn-Kaldum, t. II, fól. 170 r., 169 r.; Samhudí, man. de Paris núm. 763 «bis» fól. 31 r.
(2) «Raiban,» fól. 200 v.; Samhndi «loco laudato.»

lijereza imperdonable. ¿Ignoraba acaso que los nobles Medineses no deseaban otra cosa que poder hablar como testigos oculares de la impiedad de su primo, á fin de escitar á sus conciudadanos á la rebeldia? En lugar de inducirlos á ir á la Córte del Califa, debió impedirselo á toda costa.

Lo que se podia preveer aconteció. Yezid, es verdad dispensó á los diputados una hospitalidad cordial y llena de consideraciones; estuvo generosísimo, dió al Defensor Abdallah, hijo de Handhala, (es decir, de un noble y valiente guerrero que murió en Ohod combatiendo por Mahoma, cien mil monedas de plata, y veinte ó diez mil, segun su categoría, á los demás diputados, (1) mas como él no se ataba por nada, y como su córte no fuera un modelo de recato ni de abstinencia, la libertad de sus costumbres, junto á su predileccion por los Beduinos, quienes, preciso es convenir en ello, tenian algo de salteadores cuando llegaba la ocasion, produjeron un escándalo terrible

(1) Weil, t. I, p. 326. El décimo diputado Mondhir hijo de Zobair, no acompañó á sus colegas á su vuelta á Medina, porque habia obtenido de Yezid el permiso de ir al Irac. Véase Ibn-Khaldun, fólio 169 r.

en aquellos austeros y rígidos ciudadanos enemigos naturales de los hijos del Desierto.

De vuelta en su ciudad natal, no dejaron que se agotase el asunto de la impiedad del Califa. Sus pláticas, quizás algo exajeradas, y sus diatrivas llenas de una santa indignacion, hicieron tanta mella sobre ánimos, ya de suyo dispuestos á creer ciegamente todo lo malo que pudiera decirse de Yezid, que no tardó en pasar una escena estraordinaria en la mezquita. Reunidos allí los Medineses gritó uno de ellos: «Yo desecho á Yezid, como desecho á mi turbante» y lo arrojó: añadiendo luego; «confieso que Yezid me ha colmado de regalos, pero es un ébrio, un enemigo de Dios.»—«Y yo, dijo otro; desecho á Yezid, como desecho á mis sandalias;» un tercero: «yo como á mi capa;» el cuarto: «yo como á mi borceguí;» otros los imitaron y pronto; ¡estraño espectáculo! se vió en la mezquita, un monton de turbantes, de capas, de borceguíes y de sandalias.

Declarada así la caida de Yezid, resolviose espulsar de la ciudad á todos los Omeyas. Notificóseles en consecuencia, que debian abandonarla sin demora, pero que antes habian de jurar, no ayudar á las hues-

tes que vinieran contra la ciudad, rechazarlas si les era posible, y caso de que no lo fuera, no volver con las tropas sirias. En vano intentó el gobernador Othman persuadir á los rebeldes de el peligro á que se exponian. «Pronto, les dijo, un numeroso ejército vendrá á anonadaros, y entonces os alegrarias de poder decir siquiera, que no arrojásteis á vuestro gobernador. Esperad al menos para obligarme á que me vaya, á que hayais obtenido la victoria. No os hablo así en mi interés, sino en el vuestro, pues quisiera impedir, que se derramara vuestra sangre.» Léjos de acceder á estos consejos, los Medineses lo llenaron de improperios lo mismo que á Yezid: «vamos á comenzar por tí, le replicaron; no tardarán en seguirte tus parientes.»

Los Omeyas estaban furiosos. «¡Qué asunto mas endiablado! ¡Qué religion mas infame! (1)» esclamó Merwan, que habia sido sucesivamente ministro del Califa Othman, y gobernador de Medina; pero que ahora no sin trabajo, pudo encontrar quien quisiera encargarse de su muger y de sus hi-

(1) Estas palabras se hallan en el «Aghaní» p. 19. lín. 19; un pasage de Abu-Ismael al-Bazri («Fotuh as-Cham,» p. 237, l. 10) muestra, segun creo, que deben traducirse como las ha traducido.

jos. Era preciso, sin embargo, doblegarse á las circunstancias. Despues de prestar el juramento exigido, los Omeyas se pusieron en camino, perseguido por los silbidos del populacho, que llegó hasta á apedrearlos, mientras que el libertino Horaith, llamado el Saltador, porque, habiéndole hecho cortar un pié uno de los pasados gobernadores, andaba á saltos, aguijaba de continuo las cabalgaduras de estos infelices, arrojados como viles criminales de una ciudad que por tanto tiempo, habian gobernado como señores. Al fin llegaron á Dhu-Khochob, donde los desterrados debian permanecer hasta nueva órden.

Lo primero que hicieron, fué despachar correos á Yezid, para imponerle de su desgracia y pedirle socorro. Los Medineses lo supieron y enviaron unos cincuenta ginetes para arrojar á los Omeyas de su retiro. No dejó el Saltador de aprovechar esta nueva ocasion de satisfacer su venganza; él y uno de los miembros de la familia de Beni-Hazm (familia de Defensores, que habia facilitado el asesinato del Califa Othman, poniendo su casa á disposicion de los rebeldes,) aguijaban el camello que montaban Merwan, con tanta furia, que obligaron al animal á arro-

jar en tierra al caballero. Parte por temor, parte por compasion, Merwan bajó de su camello diciendo: «Véte y sálvate!» Cuando llegaron á un lugar llamado Sowaida, Merwan vió acercársele uno de sus clientes que habitaba en aquella aldehuela para convidarle á comer. «No me permitirán detenerme el Saltador y sus dignos compañeros; le contestó Merwan. ¡Plegue á Dios que tengamos un dia á este hombre en nuestro poder! No será entónces culpa nuestra, si su mano no participa de la suerte de su pié» Por último; cuando llegaron á Wadi-'l-corá se permitió á los Omeyas permanecer allí. (1)

Entre tanto la discordia estaba á punto de estallar entre los Medineses. (2) Mientras que solo se trató de espulsar, de injuriar y de maltratar á los Omeyas, la union mas perfecta reinó entre todos, mas no sucedió lo mimo cuando se pensó en elegir Califa. Los Coreiscitas no querian un Defensor, y los Defensores no querian un Coreiscita. Sin embargo, como se conoció

---

(1) «Aghani,» t. I, p. 18-20. Como M. Weil ha dicho con razon, es preciso borrar en la última línea de la página 18 la palabra «alaihi.»

(2) «Rahian», fól. 200 v.

la necesidad de la concordia, se convino en dejar esta grave cuestion en suspenso, eligiendo gefes provisionales y esperando para la eleccion de nuevo Califa, á que Yezid fuera destronado, (1)

Este, tenia ya noticia de lo sucedido, por el correo enviado por los Omeyas. Al saberlo, fué mayor la sorpresa y la indignacion que le produjo la conducta pasiva de sus parientes, que su irritacion contra los sediciosos.

—No podian los Omeyas, preguntó, reunir un millar de hombres juntando sus libertos?

—Seguramente, le respondió el mensajero: tres mil, hubieran podido reunir sin trabajo.

—Y con tan considerable fuerzas no han intentado resistir ni siquiera una hora?

—Los rebeldes eran muy numerosos, toda resistencia era imposible. (2)

Si Yezid no hubiese escuchado mas que á su justa indignacion, contra unos hombres que se habian revelado, despues de guardarse sin escrúpulo sus presentes y su dinero, hubiera enviado desde luego un ejército para castigarlos; pero queria evitar si era

(1) Weil, t. I. p. 326, en la nota.
(2) «Aghaníz, t. I, p. 21.

posible todavía romper para siempre con los devotos; acaso se acordaba de que habia dicho el Profeta: «Al que saque su espada contra los Medineses, Dios y los ángeles y los hombres lo maldeciran,» (1) y por segunda vez dió pruebas de una moderacion tanto más de apreçiar, cuanto que no era la más propia de su genio. Queriendo tentar aun la via de la clemencia, envió á Medina al Defensor Noman, hijo de Baxir, pero en vano. Los Defensores, en verdad, no permanecieron insensibles por completo, á los prudentes consejos de su contributo que les representaba cuán débiles y poco numerosos eran para resistir á los ejércitos de la Siria; pero los Coreiscitas no querian más que la guerra, y su jefe Abdallah, hijo de Motí, dijo á Noman: «Marchate tú, que no has venido sino para destruir la concordia que gracias á Dios reina ahora entre nosotros—Sí, tú eres ahora muy bravo y muy atrevido, le respondió Noman; pero bien sé lo que harás cuando el ejército sirio toque á las puertas de Medina; entónces tú huirás á la Meca en el más ligero de tus mulos, y abandonarás á su suerte á estos desdichados, á estos Defensores, que serán

(1) Soyuti, «Tarikh al-kholafá», p. 209, ed. Lees.

degollados en las calles, en las mezquitas, á las mismas puertas de sus casas.» Al cabo conociendo que eran inutiles sus esfuerzos se volvió, y presentándose á Yezid, le dió cuenta del mal éxito de su embajada (1) «Puesto que es absolutamente preciso, dijo entónces el Califa, voy á hacerlos triturar por los caballos de mis Sirios.» (2)

El ejército compuesto de diez mil hombres, que iba á marchar al Hidjaz, debía someter, no solo á Medina, sino tambien á la Meca, la otra ciudad Santa. Más como el general á quien Yezid lo confiára acabase de morir, todos los demás, ardiendo en deseos de anonadar de una vez para siempre á la nueva aristocrácia, se diputaban el mando. (3) Yezid no se habia decidido aun cuando un hombre envejecido en la guerra, vino á alistarse en las filas.

Era el tuerto que hemos encontrado ya en la carretera de Tiberiades.

Ninguno acaso representaba tan bien los antiguos tiempos y el principio pagano como el tuerto Moslim, hijo de Ocba, de la tribu de Mozena. (4) No había en él ni aun si

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 169 r. y v.
(2) Samhudí
(3) Véase la nota A al fin de este tomo.
(4) En muchos manuscritos se lee por error «Morrí» en vez de «Mozaní.» La verdadera leccion se encuentra en Fakíh, fól. 400 r.

quiera sombra de la fé mahometana, nada de lo que era sagrado á los ojos de los musulmanes, lo era para él. Moawia habia conocido y apreciado sus sentimientos recomendándolo á su hijo como el mas á propósito para reducir á los Medineses, caso de que se sublevasen. (1) Sin embargo, si él no creia en la divina mision de Mahoma, creia firmemente en las superticiones del paganismo, en los sueños proféticos, y en las misteriosas palabras que salian de los «gharcad» especie de zarzas espinosas, que durante la época pagana pasaban por oráculos en estos lugares de la Arabia; lo que demostró cuando presentandose á Yezid le dijo: «Todo el que envies á Medina será derrotado. Yo solo puedo vencer.... He visto en sueños un «gharcad» de donde salía esta voz: ¡Por mano de Moslin!... Aproximéme al lugar de donde venía la voz y escuché que decia: ¡Tu eres quien ha de vengar á Othman de sus asesinos los Medineses! (2)»

Convencido de que Moslin era el hombre que necesitaba, Yezid lo nombró gene-

(1) Ibn-Khaldun, fól. 169 v. Samhudi.
(2) «Aghaní,» t. I, p. 21.



ral y le comunicó sus órdenes en estos términos: «Ántes de atacar á los Medineses, «les intimarás la rendicion durante tres «dias; si reusan, atácalos, y si obtienes la «victoria entrega la ciudad al saqueo duran«te otro tres dias; todo lo que tus soldados «encuentren de plata, de bastimentos ó de «armas, será suyo. (1) En seguida haz ju«rar á los Medineses ser mis esclavos y cor«ta la cabeza á quien lo reuse.» (2)

El ejército en que se hacia notar Ibn-Idhah, jefe de los Acharitas (3) cuya conversacion con el hijo de Zobair hemos referido, llegó sin novedad á Wadi-'l-cora, donde se encontraban los Onmiadas espulsados de Medina. Moslin los consultó separadamente sobre las medidas que debia tomar para apoderarse de la ciudad. Habiendose negado un hijo del Califa Othman, violar el juramento que los Medineses le habian exigido, el impetuoso Moslin le dijo: «Si no fueras hijo de Othman te cortaría «la cabeza; pero si te perdono no he de per«donar á ningun otro coreiscita que me reu-

(1) Ibn-Kaldun, Samhudi.

(2) Fakihi, fól. 400 r.

(3) Ibn-al-Athir, man. de Paris. (C. P.) t. III, fól. 78 r.

«se su apoyo y sus consejos.» Tocó la vez á Merwan. Este tenía tambien escrúpulos de conciencia, pero por una parte temía por su cabeza, pues Moslin hacía seguir de cerca el hecho á la amenaza, y por otra su ódio á los Medineses era demasiado profundo para que esquivase la ocasion de satisfacerlo. Por fortuna sabia que pueden hacerse arreglos con el cielo, y que bien puede violarse un juramento, sin que lo parezea. Dió pues sus instruciones á su hijo Abdelmelic, que no había jurado. «Entra «antes que yo, añadió, acaso Moslin no «me pregunte nada así que te haya escu«chado.» Llevado á presencia del general, Abdelmelic, le aconsejó adelantarse hasta las primeras plantaciones de palmeras donde el ejército debería pasar la noche: y por la mañana temprano ir á Harra al Este de Medina, para que los Medineses que no dejarían de salir á su encuentro, tuvieran al sol de frente. (1) Abdelmelic hizo entrever además á Moslin que su padre no dejaría de ponerse en relacion con ciertos Medineses, que empeñado el combate, acaso harian traicion á sus conciudadanos. (2)

(1) Ibn-Kaldun.
(2) «Raihan,» fól. 200 v.

Contentísimo con lo que acababa de escuchar, esclamó Moslin con burlona sonrisa: «¡Qué hombre más admirable es tu padre!» y sin obligar á Merwan á decir nada siguió puntualmente los consejos de Abdelmelic; acampó al Oriente de Medina en la carretera de Cufa, é hizo saber á los de Medina que les concedía un plazo de tres dias para someterse, pasados los cuales los Medineses respondieron negativamente. (1)

Como Merwan había previsto, los Medineses, léjos de esperar al enemigo dentro de los muros de la ciudad que habian fortificado cuanto les era posible, salieron á su encuentro (26 de Agosto de 683), divididos en cuatro cuerpos, segun su origen. Los Emigrados llevaban á su frente á Makil, hijo de Sinan (2) compañero de Mahoma, que á la cabeza de su tribu de Achddja asistió á la toma de la Meca, y que debía de gozar gran consideracion en Medina, puesto que los Emigrados le habian conferido el mando, aunque no era de su tribu. Los coreiscitas que no se contaban entre los Emigrados, pero que en diversas

(1) Ibn-Kaldun.

(2) Véase acerca de él á Nawawí p. 567; Ibn-Coteba, p. 152; Samhudi, fól. 32.

épocas despues de la toma de la Meca se habian establecido en Medina, se dividian en dos compañías, una mandada por Abdallah, hijo de Moti, la otra por un compañero del Profeta. En fin, el cuerpo mas considerable, el de los Defensores, tenía por jefe á Abdallah, hijo de Handhala. Guardando profundo y religioso silencio, se adelantaron hácia Harra donde se hallaban los impios, los paganos que iban á combatir.

El caudillo del ejército sirio, se encontraba gravemente enfermo. Hizose llevar sin embargo en una silla, delante de las filas; confió su bandera á un valiente paje de orijen griego y gritó á sus soldados: «¡Árabes de la Siria! ¡Mostrad ahora cómo sabeis defender á vuestro general! ¡Carguen!»

Empeñóse el combate. Los Sirios atacaron con tanto ímpetu, que tres cuerpos Medineses, el de los Emigrados y los de los Coreiscistas volvieron grupas, pero el cuarto, el de los Defensores, obligó á los Sirios á cejar y agruparse en torno de su jefe. Peleábase con encarnizamiento por ambas partes, cuando el intrépido Fadhl que combatía al lado de Abdallah, hijo de Handhala, al frente de veinte caballeros, dijo á su jefe: «dadme el mando de toda la caba-

«lleria: yo trataré de penetrar hasta donde «se encuentra Moslin, y uno de los dos per«derá la vida.» Habiendo accedido Abdallah, dió Fadhl una carga tan vigorosa, que los Sirios cejaron de nuevo. «Otra car«ga como esta, queridos y bravos amigos;» esclamó entónces, «y por Dios que si en«cuentro á su general, uno de los dos no «ha de sobrevivir á este dia! Acordaos que «la victoria es premio del valor!» Sus soldados atacaron de nuevo con redoblada furia, rompen las filas de la caballeria siria y penetran hasta el lugar en que se hallaba Moslin. Quinientos peones lo rodeaban con sus lanzas inclinadas; pero Fadhl abriéndose camino con su espada, dirigió su caballo hácia la bandera de Moslin; asestó al paje que la conducia un golpe que le partió el casco y la cabeza, y esclamó: «Por «el Señor de la Caba, que he muerto al ti«rano! —Nó, te engañas; le respondió Moslin; y cogiendo su bandera, enfermo y todo como estaba, reanimó á los Sirios con sus palabras y con su ejemplo. Fadhl murió acribillado de heridas al lado de Moslin.

En el mismo instante en que los Medineses veian á el cuerpo de Ibn-Idhah y de otros prontos á lanzarse sobre ellos, oyen

resonar en la ciudad alaridos de triunfo; el grito de ¡Dios es grande!.... Habian sido vendidos. Merwan habia cumplido su palabra á Moslin. Seducidos por brillantes promesas los Beni-Haritha, familia que pertenecia á los Defensores, habian introducido secretamente tropas sirias en la ciudad. Esta estaba ya en poder del enemigo; todo estaba perdido; los Medineses iban á encontrarse entre dos fuegos. La mayor parte corren hácia la ciudad para salvar á sus mugeres y á sus hijos; algunos como Abdallah, hijo de Moti, (1) huyen en direccion á la Meca, pero Abdallah, hijo de Handhala, resuelto á no sobrevivir á este dia fatal, grita á los suyos: «Nuestros enemigos van á «conseguir el triunfo. En ménos de una ho«ra todo se habrá decidido. ¡Piadosos musul«manes, habitantes de una ciudad que dió «asilo al Profeta, todos hemos de morir «y no hay muerte mas hermosa que la del «mártir; dejémonos matar hoy, hoy que «Dios nos ofrece la ocasion de morir por su santa causa!» Ya llovian por todas partes las flechas de los Sirios, cuando gritó de nue-

(1) Ibn-Coteba, p. 201.

vo: «Que los que deseen entrar inmediata-
«mente en el paraiso, sigan mi bandera!»
Todos la siguieron; todos combatieron desesperamente, resueltos á vender caras sus vidas. Abdallah envió sus hijos, uno despues de otro, á lo mas récio de la pelea, y vió el sacrificio de todos ellos. Mientras que Moslin prometia dinero á todo el que le presentara una cabeza enemiga, Abdallah las derribaba á derecha é izquierda, y la conviccion de que un castigo mas terrible, esperaba á sus víctimas mas allá de la tumba, le causaba una feróz alegria. Segun la costumbre árabe, recitaba versos combatiendo, que espresaban claramente el pensamiento de un fanático, que se aferra á la fé, á fin de poder odiar á su sabor.
«¡Mueres, decia á cada una de sus victimas,
«mueres, pero tus delitos te sobrevivirán!
«¡Dios nos lo ha dicho, en su Libro nos lo ha
«dicho: el infierno espera á los infieles!»
Al fin sucumbió. Su hermano uterino cayó á su lado herido de muerte. «Pues que mue-
«ro por la espada de estos hombres, estoy
«mas seguro de ir al paraiso, que si hubiese
«sido muerto por los paganos Dailemitas,»
tales fueron sus últimas palabras. Hubo una horrible carniceria. Entre los que su-

cumbieron, se encontraban setecientas personas que se sabian de memoria el Coran, ochenta estaban revestidos con el sagrado carácter de compañeros de Mahoma. Ninguno de los venerables ancianos que habian combatido en Bedr, donde el Profeta obtuvo su primera victoria sobre los de la Meca, sobrevivió á esta funesta catástrofe.

Los vencedores irritados entraron en la ciudad, luego que su general les hubo dado permiso para saquearla durante tres dias consecutivos. Para desembarazarse de sus caballos corrieron á dejarlos en medio de la mezquita: un solo medinés se encontraba en ella, era Said, hijo de Mosaiyab, el teólogo mas sábio de su tiempo. ¡Vió á los Sirios entrar en la mezquita, atar sus caballos en el espacio comprendido entre la cátedra del Profeta y su tumba, recinto sagrado que Mahoma llamaba un jardin del Paraiso!... A la vista de tan horrible sacrilegio, creyendo Said que la naturaleza entera estaba amenazada de una terrible catástrofe, quedóse inmóvil de estupor. «Mi«rad á ese imbécil, á ese doctor,» se dijeron los Sirios con chacota; pero no le hicieron daño, tenian priesa de saquear.

Nada se perdonó. Los niños fueron redu-

cidos á esclavitud ó degollados, las mugeres violadas, y en consecuencia, un millar de desdichadas dieron la vida á otros tantos párias infamados para siempre con el nombre de «Hijos de Harra.»

Entre los prisioneros se hallaba Makil, hijo de Sinan. Abrasábase de sed y se quejaba de ello amargamente. Moslin se lo hizo traer y lo recibió con el semblante mas bondadoso que le fué posible.

—Tienes sed, hijo de Sinan? le preguntó.

—Si, general.

—Dadle de esa bebida que nos ha dado el Califa, dijo Moslin dirigiéndose á uno de sus soldados.

Cuando se cumplió la órden y Makil hubo bebido.

—No tienes ya sed? continuó Moslin.

—No; ya no tengo sed.

—Pues bien, dijo el general cambiando de pronto de tono y de mirada, has bebidó por la última vez. Prepárate á morir.

El anciano se puso de hinojos pidiendo perdon.

—A tí! esperas que te perdones? No eras tú quien yo encontré en el camino cerca de Tiberiades, la noche en que volvias á Medina con los otros diputados? no eras tú á

quien yo oí llénar de injurias á Yezid? no eres tú á quien yo oí decir: «Luego que nos hallemos en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedecerémos mas á un libertino hijo de libertino, y en seguida lo acertarémos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado?».... Pues bien, entónces juraba yo, que si te volvía á encontrar y llegaba á tener tu vida entre mis manos te mataría. ¡Por Dios, que he de cumplir mi juramento! ¡Que maten á ese hombre!»

La orden fué ejecutada enseguida. Intimóse á los Medineses que aun quedaban en la ciudad, pues la mayor parte habian buscado su salvacion en la fuga, que prestaran juramento á Yezid. No era este el juramento ordinario por el cual se obligaban á obedecer al Califa, en tanto que este obedeciera al Coran y á los mandatos de Mahoma; léjos de esto los Medineses debian jurar ser esclavos de Yezid, esclavos que podría manumitir ó vender á su voluntad, tal era la fórmula: debian reconocer en él, una autoridad ilimitada sobre todo lo que poseian, sobre sus mujeres, sobre sus hijos y sobre su vida. La muerte esperaba á los que se negasen á prestar este horrible juramento. Dos Coreiscitas sin embargo, declararon

con enegía, que no prestarían otro juramento que el acostumbrado. Moslin ordenó al punto cortarles la cabeza. Coreiscita tambien Merwan, osó censurar esta órden, pero Moslin, pinchándole con su baston en la barriga, le dijo secamente: «Por Dios! que si tú mismo hubieras dicho lo que ellos han osado decir, te hubieras muerto.» Todavía sin embargo, se atrevió á pedir gracia para otro que estaba enlazado con su familia, y reusaba jurar igualmente. El general sirio no se dejó ablandar. Otra cosa fué, cuando un Coreiscita cuya madre pertenecía á la tribu de Kinda, negóse á el juramento, y cuando uno de los jefes del ejército sirio que pertenecía á los Sacun sub-tribu de Kinda esclamó: «El hijo de nuestra hermana no prestará «semejante juramento.» Moslin lo dispensó. (1)

Los Arabes de la Siria, habian ajustado la cuenta á los hijos de aquellos sectarios fanáticos, que inundáran la Arabia con la sangre de sus padres. La antigua nobleza, habia anonadado á la nueva. Representante de la antigua aristocracia de la Meca, Yezid habia vengado la muerte del Califa Othman, y las derrotas que los Medineses que com-

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 78 r.-79 v. Samhudí, fól. 31 r. y sig. Ibn-Kaldun, t. II, fól. 169, v.-170 v. «Raihan,» fól. 200 v, 201 r.

batían entónces bajo las banderas de Mahoma, habian hecho esperimentar á su abuelo. La reaccion del principio pagano contra el principio musulman habia sido cruel, terrible, inexorable. Jamás se repusieron los Defensores de este golpe fatal. Su fuerza quedó quebrantada para siempre. Su ciudad casi desierta, quedó por algun tiempo abandonada á los perros y los cercanos campos á las fieras, (1) pues que la mayor parte de sus habitadores, buscando nueva patria y una suerte menos dura en lejanos climas, se fueron al ejército de África. Demasiado tuvieron los otros que llorar; los Omeyas no perdieron ocasion de abrumarlos con todo el peso de su desden, de su menosprecio, de su ódio implacable y de colmarlos de disgustos y amarguras. Diez años despues de la batalla de Harra, Haddjadj, gobernador de la provincia, hizo sufrir la pena de marca á muchos venerables ancianos que habian sido compañeros de Mahoma. Para él todo Medinés era un asesino de Othman! como si este crimen, dado que los Defensores hubiesen sido mas culpables que en realidad lo fueron, no se hubiera espiado sufiente-

(1) Samhudi fól. 31 r.

mente con el degüello de Harra y el saco de Medina! Y cuando Haddjadj dejó la ciudad esclamó: «¡Alabado sea Dios, que me permite «alejarme de la mas impura de la ciudades, «de la que ha pagado siempre las bondades «del Califa, con la perfidia y la rebelion! ¡Por «Dios, si mi soberano no me ordenara en to«das sus cartas perdonar á estos infames, yo «destruiria la ciudad, y les haria gemir al «rededor de la cátedra del Profeta!» Como refirieran estas palabras á uno de los ancianos, á quienes Haddjadj habia hecho marcar dijo este: «¡Un terrible castigo le es«pera en la otra vida! ¡Lo que ha dicho es digno de Faraon!» (1) Así, la conviccion de que sus tiranos habian de ser atormentados con el fuego eterno, fué en adelante el único consuelo y la única esperanza de estos infelices. No se escaseaban este consuelo. Predicaciones de los compañeros de Mahoma, profecias del mismo Mahoma, milagros verificados en su favor, todo lo recibian con una credulidad ávida é insaciable. El teólogo Said, que se hallaba en la Mezquita cuando los jinetes sirios fueron á convertirla en caballeriza,

(1) Ibn-al-Athir, t. IV, fól. 17 r.

contaba á todo el que queria oirlo que, habiéndose quedado en el templo, oyó á la hora de la oracion, salir de la tumba del Profeta una voz que profirió las palabras solemnes destinadas á anunciar esta hora. (1) En el terrible Moslin, el hombre de Mozena, veian los Medineses el mónstro mas horrible que la tierra habia soportado hasta entónces: y que no hallaría émulo sino al fin de los siglos, en otro hombre de su misma tribu; contaban que habia dicho el Profeta: «Los últimos que resucitarán serán dos «hombres de Mozena. Hallarán la tierra «deshabitada. Vendrán á Medina donde no «encontrarán mas que fieras. Entónces dos «ángeles bajarán del cielo, los echarán so«bre su vientre y los arrastrarán así hasta «el lugar en que se hallen los otros hombres.» (2)

Oprimidos, blancos de todos los ultrages, tratados á puntapiés, no quedaba á los Medineses mas partido, que imitar el ejemplo que le dieron aquellos de sus conciudadanos que se habian alistado en el ejército de África, y esto fué lo que hicieron. De África pasaron á España. Casi todos los descen-

(1) Samhudi; «Raihan.»
(2) Samhudi, fól. 30 r.

dientes de los antiguos Defensores, se hallaban en la hueste con que Muza atravesó el Estrecho. En España fué donde se establecieron, especialmente en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó á ser la mas numerosa. (1) De Medina desaparecieron. Á un viajero que llegó á esta ciudad en el siglo XIII, y se informó por curiosidad de si existian aun descendientes de los Defensores, no le pudieron enseñar mas que un hombre y una muger ambos ancianos. (2) Puede pues, desconfiarse del origen ilustre, de esa docena de pobres familias que habitan hoy los arrabales y que pretenden descender de los Defensores. (3)

Pero ni aun en España estuvieron estos al abrigo del ódio de los árabes de la Siria: en las orillas del Guadalquivir hemos de ver renacer la lucha, teniendo España por gobernador un coreiscita, que en la batalla de Harra, combatió en las filas de los Medineses, y que despues de la derrota huyó para reunirse al ejército de África.

---

(1) Maccari, t. I, p. 187.

(2) El mismo, «ibid.»

(3) Véase á Burckhardt «Travels in Arabia» t. II, p. 237, Segun Burton «Pilgrimage,» t. II, p. 1, no hay en Medina mas que cuatro de estas familias.

Lo que ahora debe llamar nuestra atencion, es una lucha de diferente naturaleza; pero que se continuó tambien en la península española. Al referirla tendremos ocasion de volver á hablar de paso de Abdallah, hijo de Zobair y de ver que el destino de este otro representante de los compañeros de Mahoma no fué menos infeliz que el de los Medineses.

VI.

Si se esceptuan las luchas originadas por esos principios fundamentales que han estado siempre en cuestion, y que lo estarán eternamente, no hay otras en el Asia ni en Europa, entre los musulmanes ni entre los cristianos que tengan la persistencia de las que proceden de esa antipatía de raza que perpetuándose á través de los siglos, sobrevive á todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas. Ya hemos tenido ocasion de decir, aunque incidentalmente, que la nacion arábiga se componía de dos pueblos distintos y enemigos, más este es el lugar de esponer este hecho con mas precision y con el desarrollo necesario.

Segun la costumbre oriental, que hace

descender toda la nacion de un solo hombre, el mas antiguo de estos pueblos pretendia ser oriundo de un cierto Cahtan, personaje que los Arabes, cuando conocieron la Biblia identificaron con Yoctan, uno de los descendientes de Sem, segun el Génesis. La posteridad de Cahtan invadió la Arabia Meridional muchos siglos ántes de nuestra era, y subyugó la raza de orígen incierto, que habitaba este pais. Los catanitas llevan ordinariamente el nombre de yemenitas, tomado de la provincia mas floreciente de la Arabia Meridional, y así será como los llamarémos en adelante.

El otro pueblo, procedente de Adnan, descendiente de Ismael, á lo que se dice, habitaba el Hidjaz, provincia que se estiende desde la Palestina hasta el Yemen, y en donde se encuentran la Meca y Medina; el Nadj, es decir, la mesa estensa sembrada de algunas ondulaciones, que ocupa toda la Arabia central, en una palabra, el norte de Arabia. Denomínanseles Maádditas, Nizaritas, Modharitas ó Caisitas, nombres que todos indican el mismo pueblo, ó una parte de él, porque Cais desciende de Modhar; este era uno de los hijos de Nizar, y Nizar era hijo de Maádd. Nosotros emplearémos el térmi-

no de maádditas para designar esta raza.

Nada hay de parecido en la historia europea al ódio, á veces sordo, las mas flagrante de estos dos pueblos arábigos, que se mataban bajo el pretesto más fútil. El territorio de Damasco fué teatro, durante dos años de una guerra cruel, porque un maádita cogió un melon en el jardin de un yemenita, (1) y en la provincia de Murcia la sangre corrió á torrentes durante siete años porque un maáddita, pasando por casualidad por la tierra de un yemenita, habia tronchado sin pensar un pámpano de su viña. (2) Por lo menos en Europa, si la antipatía era fortísima, á los menos era motivada, habia habido conquista y servidumbre. En la Arabia por el contrario, ninguna de las razas habia sometido á la otra. Verdad es que antiguamente una parte de los Maádditas, los de Nadjd, reconocian la soberanía del rey del Yemen, y le pagaban tributo; mas esto era voluntariamente, pues estas hordas anárquicas necesitaban de un Señor que las impidiera destruirse mútuamente, y este Señor no podia elegirse en ninguna de sus familias, pues que bastara

(1) Abu-'l-feda, t. II, p. 64.
(2) Ibn-Adharí, t. II, p. 84.

esto paraque las otras reusaran obedecerle. Por eso, si las tribus maádditas que habian estado reunidas momentáneamente bajo un gefe por ellas elegido, se emancipaban de su dominio, pronto las guerras civiles las obligaban á volver á él. Teniendo que elegir entre la anarquía y el dominio estrangero; los jeques de las tribus se decian despues de una larga lucha instestina: «No te«nemos mas partido que tomar que entre«garnos de nuevo al rey del Yemen; le pa«garemos tributo en ovejas y camellos, é «impedirá que el fuerte anonade al débil.» (1) Cuando más tarde el Yemen fué conquistado por los Abisinios, los Maádditas del Nadjd dieron de grado á otro príncipe de origen yemenita, al rey de Hira, la escasa autoridad que habian reconocido hasta entonces en el rey del Yemen. Entre sumision tan espontánea y la servidumbre extrangera, hay una diferencia enorme.

En Europa, además, la diversidad de costumbres y de idiomas, levantaba una barrera insuperable entre los dos pueblos, que la conquista habia reunido violentamente en el mismo suelo. No sucedia así en el im-

(1) Caussin, t. II, p, 285.

perio musulman. Mucho tiempo antes de Mahoma, la lengua yemenita ó himyarita; como se le llama, nacida de la mezcla del árabe y del idioma de los vencidos, habia cedido su lugar al árabe puro, lengua de los maádditas, que habian conquistado cierta preponderancia intelectual. Salvo ligeras diferencias de dialecto, entrambos pueblos hablaban la misma lengua, y nunca se dice que en los ejércitos musulmanes les haya costado trabajo á un maáddita entender á un yemenita. (1) Participaban además de los mismos gustos, de las mismas ideas, de las mismas costumbres, pues que en ambas partes, la mayoría de la poblacion era nómada. En fin adoptando ambas el Islamismo, tenian tambien la misma religion. En una palabra, la diferencia que entre ellos existía era menos sensible, que la que se encontraba entre los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano.

Y sin embargo, apesar de que las razones que esplican la antipatía de raza en Europa no existia en el Oriente, esta antipatía to-

(1) Verdad es que en el Mahra, se habia conservado la antigua lengua, y los demás Arabes apenas comprendian la lengua de esta provincia. Véase á Iztakhri, p. 14.

ma aquí un carácter de tenacidad que no se encuentra entre nosotros. Al cabo de 300 ó 400 años, esta enemiga originaria se ha borrado en Europa; entre los Beduinos cuenta veinte y cinco siglos, se remonta á los primeros tiempos históricos de la nacion y está muy léjos de haberse estinguido en nuestros dias. (1) «La hostilidad originaria, decia un antiguo poeta, procede de nuestros abuelos y subsistirá mientras tengamos descendientes.» (2) Además, ella no ha tenido nunca en Europa, el carácter atroz que en el Oriente, jamás ahogó en nuestros antepasados, los sentimientos mas dulces y mas sagrados de la naturaleza, jamás un hijo ha menospreciado ni odiado á su madre porque perteneciera á otra raza que su padre. «Rogais por vuestro pa-
«dre le dijo uno á un yemenita, que hacía la
«procesion solemne al rededor del templo de
«la Meca, mas porqué no rogais por vuestra
«madre?—Por mi madre! replicó el yemenita
«con aire desdeñoso, cómo he de rogar por

(1) Véase sobre este último punto á Volney, «Viaje á la Siria y al Egipto», t. I, p. 440. Diario asiático aleman, t. V. p. 501, t. VI, p. 389, 390, Robinson, «La Palestina», t. II, p. 481, 601 de la traduccion alemana, y la nota en la que el autor remite á los viajes de Nieburh y de Burckhardt.

(2) «Hamasa» de Bohtori, man. de Leiden p. 35.

«ella? Era de la raza de Maadd!» (1)

Este ódio que se estiende de generacion en generacion, á despecho de una completa comunidad de idiomas, de derechos, de costumbres, de ideas, de religion y hasta cierto punto de orígen, pues que ambos son de raza semitica, este ódio que ningun antecedente esplica, está en la sangre, esto es todo lo que puede decirse, y probablemente hubieran sido tan incapaces de determinar su verdadera causa, los Arabes del siglo VII como lo son hoy los yemenitas, que vagan por los desiertos de la provincia de Jerusalen, y que cuentan á los viajeros que les preguntan, porque son enemigos jurados de los caisitas (maáditas) de la provincia de Hebron, que no saben otra mas de que este data de tiempo inmemorial. (2)

Lejos de disminuir el Islamismo esta aversion instintiva, le ha dado un vigor y una vivacidad que ántes no tenia. Mirándose siempre con desconfianza se vieron obligados en adelante á combatir bajo las mismas banderas, á vivir en el mismo suelo, á partir los frutos de la conquista, y estas continuas relaciones, esta aproximacion dia-

(1) Morrabad, p. 195.
(2) Robinson, t. II, p. 601.

ria, engendraron otras tantas disputas y altercados. Al propio tiempo, esta enemistad adquirió un interés y una importancia que no podia tener cuando estaba circunscrita á un rincon casi ignorado del Asia. En adelante ensangrentó tanto la España y la Sicilia, como los desiertos de Atlas y las riberas del Ganges, y ejerció una considerable influencia, no solo sobre la suerte de los pueblos vencidos, sino hasta sobre el destino de todas las naciones latinas y germánicas, pues que detuvo á los musulmanes en la via de sus conquistas, cuando amenazaban á la Francia y á todo el Occidente.

Combatiéronse los dos pueblos en toda la estension del imperio musulman, pero era este imperio demasiado vasto, y no habia unidad bastante entre las tribus para que la lucha pudiera ser simultánea, y dirigida hácia un fin preconcebido. Cada provincia tuvo su guerra particular, su guerra propia, y los nombres de los dos partidos, tomado de los de las tribus mas numerosas en la localidad donde se combatian, difieren casi en todas partes. En el Khorasan, por ejemplo, los yemenitas llevan el nombre de azdítas y los maádítas el de teminitas, por que las tribus de Azd y de Temin eran allí

las mas considerables. (1) En la Siria, provincia de que principalmente vamos á ocuparnos, estaban de una parte los Kelbitas, de otra los Caisitas. Los primeros de orígen yemenita, constituian la mayoria de la poblacion arábiga, (2) porque cuando muchas tribus yemenitas fueron á establecerse en la Siria, en los califados de Abu-Becr y Omar los Maádditas prefirieron fijarse en el Irac. (3)

Kelbitas y Caisitas eran igualmente adictos á Moawia, que merced á su prudente y sábia política, supo mantener entre ellos cierto equilibrio y conciliarse el afecto de unos y otros. Mas por bien calculadas que fueran sus medidas, no pudo impedir que el ódio recíproco que se profesaban no se manifestara de vez en cuando; bajo su reinado los Kelbitas y los Fezaras, tribu de los Caisitas, llegaron á darse una batalla en Banat-Cain, (4) y cuando quiso hacer reconocer por su sucesor á Yezid, esperimentó dificultades por parte de los Caisitas, porque la madre de Yezid era una

---

(1) «Comentario de Soccari sobre el Divan de «Ferazdac», man. de Oxford. fól. 93 v.

(2) Iztakhri p. 13.

(3) Tabari, t. II, p. 254. Abu-Ismail al Bazri, «Fotuh as Cham», p, 12, 195.

(4) Wüstenfeld. «Tablas genealógicas,» p. 265.

kelbita, hija de Malic Ibn-Bahdal, el jeque de esta tribu, y para los Caisitas, Yezid, educado en el desierto de Semawa con la familia de su madre, no era un Omeya, sino un Kelbita. (1) Ignórase de que modo Moawia supo ganarse sus sufragios, sabiéndose solamente que reconocieron á Yezid por heredero, y que le permanecieron fieles mientras reinó. Pero su reinado no duró mas que tres años. Murió en Noviembre de 638, dos meses y medio despues de la batalla de Harra, contando solo 38 años de edad.

A su muerte, el inmenso imperio se encontró de pronto sin señor. No porque Yezid muriera sin sucesion, dejó muchos hijos, sino porque el califado no era hereditario, sino electivo. Este gran principio no fué establecido por Mahoma, que nada decidió sobre este punto, sino por el Califa Omar que no carecia tan absolutamente como el Profeta de sentido político, y que como legislador gozaba de una autoridad incontestable. Él fué quien en una arenga pronunciada en la mezquita de Medina habia dicho: «Si alguno piensa en proclamar «á un hombre por soberano sin que hayan

(1) «Hamasa,» p. 319, 658.

«deliberado todos los musulmanes, semejan-«te proclamacion será nula.» (1) Verdad es que hasta entonces se habia eludido siempre la aplicacion de este principio; el mismo Yezid no fué elegido por la nacion, pero su padre tuvo al menos la precaucion de hacerlo jurar como sucesor suyo. Descuidada esta precaucion por Yezid, á quien arrebató la muerte en la flor de su edad, su primogenito, llamado Moawia como su abuelo, no podia alegar ningun derecho al califato. Lo hubieran reconocido sin embargo, si los Sirios, los hacedores de Califa en este tiempo, se hubiesen puesto de acuerdo, para sostenerlo. No lo estaban, y aun se dice que el mismo Moawia no ambicionaba el trono. Un profundo misterio envuelve las intenciones de este jóven. A creer á los historiadores musulmanes, Moawia en nada se parecia á su padre: la buena causa era á sus ojos la que los Medineses defendian, y cuando supo la victoria de Harra, el saqueo de Medina y la muerte de los antiguos compañeros de Mahoma, derramó lágrimas. (2)

---

(1) «Sirat ar-rasul» en el «Journal des savants» de 1832, p. 542.

(2) «Raihan,» fól. 202, r.

Pero estos historiadores, que preocupados por ideas teológicas, han falseado la historia algunas veces, se hallan en oposicion con un cronista español casi contemporáneo (1) que escribia, por decirlo así, bajo el dictado de los Sirios establecidos en España, que afirma que era Moawia el trasunto de su padre. Sea de esto lo que fuére, es lo cierto que los Caisitas no querian obedecer á un príncipe que tenia una kelbita por madre y otra kelbita por abuela, ni menos sufrir el mando del kelbita Hasan ibn-Malic ibn-Bahdal, gobernador de la Palestina y de la provincia del Jordan, que habia tomado la direccion de los negocios en nombre de su resobrino. (2) Tomaron, pues todas partes una actitud hostil, y uno de sus jefes, Zofar, de la tribu de Kilab, levantó el estandarte de la rebelion en el distrito de Kinnesrina, de dónde arrojó al gobernador kelbita Said, ibn-Bahdal. Como era preciso oponer otro pretendiente al de los Kelbitas, Zofar se declaró partidario de Abdallah, hijo de Zobair, cuya causa era en el fondo completamente indiferente á los Caisitas. El partido de los pia-

(1) Isidoro, c. 18.
(2) «Hamasa,» p. 319; cf. «Raihan», fól. 187, r.

dosos acababa de adquirir un singular aliado. Puesto que se disponía á mantener la cáusa de los hijos de los compañeros de Mahoma, Zofar se creyó obligado á pronunciar desde el púlpito un sermon edificante. Pero aunque gran orador y escelente poeta, á la manera de los Arabes paganos, no estaba acostumbrado por desgracia á las fórmulas religiosas y al estilo místico. Á la mitad de la primera frase se quedó cortado, y sus hermanos de armas se rieron á carcajadas. (1)

Moawia II sobrevivió á su padre cuarenta dias, dos meses ó tres—no se sabe lo cierto, ni importa el saberlo gran cosa.—La confusion habia llegado á su colmo. Cansadas las provincias de ser tratadas por los Sirios como pais conquistado, sacudieron el yugo. En el Irac, se levantaba cada dia un Califa ó un Emir que era derribado al siguiente. (2) Ibn-Bahdal no habia decidido todavía su plan, ya quería proclamarse Califa, ya convencido de que no sería obedecido mas que por sus kelbitas, se manisfestaba pronto á obedecer al Omeya que eligiera el pueblo. (3) Pero como

(1) «Raihan,» fól. 187 r.
(2) Véase Ibn-Khaldun, t. II, fól. 171 r y v.
(3) «Hamasa,» p, 319.

había pocas esperanzas de éxito, no era fácil encontrarlo. Walid, nieto de Abu-Sofyan y antiguo gobernador de Medina que lo habia aceptado, atacado por la peste cayó muerto, cuando oraba sobre la tumba de Moawia II. (1) Bien hubiera querido Ibn-Bahdal dar el califato á Kalib, hermano de Moawia II, pero como no contaba mas que diez y seis años, y los Árabes no querian obedecer mas que á un adulto, no se atrevió. Ofreciólo, pues á Othman, pero este que creia enteramente perdida la causa de su familia reusó y fué á reunirse al afortunado pretendiente Ibn-Zobair, cuyo partido engrosaba de dia en dia. En la Siria, todos los Caisitas se declararon en su favor. Dueños ya de Kinnesrina, lo fueron bien pronto de la Palestina, y el gobernador de Emesa, Noman, hijo de Baxir el Defensor, se declaró tambien por Ibn-Zobair. (2)

Ibn-Bahdal por el contrario, no podía contar mas que con sólo un distrito, el del Jordan, el menos considerable de los cinco en que se dividía la Siria. (3) En él se le habia jurado obediencia, pero á condicion

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 170 v.
(2) «Raihan,» fl. 187 r.; Ibn-Khaldun, fl. 172 r.
(3) Véase Iztakhri, p. 37.

de que no daria el califato á ninguno de los hijos de Yezid, porque eran demasiado jóvenes. En cuanto al distrito de Damasco, el más importante de todos, su gobernador Dhahhac de la tribu de Fihr, (1) no pertenecía á ningun partido. No estaba de acuerdo ni aun consigo mismo: antiguo jefe de la guardia de Moawia II, y uno de sus más íntimos confidentes, no le agradaba el pretendiente de la Meca; Maáddita, no quería hacer causa comun con el jeque de los Kelbitas, de aquí sus dudas y su neutralidad. Á fin de sondear sus intenciones y las del pueblo damasceno, Ibn-Bahdal le envió una carta, para que se leyese el viérnes en la mezquita. Esta carta estaba llena de alabanzas para los Omeyas, y de invectivas contra Ibn-Zobair; pero como Ibn-Bahdal temiese que Dhahhac reusase leerla públicamente, tuvo buen cuidado de dar una copia á su enviado diciendole: «Si Dhahhac no lee aquella á los Árabes de Damasco, «tu les leerás esta.» Sucedió lo previsto. El viérnes, cuando Dhahhac subió al púlpito no dijo una palabra respecto á la carta recibida. Entonces se levantó el enviado de Ibn-

(1) Los Fihr, eran los coreiscitas del distrito de la Meca.

Bahdal y la leyó al pueblo. Apenas acabada su lectura, se oyeron voces por todas partes. «Es verdad lo que dice Ibn-Bah-«dal» esclamaban unos; «nó, mentira; con-«testaban los otros.» El tumulto era horrible, y en el recinto sagrado que, como en todos los paises musulmanes, servia tanto para las ceremonias religiosas, como para las deliberaciones politicas, resonaban las injurias que mútuamente se lanzaban Kelbitas y Caisitas. Al cabo, Dhahhac logró restablecer el silencio, acabó la ceremonia religiosa, y continuó en su indecision. (1)

Tal era la situacion de la Siria, cuando los soldados de Moslin volvieron á su pais natal. Pero no era ya Moslin quien los mandaba, y hé aquí en pocas palabras lo que habia sucedido en este intérvalo.

Despues de la toma de Medina, Moslin, ya gravemente enfermo cuando la batalla de Harra, se negó á sujetarse al rigoroso régimen que los médicos le habian prescrito. «Ya, decía, moriré contento pues que he castigado á los rebeldes, y como he muerto á los asesinos de Othman, Dios me perdonará mis pecados.» (2) Habiendo llegado con

(1) Ibn-Khaldun, fól. 172 r.
(2) Abu-'l-mahasin «apud», Weil. t. I, p. 331, en la nota.

su ejército á tres jornadas de la Meca, y conociendo que su fin se aproximaba, llamó al general Hozain designado por Yezid para sustituirle en el mando, caso de que muriera. Este Hozain, era de la tribu de Sacun, y por consiguiente Kelbita como Moslin; pero Moslin le menospreciaba porque le creia falto de penetracion y firmeza. Apostrofándolo con esa brutal franqueza que constituía el fondo de su carácter y que no nos es permitido disimular le dijo: «Borrico, vas á tomar en mi lugar el mando. No te «lo confiaría yo, pero es menester que se cum«pla la voluntad del Califa. Escucha ahora «mis consejos, pues te conozco y sé que tie«nes necesidad de ellos. Guárdate de las «astucias de los Coreiscitas, cierra los oidos «á sus almibarados discursos, y acuérdate «de que una vez llegado delante de la Meca, «no tienes mas que tres cosas que hacer: «combatir sin cuartel, encadenar los habi«tantes de la ciudad y volver á Siria.» (1) Dicho esto espiró.

Portóse Hozain delante de la Meca, como si se hubiera propuesto probar que las prevenciones de Moslin respeto á él no

(1) Fakihi, fól. 400 v.; «Raihan,» fól. 201 v.; Ibn-Kaldun, fól, 170 v.

eran fundadas. Léjos de carecer de audacia, léjos de amilanarse por escrúpulos religiosos, escedió los mismos sacrilegios de Moslin. Sus ballestas hicieron llover sobre la Caba piedras enormes que derribaron las columnas del templo. Instigado por él, un caballero sirio lanzó de noche una antorcha encendida, sugeta á la estremidad de su lanza sobre el pabellon de Ibn-Zobair, erigido en el patio de la mezquita. Ardió el pabellon en un momento, y habiéndose comunicado el fuego á los velos que envolvian el templo, la santa Caba, la mas reverenciada de las mezquitas musulmanas quedó enteramente consumida... (1) Por su parte los de la Meca secundados por una multitud de no-conformistas, que olvidando momentáneamente su ódio contra la alta iglesia, corrieron llenos de entusiásmo á defender el territorio sagrado, sostenian el asedio con gran valor, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino de pronto á cambiar la faz de los negocios. Esta nueva inesperada, causó un gozo indecible al hijo de Zobair; para

(1) Hay otras tradiciones acerca de la causa de este incendio, pero la que doy en el texto parece la única verdadera á Ibn-Khaldun, (fól. 170 v.;) es tambien la única que se encuentra en el autor mas antiguo y mas digno de fé. Fakihi (fól. 400 v,)

Hozain fué un rayo. Demasiado conocía este general de espiritu frio, egoista y calculador, no consagrado en cuerpo y alma, como Moslin al servicio de sus señores, la fermentacion de los partidos en la Siria, para no preveer que iba á estallar una guerra civil, y no haciéndose ilusiones acerca de la debilidad de los Omeyas, vió en la sumision al Califa de la Meca el único remedio contra la anarquía y la única salvacion para su ejército, gravemente comprometido, y para él, que lo estaba más todavía. Citó pues, á Zobair para la noche siguiente, señalando sitio para la conferencia. Llegado aquel, le dijo á Zobair en voz baja, á fin de que los Sirios no pudieran oirlo.

—Estoy pronto á reconocerte por Califa, á condicion de que te comprometas á conceder una amnistía general, y á abandonar todo propósito de venganza, por la sangre derramada en el sitio de la Meca y en la batalla de Harra.

—Nó, le respondió Ibn-Zobair en voz alta, no quedaré satisfecho aunque mate diez enemigos por cada uno de mis camaradas.

—¡Maldito sea el que te considere en adelante hombre de talento! replicó entónces Hosain. Hasta ahora habia creido en tu

prudencia, pero te hablo bajo y me contestas alto, te ofrezco el califato y me amenazas con la muerte!

Ya la reconciliacion entre estos dos hombres era imposible. Hosain rompió al punto la conferencia y tomó con su ejército el camino de la Siria. En él encontró á Merwan. Vuelto á Medina despues de la batalla de Harra, y desterrado de nuevo por órden de Ibn-Zobair se habia ido á Damasco. Aquí, hallando casi desesperada la cáusa de su familia, se habia comprometido en una entrevista con Dhahhac á volver á la Meca á fin de anunciar á Ibn-Zobair que los Sirios estaban dispuestos á obedecer sus órdenes: (1) creyendo este el medio mejor de conquistar la benevolencia de su antiguo enemigo. Durante este viaje de Damasco á la Meca fué cuando encontró á Hosain. (2)

El general, despues de asegurarle que no reconocería al pretendiente de la Meca, le prometió que si tenía valor para empuñar el estandarte de los Omeyas, podría contar con su ayuda. Habiendo aceptado Merwan esta proposicion, resolvieron convocar en

(1) «Raihan,» fól. 187 v.; Hamasa, p. 318.
(2) Ibn-Kaldun, fól. 172 v.

Djabia una especie de dieta para tratar de la eleccion de Califa.

Convocados á ella, concurrieron Ibn-Bahdal y sus Kelbitas. Dhahhac prometió tambien su asistencia, escusándose por la conducta que hasta entónces habia observado. Púsose en efecto en camino con los suyos pero en medio de él persuadidos los Caisitas de que los Kelbitas no votarian mas que al aliado de su tribu, á Khalid, el hermano menor de Moawia II, reusaron continuar. Dhahhac volvió piés atrás y fué á acampar en la pradera de Raita al Oriente de Damasco. (1) Entretanto, comprendieron los Caisitas que sus querellas con los Kelbitas iba á ventilarse bien pronto con las armas; pero cuanto mas se aproximaba el momento decisivo, mas conocian lo monstruoso de su alianza con el jefe del partido de los piadosos, y como tenian mas simpatías por Dhahhac hermano de armas de Moawia I, le dijeron: «Porqué no te proclamas Califa? No vales tú «ménos que Ibn-Bahdal ni que Ibn-Zobair.» Envanecido con estas palabras, y contento por salir de la difícil posicion en que se encontraba, aceptó Dhahhac la proposicion de

(1) «Raihan.» fól. 187 v; «Hamasa;» Ibn-Khaldun, fól. 172 r.

los Caisitas y recibió sus juramentos. (1)

En cuanto á las deliberaciones de los Kelbitas en Djabia, no duraron menos de cuarenta dias. Querian Ibn-Bhadal y sus amigos el califato para Khalid—no se engañaban los Caisitas al suponerle este designio y Hosain no pudo hacer aceptar á Merwan su candidato. Bien podia decir: «Y qué! «cuando nuestros enemigos nos oponen un «hombre maduro, le pondremos enfrente un «jóven, casi un niño?» pero se le respondia que Merwan era demasiado poderoso. «Si «Merwan obtiene el califato, decian, todos «seremos sus esclavos; tiene diez hijos, diez «hermanos y diez sobrinos,» (2) Además se le consideraba como estranjero. La rama de los Omeyas á que pertenecia Khalid, estaba naturalizada en la Siria, pero Merwan y su familia habia residido siempre en Medina. (3) Cedieron al cabo Ibn-Bhadal y sus amigos, aceptaron á Mewan pero haciéndole comprender que, confiándole el califato, le hacian un gran favor que les autorizaba para exigirle condiciones tan duras como humillantes. Merwan tuvo que

(1) «Hamasa,» p. 318.
(2) Ibn-Kaldun, fól. 172 v.
(3) Véase «Hamasa,» p. 659 vs. 5 del poema.

obligarse solemnemente á confiar á los Kelbitas todos los empleos importantes, á gobernar segun sus consejos, y á pagarles anualmente una suma muy considerable. (1) Ibn-Bahdal hizo disponer además, que el jóven Khalid fuera el sucesor de Merwan y que entretanto tuviera el gobierno de Emesa. (2) Así arregladas las cosas, uno de los jeques de la tribu de Sacun, Malic hijo de Hobaira, que se habia señalado como celoso partidario de Khalid, dijo á Merwan con aire altivo y amenazador. «No te presta-«remos el juramento que se presta á los Ca-«lifas, á los sucesores del Profeta, porque «combatiendo bajo tu bandera, solo tene-«mos en consideracion los bienes de este «mundo. Si nos tratas bien como Moawia «y Yezid, te ayudaremos, si nó á tu costa «has de esperimentar que no tenemos mas «predileccion por tí que por cualquier otro «Coreiscita.» (3)

Terminada la dieta de Djabia, á fines de Junio de 684 (4) más de siete meses des-

(1) Masudi.-Esto se parece bastante á la «capitulacion» que la nobleza danesa hacia jurar al que elegia rey.

(2) Ibn-Khaldun.

(3) Masudi.

(4) Ibn-Khaldun.

pues de la muerte de Yezid, Moawia acompañado de los Kelb, de los Ghassan, de los Sacsac, de los Sacun y de otras tribus yemenitas, marchó contra Dhahhac, á quien habian enviado refuerzos los tres gobernadores de su partido. Zofar mandaba personalmente los soldados de Kinnesrina, su provincia. Durante su marcha, Merwan, recibió una nueva tan grata como inesperada: Damasco se habia declarado en su favor. Un jeque de la tribu de Ghassan en lugar de ir á Djabia se habia quedado oculto en Damasco. Cuando supo la eleccion de Merwan, reunió á los Yemenitas y se apoderó de la capital por un golpe de mano, y obligó al gobernador puesto por Dahahhac, á buscar su salvacion en una fuga tan precipitada, que hubo de abandonar hasta el tesoro público. Apresuróse el audáz Ghassanita á informar á Merwan del éxito de su empresa, y á enviarle dinero, armas y soldados. (1)

Frente á frente los dos ejércitos, ó mas bien los dos pueblos, en la pradera de Rahita pasaron al principio veinte dias en duelos y escaramuzas. Al fin el combate se hizo general. Fué sangriento como ninguno, dice un

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 84 v; Ibn-Khaldun.

historiador árabe, y los Caisitas despues de haber perdido ochenta de sus jeques, entre los que se contaba el mismo Dhahhac, sufrieron una completa derrota. (1)

Jamás se olvdió entre Caísitas y Kelbitas esta batalla de la Pradera y setenta y dos años mas tarde puede decirse que se continuó en España. Era el asunto que los poetas de ambas facciones rivales trataban con preferencia; estos, con cantos de gozo y de triunfo, aquellos con gritos de dolor y de venganza.

Cuando ya todos huian, Zofar tenía á su lado dos jeques de la tribu de Solem. Su caballo era el único que podia luchar en la carrera con los de los Kelbitas que los perseguian, y viendo sus dos compañeros que los enemigos iban á alcanzarlos le gritaron: «Huye Zofar, huye, van á matarnos.» Aguijando su caballo, Zofar se salvó: sus dos amigos fueron muertos. (2)

¿Qué dicha, decia mas tarde, qué dicha podré gozar despues que abandoné á Ibn-Amr y á Ibn-Man, despues que Hammam (3) ha

(1) Ibn-al-Athir; Ibn-Kháldun. Véase la nota B al fin de este volúmen.
(2) Masudí.
(3) Jeque de los Nomair; véase «Hamasa» p. 318.

sido muerto? Nadie jamás me conoció cobarde, pero aquella funesta noche cuando nos perseguian, cuando rodeado de enemigos ninguno acudía á socorrerme, esa noche yo abandoné á mis dos amigos, yo me salvé como un cobarde!.... Un sólo dia de debilidad oscurecerá para siempre todas mis hazañas, todas mis acciones heróicas? Dejaremos descansar á los Kelbitas? No les herirán ya nuestras lanzas? Quedarán sin venganza nuestros hermanos muertos en Rahita?.... Sin duda la yerba descansará sobre la tierra nuevamente removida que cubre sus huesos, pero nunca los olvidaremos, siempre alimentaremos para nuestros enemigos, un ódio implacable. ¡Muger! dame mis armas. En mi opinion, la guerra debe ser eterna. En verdad, que la batalla de Rahita, ha abierto entre Merwan y nosotros un abismo. (1)

Un poeta kelbita, le respondió en un poema de que no nos han quedado mas que estos dos versos:

En verdad, que en la batalla de Rahita, Zofar contrajo una dolencia de que no curará jamás. Jamás cesará de llorar á los Solem, los Amir y los Dhobyan, muer-

---

(1) Mássudi; «Hamasa» p. 72 «Raihan» fó.. 187 v; Ibn-Badrun p, 185; «Hamasa» de Bohtori fól. 187 v.

tos en este combate, y engañado en sus esperanzas mas queridas, renovará sin descanso con sus poesías el dolor de las viüdas y de los huérfanos. (1)

Otro poeta kelbita, (2) cantó la victoria de sus contributos. ¡Qué vergüenza para los caisitas, mientras huian á todo correr, abandonaban sus banderas, que caian, «semejantes á los pájaros que cuando tienen «sed, comienzan por describir muchos círculos en el aire y luego se precipitan en el «agua.» Enumera el poeta uno por uno, á los jeques caisitas, cada tribu llora la pérdida del suyo! ¡Cobardes! habian sido heridos por detrás! «Ciertamente hubo en la «Pradera, hombres que se estremecian de «gozo, eran los que cortaron á los Caisitas, «narices, orejas y manos, eran los que los «castraron.»

---

(1) «Raihan,» fól. 187 v.
(2) «Hamasa, p, 317 donde se debe leer «Kelbí» en lugar de «Kilabí;» c f. p. 656.



VII.

Mientras que Merwan, dueño de la Siria á consecuencia del triunfo alcanzado en la Pradera de Rahita, iba á someter el Egipto, Zofar, jefe ya de su partido, se encerró en Carkisia, fortaleza de la Mesopotamia, al Este de Kinnesrina donde el Kabur (Chaboras,) mezcla sus aguas con las del Eufrates. Poco á poco, llegó á ser Carkisia, el centro de los Caisitas. No siéndoles posible, las grandes empresas militares tuvieron que limitarse á una guerra de emboscadas y de sorpresas nocturnas; pero en cambio la hicieron á sangre y fuego. Mandados por Omar, hijo de Hobab, teniente de Zofar, saqueaban los campos kelbitas del desierto de Semawa, no daba cuartel, llevando su

crueldad hasta abrir el vientre á las mujeres, y cuando Zofar los veia volver cargados de botin y cubiertos de sangre:

Kelbitas, decia, ahora los tiempos se tornan duros para vosotros: nos vengamos, os castigamos. En el desierto de Semawa no encontrareis seguridad; abandonadle pues, llevad con vosotros al hijo de Bahdal, é id á buscar un refugio allí donde viles esclavos cultivan olivos. (1)

Sin embargo, los Caisitas no tuvieron en esta época, mas que una importancia secundaria. Verdad es que Carkisia, era el terror y el azote de los comarcanos, pero despues de todo, no pasaba de un nido de ladrones, que no podia inspirar á Merwan sérios temores y como ante todo le importaba conquistar el Irac, tuvo que combatir enemigos muchos mas formidables.

El Irac, ofrecia entónces un curioso espectáculo. Las doctrinas mas singulares y á veces las mas estravagantes, se disputaban la opinion; la herencia y la eleccion, el despotismo y la libertad, el derecho divino y la soberanía nacional, el fanatismo y la indiferencia luchaban entre sí; los Ara-

(1) «Raihan.» fól. 187 v. cf. «Nouveau Journ. asiat,» t. XIII, p. 301.

bes vencedores y los vencidos Persas, los ricos y los pobres, los visionarios y los incrédulos combatian unos contra otros. Habia en primer lugar, moderados que no querian ni á los Omeyas ni á Ibn-Zobair. Acaso ningun Iracano simpatizaba ni con el carácter de este ni con los principios que representaba; pero habiendo fracasado lo mismo en Basora que en Cufa, todas las tentativas hechas para constituir un gobierno nacional, los moderados acabaron por reconocerlo, creyéndolo el único capáz de mantener un poco de órden en la provincia. Unos, musulmanes sin repugnancia, pero tambien sin fervor, vivian naturalmente en una vida pacífica, dulce y perezosa; otros menos cuidadosos de lo futuro, sustituian la duda á el entusiásmo, la negacion á la esperanza. No adoraban ni sacrificaban más que á un Dios, y este Dios era el placer sensual. El elegante y espiritual Omar ibn-abi-Rabia, el Anacreonte arábigo, habia escrito su liturgia. Ahnaf y Haritha, los nobles mas considerados é influyentes de Basora representaban los dos matices de este partido.

---

(1) Ibn-Khallicán, t. I. p. 323 y sig. ed. Slane, Ibn-Nobáta, «apud.» Rasmussen, «Adinamenta ad «historiam Arabum,» p. 11 y sig. del texto.

El nombre del primero se halla mezclado á todos los acontecimientos de esta época, pero siempre como consejero, nunca como actor. Jeque de los Temin, gozaba de consideracion tan ilimitada en su tribu, que Moawia I tenia costumbre de decir: «Si monta «en cólera, cien mil Teminitas participan de «su enojo sin preguntarle la causa.» Por fortuna no era capáz de ello; su longanimidad era proverbial; hasta cuando llamaba su tribu á las armas era sabido que lo hacia por complacer á su amada, la hermosa Zabra, que lo dominaba completamente. «Zabra está hoy de mal humor, murmura«ban entónces los soldados.» Como tomaba en todas las cosas el justo medio, su devocion estaba entre el fervor y la indiferencia. Hacia penitencia de sus pecados, pero esta penitencia no era demasiado dura. En espiacion de cada uno, pasaba un dedo por la llama de una bugía, y esclamaba dando un pequeño ¡ay! por qué has cometido tal pecado? Dejarse guiar por un egoismo prudente y reflexivo, pero que no llegaba al dobléz, ni á la bajeza: guardar neutralidad entre los partidos mientras podía; acomodarse con cualquier gobierno por ilegítimo que fuera, sin condenarlo, pero tam-

bien sin adularlo, ni buscar sus favores, hé ahí la línea de conducta que se habia trazado desde su juventud, y de la que no se apartó jamás. Carácter sin espansion, sin abnegacion, sin grandeza, este representante del justo medio y de la vulgaridad egoista, este amigo de las contemplaciones y de los términos médios, era tan incapáz de inspirar entusiasmo, como de sentirlo, pero todos le querian por su dulzura, su amabilidad, su génio igual y conciliador. (1)

Magnífico y culto representante de la antigua nobleza pagana, pasaba Háritha por atrevido bebedor y no negaba que lo fuese. El distrito que prefirió cuando tuvo que elegir una provincia, fué el que cosechaba los mas excelentes vinos. Sus creencias religiosas no eran tampoco un misterio para sus amigos. ¡Cuán estraño espectáculo, decia «un poeta de su familia, es ver á Háritha «asistir á la oracion pública, él, mas incré«dulo que un asno!» (2) Pero estaba dota-

(1) Ibn-Khallican, t. I. p, 323 y sig., ed. de Slane; Ibn-Nobata «apud» Rasmussen, «Additamenta ad historiam Árabum». p. 16 y sig. del texto.

(2) Mobarrad, p. 699. Hemos traducido como el texto árabe segun la nota de Dozy: afortunadamente, la lengua española permite dejar á la frase todá su enérgica sencilléz, sin que una artificiosa elegancia, impida que se nombren séres que por lo demás no despiertan ideas repugnantes ni inmorales. (N. del T.)

do de una esquisita cortesía, se encomiaba su conversacion juntamente alegre é instructiva, (1) y por su bravura se distinguía honrosamente de sus conciudadanos. Porque, preciso es decirlo, los Iracanos mostraban casi siempre una increible cobardía. Siendo aun Obaidallah gobernador de la provincia, dos mil Iracanos, enviados por él á reducir á unos cuarenta no-conformistas, no se habian atrevido á atacarlos. «Me cui-«do muy poco de que Obaidallah pronuncie «mi elogio fúnebre; prefiero que me riña,» decia su general. (2)

Los dos partidos restantes, el de los no-conformistas, y el de los Siitas se componian entreambos de creyentes fervientes y sinceros. Pero estas dos sectas que casi se confundian en el punto de partida, se separaron en su desarrollo cada vez mas y concluyeron por comprender la religion y el Estado de una manera diametralmente opuesta.

Eran los no-conformistas, almas nobles y entusiastas que, en un siglo de egoismo, conservaban la pureza de corazon; que no ponian su ambicion en los bienes terrenos, que tenian de Dios una idea demasiada ele-

(1) Ibn-Khallican, t. I, p. 325 ed. de Slane.
(2) Mobarrad, p. 651.

vada, para servirle maquinalmente, y adormecerse en una piedad vulgar y fácil, eran los verdaderos discipulos de Mahoma, pero de Mahoma tal como era en la primera época de su mision, cuando la virtud y la religion llenaban solas su alma entusiasta, mientras que los ortodoxos de Medina, eran mas bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor, cuya insaciable ambicion aspiraba á conquistar el mundo con la espada. En un tiempo en que la guerra civil asolaba las provincias del vasto imperio, cuando cada tribu hacía de la nobleza de su orígen, título para el poder, ellos se atenían á estas hermosas palabras del Coran: «Todos los «musulmanes son hermanos.» «No nos pre«guntes decian, si decendemos de Cais ó de «Temin; todos nosotros somos hijos del isla«mismo, todos nosotros prestamos homenaje «á la unidad divina, y el que Dios prefiere es «el que mejor le muestra su gratitud.» (1) Pero si predicaban la igualdad y la fraternidad, era porque se reclutaban en las clases obreras, mas bien que en la nobleza. (2) Justamente indignados de la corrupcion de sus contemporáneos que se entregaban sin

(1) Mobarrad, p. 588.
(2) Mobarrad, p. 704.

escrúpulo y sin vergüenza á todas las disoluciones, y á todos los vicios, creyendo que les bastaba para limpiarse de pecado asistir al culto público y hacer su peregrinacion á la Meca; predicaban ellos que es insuficiente la fé sin obras, y que los pecadores serán condenados lo mismo que los incrédulos. (1) En efecto, se tenian entónces las ideas más exageradas acerca del poder absolutorio de la fé. Y qué era esta fé despues de todo? La mayoria de las veces un puro deismo, nada más.

Los espíritus ilustrados de costumbres relajadas, si por casualidad creian en el cielo, pensaban conquistarlo con poco trabajo. «Qué tienes preparado para semejante dia?» preguntó el piadoso teólogo Hasan de Basora, al poeta Ferazdac «el Perdido,» que concurría con él á un entierro. «El testi«monio que doy hace sesenta años de la uni«dad de Dios,» repuso tranquilamente el poeta. (2) Los no-conformistas, protestaban contra esta teoría. «Por esa cuenta, el mis«mo Satanás hubiera escapado á la conde«nacion eterna; no está él convencido tam«bien de la unidad de Dios?» (3)

(1) Chahrastaní y Mobarrad, «pasim.»
(2) «Nouveau Journ. asiat, t. XIII, p.543.»
(3) Chahrastaní, p. 91.

Á los ojos de una sociedad ligera, frívola, escéptica, semi-pagana, religion tan apasionada, unida á tan austera virtud, era una heregía. Es preciso estirparla se decían, porque sucede á veces, que el exepticismo proscribe la piedad en nombre de la filosofía, como suele la piedad proscribir en nombre de Dios la razon independiente. Por su parte, el gobierno se alarmaba no sin motivo con estos demócratas, con estos niveladores. Los Omeyas hubieran podido consentirlos y hasta aplaudirlos si se hubiesen limitado á declarar, que los jefes del partido ortodoxo los llamados santos del Islamismo como Talha, Zobair, Alí y Aixa, la viuda del Profeta, no eran sino ambiciosos hipócritas; pero fueron más allá. Sin contar que, á ejemplo de los ortodoxos de Medina, trataban de incrédulos á los Omeyas y disputaban á los Coreiscitas el derecho esclusivo al califato, negando atrevidamente, que el Profeta, hubiere dicho que el gobierno espiritual y temporal estaba vinculado en esta tribu, predicaban, que cualquiera podia ser elegido Califa fuera de la condicion que fuera, ora perteneciera á la más alta nobleza, ora al rango social mas ínfimo, ya fuera Coreiscita ó esclavo, tema

peligroso que minaba por su raiz el derecho público. Habia mas: soñando en una sociedad perfecta, estas almas cándidas y apasionadas por la libertad, predicaban que el Califa solo era necesario para contener á los malvados, y que los verdaderos creyentes, los hombres virtuosos, podian pasarse sin él. (1) Dándose la mano el gobierno y la aristocracia del Irac, para anonadar por un esfuerzo comun á los no-conformistas y á su doctrina, como ántes la nobleza siria había secundado á los Omeyas, en su lucha con los compañeros del Profeta, comenzó una persecucion cruel y terrible, dirigida por el gobernador Obaidallah. ¡Aquél escéptico, aquel filósofo, aquel que habia hecho matar al nieto del Profeta, derramó á torrentes la sangre de esos hombres, que en el fondo de su alma debía mirar como los verdaderos discípulos de Mahoma! No porque fueran temibles por el pronto: vencidos por Alí en dos sangrientas batallas, no predicaban ya en público, se ocultaban, habian hasta depuesto á su gefe, porque desaprobada su inaccion y su comercio con los Árabes que no eran de su secta, (2) pero eran, y sus

(1) Chahrastaní p. 87 90.
(2) Mobarrad, p. 575.

enemigos lo sabian muy bien, fuego escondido en la ceniza que sólo necesitaba aire para reanimarse. Propagaban en secreto sus principios con una elocuencia viva, arrebatada, arrastradora, irresistible, porque nacía del corazon. «Es preciso que ahogue en «germen, esa heregía respondió Obaidallah, «cuando se le dijo que estos sectarios no eran «bastante peligrosos para motivar tantas «crueldades; esos hombres son mas temi- «bles que pensais, sus menores palabras «encienden los espíritus como la ligera chis- «pa hace arder un monton de juncos.» (1)

Los no-conformistas, sostuvieron esta ruda prueba con una firmeza verdaderamente admirable. Tranquilos y resignados iban al cadalso con paso firme, recitando oraciones ó versículos del Coran, y recibian el último golpe glorificando al Señor. Ninguno de ellos faltó jamás á su palabra para salvar su vida amenazada. Un agente de la autoridad, arrestó á uno de los sectarios en la calle. «Permitidme entrar un momento en «casa le dijo el no-conformista á fin de que «me purifique y en seguida ore.—Y quién «me responde de que vuelvas?—Dios,»

(1) Id. p. 647.

replicó el no-conformista y volvió. (1) Otro encerrado en la prision asombró hasta á su carcelero por su piedad ejemplar y su elocuencia persuasiva. «Vuestra doctrina «me parece hermosa y santa le dijo este y quiero serviros. Os permitiré, pues, ir á ver vuestra familia, durante la noche, si me prometeis volver al romper el alba.—Os lo prometo,» le respondió el no-conformista, y desde entónces le dejó salir el carcelero todas las tardes despues de ponerse el sol. Pero una noche que el no-conformista estaba con su familia, vinieron á decirle que el gobernador, irritado porque habian asesinado á unos de sus verdugos, habia dado órden de decapitar á todos los herejes que se hallaban en la prision. Apesar de los ruegos de sus amigos, apesar de las lágrimas de su mujer y de sus dos hijos que le conjuraban no entregarse á una muerte segura, el no-conformista volvió á su prision diciendo: «Po«dría presentarme delante de Dios habien«do faltado á mi palabra?» Vuelto á su calabozo y viendo pintada la tristeza en el rostro del buen carcelero: «Tranquilizaos, «le dijo; conocia la órden de vuestro señor.

(1) Id. p. 659.

—La conocíais y habeis vuelto!» esclamó el carcelero lleno de asombro y de admiracion. (1)

Tambien las mujeres rivalizaban con los hombres en valor. Advertida la piadosa Baldaj de que Obaidallah habia pronunciado su nombre la víspera, lo que equivalía en su boca á una sentencia de muerte, rehusó esconderse como sus amigos le aconsejaban. «Peor para él si me manda pren-«der, puesto que Dios le castigará, dijo ella, «pero no quiero que ninguno de mis her-«manos sea molestado por culpa mia.» Serena y resignada esperó á los verdugos, que despues de cortale manos y piernas arrojaron el tronco en el mercado. (2)

Tanto heroismo, tanta grandeza, tanta santidad, escitaban el interés y la admiracion de las almas justas, é imponian algunas veces respeto hasta á sus verdugos mismos. A la vista de aquellos hombres demacrados y pálidos, que apenas comian ni dormian, (3) y que parecian rodeados de una aureola de gloria, un santo terror detenía el brazo que iba á herirlos. (4) Mas

(1) Mobarrad, p. 647, 648.
(2) Id. p. 647.
(3) Chahrastaní, p. 89; Mobarrad, p. 590.
(4) Mobarrad, p. 670.

adelante, no fué ya el respeto, sino el miedo el que les hizo dudar. La secta perseguida se convirtió en una sociedad secreta, cuyos miembros eran solidarios. Al dia siguiente de cada ejecucion se estaba seguro de encontrar asesinado al verdugo. (1) Esto era ya un principio de resistencia armada, pero que no satisfacia á los mas exaltados del partido. En efecto, bajo el punto de vista de la secta y aun de los musulmanes en general, la paciente resignacion á los suplicios, léjos de ser un mérito, se reputaba debilidad. La iglesia musulmana es esencialmente militante, tomada esta palabra en otro sentido que en la iglesia católica. Así mismo reprochaban los exaltados á los moderados su comercio con los «ladrones, é incrédulos», (2) su inaccion, su cobardia, y asociéndose á estas censuras, los poetas escitaban á tomar las armas, (3) cuando se supo que el ejército de Moslin iba á asediar las dos ciudades santas.

Este fué el momento decisivo para la secta de que Nafi, hijo de Azrac, era en-

(1) Mobarrad. p. 648 y sig.
(2) Id. p, 577.
(3) Id. p. 661.

tonces el hombre mas eminente. Voló con sus amigos á la defensa del sagrado territorrio, y Ibn-Zobair, que decia que para combatir á los Árabes de la Siria aceptaria socorro hasta de los Dailemitas, de los Turcos, de los paganos y de los bárbaros, (1) los recibió con los brazos abiertos, y aun les aseguró que participaba de sus doctrinas. Durante el sitio de la Meca, hicieron los no-conformistas prodigios de valor; pero no tardaron en apercibirse de que era imposible toda union entre ellos, y el jefe de la alta Iglesia. Volvieron, pues, á Basora, y aprovechándose despues del universal desórden, se establecieron en la provincia de Ahwas, despues de haber espulsado á los empleados del gobierno.

A partir de esta época, los no-conformistas, los de Ahwas al menos, que los Árabes llaman Azrakitas, del nombre del padre de Nafi, no se contentaron con romper todo comercio con los árabes de otras sectas, ni con declarar que era un pecado asociarse con ellos, comer los animales que ellos mataban y contraer matrimonio con sus fami-

(1) Id. p. 678.

lias sino que exasperados por muchos años de persecucion y sedientos de venganza desplegaron un carácter feróz y cruel, sacaron de sus principios las consecuencias mas estremas, y encontraron en el Coran, que interpretaban, como algunas sectas de Inglaterra y Escocia, interpretaron la Biblia en el siglo XVII, argumentos para justificar y santificar su ódio implacable. Todos los demás Árabes eran á sus ojos incrédulos ó pecadores, lo que venia á ser lo mismo, era pues preciso estirparlos si reusaban aceptar las creencias del pueblo de Dios, pues que Mahoma solo habia dejado á los árabes paganos la eleccion entre el mahometismo y la muerte. A ninguno debia perdonarse, ni aun á las mugeres y niños de pecho, porque Noé decia en el Coran: «Señor, no dejes subsistir sobre la tier«ra ninguna familia infiel, porque, si la de«jaras seducirian, á tus siervos, y no pro«crearian sino impios é incrédulos.» (1) Se quiso esterminarlos; á su vez ellos querian esterminar á sus perseguidores. De mártires se convirtieron en verdugos.

Pronto, señalando su paso con torrentes

(1) Id. 680, 683.

de sangre, avanzaron hasta dos jornadas de Basora. Una consternacion inesplicable reinaba en la ciudad. Los habitantes, que como es sabido, confesaban de ordinario su cobardia con un cinismo repugnante; no podian contar mas que con sus propias fuerzas y valor, pues era precisamente la época en que se habian emancipado de la dominacion de los Omeyas y aun reusaban reconocer á Ibn-Zobair. Para colmo de desdichas habian sido lo bastante locos para poner á la cabeza del gobierno al Coreiscita Babba, (1) hombre de escesiva corpulencia; pero de una completa nulidad. Sin embargo, como tenian que defender sus bienes, sus mujeres, sus hijos y su propia vida, la gravedad del peligro les dió un poco de energia y salieron en busca del enemigo con mas presteza y valor de las que mostraban de ordinario, cuando era preciso combatir. Se vino á las manos cerca de Dulab, y se batieron durante un mes. En uno de estos combates pereció Nafi, y los Árabes por su parte perdieron los tres generales que se sucedieron en el mando (2) y fatigados al

(1) Compárece á Ibn-Khaldun. t. III, fól. 171 v. con Mobarrad, p, 688.
(2) Mobarrad p. 688-690.

fin de tan larga campaña, descorazonados al ver que tantos combates no producian resultados decisivos, y debilitados por esfuerzos á que estaban poco acostumbrados, conocieron que habian tomado por fuerza su deseo y se volvieron á sus hogares. Hubieran inundado entónces todo el Irac los feroces sectarios, si Haritha no les cerrára el paso al frente de sus contributos los Ghoddan. «Vergüenza eterna sobre nosotros; «dijo á sus compañeros de armas, si aban- «donamos á nuestros hermanos de Basora á «la rabia feróz de los no-conformistas» y combatiendo como partidario, sin carácter oficial, preservó al Irac del terrible azote que le amenazaba.

Pero como el peligro era siempre inminente, como Haritha podia ser vencido á cada instante y entónces nada impediría al enemigo penetrar hasta Basora, los habitantes de esta ciudad, no hallaron otro medio de salvacion mas que coaligarse con Ibn-Zobair y reconocerlo Califa. Esto fué lo que hicieron, é Ibn-Zobair les envió un gobernador que confió el mando de las tropas á un hermano suyo llamado Othman. Al frente ya del enemigo, y viendo que tenía de su parte, la superioridad numérica;

Othman dijo á Haritha que se habia reunido con él:

—Y qué, es ese todo su ejército?

—Vos no los conoceis, le respondió Haritha, os darán bastante que hacer, os lo prometo.

—Por Dios! replicó Othman con aire desdeñoso, antes de comer he de saber si saben batirse.

—Sabed, general, que una vez formados en batalla no retroceden nunca.

—Sé, que los Iracanos son cobardes. Y qué sabeis de guerra Haritha?... lo que vos sabeis es otra cosa... Acompañó Otman estas palabras con un gesto significativo: y furioso Haritha, por haber tenido que sufrir de aquel estrangero, de aquel pietista, el doble reproche de cobardía y de embriaguéz, permaneció inactivo con los suyos, sin tomar parte en el combate

Víctima de su imprudencia, despues de haber visto sus tropas en fuga, pereció Othman en el campo de batalla. Iban á recoger los no-conformistas el fruto de su victoria, cuando Haritha, levantando del suelo el estandarte y formando á sus contributos en batalla detuvo el empuje de la hueste enemiga. Con razon decía un poeta: «Si Harit-

«ba no hubiese estado allí, ningun Iracano «hubiese sobrevivido á esta fatal jornada. Cuando se pregunta: «Quién ha salvado la provincia?» Máadditas y yemenitas contes- «tan á una voz: Él.»

Desgraciadamente los pietistas que Ibn-Zobair envió sucesivamente á gobernar el Irac, no supieron apreciar á este hombre, el único sin embargo, que en medio de la general vileza, habia dado pruebas de valor y de energía. Es, decian, un borracho. un incrédulo, y se obstinaban en reusarle la posicion oficial que solicitaba y los refuerzos de que tenia absoluta necesidad para contener los conatos del enemigo. Estrechado cada vez mas el valiente guerrero, no pudo salvar su debilitado ejército, sino por una retirada que parecía una fuga. Perseguido por el enemigo, llega al pequeño Tigris y se mete precipitadamente en los barcos para atravesarlo. Iban ya estos por la mitad del rio, cuando oyó Haritha los gritos de angustia que profería un bravo Teminita, que, habiendo llegado demasiado tarde para embarcarse, estaba á punto de ser alcanzado por el enemigo. Manda en seguida al barquero volver á la ribera. Obedece éste, pero la orilla donde abordó era muy es-

carpada y el Teminita pesadamente armado se deja caer en la barca; el peso de la caida la hace sozobrar y todos perecen tragados por las olas. (1)

El Irac habia perdido su último defensor y el enemigo avanzaba, ya se preparaba á echar un puente sobre el Eufrates. Muchos vecinos abandonaban á Basora, para buscar en otra parte un asilo, otros se preparaban á seguirlos, y el miedo que inspiraban las terribles «cabezas peladas» era tan grande y tan universal, que no se encontró quien quisiera encargarse del mando del ejército. Mas entónces, como por una inspiracion del cielo, un mismo pensamiento se posesionó de todos los ánimos, una misma palabra salió de todas las bocas: «Solo Mohallad puede salvarnos!» (2)

Y Mohallad los salvó. Era sin disputa un hombre superior, digno por todos conceptos, de la admiracion que le profesaba un héroe cristiano, el Cid, cuando en su palacio de Valencia se hacía leer los altos hechos de los antiguos heroes del islamismo. (3) Como nada escapaba á su penetracion, comprendió des-

(1) Mobarrad p. 698–700.
(2) Id. p. 701, cf. p. 593, é Ibn–Coteba p. 203.
(3) Véanse mis «Recherches», t. II, p. 25.

de luego que una guerra de esta naturaleza, pedia en el general algo mas que talentos militares, que para reducir á estos fanáticos dispuestos á vencer ó morir, y que, atravesados de parte á parte por las lanzas enemigas, se abalanzaban sobre sus enemigos gritando: «Á tí venimos Señor,» (1) era necesario oponerles soldados no solo aguerridos y disciplinados, sino animados en el mismo grado por el entusiasmo religioso. Y obró el milagro: él supo transformar á los excépticos Iracanos en celosos creyentes, persuadirles de que los noconformistas, eran los enemigos mas encarnizados del Eterno, inspirarles el deseo de obtener la corona del martirio. Cuando el valor vacilaba, atribuía osadamente á Mahoma palabras proféticas que prometian el triunfo á sus soldados, (2) porque por un contraste singular, las artes de la impostura le eran tan naturales como un valor magnánimo. Desde entónces los soldados no dudaban y obtenian la victoria, convencidos de que le habia sido prometida por el cielo. Hubo pues, en esta

(1) Mobarrad, p. 623.
(2) Ibn-Khallican. Fasc. IX, p. 48, ed. Wüstenfeld.

guerra que duró diez y nueve años, (1) una emulacion de violencia y de ódio fanático, y no se podia decir cual de los dos partidos se mostró mas ardiente, mas encarnizado, mas apasionadamente implacable. «Si viera venir por una parte á los «Dailemitas paganos, y por otra á los no-«conformistas, se decia en el ejército de Mo-«hallab, me lanzaría sobre los últimos, «porque el que muera, muerto por ellos, «gozará en los cielos de una aureola diez ve-«ces mas resplandecientes que la de los otros mártires.» (2)

Mientras que Basora necesitaba de todas sus fuerzas y de toda su energía para rechazar á los no-conformistas, otra secta, la de los Siitas inspiraba los mas sérios temores, tanto á los Omeyas como á Ibn-Zobair.

Si los principios de los no-conformistas, debian conducir necesariamente á la democracia, los de los Siitas llevaban derechamente al mas terrible despotismo. No pudiendo admitir que el Profeta hubiera tenido la imprudencia de abandonar á la multitud la eleccion de sucesor, se fundaban en algunas espresiones bastantes equí-

(1) Chahrastaní, p. 89.
(2) Mobarrad, p. 704.

vocas de Mahoma para enseñar que este habia designado espresamente á Alí, por su sucesor, y que el Califado era hereditario en la familia del esposo de Fátíma. Consideraban, pues, como usurpadores, no solo á los Omeyas, sino tambien á Abu-Becr, Omar y Othman, y elevaban al mismo tiempo al Califa al rango de Dios, pues creian que ni pecaba jamás ni participaba de ninguna de las debilidades é imperfecciones de los hombres. De esta deificacion del Califa, la secta que dominaba entónces y que habia sido fundada por Caisan (1) liberto de Alí, llegó por una consecuencia lógica á la triste doctrina de que la fé, la religion y la virtud consisten exclusivamente en la sumision pasiva y en la obediencia ilimitada á las órdenes del hombre-Dios, (2) estraño y monstruoso pensamiento antipático al carácter árabe, pero nacido en el cerebro de los antiguos sectarios de Zoroastro, que, acostumbrados á considerar en sus reyes y sacerdotes descendien-

(1) Algunos autores árabes identifican sin razon á Caisan con Mokhtar. Caisan llegó á ser mas adelante jefe de la guardia de Mokhtar; véase á Ibn-Khaldun. t. II, fól. 176 v.

(2) Chahrastaní, p. 108, 109.

tes de los dioses de los génios y de las divinidades, trasladaban á los gefes de la nueva religion la veneracion que ántes concedian á sus soberanos, (1) pues los Siitas eran una secta esencialmente persa que se reclutaba con preferencia entre los libertos, (2) es decir, entre los Persas. De esto viene tambien que esta secta diera á sus creencias el aspecto formidable de una guerra ciega y furiosa contra la sociedad: odiando á la nacion dominante y envidiándole sus riquezas, estos Persas le pedian su parte de bienes terrenos. (3) Sus gefes, sin embargo eran ordinariamente Árabes que esplotaban en su provecho la credulidad y el fanatismo de estos sectarios. En esta época se dejaban guiar por Mokhtar, espíritu al par audáz y flexible, violento y trapacero, héroe y malvado, tigre en la cólera, y en la reflexion raposa. Sucesivamente no-conformista, ortodoxo-Zobairita, como se decia entónces, y Siita, habia pasado por todos los partidos, desde el que representaba la

---

(1) De Sacy. «Exposé de la religion des Druzes.» t. I, Introduccion, p. XXVII,

(2) Tabarí, «apud» Weil, t. I, p. 378 en la nota.

(3) Ibn-Khaldun. «passim.»

democracia hasta el que predicaba el absolutismo, y para justificar sus contínuos cambios, muy propios para inspirar dudas acerca de su sinceridad y buena fé, se había creado un Dios á su imágen, un Dios esencialmente mudable, que sabia, que queria y ordenaba mañana lo contrario de lo que habia sabido, querido y ordenado la víspera. Esta singular doctrina tenia además para él otra ventaja: como él se preciaba de predecir lo futuro, ponia con ella sus presentimientos y sus visiones al abrigo de toda crítica, pues si el éxito no las justificaba, decia: «Dios ha cambiado de opinion.» (1) Y sin embargo, á pesar de las contrarias apariencias, ninguno era menos inconsecuente y menos variable que él. De lo que sí cambiaba era de medios. Todas sus acciones tenían un único móvil: una ambicion desenfrenada, todos sus esfuerzos tendian á un solo fin, el poder y el mando. Menospreciaba todo lo que otros temian ó veneraban. Su espíritu orgulloso se cernia con desdeñosa indiferencia sobre todos los sistemas políticos y creencias religiosas, que consideraba como otros tantos señuelos, inventados para engañar á la

(1) Chaharastaní, p 110.

multitud, como otros tantos prejuicios de que un hombre hábil, debe saberse servir para alcanzar sus fines. Pero aunque él representase todos los papeles con incomparable destreza, el de gefe de los Siitas, era el que mas convenia á su caracter. Ninguna otra secta habia mas simple y crédula, ninguna tenia ese carácter de obediencia pasiva que cuadraba á su genio imperioso.

Quitó por un atrevido golpe de mano Cufa á Ibn-Zobair, y en seguida hizo marchar sus tropas contra el ejército sirio enviado contra él por el Califa Abdelmelic, que acababa de suceder á su padre Merwan. Solo esperaban esto para levantarse los de Cufa, que sufrian ardiendo en indignacion y en ira el yugo del impostor y de los Persas «sus esclavos» como ellos los llamaban, (1) pero Mokhtar, supo ganar tiempo embaucándolos con protestas y promesas y lo aprovechó para enviar á su general Ibrahim, la órden de regresar en seguida. Cuando menos lo esperaban, vieron los rebeldes á Ibrahim y á sus Siitas caer sobre ellos espada en mano. Así que la revolucion fué ahogada en sangre, Mokhtar hizo prender y decapitar á doscientas cincuenta personas cu-

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 179 v.

ya mayor parte habian combatido á Hosain en Kerbelá. Sirvióle de pretesto la muerte de Hosain, pero su intento era quitar á los Árabes el deseo de volver á las andadas. Guardáronse de hacerlo; para escapar al depotismo del hacha emigraron en masa.

Ordenando de nuevo á sus tropas que marcharan contra los Sirios, nada descuidó Mokhtar para escitar su entusiasmo y su fanatismo. En el momento de partir les enseño una silla vieja que habia comprado á un carpintero en el módico precio de dos monedas de plata, que hizo cubrir de seda, y hacía pasar por el trono de Alí. «Este «trono, dijo á sus soldados, será para vos«otros lo que el arca de la alianza para los «hijos de Israel. Colocadla en lo mas san«griento de la pelea, y sabed defenderlo.» (1) Despues añadió: «Si obteneis la victoria, se«rá porque Dios os habrá ayudado, pero no «os desalenteis si esperimentais un descala«bro, pues me ha sido revelado que Dios «enviará entónces á vuestro socòrro ángeles «que vereis volar cerca de las nubes, en for«ma de piehones blancos» Conviene saber que Mokhtar había confiado á sus más in-

(1) Mobarrrad, p. 667.

timos confidentes, pichones criados en los palomares de Cufa, con órden de soltarlos cuando hubiera que temer mal éxito. (1) Estas aves servirían para avisar á Mokhtar la necesidad de proveer á su seguridad, y escitarian juntamente á los crédulos soldados á emplear todos sus esfuerzos para trocar en triunfo la derrota.

La batalla tuvo lugar en las riberas del Khazir, nó lejos de Mosul (Agosto de 686) Los Siitas al principio llevaron lo peor. Entónces se soltaron los pichones. La vista de estas aves reanimó su valor, y cuando en su exaltacion fanática se precipitaron sobre el enemigo, con una rabia desenfrenada gritando: «Los ángeles! ¡los ángeles:!» otro grito se oyó en el ála izquierda del ejército sirio. Compuesta enteramente de Caisitas, estaba mandada por Omair, ántes teniente de Zofar. La noche precedente había tenido una entrevista con el general siita. Plegando ahora su bandera, esclamó: «Ven-«ganza! Venganza por la Pradera!» Desde entónces los Caisitas permanecieron como espectadores inmobles, aunque no indiferentes del combate, y al oscurecer, el ejér-

(1) Id, p. 665.

cito sirio despues de haber perdido á su general en jefe Obaidallah, estaba en plena derrota. (1)

Mientras Mokhar se embriagaba con su triunfo, los emigrados de Cufa suplicaban á Mozad, hermano de Ibn-Zobair y gobernador de Basora que fuese á combatir al impostor asegurándole que, apenas se presentase, todos los hombres sensatos de Cufa se declararían á su favor. Cediendo á estos ruegos citó Mozab á Mohallab en Basora y juntos marcharon contra los Siitas, obteniendo sobre ellos dos victorias y sitiando á Mokhtar que se habia refugiado en la ciudadela de Cufa. Veía este inevitable la ruina de su partido; pero estaba decidido á no sobrevivirle. «Precipitémosnos sobre los «sitiadores dijo á sus soldados. Mas vale »perecer como valientes, que morir aquí de «hambre ó dejarnos degollar como corde«ros.» Pero habia perdido su prestigio; de seis ó siete mil hombres, sólo veinte respondieron á su llamamiento y vendieron caras sus vidas. No aprovechó á los demás su cobardía. Eran, segun los Emigrados, bandidos y asesinos, y el despiadado Mozab los

(1) **Mobarrad, p. 666. 667; Nasudi, fól. 125 r y v.**

entregó todos al verdugo. (687) Pero no gozó largo tiempo de su triunfo. Sin querer, habia prestado al rival de su hermano un servicio importante, desembarazándole de los Siitas, sus mas terribles enemigos; y Abdelmelic, no teniendo ya nada que temer por este lado, hacía los mayores preparativos para atacar á los Zobairitas en el Irac. Para no dejar enemigos tras de sí, comenzó por sitiar á Carkisia, donde Zofar representaba un estraño papel. Ya pretendia combatir en favor de Ibn-Zobair, ya suministraba víveres á los Siitas y les proponía marchar unidos contra los Sirios. (1) Todos los enemigos de los Omeyas, por diversas que fueran sus pretensiones, eran para él aliados y amigos. Asediado por Abdelmelic, que, siguiendo las advertencias de los Kelbitas, mantenía prudentemente á sus guerreros caisitas fuera de combate, defendió su guarida con estrema obstinacion; una vez sus soldados llegaron á hacer una salida tan vigorosa, que penetraron hasta la tienda del Califa, y como éste tenía prisa de concluir para poder marchar contra Mozab, entabló negociaciones que rompió cuando la

(1) Ibn-Khaldun, fól. 174 v, 175 r.

destruccion de cuatro torres, le dió esperanzas de tomar la ciudad á viva fuerza y que volvió á reanudar cuando el asalto fué rechazado. A costa de algun dinero que se repartiría entre los soldados del Califa, Zofar, obtuvo las mas honrosas condiciones: la amnistía para sus compañeros de armas, y para él el gobierno de Carkisia. (1) Para satisfacer su vanidad, estipuló además que no sería obligado á prestar juramento al Califa omeya hasta la muerte de Ibn-Zobaír. En fin, para sellar su reconciliacion, convinieron entre sí que Maslama hijo del Califa, se casaría con una hija de Zofar. Éste, concluida la paz, fué al lado de Abdelmelic, quien le recibió con muchas atenciones y le hizo sentar á su lado en su mismo trono. (2) Era un espectáculo conmovedor ver á estos dos hombres tanto tiempo enemigos darse las mayores seguridades de una amistad fraternal. ¡Apariencia engañosa! Para que la amistad de Abdelmelic á Zofar, se trocase en ardiente ódio, bastaria recordarle un solo verso. Un noble yemenita, Ibn-

(1) Ibn-Khaldun, no hace mencion de esta cláusula, pero véase el «Nouveau Journ. asiat,» t. XIII pág. 305.

(2) Ibn-Khaldun, fól, 182 v. 183 r.

Dhi-'l-calá, entró en la tienda y contemplando el asiento de honor que ocupaba Zofar comenzó á llorar, y como el Califa le preguntára la causa de su emocion le dijo: «Príncipe de los creyentes, cómo no derra«mar amargas lágrimas cuando miro á ese «hombre rebelde en otro tiempo contra vos, «cuyo alfange destila aun sangre de mi fa«milia, víctima de su fidelidad en serviros, «cuando veo á ese enemigo de los mios sen«tado con vos en ese trono á cuyos piés «estoy?—Si le hice sentar á mi lado respon«dió el Califa, no es porque quiera elevarle «sobre tí; es solo porque su lengua es la «mia y su conversacion me agrada.»

Informaron al poeta Akhtal, que en aquel momento estaba bebiendo en otra tienda, de la acogida que el Califa dispensaba á Zofar. Él odiaba, él aborrecía al ladron de Carkisia, que muchas veces estuvo á punto de esterminar toda su tribu de Taghlib. «Voy «dijo, á darle el golpe que no ha podido «asestarle Ibn-'l-Dhi-calá.» Y se presentó en seguida al Califa, al que despues de haber mirado fijamente, recitó estos versos.

El licor que llena mi copa tiene los brillantes reflejos del ojo vivo y animado del

gallo. Él exalta, el espíritu del bebedor. El que bebe tres vasos sin mezclarle agua, siente nacer en sí el deseo de derramar beneficios. Marcha balanceándose muellemente como las encantadoras hijas de Corech, y deja flotar al capricho de los vientos los pliegues de su vestido.

—A qué propósito vienes á recitarme estos versos? le dijo el Califa. Sin duda tienes algùna idea en la cabeza.

—Es verdad, ¡oh príncipe de los creyentes! muchas ideas me asaltan en efecto cuando veo sentado cerca de vos, en vuestro mismo trono al hombre que decia ayer: «Sin «duda reposará la yerba sobre la tierra nue«vamente removida que cubre los huesos «de nuestros hermanos, pero nosotros no «los olvidaremos jamás y guardaremos siem«pre para nuestros enemigos un ódio im«placable.»

A estas palabras saltó Abdelmelic como si le hubiera picado una avispa. Furioso, jadeando de cólera, brillando sus ojos con una rábia feróz pegó á Zofar un violento putapié en el pecho, y lo lanzó del trono..... Zofar confesó despues que nunca se habia creido tan cerca de su última hora como en aquel instante. (1)

(1) Nouveau Journ. asiat. t. XIII, p. 304-307.

El tiempo de una reconciliacion verdadera no habia llegado aun, y los Caisitas no tardaron en dar á los Omeyas una nueva prueba de su ódio inveterado. Zofar habia reforzado el ejército de Abdelmelic, que iba á combatir á Mozab con una division de Caisitas, mandada por su hijo Hodhail, pero luego que estuvieron enfrente los dos ejércitos, los Caisitas se pasaron al enemigo con armas y bagajes. (1) No tuvo sin embargo esta defeccion las sensibles consecuencias que habia tenido la de Omair. Por el contrario la fortuna sonreia á Abdelmelic. Ligeros y móviles los Iracanos habian olvidado ya sus quejas contra los Omeyas: poco dispuestos, como siempre, á combatir por nadie, y no teniendo con más razon ganas de dejarse matar por un pretendiente que menospreciaban, abrieron los oidos á los emisarios de Abdelmelic, que recorrian el pais, prodigando el oro y las promesas mas seductoras. Mozab estaba pues rodeado de generales vendidos á los Omeyas, y que empeñada la batalla no tardaron en mostrar sus verdaderas intenciones. «Yo no «quiero, le respondió uno cuando le mandó

(1) Ibn-Khaldun, fól. 181 v.

«cargar, que mi tribu perezca por una cau-
«sa que nada le importa.»—«¿Qué, me man-
«dais marchar contra el enemigo? le dijo otro, mirándolo con aire burlon é insolente: «ninguno de mis soldados me seguirá «y me pondria en ridículo si cargára solo.» (1) Para un hombre noble y valiente como Mozab, no habia mas que un partido que seguir. Dirigiéndose á su hijo Isa, le dijo «Marcha á decir á tu tio que los pérfidos «Iracanos me han hecho traicion y despi- «dete de tu padre á quien ya quedan po- «cos instantes que vivir.—Nó, padre mio, «le respondió el jóven, no me reprocharán «los Coreiscitas que os abandone á la hora «del peligro.» Padre é hijo se lanzaron á lo mas empeñado de la pelea, y bien pronto sus cabezas fueron presentadas á Abdelmelic. (690)

Todo el Irac juró al Omeya. Mohallab que la misma víspera, ignorando todavia la muerte de Mozab, ya conocida por los noconformistas, habia declarado en una conferencia con los jeques de estos sectarios que Mozab era su señor en este mundo y en el otro; que estaba pronto á morir por él, y

(1) Ibn-Badrun, p. 189.

que el deber de todo musulman era combatir á Abdelmelic, hijo de un maldito; Mohallab imitó el ejemplo de sus compatriotas, luego que hubo recibido el diploma por el que el Califa omeya le confirmaba en todos sus cargos y dignidades. Hé aquí de qué manera los Iracanos, aun los mejores, comprendian el honor y la lealtad! «Decidid ahora vosotros mismos si el error está de vuestra parte ó de la nuestra; esclamaron los «no-conformistas con justa indignacion, y «tened al menos la franqueza de confesar «que esclavos de los bienes de este mundo miserable servís é incensais á todo poder que os pague, hermanos de Satanás!» (1)

---

(1) Wiel, t. I, p. 411; Mobarrad, p. 736.

VIII.

Abdelmelic alcanzaba ya el objeto de sus anhelos. Para reinar sin competidor sobre el mundo musulman solo le restaba conquistar la Meca, residencia y último asilo de su émulo. Esto era á la verdad un sacrilegio, y Abdelmelic se hubiera estremecido de horror ante el solo pensamiento de realizarlo, si conservara todavia los piadosos sentimientos que le habian distinguido en su juventud. (1) Pero no era ya el jóven cándido y estusiasta que en un arrebato de santa indignacion apellidaba á Yezid el enemigo del Eterno, porque se había atrevido

(1) Véase á Soyuti, «Tarikh» al-Kholafá,» p. 216, 217, ed Lees.

á enviar soldados contra Medina, la ciudad del Profeta! (1) Los años, el trato del mundo y el ejercicio del poder, habian agotado ya su candor juvenil y su fe sencilla, y se cuenta que el dia en que su primo Achdac dejó de vivir, ese dia en que Abdelmelic se manchó con el doble crimen del perjurio y del asesinato, habia cerrado el libro de Dios diciendo con aire helado y sombrio: «Desde «ahora ya no hay nada de comun entre «nosotros. (2) Así sus sentimientos religiosos eran bastantes conocidos para que nadie se asombrára al saber que iba á enviar tropas contra la Meca; mas lo que á todo el mundo sorprendió fué que eligiera por caudillo de esta importante espedicion á un hombre salido de la nada, á un cierto Haddjadj, en otro tiempo maestro de escuela de Taif, en la Arabia que se creia feliz, si enseñando á leer á los niños «tarde y mañana,» llegaba á ganar con que comprar un pedazo de pan seco. (2) Conocido solamente por haber restablecido un poco la disciplina en la guardia de Abdelmelic, (4) por haber mandado una division en el Irac,

(1) Mobarrab, p. 636.
(2) Mobarrad, p. 635.
(3) Ibn-Coteba, p. 272.
(4) Ibn-Khallican, t. I, p. 182, ed. de Slane.

donde la desercion del enemigo le habia quitado los medios de mostrar su bravura ó su cobardia, y en fin, por haberse dejado derrotar en el reinado de Merwan por los Zobairitas, (1) debió su nombramiento á una extraña circunstancia. Cuando solicitó el honor de mandar el ejército que iba á asediar á Ibn-Zobair, el Califa le respondió al principio por un «cállate» altivo y desdeñoso; (2) pero por una de esas anomalías normales del corazon humano, Abdelmelic, por lo demás poco creyente, tenia una fé firmísima en los sueños y Haddjadj sabia explotarla. «Yo he soñado, le dijo, que desollaba á Ibn-Zobair,» y en seguida el Califa le confirió el mando que solicitaba. (3)

En cuanto á Ibn-Zobair, habia recibido con gran calma y resignacion la nueva de la pérdida del Irac y de la muerte de su hermano. Justo es decir que no dejaban de inquietarles los proyectos de Mozab, que en su sentir gustaba demasiado de darse aires de soberano, y tanto mas fácilmente se consoló de esta pérdida, cuanto que le daba ocasion de desplegár sus talentos oratorios, predicando un sermon que acaso nos pareceria

(1) Ibn-Coteba, p. 201.
(2) Frakihi, fól. 401 r.
(3) Ibn-Coteba, p. 202.

frio y rebuscado, pero que sin duda él hallaría muy edificante, en que decía sencillamente que la muerte de su hermano le había llenado á la par de tristeza y de alegría: de tristeza porque se veia «privado de un «amigo cuya muerte era para él una herida «tan penetrante, que no dejaba al hombre «sensato otro recurso que la resignacion y la «paciencia,»-de alegria, «porque concediendo Dios á su hermano la palma del martirio, había querido darle un testimonio de «su bondad». (1) Mas cuando le fué preciso no predicar sino combatir, cuando vió á la Meca estrechamente cercada y entregada á los horrores del hambre más terrible, vaciló su valor. No porque careciera de ese vulgar esfuerzo que todo soldado, á no ser de extrema cobardía, posee en el campo de batalla, sino porque carecía de energía moral, así que, acercándose á su madre, mujer de una fortaleza verdaderamente romana, á pesar de sus cien años, la dijo:

—Madre mia; todo el mundo me abandona y el enemigo me ofrece aún condiciones bastante aceptables: ¿qué debo hacer?

—Morir, le contestó.

—Pero temo, la replicó con aire lastimo-

(1) «Nonveau Journ. asiat.», t. X, p. 140.

so, temo que si sucumbo bajo los golpes de los Sirios, sácien su venganza en mi cadáver....

—¿Y qué te se dá de eso? La oveja que ha sido degollada, ¿sufre cuando la desuellan?

Estas viriles palabras hicieron asomar el rubor de la vergüenza á la frente de Abdallah; y se apresuró á asegurar á su madre que participaba de sus sentimientos y que no habia tenido otro designio que probarla... Pocos monentos despues armado de piés á cabeza volvió para darla el último adios. Ella le estrechó contra su corazon. Su mano encontró una cota de malla.

—Cuando se está decidido á morir no se necesita esto, le dijo.

—No me he puesto esta armadura sino para inspiraros alguna esperanza, contestó él algo desconcertado.

—Ya le he dicho adios á la esperanza; quítatela.

Abdallah obedeció. En seguida, habiendo pasado en la Caba algunas horas en oración, este héroe sin heroismo cayó sobre los enemigos, muriendo de una manera mas honrosa que habia vivido. Su cabeza fué enviada á Damasco, su cuerpo atado á una

horca con los piés para arriba. (692)

Durante los seis ú ocho meses que había durado el sitio de la Meca, Haddjadj había desplegado un gran valor, una actividad infatigable, una perseverancia á toda prueba y para decirlo todo, una indiferencia hácia las cosas santas, que los teólogos no le han perdonado nunca, pero que prueba que se había consagrado en cuerpo y alma á la cáusa de su señor. Nada le habia detenido, ni la inviolabilidad inmemorial del templo, ni lo que llamaban los demás señales de la cólera del cielo. Un dia en que los Sirios se ocupaban en tirar piedras á la Caba, levantóse una tormenta; doce soldados fueron heridos por el rayo. Poseidos de un terror supersticioso, se detuvieron los Sirios, y ni uno solo quiso proseguir; pero Haddjadj, arremangándose al punto la ropa, cogió una piedra, la puso en la ballesta y movió las cuerdas diciendo con tono burlon y desenvuelto: «Esto no es «nada, yo conozco este pais, pues hé nacido «en él; aquí son frecuentes las tormentas.»

Tanta adhesion á la causa Omeya merecía una brillante recompensa. Abdelmelic nombró á Haddajdj gobernador de la Meca y poco despues de todo el Hidjaz. Co-

mo era de origen caisita, su promocion hubiera probablemente inspirado sospechas y alarmas á los Kelbitas si hubiera sido de nacimiento mas ilustre; pero no era mas que un advenedizo, un hombre sin importancia. Además los Kelbitas podian tambien hacer valer servicios importantes prestados en el sitio de la Meca; la piedra fatal que habia muerto á Ibn-Zobair habia sido lanzada por Homaid Ibn-Bahdal, (1) uno de los suyos. Lo que acabó de tranquilizarlos fué que el Califa se complacia en alabar su bravura y fidelidad; que lisonjeaba y acariciaba á sus jeques en prosa y verso, (2) que continuaba dándoles los empleos con esclusion de sus enemigos, y en fin, que tenian en su favor á muchos príncipes, tales como Khalid, hijo de Yezid I, y Abdalazis, hermano del Califa é hijo de una kelbita.

Tampoco los Caisitas carecian de protectores en la córte. Bichr, sobre todo, hermano del Califa é hijo de una caisita habia heredado sus intereses y sus querellas; y como decia á cada paso que superaban á los Kelbitas en bravura, sus fanfarronadas en-

(1) «Hamasa,» p. 658.
(2) Véanse los versos de Abdelmelic citados en el «Rahìan,» fól. 204 r.

cendieron de tal modo la cólera de Khalib, que éste dijo un dia á los Kelbitas:

—¿No hay alguno entre vosotros que se atreva á hacer una razia en el desierto de los Cais? Es preciso que se humille el orgullo de los príncipes que tienen por madres mujeres caisitas, pues que no cesan de pretender que en todos los encuentros, lo mismo ántes que despues del Profeta, los Caisitas han llevado la ventaja sobre nosotros.

—Yo me encargo de buena gana, le respondió Homaid Ibn-Bahdal, siempre que me garanticeis que el Sultan no ha de castigarme.

—Os respondo de todo.

—¿Pues qué hareis?

—Nada más sencillo. Sabeis que desde la muerte de Ibn-Zobair, los Caisitas no han pagado el diezmo al Califa. Yo os daré una órden que os autorice á cobrarlo y que se supondrá de Abdelmelic. De esta manera hallareis fácilmente la ocasion de tratarlos como merecen.

Ibn-Bahdal se puso en camino, pero con una comitiva poco numerosa para no despertar sospechas, porque estaba seguro de encontrar soldados donde quiera que hubiese hombres de su tribu. Llegado entre

los Beni-Abd-Wadd y los Beni-Olaim, dos sub-tribus de Kelb que moraban en el Desierto, al Sud de Duma y de Khabt, les comunicó el proyecto de Khalid, y habiendo declarado los mas bravos y mas determinados de las dos tribus que no ansiaban otra cosa que seguirle, se internó con ellos en el Desierto despues de haberles hecho jurar que no habian de tener piedad para los Caisitas.

Un hombre de Fazara, sub-tribu de Cais, fué su primera victima. Oriundo de una rica y poderosa familia, su bisabuelo Hodhaifa Ibn-Badr habia sido el caudillo de los Dhobyan en la célebre guerra de Dahis; pero como la desgracia le hizo tener por madre una esclava, sus orgullosos contributos le menospreciaban de tal modo, que le habian rehusado darle sus hijas en matrimonio (lo que le habia obligado á tomar mujer en una tribu yemenita) y no queriendo admitirlo en su compañia, lo habian relegado á los confines del campo. Este desventurado pária recitaba en alta voz las oraciones de la mañana, y esto fué lo que lo perdió. Guiados por ella, los Kelbitas cayeron sobre él, lo degollaron y uniendo el robo al asesinato, se apoderaron de sus ca-

mellos en número de ciento. Encontrando en seguida cinco familias que descendian tambien de Hodhaifa, las atacaron. El combate fué encarnizado y se prolongó hasta la noche, pero ya entónces todos los Caisitas yacian en el campo de batalla y sus enemigos los creian cadáveres. No lo eran sin embargo; sus heridas, aunque numerosas, no eran mortales, y gracias á la arena, que impelida por un fuerte viento de Oeste, vino á cubrirlos y á contener el derramamiento de sangre, escaparon todos de la muerte.

Continuando su camino durante la noche, los Kelbitas encontraron á la mañana siguiente á otro descendiente de Hodhaifa denominado Abdallah. Este anciano iba de viaje con su familia; pero solo llevaba con él en estado de defenderse á su hijo Djab, que desde que vió llegar la banda kelbita cogió sus armas, montó á caballo, y fué á colocarse á alguna distancia. Cuando los Kelbitas echaron pié á tierra, Abdallah les preguntó quienes eran. Ellos respondieron que diezmeros enviados por Abdelmelic.

—Podeis enseñarme la órden que prueba lo que decís? preguntó el anciano.

—Ciertamente, le respondió Ibn-Bahdal: hé aquí la órden: y las mostró un di-

ploma con el sello del Califa.

—¿Y cual es el tenor de ese escrito?

—Aquí se lee: «De parte de Abdelmelic, hijo de Merwan, á Homaid Ibn-Bahdal. Al dicho Homaid Ibn-Bahdal, se le ordena por la presente ir á cobrar el diezmo á todos los Beduinos que pueda encontrar. El que pague este diezmo y se haga inscribir en el registro, será considerado como súbdito obediente y fiel; el que rehuse hacerlo será tenido por rebelde á Dios, á su Profeta y al jefe de los creyentes.»

—Muy bien; estoy pronto á obedecer y á pagaros el diezmo.

—Eso no basta; es preciso otra cosa.

—Cuál?

—Queremos que vayais en busca de todos los individuos de vuestra tribu, á recoger el diezmo de cada uno, y que nos señaleis el lugar á que hemos de venir á recibir el dinero de vuestras manos.

—Eso me es imposible. Los Fazara se hallan dispersos en una gran extension del Desierto, yo no soy jóven y no podria emprender un camino tan largo: no tengo á mi lado mas que á uno de mis hijos. Vosotros que venís de tan lejos, y que debeis estar acostumbrados á largos viajes, encontrareis á

mis contributos mucho mas fácilmente que yo; cada dia habreis de llegar á uno de sus campamentos, porque ellos se detienen donde quiera que encuentran buenos pastos.

—Sí, ya lo conocemos. No es para buscar pastos para lo que se han dispersados en el Desierto; es para evadirse del pago del diezmo. Son rebeldes.

—Os puedo jurar que son súbditos fieles; es solo para buscar pastos....

—Dejemos esto y haced lo que os decimos.

—No puedo; hé aquí el diezmo que debo al Califa, tomadlo.

—Vuestra obediencia no es sincera, porque mirad á vuestro hijo que desde lo alto de su caballo nos echa miradas despreciativas.

—Nada teneis que temer de mi hijo; tomad mi diezmo y marchaos, si sois verdaderamente diezmeros.

—Vuestra conducta muestra demasiado que era verdad lo que nos aseguraban, que vos y vuestros contributos habeis combatido por Ibn-Zobair.

—No hemos hecho semejante cosa. Le hemos pagado el diezmo, porque nosotros los Beduinos extraños á la política, lo pagamos al que es dueño del pais.

—Probadme que decís la verdad, hacien-

do bajar á vuestro hijo de su caballo.

—¿Qué teneis que ver con mi hijo? Ese jóven se asusta viendo caballeros armados.

—Que baje, pues que nada tiene que temer.

El anciano se dirigió á su hijo y le mandó que echase pié á tierra.

—Padre mio, le respondió el jóven, veo que sus ojos quieren comerme, esos quieren despedazarme. Dadle todo lo que querais, pero dejadme que me defienda.

Y volviéndose á los Kelbitas, Abdallah les dijo:

—El muchacho teme por su vida. Tomad mi diezmo y dejadnos en paz.

—Nada tomarémos mientras que tu hijo siga á caballo.

—No quiere obedecerme, y además ¿qué falta os hace?

—Bien, os rebelais. Esclavo, trae ávios de escribir! Ya hemos concluido. Vamos á decir al príncipe de los creyentes que Abdallah, nieto de Oyaina nos ha impedido cumplir nuestra comision para con los Beni-Fazaras.

—Os suplico que no hagais semejante cosa, porque yo no he hecho eso.

Pero sin atender á los ruegos del ancia-

no, Ibn-Bahdal escribió una carta, y dándosela á uno de sus ginetes, éste tomó al punto el camino de Damasco.

—No me acuseis injustamente de ese modo! Yo os conjuro en el nombre de Dios que no me presenteis como un rebelde á los ojos del Califa, pues estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—Haced que descabalgue vuestro hijo.

—Corren malas noticias de vosotros; pero ¿me prometeis que no le sucederá nada malo?

Los Kelbitas se lo prometieron de la manera más solemne. Abdallah dijo á su hijo:

—Que Dios me maldiga si no te bajas del caballo!

Entónces Djad obedeció, y, arrojando al suelo la lanza, se adelantó pausadamente hácia los Kelbitas diciendo con acento triste:

—Este dia nos ha de traer una desgracia, padre mio!

Como el tigre juega con el enemigo que tiene bajo su garra ántes de matarlo, los Kelbitas comenzaron á insultar y encarnecer al jóven, y luego lo tendieron sobre una roca para degollarlo. Durante su agonía, el desgraciado echó á su padre una última mirada llena á la vez de tristeza, de

resignacion y de reproche.

Por feroces que fueran los Kelbitas, los blancos cabellos del anciano les impusieron cierto respeto; no atreviéndose á degollarlo, como habian hecho con su hijo, trataron de matarlo á palos, y le dejaron por muerto sobre la arena. Volvió á la vida, pero atormentado por el remordimiento, no cesaba de decir: «Aunque debiera olvidar to- «das las desgracias que he sufrido, la mi- «rada que me echó mi hijo cuando le hube «entregado á sus verdugos, esa jamás se «apartará de mi memória.»

El caballo de Djad, rehusó abandonar el sitio en que se habia verificado el asesinato. Con los ojos siempre fijos en el suelo y escarbando con la mano la arena manchada aun con la sangre de su amo, el fiel animal se dejó morir de hambre.

Otros asesinatos le siguieron. Entre las víctimas se contó Borda, hijo de un ilustre jeque de Halhala, y los sanguinarios Kelbitas no volvieron á Damasco hasta que los Caisitas, enterados de su verdadero objeto, se libraron de su ciego furor internándose en el Desierto.

Todos los Kelbitas estaban ébrios de gozo y de orgullo, y un poeta de Djohaina, tribu

que como la de Kelb descendia de Codhaa, espresó estos sentimientos con singular energía y fanática exaltacion.

¿Lo sabeis vosotros hermanos mios, decía, vosotros los aliados de los Kelb? Sabeis vosotros que el intrépido Homaid ibn-Bahdal, ha vuelto á los Kelbitas la salud y la alegria? Sabeis que ha llenado de vergüenza á los Caisitas, que los ha obligado á levantar el campo? Para que lo hicieran deben haber sufrido terribles derrotas... Privadas de sepultura, yacen en el Desierto las víctimas de Homaid ibn-Bahdal; perseguidos por sus vencedores, los Caisitas no han tenido tiempo de enterrarlas. ¡Regocijaos hermanos mios! Las victorias de los Kelb son nuestras, ellos y nosotros somos las dos manos de un mismo cuerpo: cuando la mano derecha ha sido cortada en el combate es con la izquierda con la que se maneja el sable.

Grande fué tambien el gozo de los príncipes Omeyas que tenian por madres mujeres kelbitas. Desde que tuvo noticia de lo que habia pasado Abdelazis, dijo á su hermano Bichr en presencia del Califa:

—Y bien, sabeis ya como mis tios maternos han tratado á los vuestros?

—Qué han hecho? preguntó Bichr.

—Unos caballeros kelbitas han atacado y esterminado á un campamento caisita.

—Imposible, vuestros tios maternos son demasiado viles y demasiado gallinas para ponerse con los mios.

Pero á la mañana siguiente Bichr, adquirió la certeza de que su hermano habia dicho la verdad. Halhala, Said y otro gefe de los Fazara, que habian llegado á Damasco sin capa, descalzos y con las ropas desgarradas, se abrazaron á sus rodillas suplicándole que le concediera su proteccion y tomara su causa en sus manos. Él se lo prometió, y llegándose á su hermano el Califa, le habló con tanto calor en favor de sus protegidos, que Abdelmelic á pesar de su ódio hácia los Caisitas, le prometió tomar del sueldo de los Kelbitas la indemnizacion pecuniaria debida á los de Fazara. Pero esta decision aunque conforme á la ley, no satisfizo á los últimos. No era dinero lo que querian, era sangre.

Habiendo rehusado el convenio que se les proponía, dijo el Califa: «Pues bien; el te«soro os pagará inmediatamente la mitad de «la suma que os es debiba, y si continuais «siéndome fieles, lo que dudo mucho, os «pagaré tambien la otra mitad.» Irritados

con esta injuriosa sospecha, acaso tanto mas cuanto que no podian asegurar que estuviese falta de fundamento, y resueltos además á exigir la pena del talion, estaban á punto de rehusar de nuevo cuando Zofar los llamó á parte y les aconsejó aceptar el dinero que se les ofrecia, á fin de que pudieran emplearlo en comprar armas y caballos. Aprobandó este pensamiento, consintieron en recibir el dinero y, habiendo comprado gran cantidad de armas y de caballos, tomaron el camino del Desierto.

Ya de vuelta en su campo convocaron el consejo de la tribu. En esta asamblea Halhala pronunció algunas palabras calurosas para escitar á sus contributos á vengarse de los Kelbitas. Apoyáronlas sus hijos, pero habia entre los miembros del consejo otros que, menos cegádos por el ódio, juzgaban semejante espedicion peligrosa y temeraria. «Vuestra misma casa le dijo á Halhala uno de sus contrarios, ha quedado ahora muy debilitada para que podais tomar parte en la lucha. Los Kelbitas, esas hienas, os han muerto la mayor parte de vuestros guerreros, y os han despojado de todas vuestras riquezas. Estoy seguro que en semejantes circunstancias no podreis

acompañarnos.—Hijo de mi hermano, le respondió Halhala, yo iré con los demás porque tengo ira en el corazon... Ellos me han matado á mi hijo, á mi Borda, á quien yo amaba tanto,» añadió con voz sorda, y habiéndole hecho caer este doloroso recuerdo en uno de esos accesos de ira que le eran habituales desde la muerte de su hijo, empezó á lanzar agudos y penetrantes gritos, que mas parecían los rugidos de una fiera privada de sus cachorros que los sonidos de voz humana. «¿Quién ha visto á «Borda? esclamaba: ¿Dónde está? Volvéd-«melo, es mi hijo, mi hijo queridísimo, la «esperanza y el orgullo de mi raza!...» Luego se puso á enumerar uno á uno y lentamente los nombres de todos los que habian perecido por la espada de los Kelbitas, y á cada nombre esclamaba: «¿Dónde está?... «¿Dónde está?... ¡Venganza! ¡Venganza!»

Todos, inclusos los que un momento ántes se habian mostrado mas frios y mas opuestos al proyecto, se dejaron fascinar y arrastrar por esta elocuencia ruda y salvaje, y habiéndose resuelto hacer una espedicion contra los Kelbitas, se pusieron en camino de Banat-Cain, donde habia un campo kelbita. Á la caida de la noche, los Fa-

zaras cayeron de improviso sobre sus enemigos, gritando: «¡Venganza á Borda! ¡Ven«ganza á Djad! ¡Venganza á nuestros hermanos!» Las represalias fueron tan atroces, como las violencias que las habian provocado. Un solo Kelbita escapó, gracias á la incomparable rapidéz de su carrera; todos los demás fueron degollados, y los Fazaras examinaron con cuidado los cadáveres, para, si algun Kelbita respiraba todavía, insultar su agonía y rematarlo.

Desde que hubo recibido la noticia de esta razzia, el principe Bichr tomó la revancha. En presencia del Califa dijo á su hermano Abdalazis:

—Y bien, sabeis yá como mis tios maternos han tratado á los vuestros?

—Qué! esclamó Abdalazis: ¿han hecho una razzia despues de concluida la paz y de indemnizados por el Califa?

Muy irritado éste de lo que acababa de oir, pero esperando para tomar una resolucion, noticias más precisas, les impuso silencio con un tono que no permitía réplica, Poco despues, un Kelbita sin capa, sin calzado y que habia desgarrado sus vestidos, se llegó á Abdalazis, quien le introdujo en seguida en la estancia del Califa, diciendo:

¡Sufrireis ¡oh príncipe de los creyentes! que «se ultraje á los que habeis tomado bajo «vuestra proteccion, que se menosprecien «vuestras órdenes, que se os saque el dinero «para emplearlo contra vos, y que se degüe- «llen á vuestros súbditos?» Entónces contó el Kelbita lo sucedido. Exasperado y furioso el Califa no pensó siquiera en un arreglo. Decidido á hacer esperimentar á los Caisitas todo el peso de su resentimiento y de su ódio inveterado, envió al punto á Haddjadj, que era entónces gobernador de toda la Arabia, órden para pasar a cuchillo á todos los Fazaras adultos.

Aunque esta tribu era aliada de la suya, Haddjadj no vaciló en obedecer. Era muy afecto á su raza, pero lo devoraba la ambicion. Habia adivinado, por consiguiente, que su partido no tenia más que una actitud que tomar, que un camino que seguir. La sana y severa lógica de que estaba dotado, le habia enseñado que la oposicion no conduciría á nada, que era menester tratar de reconquistar el favor del Califa; y que para conseguirlo, era preciso someterse sin restricciones y sin segunda intencion á todas sus órdenes, aunque le mandará la destruccion del santuario más venerado, ó

el suplicio de su más próximo pariente. Pero el corazon se le partía. «Cuando haya «esterminado á los Fazaras, decía en el mo«mento de partir con sus tropas, mi nom«bre será infamado y maldito como el del «Caisita mas desnaturalizado de la tierra.» La órden, por otra parte era muy dificil de ejecutar. Los Ghatafan, aliados de los Fazaras habian jurado socorrerlos, y lo que es mas, todas las tribus caisitas habian prestado el mismo juramento. El primer acto de hostilidad iba á ser la señal de una sangrienta guerra civil, cuyo resultado era dificil de preveer. Haddjadj no sabía qué hacer cuando la llegada de Halhala y Said vino á sacarle de su embarazo. Satisfechos los dos jeques con habersaciado su venganza en Banat-Cain, y temblando á la idea de ver encenderse una guerra civil que podría tener para su tribu las mas funestas consecuencias, se sacrificaron con noble desinterés para apartar de sus contributos los males que los amenzaban, pues en ellos el amor de su tribu era tan fuerte y persistente como su ódio á los Kelbitas. Colocando amistosamente sus manos entre las de Haddjadj: «Porqué, le dijeron, ¿porqué «quereis eso para los Fazaras?Los verdade-

«ros culpables somos nosotros dos.» Gozoso con este inesperado desenlace, el gobernador los retuvo prisioneros, y escribió inmediatamente al Califa que no se habia atrevido á comprometerse en una guerra contra todas las tribus caisitas, rogándole que se contentara con los dos jeques que se habian puesto espontáneamente en sus manos. El Califa aprobó plenamemte su conducta, ordenándole que le enviára los prisioneros á Damasco.

Cuando estos fueron introducidos en el salon en que estaba el Califa rodeado de los Kelbitas, los guardias les mandaron saludar. Pero en lugar de obedecer Halhala se puso á recitar con entera y sonora voz estos versos tomados de un poema que habia compuestoen otro tiempo:

¡Salud á nuestros aliados, salud á los Adí, á los Mazin, á los Chamkh, (1) salud sobre todo á Abu-Wahb, (2) mi fiel amigo! Pueden condenarme á muerte ya que he apagado la sed de sangre de Kelbitas que me devoraba. He sido feliz, he degollado á todos los que he encontrado al alcance de mi

(1) Nombre de tres sub-tribus de Fazara.
(2) Uno de los Mazin.

espada, ahora que han dejado de vivir mi corazon goza de dulce tranquilidad.

Á fin de devolver insolencia por insolencia, el Califa al dirigirle la palabra estropeó de propósito su nombre, como si hubiera sido demasiado oscuro para ser pronunciado como debia. En lugar de Halhala le llamó Halhal, pero este interrumpiéndole al punto dijo:

—Es Halhala como me llamo.

—No, Halhal.

—No por cierto, es Halhala. Así me llamaba mi padre, y me parece que debia saberlo mejor que nadie.

—Pues bien Halhala, puesto que hay un Halhala has ultrajado á los que yo, el príncipe de los creyentes, habia tomado bajo mi proteccion, has menospreciado mis órdenes y me has robado el dinero.

—No he hecho nada que se le parezca, he cumplido mi voto, satisfecho mi ódio y saciado mi venganza.

—Y ahora te entrega Dios á la mano vengadora de la justicia.

—No soy culpable de ningun crímen «hijo «de Zarcá!» (Era injuriar á Abdelmelic llamarle con este nombre que debia á una

abuela de escandalosa memoria.) (1)

El Califa lo entregó al Kelbita Soair, que tenia que vengar en él á su padre muerto en Banat-Cain.

—Dime Halhala, le dijo Soair, cuando has visto á mi padre la última vez?

—Estaba en Banat-Cain, le respondió el otro con aire burlon: temblaba de piés á cabeza el pobre hombre.

—Por Dios que te he de matar.

—Tú? Mientes. Por Dios que eres demasiado vil y demasiado cobarde para matar á un hombre como yo. Sé que voy á morir pero es porque así le place al hijo de Zarcá.

Dicho esto, marchó al lugar del suplicio con fria indiferencia é insolente alegria, recitando de vez en cuando algun trozo de la antigua poesia del Desierto, y no necesitando en manera alguna de las palabras que para animarle, le dirigia el príncipe Bichr que habia querido ser testigo de su suplicio, y que se enorgullecia con su firmeza inquebrantable. Cuando Soair levantó el brazo para cortarle la cabeza: «Trata le dijo, «de que ese golpe sea tan bueno como el «que le dí á tu padre.»

---

(1) Véase «Aghani,» t. I, p. 27.

Su compañero Said, que el Califa habia entregado á otro Kelbita, sufrió su suerte con un menosprecio á la vida casi tan grande como el suyo. (1)

---

(1) «Hamasa.» p. 260-264. Compárece acerca de la muerte de Halhala con Mobarrad. p. 870.

XI.

Mientras que los Sirios se robaban y se asesinaban unos á otros, no permanecian mas tranquilos los Iracanos, raza incorregible é indomable, y mucho despues los turbulentos nobles de Cufa y de Basora recordaban, echándola de menos, aquella época anárquica, aquellos felices tiempos, como ellos los llamaban, en que acompañados de unos cuantos clientes (1) se pavoneaban por las calles, alta la frente y amenazadora la mirada, siempre dispuestos á armar camorra, á poco que otro noble les mostrase la cara séria, seguros de que aunque dejasen tendidos en las calles dos ó tres de su enemigos, el gobernador era demasiado bueno

(1) Mobarrad, p. 220.

para castigarlos. Y no solo los gobernadores toleraban esto, sino que por celos y ódio hácia Mohallab, dejaban espuesto el Irac á las incursiones de los no-conformistas, siempre terribles á pesar de sus numerosas derrotas. Motivos tenian en efecto para esta envidia. No solo veia en Mohallab cada uno de los Iracanos el mejor de los generales de su pais, sino lo que es más, su propio salvador; ningun nombre habia mas popular que el suyo, y como hubiera impuesto condiciones para encargarse del mando, llegó á reunir una fortuna colosal que derrochaba con soberbia indiferencia, dando cien mil monedas de plata á uno que vino á recitarle un poema en su alabanza, y otras cien mil al que le dijo el nombre del autor. (1) Eclipsaba, pues, á todos los gobernadores, tanto por su lujo, por su régia opulencia, y su ilimitada generosidad, como por el renombre de su gloria y de su poder. «Los «Arabes de esta ciudad no tienen ojos más «que para ese hombre», decía tristemente el Omeya Khalid, (2) primer gobernador de Ba-

(1) Ibn-Khallican, Fasc IX, p. 51, ed Wüstenfeld.

(2) Khalid Ibn-Abdallah Ibn-Asid (y no Osaid; el escelente manuscrito de Mobarrad pone todas las vocales.)

sora, despues de la restauracion, y llamó á Mohallab del teatro de sus hazañas, condenándolo á la inaccion en el gobierno del Ahwas, mientras que confiaba el mando del ejército compuesto de treinta mil hombres á su hermano Abdalazis, jóven sin esperíencía, pero no sin vanidad, que decia con aire de suficiencia y ademan de triunfo: «Los «habitantes de Basora se figuran que solo «Mohallah es capáz de concluir esta guerra, «pero ya verán.» Mas espió su loca presuncion con una terrible y sangrienta derrota. Menospreciando los prudentes consejos de sus capitanes, que le disuadian de perseguir un escuadron que aparentaba huir cayó en una emboscada donde perdió todos sus generales, gran parte de sus soldados y hasta su jóven y hermosa esposa, no escapando él mismo sino por milagro, de las espadas de una treintena de enemigos que le perseguian en su fuga.

Mohallab tenia previsto este desastre, por lo que habia encargado á uno de sus confidentes que diariamente le comunicase lo que ocurriera en el ejército. Este hombre vino á buscarle despues de la derrota,

—¿Qué novedades? le preguntó Mohallab luego que lo divisó.

—Os traigo una que ha de satisfaceros; el mozo ha sido batido y su ejército completamente derrotado.

—Cómo desdichado! ¿crees tú que he de alegrarme por saber que un Coraiscita ha sido batido y derrotado un ejército musulman?

—Importa poco que os alegre ó que os aflija, pero la noticia es cierta. (1)

La irritacion contra el gobernador Khalid en toda la provincia era estrema. «Hé ahí, «decian, lo que sucede por enviar contra el enemigo un jóven de dudoso valor, en lu- «gar del noble y leal Mohallab, el héroe, «que gracias á su gran esperiencia, sabe pre- «veer y salir de todos los peligros.» (2) Resignábase Khalid á escuchar estos reproches como se habia acostumbrado á pensar en la vergüenza de su hermano; pero si era poco susceptible en puntos de honor, importábale mucho en cambio su destino, y sobre todo, su vida, por lo que esperaba con ansiedad creciente la llegada del correo de Damasco. Sintiendo, como es propio de los débiles, la necesidad de que otro más enér-

(1) Mobarrad, p. 740-745.
(2) Mobarrad, p. 746.

gico le confortase, mandó llamar á Mohallab y le preguntó:

—¿Qué pensais que Abdelmelic hará conmigo?

—Destituiros, le respondió lacónicamente el general, que le guardaba demasiado rencor para que procurase calmar sus inquietudes.

—Y no tendré que temer otra cosa peor, á pesar de ser su pariente? replicó Khalid.

—Seguramente, repuso Mohallab con indiferencia, porque apenas sepa el Califa que vuestro hermano Abdalazis ha sido vencido por los no-conformistas de la Persia sabrá tambien que á vuestro hermano Omeya lo han derrotado los de Bahrain.

El tan temido correo llegó al cabo con una carta para Khalid. En ella le reprochaba amargamente Abdelmelic su ridícula y culpable conducta y concluia diciéndole: «A »castigaros como mereceis, os haria esperi«mentar mi resentimiento de un modo mas «duro, pero quiero acordarme de nuestro «parentesco, y por esta razon me limito á «destituiros.»

En reemplazo de Khalid nombró el Califa para el gobierno de Basora á su propio hermano Bichr, ya Gobernador de Cufa, orde-

nándole que entregase el mando de las tropas á Mohallab y que lo reforzara con ocho mil hombres de Cufa.

Era imposible en aquellas circunstancias una eleccion más infeliz. Caisita exagerado y violento, como se ha visto por lo anteriormente referido, Bichr odiaba igualmente á todas las tribus yemenitas, y detestaba á Mohallab, gefe natural de esta raza en el Irac. Por eso, al recibir la órden del Califa, tuvo un acceso de furor y juró que estermiraría á Mohallab. Su primer ministro Muza-ibn-Nozair, el futuro conquistador de España, (1) tuvo no poco que trabajar para calmarlo, y se apresuró á escribir al general aconsejándole suma prudencia, que se confundiera con la multitud para saludar á Bichr cuando entrára en Basora; pero que no se presentára en la audiencia. Mohallab siguió sus consejos.

(1) Zobairita al principio, Muza Ibn-Nozair habia estado en la batalla de la Pradera. Proscrito por Merwan, pidió y obtuvo la proteccion de Abdalazis hijo de este Califa. Desde entónces llegó á ser uno de los más firmes apoyos de los Omeyas.-Ibn-Asakir, «Hist. de Damasco», man. de la Bibl. de Aatif en Constantinopla, art. sobre Muza Ibn-Nozair. M. de Slane ha tenido la bondad de comunicarme la copia que hizo de este artículo.

Llegado al palacio de Basora, Bichr dió audiencia á los principales de la ciudad, y notando la falta de Mohallab, preguntó la cáusa. «El general os ha saludado en el ca«mino, confundido con la multitud, le res«pondieron, pero se siente indispuesto y no «ha podido venir á presentaros sus respe«tos.» Bichr creyó entónces haber hallado en la indisposicion del general un exelente pretesto para escusarse de ponerlo al frente de las tropas. Sus aduladores no dejaron de decirle que siendo gobernador á él correspondía el derecho de nombrar general, pero no osando desobedecer la órden terminante del Califa tomó el partido de enviar á este algunas personas encargadas de entregarle una carta en que le manifestaba que Mohallab estaba enfermo, pero que había en el Irac otros generales capaces de ocupar su puesto.

Cuando esta diputacion hubo llegado á Damasco, Abdelmelic tuvo una conferencia particular con su jefe Ibn-Hakim, y le dijo:

—Sé que teneis una gran probidad y una estraordinaria inteligencia, decidme pues con franqueza, cual es á vuestro juicio el general que posee los talentos y cualidades necesarias para terminar esta guerra felizmente.

Abdelmelic! No nos has recompensado, á nosotros que hemos combatido bravamente por tí, y que te hemos procurado el goce de los bienes de este mundo. Te acuerdas de lo que pasó en Djabia en el Djaulan? Si Ibn-Bahdal no hubiera asistido á la reunion que allí se tuvo, tú viviriais ignorado y ninguno de tu familia recitaria en la mezquita las oraciones públicas. Y sin embargo, así que has obtenido el poder supremo, y te encuentras sin competidor, nos has vuelto las espaldas y poco falta para que nos trates como á enemigos. ¡No se diria que ignoras que los tiempos pueden traer estrañas revoluciones?

Y en otro poema:

La familia de Omeyas nos ha hecho teñir nuestras lanzas en la sangre de sus enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortuna! Familia de los Omeyas! Nosotros hemos combatido con nuestras lanzas y nuestras espadas, á escuadrones innumerables de fieros guerreros que lanzaban un grito de guerra que no era el vuestro, hemos apartado el peligro que os amenazaba. Acaso Dios recompense nuestros servicios y el haber afirmado ese trono; pero ciertamente la familia de los Omeyas no nos recompensa-

rá. Extranjeros, vosotros venís del Hidjaz, de un pais que el Desierto separa enteramente del nuestro, y la Siria no os conocia á ninguno. (1) Al mismo tiempo los Caisitas marchaban contra vosotros, el ódio brillaba en sus pupilas y su bandera flotaba en los vientos....

Otro poeta kelbita, uno de los que habian cantado antes la victoria de la Pradera, dirigió estos versos á los Omeyas:

En un tiempo en que vosotros no teniais trono, nosotros precipitamos del de Damasco á los que osaron sentarse en él y os lo dimos. En hartas batallas os hemos dado pruebas de nuestra adhesion, y en la de la Pradera, solo á nuestro poderoso auxilio habeis debido la victoria. No pagueis con ingratitud nuestros buenos y leales servicios: antes érais buenos para nosotros, guardaos de convertiros para nosotros en tiranos. Aun ántes de Merwan, cuando los ojos de un emir omeya estaban cubiertos por los cuidados como por un espeso velo, nosotros desgarramos ese velo de modo que él vió la luz, cuando ya estaba á punto de sucumbir, cuando ya rechinaba los dientes, nosotros

(2) Recuérdese que la rama de los Omeyas á que pertenecia Merwan, estaba establecida en Medina.

El Irac era presa de la mas completa anarquía, no quedaba ni sombra de la autoridad, ni disciplina. El lugar-teniente de Bichr en Cufa amenazó con la muerte á los desertores que no volviesen á sus banderas, estos por toda respuesta entraron en la ciudad, y no se volvió á hablar mas de castigarlos. (1) Bien pronto aniquilaron los no-conformistas al puñado de bravos que habian permanecido fieles á los estandartes de Mohallab, y rompiendo las antiguas barreras inundaron el Irac.

Ya habian dejado morir de inanicion despues de encerrarlos en un subterráneo cargados de cadenas á los infelices que cayeron en sus manos, despues de la derrota de Abdalazis, (2) y quien sabe si preparaban igual suerte á todos los «paganos» de la provincia?

Todo iba á depender del nuevo gobernador. Si la eleccion era tan mala como las precedentes, el Irac estaba perdido.

Abdelmelic nombró á Haddjadj.

Este se encontraba entónces en Medina, apenas hubo recibido su nombramiento salió para Cufa acompañado solamente de do-

(1) Mobarrád, p. 747-751.
(2) Mobarrad, p. 741.

ce personas. (diciembre de 694) Luego que llegó, se dirigió derechamente á la mezquita donde ya estaba reunido el pueblo noticioso de su venida. Entró sable en cinto, arco en mano y medio cubierta la cabeza con la ancha muselina de su turbante, subió al mimbar y paseó durante largo tiempo sobre el auditorio su débil é incierta mirada, (era corto de vista,) (1) sin proferir palabra. Tomando por timidéz este silencio prolongado, los Iracanos se indignaron, y como eran sino valientes en obras á lo menos insolentes en palabras, sobre todo cuando se trataba de denostar á un gobernador, comenzaban á decirse: «¡Que Dios confunda «á los Omeyas que han confiado el gobierno «de nuestra provincia á semejante imbécil!» Ya uno de los mas atrevidos, se ofrecia á tirarle una piedra á la cabeza, cuando Haddjadj rompió de pronto el silencio que tan obstinadamente habia guardado hasta entónces. Innovador atrevido en elocuencia como en política, no comenzó por las fórmulas ordinarias en honor de Dios y de su profeta. Levantándose el turbante que le encubría la faz, se puso á recitar estos versos de un antiguo poeta:

(1) Véase Ibn-Coteba, p. 202.

los criados de su casa, vió Haddahj á los rebeldes saquear su tienda y llevarse á sus mujeres, y á no detenerlos el temor del Califa le hubieran muerto. Y sin embargo, ni un momento desmayó. Rechazando con indignacion el consejo de sus amigos, que querian parlamentarse con los rebeldes: «No lo «haré hasta que me hallan entregado sus gefes,» contestó con arrogancia, como si hubiese sido el amo. Segun todas las probabilidades, hubiera pagado con la vida su inflexible obstinacion, si los Caisitas lo hubieran abandonado en el momento crítico, pero habian reconocido en él su esperanza, su amparo, su gefe; habian comprendido que siguiendo la línea de conducta que les trazaba, se levantarían de su abatimiento y volverían al poder. Tres jeques caisitas, entre los que se distinguía el valeroso Coteba-ibn-Moslim, volaron á su socorro; un contributo de Mohallb, y un jeque teminita descontento de los rebeldes, imitaron su ejemplo, y cuando Haddjadj vió seis mil hombres en torno suyo, obligó á los rebeldes á aceptar la batalla. Hubo un momento en que estuvo á punto de perderla, más consiguiendo rehacer sus huestes y habiendo muerto de un flechazo el jefe de los su-

blevados, consiguió la victoria, que hizo completa y decisiva su clemencia para con los vencidos á quienes prohibió perseguir, y concedió una amnistía, contentándose con enviar al campamento de Mohallab las cabezas de diez y nueve jefes muertos en el combate, para que sirviera de aviso á los que sintieran germinar en su ánimo el dedeseo de sublevarse. (1)

Por primera vez los Caisitas, fautores ordinarios de todas las revueltas, sostuvieron al poder, y una vez lanzados en esta vía, marcharon resueltamente por ella; sabian que era el único medio de rehabilitarse en el ánimo del Califa.

Restablecido el órden, Haddjadj no tuvo mas que un pensamiento: exitar y estimular á Mohallab, de quien sospechaba que prolongaba la guerra por su propio interés. Mezclando con su natural impetuosidad, medidas malas y buenas, le escribía carta sobre carta, le vituperaba duramente lo que llamaba su lentitud, su inaccion, su cobardía, le amenazaba con la muerte, ó al menos con la destitucion, (2) y enviaba uno tras

(1) Ibn-Kaldun, fól. 186 r y v.
(2) Mobarrad, p. 756.

«príncipe de los creyentes.» Pero esta vez guardó el auditorio un profundo silencio. Por mas que ya conocieran instintivamente que habian hallado un amo en este orador de palabra brusca y violenta, pero colorida y nerviosa, no querían aun convencerse de ello.

«Para! dijo entónces Haddjadj al lector, y luego dirigiéndose al pueblo esclamó: «Cómo! el príncipe de los creyentes os saluda «y vosotros no le contestais? Por Dios que «os he de dar una leccion de urbanidad.... «vuelve á empezar muchacho.»

Y pronunciando estas sencillas palabras, dió Haddjadj á su gesto, á los rasgos de su fisonomía y al timbre de su voz una espresion tan amenazadora y tan terrible, que cuando el lector pronunció de nuevo la palabra «salud» toda la asamblea contestó á una voz: «Y salud al príncipe de los cre- «yentes.» (1)

Medios iguales en Basora, con idéntico resultado. Muchos habitantes de la ciudad, sabedores de lo que habia pasado en Cufa, no esperaron siquiera la llegada del nuevo gobernador para reunirse con el ejército

(1) Mobárrad, p. 220, 221.

de Mohallab, (1) y este general gratamente sorprendido de un celo tan raro en los Iracanos, exclamó en un rapto de alegría: «Alabado sea Dios! Al fin ha llegado un «hombre» al Irac.» (2) Pero desgraciado tambien de aquel que manisfestase la menor duda ó la mas ligera tentativa de resistencia, porque para Haddjadj suponía muy poco la vida de un hombre. Dos ó tres lo esperimentaron á su costa. (3)

Sin embargo Haddjadj se engañaba si creía haber ganado la partida. Un poco repuestos de su primer terror, los Iracanos se avergonzaron de haberse dejado intimidar y aturdir como niños por el «maestro de escuela,» y cuando Haddjadj llevaba una division de tropas á Mohallab, una disputa sobre pagas, fué la señal de un motin que no tardó en tomar el aspecto formidable de una rebelion. La consigna era la deposicion del gobernador: los rebeldes juraron exigirla de Abdelmelic, amenazando que si este se negaba, ellos lo destituirían. Abandonado de todos, á escepcion de sus parientes, de sus amigos íntimos y de

(1) Mobarrad, p. 753.
(2) Weil, p. 433.
(3) Mobarrad, p. 753.

Soy el sol naciente.—No hay obstáculo que no venza. Para que se me conozca,-basta que me desvele.

Y continuó en seguida con lenta y solemne voz:

«Veo muchas cabezas maduras para la siega.... yo seré el segador... Entre los turbantes y las barbas que cubren los pechos, veo sangre... sangre...

Luego, animándose poco á poco, díjo: «Por Dios, Iracanos, que á mí no se me echa con miradas amenazantes, que no soy como esos camellos á quienes se hace correr á todo escape asustándoles con el ruido de un odre seco y vacío. Lo mismo que se examina la boca de un animal para conocer su edad y su aptitud para el trabajo, se ha examinado la mia y se ha encontrado que tengo las muelas del juicio.»

—«El príncipe de los creyentes ha sacado las flechas de su carcax, las há puesto delante de sí, las há examinado una por una, atenta, cuidadosamente. Cuando las hubo probado todas, juzgó que la mas dura, la mas dificil de romper era yo. Hé ahí por qué me ha enviado á vosotros..... Hace mucho tiempo que marchaís por el camino de la anarquía, y de la rebelion, ¡pero yo os

lo juro! he de hacer con vosotros lo que se hace con los arbustos espinosos que se destinan á leña, á los que se le rodea con una cuerda para arrancarlos en seguida; (1) yo os moleré á palos como los pastores aporrean á los camellos que se entretienen en el pasto cuando todos los otros están de vuelta. Y sabédlo bien: lo que digo lo hago.—lo que prometo lo cumplo—cuando he trazado en el cuero la figura de una sandalia la corto sin vacilar.»

«El príncipe de los creyentes me ha ordenado pagaros vuestro sueldo y enviaros al teatro de la guerra, donde combatireis bajo las órdenes de Mohallab. Tres dias os doy para disponeros y os juro por lo mas sagrado, que una vez trascurrido este plazo he de cortar la cabeza á todos los que no hayan ido....»

—«Ahora, muchacho, léeles la carta del príncipe de los creyentes.»

El interpelado leyó estas palabras: «Ab«delmelic, príncipe de los creyentes á to«dos los musulmanes de Cufa, salud.»—Era costumbre que el pueblo respondiera á esta fórmula con las palabras: «y salud al

(1) Véase acerca de la frase empleada por el orador á Mobarrad, p. 46.

otro comisarios á sus reales. (1) De la raza del gobernador, y poseidos de la furia de aconsejar sobre todo cuando no se les preguntaba, estos comisarios introducían muchas veces el desórden en el ejército, (2) y huian en la batalla. (3) Pero se consiguió el objeto. No habian pasado aun dos años de que Haddjadj habia sido nombrado gobernador del Irac, cuando los no-conformistas rendian las armas (hácia el fin de 696.)

Nombrado virey de todas las provincias orientales en recompensa de sus leales y provechosos servicios, Haddjajd tuvo aun hartas revueltas que reprimir, pero las reprimió todas, y á medida que afirmaba la corona en las sienes de su soberano, levantaba su raza del estado de postracion en que habia caido, y trataba de reconciliarla con el Califa. Lo consiguió sin mucha dificultad. Obligado á apoyarse sobre los Caisitas ó los Kelbitas, la preferencia no podía ser dudosa. Los reyes por lo comun gustan

---

(1) Mobarrab, p. 759, 765.
(2) Mobarrad, p. 766
(3) Mobarrad, p. 785.

poco, que los que han contribuido á su elevacion, puedan exigirles su reconocimiento, y los servicios que habian prestado inspiraron á los Kelbitas una arrogancia que se hacía importuna, á cada paso recordaban al Califa, que sin ellos, ni él ni su padre hubieran ascendido al trono, le miraban como su deudor, es deeir, como su hechura y su propiedad. Los Caisitas por el contrario queriendo hacer olvidar á toda costa, que habian sido sus enemigos y los de su padre, solicitaban sus favores de rodillas y obedecian ciegamente sus palabras y sus insinuaciones. Lo consiguieron, suplantaron á sus rivales. (1)

Los desgraciados Kelbitas lanzaron profundos ayes, y como el poder del Califa estaba asentado en esta época con demasiada solidéz para que pudieran rebelarse, sus poetas le reprocharon amargamente su ingratitud, no perdonando ni aun las amenazas. Hé aquí lo que decía Djauwas el padre de Sad, que mas tarde veremos perecer en España victima del ódio de los Caisitas:

---

(1) «Hamasa,» p. 658.

—Aunque no fuese yemenita, Ibn-Hakim respondió, sin vacilar, que Mohallab.

—Pero Mohallab está enfermo, replicó el Califa.

—No es su enfermedad lo que le impedirá ponerse al frente del ejército, repuso Ibn-Hakim con una maligna sonrisa.

—Ah! ya comprendo, dijo entónces el Califa; Bichr quiere entrar en el mismo camino que Khalib.

Y le escribió en seguida para ordenarle en tono absoluto é imperioso, que pusiera á Mohallab y no á ningun otro al frente de las tropas.

Bichr obedeció, pero de muy mala gana. Habiéndole remitido Mohallab la lista de los soldados que deseaba alistar, borró los nombres de los más valientes, y luego llamando á Ibn-Mikhnaf general de las troras auxiliares de Cufa, le dijo: «Sabeis que «os estimo y que confío en vos, pues bien si «quereis conservar mi amistad haced lo «que os voy á decir: desobedeced á todas «las órdenes de este bárbaro del Oman, y «obrad de manera que todas sus medidas «terminen en un «fiasco» miserable.» Inclinóse Ibn-Mikhnaf, lo que Bichr tomó por signo de asentimiento; pero se habia diri-

gido mal. De la misma raza, y lo que es más de la misma tribu que Mohallab, Ibn-Mikhnaf, no tenía el menor deseo de representar con él el odioso papel que el gobernador le destinaba, y cuando hubo salido de palacio, dijo á sus amigos: «Seguramente «que ese «mocito» ha perdido la cabeza, pues «me cree capaz de hacer traicion al mas ilus- «tre jeque de mi tribu.»

Comenzó la campaña, y Mohallab aunque privado de sus mejores oficiales y de sus soldados mas valientes, consiguió rechazar á los no-conformistas, primero del Eufrates, luego del Ahwas, despues de Ram-Hormos; pero aquí la brillante série de sus victorias fué repentinamente interrumpida con la noticia de la muerte de Bichr. Lo que este espíritu zizañero no pudo conseguir en vida lo consiguió su muerte. Ella produjo en el ejército un espantoso desórden. Juzgando en su egoismo que la guerra no atañía mas que á los Árabes de Basora, los soldados de Cufa se rebelaron contra su general Ibn-Mikhnaf, y, desertando en masa, se volvieron á sus hogares; su ejemplo fué imitado por la mayor parte de los soldados de Basora. Nunca en guerra tan larga y porfiada el peligro habia sido mas inminente.

le salvamos, (1) y lleno de gozo esclamaba entónces, ¡Dios es grande! Cuando el Caisita se presenta jactancioso, recordadle la bravura que mostró en el campo de Dhahhac al Este de Djaubar. (2) Allí ningun Caisita se portó como hombre: todos montados en sus alazanes, buscaban su salvacion en la fuga. (3)

Quejas, murmuraciones, amenazas, nada sirvió á los Kelbitas. El tiempo de su grandeza habia pasado, y pasado para siempre. Es verdad que la política de la córte podia cambiar, que mas adelante cambió en efecto y que los Kelbitas continuaron representando un papel importante, sobre todo en África y en España; pero jamás volvieron á ser lo que habian sido bajo Merwan, la mas poderosa de las tribus yemenitas. Este rango pertenecerá en adelante á los Azd; la familia de Mohallab habia suplantado á la

(1) El comentador Tibrizi, ha esplicado mal este verso, pues no ha notado que por una licencia poética «naffasna» se encuentra en lugar de «naffasná;» comparadlo con Ibn-Coteba, p. 201, l. 18, y con el «Hamasa», p. 263 l. 6 y 7, donde se encuentra «talana» y «naaina» en lugar de «talaná» y de «naainá» como resulta de la línea once de esta página.

(2) Es decir, en la batalla de la Pradera.

(3) «Hamasa», p. 656-659.

de Ibn-Bahdal. Al mismo tiempo la lucha· sin perder nada de su vivacidad, tomó mas vastas proporciones: desde ahora los Caisitas han de tener á todos los Yemenitas por enemigos.

El reinado de Walid que en el año de 705 sucedió á su padre Abdelmelic, llevó á su colmo el poder de los Caisítas. «Hijo mio «habia dicho Abdelmelic en su lecho de «muerte, profesa siempre el mas profundo «respeto á Haddjadj, á él es á quien debes «el trono, es tu espada, es tu brazo derecho «y tu tienes mas necesidad de él que él de tí.» (1) Walid no olvidó nunca esta recomendacion. «Mi padre decia, tenia costumbre de de-«cir: Haddjadj es la piel de mi frente, pero yo «digo; Haddjadj es la piel de mi cara.» (2) Estas palabras reasumen todo su reinado, por lo demás mas fértil que ningun otro en conquistas y en gloria militar; porque entónces fué cuando el caisita Coteba, plantó las banderas musulmanas sobre los muros de Samarcanda, cuando Moammed Ibn-Casin, primo de Haddjadj, conquistó la India hasta los piés del Himalaya, y cuando á

(1) Soyuti, «Tarikh al-kholafá», 221 ed. Lees,

(2) «Historia Khalifatus al-Walidí», ed. Anspach, p. 13.

la otra estremidad del imperio, los Yemenitas despues de haber acabado la conquista del norte de África, anexionaron la España al vasto Estado que habia fundado el Profeta de la Meca. Pero para los Yemenitas, fué este un tiempo desastroso, especialmente para los dos hombres mas notables, sino los mas respetables de este partido: Yezid, hijo de Mohallab y Muza hijo de Nozair. Por su desgracia Yezid, gefe de su casa por muerte de su padre, habia suministrado pretestos bastantes plausibles al ódio de Haddjadj. Como todos los miembros de su familia, la mas liberal de todas en el reinado de los Omeyas, como los Barmecidas lo serán en el de los Abbasidas, (1) sembraba á su paso el dinero y queriendo ser feliz y que todo el mundo lo fuera con él, derrochaba su fortuna en los placeres, en su aficion á las artes y en las imprudentes liberalidades de una munificencia verdaderamente aristócrática. Se dice, que una vez, yendo á hacer la peregrinacion á la Meca, dió mil monedas de plata á un barbero que acababa de afeitarlo. Asombrado este de haber recibido tan considerable recompensa, esclamó lleno

(1) Ibn-Kallican, Fasc. X. p. 107, ed. Wüstenfeld.

de alegria: «Con esto voy á rescatar á mi madre de la esclavitud.» Conmovido por su amor filial, Yezid le dió otras mil monedas. «Repudio á mi muger, dijo el «barbero si en mi vida vuelvo á afeitar á «nadie.» y Yezid le dió otras dos mil monedas. (1) Se cuentan de él una multitud de rasgos semejantes, que muestran que el dinero se derramaba como agua de sus manos pródigas, pero como no hay fortuna por grande que sea, que baste á una prodigalidad llevada hasta la locura, Yezid se vió forzado para escapar á su ruina, á usurpar la parte del Califa. Condenado por Haddjadj á restituir al tesoro seis millones, y no pudiendo pagar mas que la mitad de esta suma, fué encerrado en un calabozo y cruelmente torturado. Al cabo de cuatro años, (2) consiguió evadirse con dos de sus hermanos que partian su cautividad, y mientras que Haddjadj, creyendo que habian ido á insurreccionar el Corasan enviaba correos á Coteba, ordenándole tomar precauciones, y ahogar en gérmen la rebelion, ellos guiados por un Kelbita, (3)

(1) Ibn-Khallican, Fasc. X, p. 105.
(2) Ibn-Khaldun, fól. 196 v.
(3) El mismo, «ibid.»

recorrian el desierto de Samawa, á fin de implorar la proteccion de Soliman, hermano del Califa, heredero del trono, en virtud de las disposiciones de Abdelmelic, y gefe del partido yemenita. Solíman juró que, mientras él viviera, los hijos de Mohallab no tendrian nada que temer, ofreció pagar al tesoro los tres millones que debia Yezid, y pidió gracia para este que no obtuvo sino con mucho trabajo, y por una especie de escena teatral. Desde entonces Yezid quedó en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviera al poder; y cuando se le preguntaba por qué no compraba casa: «Para qué? respondía, pron«to tendré una que no dejaré nunca: un pa«lacio de gobernador, si Soliman llega á ser Califa, una cárcel si nó llega.» (1)

El otro yemenita, el conquistador de España, no era como Yezid, de ilustre estirpe. Era un liberto, y si pertenecía á la faccion entónces en desgracia, era porque su patrono el príncipe Abdalazis, hermano del Califa Abdelmelic, y gobernador de Egipto, era ardiente partidario de los Kelbitas, porque su madre era de esta tribu. Ya en el reinado de Abdelmelic, cuando aun era recaudador de

(1) Ibn-Khallican, Fasc X, p. 112-115.

contribuciones en Basora, Muza se hizo reo de malversacion. Súpolo el Califa y dió á Haddjadj órden de prenderlo. Advertido á tiempo, Muza se refugió en Egipto, donde imploró la proteccion de su patrono. Este le tomó bajo su salvaguardia, y fué á la córte para arreglar el negocio. Exigió el Califa cien mil monedas de oro de indemnizacion. Abdalazis pagó la mitad, y enseguida nombró á Muza gobernador de Africa, pues en esta época los gobernadores de esta provincia eran nombrados por los de Egipto. (1) Despues de haber conquistado á España, Muza repleto de riquezas, en el colmo de la gloria y del poder, continuó usurpando la parte del Califa con la misma osadía que ántes. Verdad es que todos entónces hacian negocios con la hacienda pública; lo malo de Muza fué hacer mas que otros, y no pertenecer al partido dominante. Walid, que desde algun tiempo tenia fija la vista en él, le ordenó venir á la Siria para que diese cuenta de su administracion. Muza mientras pudo eludió esta órden, pero obligado al fin á obedecer, dejó á España, y una vez llegado á la corte procuró desarmar la cóle-

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 24,25.

ra del Califa con magníficos presentes. Pero en vano. El ódio largo tiempo acumulado de sus compañeros, Taric, (a) Moguais y otros, se desbordó, lo abrumaron con acusaciones que fueron perfectamente acogidas, y el infiel gobernador fué arrojado ignominiosamente de la audiencia pública. Pensaba el Califa nada menos que condenarlo á muerte, pero algunas personas de consideracion, á quienes Muza habia ganado á fuerza de dinero, pidieron y obtuvieron su vida, contentándose aquél con condenarle á una multa considerable. (1)

Poco tiempo despues, exhalaba Walid el último suspiro, dejando el trono á su hermano Soliman. La caida de los Caisitas fué inmediata y terrible. Haddjadj ya no existía. «Alá, concédeme morir ántes que el «príncipe de los creyentes, y no me deis por «soberano un principe sin piedad para mí.» (2) Tal era su ruego y Dios lo oyó; pero sus clientes, sus hechuras, sus amigos ocupaban aun todos los destinos y todos fueron destituidos al punto y reemplazados por Yemenitas. Yezid ibn-abi-Moslim, liberto y secretario de Haddjadj, perdió el gobierno

(1) Isidoro, c. 38—40.
(2) Tabarí, «apud» Weil, t. I, p. 553.
(a) Se ha solido confundir lo mismo por los his-

toriadores cristianos que por los Arabes á Taric-ben Zeyad con Tarif Abu-Zara y sus respectivas espediciones. No estamos léjos de creer con el docto traductor español de Aben-Adhari, que entre los primeros haya podido dar orígen á esta confusion, el siguiente pasage del Pacense: «Nam adgregata copia exercitus adversus Árabes una cum Mauris á Muza missis, id est, Taric Abuzara et cæteris diu sibi provintiam creditam incursántibus.» Aunque diferimos de su opinion en lo que respecta á pensar que Isidoro de Beja formó un solo nombre del «ism» del primero y de la «cunya» (alcurnia) del segundo, ignorancia que no parece propia de cronista contemporáneo á los hechos, y que tan bien los conocia, creyendo que en este pasage no hay mas que una trasposicion exigida acaso por la armonia de la frase debiendo leerse: id est Taric, Abuzara et cæteris &c. tanto mas cuanto que al citar estos caudillos, nada indica el ánimo de hacerlo por el órden cronológico de su venida á España. Sea de esto lo que quiera, ya en la Crónica Albeldense se hace la debida distincion: «Regnante in África Ulit Amiralmauminin... ingressus est Abzuhara in Spania sub Muza duce &c. dice en un lugar y mas adelante: «Alio anno ingresus est Taric..» Más esplícita aparece todavia en el libro «De rebus hispanicis» del Arzobispo don Rodrigo que dedica dos capítulos distintos á narrar estas dos entradas diciendo en la primera; «Muza autem misit cum Iuliano quemdam Tarif nomine et cognómine Abenzarcha &. (Lib. III, c. XIX) y en el segundo (Id. cp. XX) «Post hæe Muza vocatus ab Ulit Miramumenino ivit in Africam, relicto in patria principatu Taric Aben Ziet. qui erat strabo.» Por lo que, como oportunamente lo hace notar el señor Fernandez y Gonzalez, es estraño que en su Historia

del Irac, y fué encerrado en un calabozo de donde no salió sino cinco años mas tar-

---

Arabun haya podido confundir estos personages diciendo (cap. IX) «anno imperil Ulit quarto, Muza Abennozayr princeps mililiæ Ulit regis misit Taric Abenzarca cum exercitu citra mare,» á no ser que haya habido aquí alguna interpolacion ó cambio del copista como sucede en una curiosa traduccion manuscrita del libro de Rebus Hispanicis que perteneció al marqués de Tarifa, y hoy existe en la Biblioteca universitaria de Sevilla, escrita en 1430 en que se traducen los textos citados mas arriba; E Muza envió con el conde uno que habia nombre Tarif é dióle cien caballeros &c. Envió Ulid por Muza que fuese á él á tierra de África, é Muza fué á el allá é dexo en la tiorra por cabdillo á Tarif. El monge de Silos habla solo de Taric y la Crónica general de Tarif á quien aplican el calificativo de Tuerto que el monge de Silos y Rodrigo de Toledo, habian dado á Tarif, error adoptado en lo sucesivo por el Burgense, Ambrosio de Morales, Zurita, Garibay y Mariana hasta el punto de dudar el erudito Scott, si debia leerse Tarif en los casos en que se habla de Taric en la crónica del arzobispo D. Rodrigo.

Mas rara parece esta equivocacion en los historiadores árabes, y sin embargo Ibn-Jaldun ha confundido tambien las dos espediciones que aparecen distinguidas claramente en Ibn-Haiyan y Al-Hichari citados por Al-Makkari, Ben-Adhari y el Akhbar Majmua y Abdi-l-hakem autor de una Historia de Egipto que vivia en el siglo III de la hegira, (IX de J. C.) Biblioteca nacional de Paris Manuc, n. 655 y 785 segun Slane «Histoire des Bereberes» t. I, no mienta siquiera á Tarif y distingue dos Taric uno hijo de Amr y otro de Abbad. Conde solo habla de Taric ben Zeyed (N. del T.

de, al advenimtento del Çalifa caisita Yezid II, para ser enseguida gobernador de África; (1) tan rápidos entónces eran los cambios de fortuna. Mas desgraciado que él, el valiente Coteba fué decapitado, y el ilustre conquistador, Mohammed ibn-Casin, primo de Haddjadj, pereció en el tormento, mientras que Yezid, hijo de Mohailab que estaba á punto de sufrir la misma suerte en el reinado precedente, gozaba como favorito de Soliman de un poder ilimitado.

Solo á Muza, no aprovechó el triunfo del partido á que pertenecía. Por la vana esperanza de conciliarse el favor de Walid, habia ofendido gravemente á Soliman. Cuando Muza llegó á la Siria, Walid se encontraba ya tan gravemente enfermo, que podía pronosticársele una muerte proxima, y Soliman que codiciaba para sí los ricos presentes que Muza no dejaría de ofrecer á Walid, le habia hecho indicar que detuviese su marcha de modo que no llegase á Damasco, hasta que su hermano hubiera muerto y él ascendido al trono. No habiendo consentido Muza en ello, y heredando

(1) Abu-Alí Tanukhi, «Al faradjo bada 's chiddati,» man. de Leiden, 61. p. 73.



por consiguiente los hijos de Walid, los regalos hechos á su padre, Soliman, que por esto le guardaba rencor, (1) no levantó á Muza la multa á que habia sido condenado y que por lo demás podía pagar fácilmente con ayuda de sus numerosos clientes españoles, (2) y los miembros de la tribu de Lakhm á que su esposa pertenecía. (3) Soliman no llevó mas léjos su venganza. Aunque haya acerca de la suerte de Muza, una série de leyendas más ó menos patéticas, han sido inventadas por los novelistas en una época en que se habia olvidado completamente cuál era la posicion de los partidos en el siglo VIII, y cuando nadie se acordaba ya de que Muza gozaba, como lo atestigua un autor tan antiguo como digno de crédito, (4) la proteccion y la amistad de Yezid, hijo de Mohallab, el favorito omnipotente de Soliman. Ningun motivo por especioso que sea, puede autorizar estos indignos rumores que no se fundan sobre

(1) Ibn-Habib, man. de Oxford, p. 153.
(2) Isidoro, c 40. Pro multa opulentia, dice este autor, parvum impositum onus existimat, atque mirá velocitate impositum pondus exactat.
(3) «Akhbár madjmua» fól. 62
(4) Beladhori, man. de Leiden p. 270.

ninguna autoridad respetable, y que se hallan en oposicion directa con el circunstanciado relato de un autor contemporáneo. (1)

Por una escepcion única en la historia de los Omeyas, el sucesor de Soliman, Omar II, no era un hombre de partido; era un pontífice respetable, un santo varon que odiaba los gritos de ódio y de discordia, que agradecía á Dios el no haberle hecho vivir en los tiempos en que los santos del islamismo, en que Alí, Aixa y Moawia, combatian entre sí, y no queria ni oir hablar siquiera de tan funestas luchas. Preocupado esclusivamente de los intereses religiosos y de la propagacion de la fé, recuerda á aquel excelente y venerable pontífice que decía á los florentinos: «No seais ni gibelinos ni «güelfos, no seais mas que cristianos y ciu«dadanos.» Pero Omar II, no logró mas que Gregorio X, realizar su sueño generoso. Yezid II, que le sucedió, y que se habia desposado con una sobrina de Haddjadj, fué Caisita. Luego subió Hixem al trono. Al principio favoreció á los Yemenitas, y, habiendo reemplazado con hombres de este

(1) Este autor es Isidoro Beja.

partido, muchos de los gobernadores nombrados por su predecesor, (1) permitió á los que subian al poder, perseguir cruelmente á los que acababan de perderlo, (2) pero cuando por razones que mas adelante espondremos, se declaró por el otro partido, los Caisitas tomaron la revancha sobre todo en África y en España.

Como la poblacion arábiga de estos dos países, era casi exclusivamente yemenita, estaban de ordinario bastante tranquilos cuando gobernaban hombres de esta faccion; pero bajo gobernadores caisitas, se convertian en teatro de las mas atroces violencias. Esto fué lo que sucedió despues de la muerte de Bichr, el Kelbita, gobernador de Africa. Antes de exhalar el último suspiro, habia confiado el mando á uno de sus contributos que se lisonjeaba á lo que parece de que el Califa Hixem, le nombraría definitivamente gobernador. Se engañaron sus esperanzas: Hixem nombró al Caisita Obaida de la tribu de Solaim. Súpolo el Kelbita, pero se creia bastante poderoso para soste-

(1) En el Corasan por egemplo, el Caisita Moslim-al-Kilabí, fué reemplazado por el Yemenita Asad al-Casri,

(2) Véase Abu-'l-mahasin, t. I, p. 288.

nerse con las armas en la mano.

Érase la mañana de un viernes del mes de junio ó julio de 728. El Kelbita acababa de vestirse y se disponia á ir á la mezquita para presidir la oracion pública, cuando de pronto sus amigos se precipitan en su cámara gritando: «El emir Obaida, acaba de entrar en la ciudad!» Aterrado por el golpe, el Kelbita quedó al principio sumergido en un mudo estupor, y no recobró el uso de la palabra sino para esclamar: «Solo Dios es poderoso! Tan impensa- «damente ha de llegar la hora del último «juicio!» Sus piernas rehusaron sostenerlo y cayó en tierra helado de miedo.

Obaida, habia comprendido que para hacer reconocer su autoridad, le era preciso sorprender la capital. Afortunadamente para él, Cairawan no tenia murallas y, marchando con sus Caisitas por caminos estraviados con el mas profundo silencio, habia entrado de improviso, mientras que los habitantes de la ciudad lo creian aun en Egipto ó en Siria.

Dueño de la capital, maltrató á los Kelbitas con una crueldad sin igual. Despues de haberlos hecho encerrar en calabozos, los puso en el tormento y para contentar la

avidéz de su soberano les sacó sumas inauditas. (1)

Llegó su turno á España, pais cuyo gobernador era nombrado entónces por el de África, pero que hasta entónces no había obedecido á un Caisita mas que una sola vez. Frustradas sus primeras tentativas, Obaida envió al cabo, en el mes de abril de 729, al Caisita Haitham de la tribu de Kilab, (2) amenazando á los Árabes españoles con los mas rigorosos castigos, si osaban oponerse á las órdenes de su nuevo gobernador. Los Yemenitas murmurarían, acaso conspirarian contra el Caisita, este por lo ménos asi lo creía, y obrando con arreglo á las instrucciones secretas de Obaida, hizo prender á sus gefes, le arrancó, mediante horribles torturas, la confesion de un complot y mandó cortarle la cabeza. Entre sus víctimas, se hallaba un Kelbita que gozaba de gran consideracion por su ilustre origen, sus riquezas y su elocuencia; era Sad, hijo de aquel Djauwas, (3) que habia echado en

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 36; Ibn-al-Abbar, p. 47, 49.
(2) Moharram 111. Ibn-Bahcowál «apud» Maccari, t. II, p. 10. Debe leerse «kilabi,» como se encuentra en Maccari, en Ibn-Kaldun &c., no «kinani», como se lee en otros escritores. En la escritura árabe es fácil confundir estos dos nombres.
(3) Véase la nota C, al fin de este tomo.

cara tan enérgicamente en sus versos al Califa Abdelmelic, su ingratitud para con los Kelbitas, cuya bravura en la batalla de la Pradera habia decidido de la suerte del imperio y procurado el trono á Merwan. El suplicio de Sad, hizo temblar de indignacion á los Kelbitas, y algunos de ellos, como Abrach, secretario de Hixem (1) que no habian perdido toda su influencia en la córte, la emplearon tan bien, que el Califa consintió en enviar á España á un cierto Mohammed, con órden de castigar á Haithan, y dar el gobierno de la provincia al Yemenita Abderramen-el-Ghafikí, que gozaba de gran popularidad. Llegado á Córdoba, Mohammed no encontró allí á Abderramen, que se había escondido para ocultarse á las persecuciones del tirano; pero habiendo hecho prender á Haitham, le mandó azotar y afeitar la cabeza, lo que entónces equivalía á la pena de marca, despues cargándolo de hierros y puesto sobre un asno con la cabeza hácia la cola y los brazos atados á la espalda, lo paseó por las calles de la capital, y luego que fué ejecutada esta sentencia, lo envió al África, para que el go-

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 40, y Weil, t. I, página 654.

bernador de esta provincia decidiera de su suerte. Pero no podia esperarse que Obaida castigara á su vez á aquel que no habia hecho sino cumplir sus órdenes. Por su parte el Califa, creia haber dado á los Kelbitas una satisfaccion suficiente, aunque ellos llevasen mas lejos sus exigencias, no pudiendo ser expiada la muerte de Sad, segun las ideas árabes, sino por la de su matador. Hixem, envió pues á Obaida una órden en tal manera ambigüa, que este pudo interpretarla en beneficio de Haithan. (1) Esto fué para los Kelbitas un gran desengaño, pero no se dejaron acobardar, y uno de sus gefes mas ilustres, Abu-l-Khattar, amigo íntimo de Sad, y que en la prision en que le habia encerrado Obaida, acumuló contra este tirano y contra los Caisitas en general tesoros de odio, compuso este poema destinado á ser puesto en manos del Califa:

Permitís á los Caisitas derramar nuestra sangre, hijo de Merwan; pero si persistís en rehusar hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios que será mas equitativo para nosotros. Se diría que habeis olvidado la batalla de la Pradera, y que ignorais quién os procuró entonces la victoria; sin embar-

(1) Isidoro c. 57.

go eran nuestros pechos los que os servian de escudos contra las lanzas enemigas y solo nos teníais á nosostros por caballeros y peones. Pero despues que habiais conseguido el objeto de vuestros designios, y que gracias á nosotros nadais en las delicias, afectais no conocernos, hé ahí cómo desde que nos tratamos, obrais constantemente con nosotros. Pero guardaos de entregaros á una seguridad engañosa, cuando la guerra se encienda y vos sintais deslizarse vuestro pié sobre la escala de cuerda, puede que entónces las cuerdas que creais sólidamente torcidas, se destuerzan... Esto se ha visto tantas veces...

El Kelbita Abrach, secretario de Hixem, fué el encargado de recitar estos versos, y la amenaza de una guerra civil produjo tanto efecto sobre el Califa, que en el mismo instante pronunció la destitucion de Obaida, esclamando con una cólera fingida ó verdadera: «Que Dios maldiga á ese hijo «de cristiana que no ha obedecido mis órdenes.» (1)

---

(1) Véanse mis «Notices sur quelques manuscritos árabes», p. 47-49, 257, é Ibn Adharí t. I, p. 36, 37.



X.

La lucha entre Yemenitas y Caisitas, no dejó de influir en la suerte de los pueblos vencidos, porque respecto á ellos y principalmente en lo que concierne á las contribuciones, cada uno de los bandos profesaba diversos principios, y en esto como en muchas otras cosas, Haddjadj era quien había trazado la ruta á su partido. Sábese, que en virtud de las disposiciones de la ley, los cristianos y los judíos que viven bajo la dominacion musulmana, quedan dispensados luego que abrazan el islamismo, de pagar al tesoro la capitacion impuesta á los que perseveran en la fé de sus antecesores. Gracias á este cebo ofrecido á la avaricia, la iglesia musulmana recibia en su gremio cada dia

una porcion de conversos, que sin estar enteramente convencidos de la verdad de la doctrina, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocijaban de esta rápida propagacion de la fé, pero el tesoro sufria enormemente. La contribucion del Egipto por ejemplo, se elevaba aun bajo el califado de Othman á doce millones, pero pocos años despues bajo el califado de Moawia, cuando la mayor parte de los Coptos abrazaron el islamismo descendió á cinco. (1) En el de Omar II, bajó más aun, pero el piadoso Califa no se inquietaba por ello, y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: «Si este estado de cosas se prolonga en el «Egipto, todos los dhimminis se harán mu«sulmanes y se perderán así las rentas que «producen al tesoro del Estado,» le respondió: «Seria feliz si todos los dhimmis se hi«cieran musulmanes, pues que Dios ha en«viado á su Profeta como apóstol no como «colector de impuestos.» (2) Haddjadj pensaba de otro modo. Se interesaba poco por la propagacion de la fé, y estaba obligado á

(1) Ahmed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan,» fól. 69 v.

(2) «Journ. asiat,» IV série, t. XVIII, p. 433.

llenar el tesoro para conservar la gracia del Califa. No concedió pues á los nuevos musulmanes del Irac, la esencion de la capitacion. (1) Los Caisitas imitaban constantemente y donde quiera el egemplo que se les habia dado y trataban además á los vencidos, musulmanes ó no, con insolente desden y con extrema dureza. Los Yemenitas por el contrario si no se conducian con estos desgraciados con mas equidad y dulzura cuando se hallaban en el poder, asociaban, por lo menos en la oposicion, su voz á la la de los oprimidos para condenar el espíritu fiscal que animaba á sus rivales. Por eso los pueblos vencidos, cuando veian subir al poder á los Yemenitas, se prometian dias tejidos con seda y oro; pero sus esperanzas fueron burladas muchas veces, que no fueron los Yemenitas los primeros ni los últimos liberales que hayan esperimentado que es fácil cuando se está en la oposicion gritar contra los impuestos, exigir la reforma del sistema financiero, prometerla para cuando se les llame á la direccion de los negocios y que cuando se ha llegado á ella, es dificil cumplir lo prometido. «Me hallo en una si-

(1) Nowairí en el «Journ. asiat,» III série, t. XI p. 580.

«tuacion dificilísima, decia el jefe de los Ye-
«menitas, Yezid hijo de Mohallab, cuando
«Soliman le nombró gobernador del Irac; to-
«da la provincia tiene su esperanza en mí,
«me maldecirá como ha maldecido á Hadd-
«jadj si la obligo á pagar los mismos tribu-
«tos que ántes; pero por otra parte descon-
«tentaré á Soliman, sino recibe tantas con-
«tribuciones como recibía su hermano cuan-
«do Haddjadj estaba de gobernador.» Para salir de este apuro, recurrió á un espediente bastante original. Habiendo declarado al Califa que no podía encargarse de recaudar los impuestos, le hizo tomar la resolucion de confiar esta odiosa tarea, á un hombre del partido que acababa de caer. (1)

Por lo demás no puede negarse que hubiera entre los Yemenitas hombres estremadamente flexibles, que transigían sin trabajo con sus principios, y que para conservar sus destinos, servían á sus señores yemenitas ó caisitas con una adhesion sin igual y una docilidad á toda prueba. El Kelbita Bichr, puede ser considerado como el tipo de esta especie de hombres menos raros, á medida que las costumbres se cor-

(1) Ibn-Khallican, Fasc X, p. 116, ed. Wüstenfeld; Ibn-Khaldun, fól. 199 r.

rompian y que el amor de tribu cedia á la ambicion y á la sed de riquezas. Nombrado gobernador de África por el Caisita Yezid II, Bichr envió á España á uno de sus contributos llamado Ambeza, que hizo pagar dobles impuestos á los cristianos del pais, (1) pero cuando subió al trono el Yemenita Hixem envió otro de sus contributos nombrado Yahya, que restituyó á los cristianos todo lo que se les habia exigido injustamente. Un autor cristiano del tiempo llega á decir, que este «terrible» gobernador, (así lo apellidaba) recurrió á medidas «crueles» para obligar á los musulmanes á devolver lo que no les pertenecia. (2)

En general, los Yemenitas eran menos duros que sus rivales para los vencidos, y por consiguiente menos odiosos. El pueblo de África sobre todo, esa mezcla, esa aglomeracion de poblaciones hetereogéneas que los Árabes encontraron establecidas desde el Egipto hasta el Atlántico, y que se designa con el nombre de Berberiscos, tenia por ellos una señalada predileccion. Raza fiera aguerrida y celosa de su libertad, bajo muchos aspectos, como ya lo habia notado

(1) Isidoro, c. 52.
(2) Isidoro, c. 54.

Strabon, (1) los Berberes se parecian á los Árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, hacian la guerra del mismo modo, como lo atestigua Muza ibn-Nozair, (2) que tanto contribuyó á someterlos; acostumbrados como ellos á una independencia inmemorial, pues que la dominacion romana estuvo de ordinario limitada á la costa, teniendo en fin la misma organizacion política, la democracia templada por la influencia de las familias nobles, llegaron á ser para los Árabes cuando intentaron someterlos, enemigos mucho mas temibles que los soldados mercenarios, y los oprimidos súbditos de la Persia y del imperio bizantino. Cada victoria, fué comprada por los agresores con una sangrienta derrota. Cuando ya recorrian en triunfo el pais hasta las orillas del Atlántico, se veian á lo mejor, envueltos y destrozados por hordas innumerables como las arenas del desierto. «Es imposible conquistar el «África, escribía un gobernador al Califa «Abdelmelic, apenas una tribu berberisca «ha sido esterminada cuando viene otra á «ocupar su puesto.» Sin embargo, los Ára-

(1) II, 18.

(2) Ibn-Adharí, t. II, p. 20.

bes á pesar de las dificultades de la empresa y quizá á causa de los mismos obstáculos que encontraban á cada paso, y que el honor les mandaba superar á cualquier precio, se obstinaron en esta conquista con un valor admirable y una tenacidad sin igual. Á costa de setenta años de mortífera guerra, se logró la sumision de los Africanos, si por esto se entiende que consintieron en deponer las armas á condicion de que no se prevalieran nunca con ellos de los derechos adquiridos, de que se respetára su arrogancia puntillosa, y de que se les tratara, nó como vencidos sino como iguales, como hermanos. ¡Infeliz el que tenia la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el Caisita Yezid ibn-abi-Moslín, quiso tratarlos como esclavos; ellos lo asesinaron: y Caisita y todo, el califa Yezid II fué lo bastante prudente para no exigir el castigo de los culpables, y para enviar á un Kelbita á que gobernase la provincia. Menos previsor Hixem, provocó una terrible insurreccion que de el África se comunicó á España.

Yemenita al principio de su reinado, y por consiguiente bastante popular, (1) ha-

(1) Qui Hiscam primordio suæ potestatis satis se modestum ostendens. Isidoro, c. 55.

bia acabado por declararse por los Caisitas, porque los consideraba dispuestos á satisfacer su pasion dominante, la sed de oro. Entregándoles las provincias que ellos sabian esprimir tan bien, sacó de ellas mas dinero que ninguno de sus antepasados (1) y en cuanto á el África, confió su gobierno en el año 734, año y medio despues de la destitucion de Obaida (2) al Caisita Obaidallah.

Este nieto de un liberto, no era un hombre vulgar. Habia recibido una educacion sólida y brillante, de modo que sabia de memoria los poemas clásicos y el relato de las antiguas guerras. (3) En su adhesion á los Caisitas, habia una idea noble y generosa. No habiendo encontrado en Egipto mas que dos pequeñas tribus caisitas, hizo traer allí mil y trescientas familias pobres de esta raza, y se tomó todo el cuidado posible para hacer prosperar esta colonia. (4) Su respeto para la familia de su patrono, tenia algo de conmovedor: en medio de la

(1) Isidoro, c. 57.

(2) En Ibn-Adharí, (t. I, p. 37) debe leerse «un año» y seis meses, (Chauwal 114-Rebi, II, 116.)

(3) Ibn-Adharí, t. I, p. 38.

(4) Macrizi, «De las tribus árabes que han ido á «Egipto». p. 39-40 ed. Wüstenfeld.

grandeza y en el colmo del poder, lejos de avergonzarse de su humilde orígen proclamaba públicamente sus obligaciones para con el padre de Ocba, que habia manumitido á su abuelo, y cuando siendo él gobernador de África Ocba fué á visitarlo, lo hizo sentar á su lado y le mostró tanto respeto que sus hijos, vanos como advenedizos, lo tenian atravesado en la garganta. (a) «¡Qué! «le dijeron cuando se hallaron á solas con él: «haceis sentar á vuestro lado á ese Beduino «en presencia de la nobleza y de los Coreisci-«tas que sin duda se habrán ofendido, y que «os exigirán una satisfaccion por eso! Tú eres «ya viejo y no tendrás que sufrir las conse-«cuencias de esto, porque quizá te arrebate «antes la muerte que pueda dañarte la ene-«mistad de alguno, pero tememos que el opro-«bio caiga sobre nosotros. Además, si lo que «ha pasado llega á oidos del Califa! No se en-«colerizará cuando sepa que habeis honrado «mas á un hombre semejante que á los Coreis-«citas?—«Teneis razon, hijos mios, le res-«pondió Obaidallah, no habia pensado en «ello, y no lo volveré á hacer. A la mañana

(a) Ben-Adharí. Historias de Andalus. Dozy por acomodarla á las exigencias del estilo fracés le hace perder la energía á esta frase que es popular entre nosotros.

siguiente hizo venir á Ocba y á los nobles á su palacio. Trató á todos con respeto, pero dió á Ocba el asiento preferente, y sentándose á sus piés hizo venir á sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidallah se levantó, y despnes de habèr glorificado á Dios y á su profeta, refirió á los nobles las palabras que le habian dicho la víspera sus hijos, y continuó en estos términos: «Tomo á Dios y os tomo á vosotros por testigos, bien que Dios solo basta, de que declaro que ese hombre que veis ahí es Ocba, «hijo de Haddjadj, que dió la libertad á mi «abuelo, y de que mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha llenado de «soberbia, pero quiero dar á Dios una prueba de que yo al menos no soy culpable de «ingratitud, y que sé lo que debo al Eterno «y á ese hombre. He querido hacer pública «esta declaracion, porque temo que mis hijos lleguen á renegar los preceptos de Dios «desconociendo el derecho de patronato de «ese hombre y de su padre, lo que haria inevitablemente que fueran malditos de Dios «y de los hombres, pues me han contado «que dijo el Profeta: «Maldito el que pretende pertenecer á una familia, á que es

«estraño, maldito el que reniega de su pa-
«trono.» Y se me ha referido tambien que Abu-Becr ha dicho: «Desconocer un pa-«riente aunque sea lejano, ó suponerse de «una familia á que no se pertenece, es ser «ingrato para con Dios». Hijos mios como «yo os quiero tanto como á mí mismo, no «he querido esponeros á la maldicion de «Dios y de los hombres. Me habeis dicho «además, que el Califa se irritará conmigo, «si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el «Califa, á quien Dios conceda larga vida, es «demasiado magnánimo, y sabe demasiado «bien lo que se debe á Dios, sabe demasiado «bien sus deberes, para que yo tema haber «escitado su ira cumpliendo los mios, estoy «por el contrario persuadido que ha de «aprobar mi conducta.»—Bien dicho! esclamaron por todas partes, ¡viva nuestro gobernador!»

Y los hijos de Obaidallah, avergonzados de haber tenido que sufrir tan grande humillacion, guardaron un profundo silencio.

Luego Obaidallah dirigiéndose á Ocba le dijo: «Señor, mi deber es obedecer vuestras «órdenes. El Califa me ha confiado un vas-«to pais, elegid para vos la provincia que

«querais.» Ocba eligió á Esgaña. «Me agra-«da, contestó, la guerra santa y aquel es «mi palenque.» (1)

Pero á pesar de la elevacion de su carácter, y aunque poseía todas las virtudes de su nacion, Obaidallah participaba en alto grado del profundo desprecio que aquella tenía á todo lo que no era árabe. Á sus ojos, los Coptos, los Berberes, los Españoles y en general los vencidos, que apenas consideraba como hombres, no tenían sobre la tierra otro destino que enriquecer con el sudor de su frente, al gran pueblo que Mahoma llamaba el mejor de todos. Ya en Egipto, donde habia estado de perceptor de contribuciones, habia aumentado en una vigésima el tributo que pagaban los Coptos, y este pueblo de ordinario tan pacífico, que desde que vivía bajo la dominacion musulmana, no había apelado ni una sola vez á las armas, se exasperó de tal modo por una medida tan arbitraria, que se levantó en masa. (2) Elevado al gobierno de África, se creyó en la obligacion de satisfacer á costa de los Berberes, los gustos y los caprichos de los grandes señores de Damasco.

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 60 r.-61 r.
(2) Macrizi, «Historia de los Coptos.» p. 22 del texto ed. Wüstenfeld y la nota del editor p. 45.

Como el vello de los merinos de que se fabricaban vestidos de una esplendente blancura, fuera muy solicitado en la capital, hacia arrebatar á los Berberes sus carneros, que se degollaban todos aunque muchas veces no se hallára un carnero con vello en todo el rebaño, siendo los demás de los que se llamaban rasos ó sin vello, y por consiguiente inútiles al gobernador. (1) No contentos con quitar á los Berberiscos sus rebaños, la fuente principal de su fortuna, ó más bien, su único medio de subsistencia, les arrebataba tambien á sus mujeres y sus hijas, que enviaba á poblar los serrallos de la Siria, porque los señores árabes gustaban mucho de las mujeres berberiscas que siempre tuvieron la reputacion de exceder á las árabes en hermosura. (2)

Durante mas de cinco años los Berberiscos sufrieron en silencio; murmuraban, acumulaban en su pecho tesoros de ódio, pero la presencia de un númeroso ejército los contenía aun.

(1) Ibn-Kaldun, «Historiá de los Berberiscos,» t. I, p. 150, 151 del texto; «Akhbar madjmua» fólio 63 r.

(2) Ibn-Adharí t. I, p. 39; Ibn-Kaldun. «loco laud.;» compárese á Soyuti, «Tarikh al Kholafá» p. 222, l. 11 ed. Lees.

Preparábase sin embargo, una insurreccion que tendrá tanto carácter religioso como político, dirigida por misioneros, por sacerdotes, porque á pesar de las numerosas y notables semejanzas que existen entre Barberes y Árabes, hay entre ambos pueblos esta diferencia esencial y profunda, que el uno es piadoso con muchas tendencias á la superticion, y está sobre todo poseido de una ciega veneracion para los sacerdotes, mientras que el otro escéptico y burlon no concedía casi ninguna influencia á los ministros del culto. Aun en nuestros dias los morabitos africanos, gozan de una influencia ilimitada en los asuntos importantes; ellos sólos tienen el derecho de intervernir cuando se enemistan dos tribus; en las elecciones, ellos son los que proponen al pueblo los jeques que les parecen mas dignos; cuando circunstancias graves exigen una reunion de tribus, ellos son tambien los que recogen los diferentes votos, deliberan entre sí y hacen conocer su decision al pueblo y sus habitaciones comunes, son reparadas y provistas por este que previene todos sus deseos. (1) Cosa extraña y curiosa;

(1) Daumas, «La grande Kabylie» p. 53-56.

los Berberiscos veneran mas á sus sacerdotes que al mismo Omnipotente. «El nombre de «Dios, dice un autor francés que ha estu-«diado concienzudamente las costumbres «de este pueblo, el nombre de Dios invocado «por un infeliz á quien se requiere robar no «le protege, el de un morabito venerado lo «salva.» (1) Por eso los Berberiscos no han representado palpel importante en las escena del mundo sino cuando han sido impulsado por un sacerdote, por un morabito. Morabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los Almorabides y de los Almohades. En su lucha contra los Árabes, los Berberiscos de las montañas del Auras, habian sido mandados mucho tiempo por una profetiza que ellos creian dotada de un poder sobrenatural; y entónces el general árabe Ocba-ibn-Nafi, que mejor que nadie habia comprendido el carácter del pueblo que combatía, y que conocía que para vencerlo era preciso darle por el flaco y herir su imaginacion con milagros, representó audazmente el papel de hechicero, de morabito, ora conjuraba serpientes, ora pretendia oir celestes voces, y por pueriles y ridículos que nos parezcan

(1) Daumas, p. 55.

estos medios, fueron tan fructíferos, que multitud de Berberes asombrados de los prodigios que obraba este hombre y convencidos de que en vano tratarían de resistirlo, rindieron las armas y se convirtieron al islamismo.

En la época de que hablamos, esta religion dominaba ya en el África. Bajo el cetro del piadoso Omar II, habia hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista (1) llega á decir, que bajo Omar no quedó un solo Berberisco que no se hubiera hecho musulman; asercion que no parecerá demasiado exagerada si se recuerda, que estas conversiones no eran enteramente espontáneas, y que el interés jugaba en ellas un papel importante. Siendo para Omar la propagacion de la fé el asunto mas importante de su vida, apelaba á todos los medios para multiplicar prosélitos, y apenas consentía uno en pronunciar las palabras: «No hay «mas que un solo Dios y Mahoma es su «profeta,» se le eximía de pagar la capitacion, sin obligarle por eso á cumplir estrictamente los preceptos religiosos. Una vez que el gobernador del Corasan escribió á

(1) Ibn-al-Abd-Hacam, «apud» Weil, t. I, p. 583.



Omar, lamentándose de que los que aparentemente habian abrazado el islamismo, no se habian propuesto mas que escapar á la capitacion, y que tenía la certeza de que estos hombres no se habian hecho circuncidar, el Califa le respondió: «Dios envió á «Mahoma, para llamar á los hombres á la «verdadera fé, no para circuncidarlos.» (1) Es que contaba con el porvenir; bajo esta inculta vegetacion, suponía una tierra fértil y rica, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los nuevos musulmanes merecían aun la tacha de tibios; sus hijos y sus nietos, nacidos y educados en el islamismo, escederían un dia en celo y devocion á los que habian dudado de la ortodoxia de sus padres.

El éxito habia justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne á los moradores del África. El islamismo, de antipático, de odioso que les era, llegó á serles, primero soportable, luego querido en alto grado. Pero la religion, tal como ellos la comprendían, no era la religion oficial, triste medio entre el deismo y la incredulidad que les predicaban misioneros sin uncion, que les decían siempre lo que

(1) Ibn-Khaldum, fól. 202 r.

debian al Califa y no lo que el Califa les debia á ellos, era la religion atrevida y apasionada que les predicaban los no-conformistas, que perseguidos en el Oriente como fieras y obligados á tomar diferentes disfraces y nombres supuestos, (1) habían venido á buscar á través de mil peligros un asilo en los abrasadores desiertos del África, donde propagaron desde entónces sus doctrinas con éxito inaudito. En ninguna parte, estos doctores ardientes y fervorosos habian encontrado tanta disposicion para abrazar sus creencias: al fin el calvinismo musulman, habia hallado su Escocia. El mundo árabe, habia desechado sus doctrinas no por repugnancia hácia los principios políticos del sistema, que por el contrario respondian bastante al instinto republicano de la nación, sino porque ni quería tomar por lo sério la religion, ni aceptar la intolerante moralidad, por que se distinguían estos sectarios. En cambio, los habitantes de las pobres chozas africanas, lo aceptaron todo con indecible entusiasmo. Sencillos é ignorantes nada comprendian sin duda de las especu-

(1) Véanse las curiosas aventuras del poeta no-conformista, Imran ibn-Hittan; en Mobarrad, p. 579 y sig.

laciones y de las sutilezas dogmáticas en se complacian espiritus mas cultos. Sería pues inútil, indagar á qué secta se inclinaron con preferencia, si eran Haruritas, Zofritas ó Ibadhitas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficiente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y demócraticas para participar de las romanceescas esperanzas de nivelacion universal que animaban á sus doctores, y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, cuyo patrimonio sería el infierno. No habiendo sido todos los Califas desde Othman, mas que usurpadores incrédulos, no era un crímen rebelarse contra el tirano que les arrebataba sus bienes y sus mujeres: era un derecho, más aun un deber. Como hasta entónces los Árabes los habían tenido alejados del poder, no dejándoles mas que lo que no les habian podido quitar, el gobierno de sus tribus, creyeron fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo, que en su salvaje independencia, habian profesado desde tiempo inmemorial era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el mas ínfimo de los Berberes podia ser elevado al trono en virtud del sufragio

universal. Así, este pueblo cruelmente oprimido, escitado por fanáticos, medio sacerdotes, medio guerreros que tenían tambien que ajustar antiguas cuentas con los que se apellidaban ortodoxos, iba á sacudir el yugo en nombre de Allah y de su profeta, en nombre de ese libro sagrado sobre el que otros se han apoyado para fundar un terrible despotismo! ¡Que estraño es siempre el destino de los códigos religiosos, de esos arsenales formidables que suministran armas á todos los partidos, que ya justifican á los que queman herejes y predican el absolutismo, ya dan la razon á los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey, y fundan una república!

Todos los ánimos estaban pues en fermentacion, y no se esperaba mas que una ocasion favorable para tomar las armas, cuando en el año 740 Obaidallah envió una parte considerable de sus tropas á hacer una espedicion á Sicilia. Habiendo partido el ejército, y cuando bastaba el menor pretesto para hacer estallar la insurreccio, el gobernador de la Tingitania, tuvo la imprudencia de elegir precisamente aquel momento para aplicar el sistema caisita, para mandar que los Berberes de su distrito pa-

gasen doble tributo, como si nó fueran musulmanes. Al punto toman las armas, se rapan la cabeza, y poniendo los coranes en la punta de sus lanzas segun costumbre de los no-conformistas, (1) dan el mando á uno de los suyos, á Maisara, uno de los sectarios mas celosos, al par sacerdote, soldado y demagogo, atacan la ciudad de Tánger de que se apoderan, degollando al gobernador y á los demás Árabes que encuentran, y aplicando las doctrinas en todo su inhumano rigor, ni aun á los niños perdonan. Desde Tánger marcha Maisara hácia la provincia de Sus, gobernada por Ismael hijo del gobernador Obaidallah. Sin esperar su llegada, los Berberes se sublevan en todas partes y hacen sufrir al gobernador de Sus, la misma suerte que habia tenido el de la Tingitania. En vano los Árabes pretenden resistir, batidos donde quiera, se ven obligados á evacuar el pais, y en pocos dias todo el Oeste cuya conquista les habia costado tantos años de sacrificios queda perdido para ellos. Reúnense los Berberes para elegir Califa, y tan democrática era esta revolucion que su eleccion no recae en un noble, sino en un hombre del pueblo, en el

(1) «Akhbar madjmua», fól. 63 r.

bravo Maisara que habia sido antes un simple aguador del Mercado de Cairawan.

Obaidallah, cogido descuidado, manda á Ocba gobernador de España, atacar las costas de la Tingitania, Ocba envia tropas, son batidas. Se embarca en persona con fuerzas mas considerables, llega á la costa de África, pasa á cuchillo á todos los Berberes que caen en sus manos, pero no consigue dominar la revuelta.

Al mismo tiempo qué daba instrucciones á Ocba, Obaidallah ordenaba al fihirita Habib, gefe de la expedicion de Sicilia, volver inmediatamente con sus tropas al África, mientras que la armada española mantendría en respeto á los Sicilianos; pero como el peligro iba siempre en aumento porque la insurreccion se propagaba con espantosa rapidéz, creyó no deber esperar la llegada de este cuerpo, y reuniendo todas las tropas disponibles, confió el mando de ellas al fihirita Khalid, prometiéndole reforzarle con el cuerpo de Habib luego que llegase. Khalid se puso en marcha, encontró á Maisara en las cercanias de Tánger y le dió la batalla. Despues de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró á Tánger donde le asesinaron sus propios sol-

dados. Sea porque acostumbrados ya á la victoria le exigiesen tambien el triunfo esta vez, sea porque el demagogo despues de su elevacion hubiera sido infiel á las doctrinas democráticas de su secta, como afirman los cronistas árabes, en cuyo caso sus correligionarios no habrian hecho mas que usar de su derecho y cumplir con su deber, pues que su doctrina les ordenaba deponer y matar, si era preciso, al gefe ó Califa que se apartara de los principios de su secta.

Luego que los Berberistos hubieron elegido otro gefe, atacaron de nuevo á sus enemigos y en esta ocasion con mayor fortuna: una division mandada por el sucesor de Maisara, cayó en lo mas empeñado de la pelea sobre la retaguardia de los Árabes, que hallándose entre dos fuegos huyeron en un espantoso desórden, pero Khalid y los nobles que le acompañaban eran demasiado orgullosos para sobrevivir á la ignominia de semejante derrota, y lanzándose á las filas enemigas se hicieron matar hasta el último, vendiendo caramente sus vidas. Este funesto combate en el que pereció la flor de la nobleza arábiga, recibió el nombre de «combate de los nobles.»

Habib que por este tiempo habia vuelto

de Sicilia, y que se habia adelantado hasta los alrededores de Tahort, no se atrevió á atacar á los Berberes cuando supo el desastre de Khalid, y bien pronto pareció el África un bajel encallado que no tiene ya ni vela ni piloto, habiendo sido depuesto Obaidallah por los mismos Árabes que le acusaban, no sin razon, de haber atraido sobre sus cabezas tan terribles desgracias. (1)

Estremecióse de dolor y de ira el Califa Hixem cuando supo la insurreccion de los Berberes y la derrota de su ejército. «Por «Allah! esclamó, yo les haré ver lo que vale «la cólera de un árabe de antigua estofa. «Enviaré contra ellos un ejército como no «han visto otro, cuya cabeza estará ya en su «casa cuando la cola no haya salido de la «mia.» Cuatro distritos de la Siria, recibieron órden de suministrar cada uno seis mil soldados, el quinto el de Kinnesrina tres mil. A estos veinte y siete mil hombres debian juntarse tres mil del ejército de Egipto, y todas las tropas africanas. Hixem confió el mando de este ejército y el gobierno

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 38-41; Ibn-Khaldun, «Historia del África,» ed. Noél des Vergers, p. 10 y 11 del texto; el mismo «Hist. de los Berberiscos», t. I, p. 151 del texto; «Akhbar madjmua,» fól, 61 v; Isidoro c. 61; Ibn-al-Cutia, fól. 6 v.

del Áfrioa á un general caisita, encanecido en el ejércicio de la guerra, á Colthum de la tribu de Cochair. En el caso de que Colthum muriese, deberia reemplazarlo su sobrino (1) Baldj, y si este llegaba tambien á morir, debía pasar el generalato al jefe de las tropas del Jordan, á Thalaba de la tribu yemenita de Amila. Queriendo imponer un castigo ejemplar á los rebeldes, el Califa autorizó á su general para entregar al saqueo todos los lugares de que se apoderara, y para cortar la cabeza á todos los insurgentes que cayeran en sus manos.

Tomando por guias dos oficiales clientes de los Omeyas, que conocian el pais, y se llamaban Harun y Moghith, llegó Colthum al África en el verano del año 741. Los Árabes de este pais recibieron muy mal á los Sirios que los trataban con arrogante aspereza, y en los que miraban invasores mas queauxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraban las puertas y cuando Baldj que mandaba la vanguardia, las mandó abrir con tono imperioso, anunciando que tenia intencion de establecerse en África con sus soldados, escribieron á Habib, que se

(1) Algunos autores dicen que Baldj era primo de Colthum.

hallaba aun acampado cerca de Tahort, para noticiárselo. Habib hizo entregar en seguida una carta á Colthum en la que le decia: «Vuestro insensato sobrino ha osado «decir que ha venido para establecerse en «nuestro pais con sus soldados, y ha llegado hasta á amenazar á los habitantes de «nuestras ciudades. Os declaro pues, que «si vuestro ejército no los deja en paz, contra vos será contra quien volvamos nuestras armas.» Colthum le dió esplicaciones, y le anunció al mismo tiempo que vendría á reunírsele cerca de Tahort. Llegó en efecto, pero bien pronto disputaron el sirio y el africano, y Baldj que habia apadrinado calorosamente la causa de su tio, esclamó: «Hé «aquí pues, al que nos amenaza con vol«ver sus armas contra nosotros.—Pues bien, «Baldj! le respondió Abderramen, hijo de «Habib; mi padre está pronto á daros una satisfaccion si os creeis ofendido.» No tardaron los dos ejércitos en tomar parte en la disputa, y el grito de ¡á las armas! fué dado de una parte por los Sirios, y de otra por los Africanos á los que se habian unido los soldados del Egipto. No se consiguió sino con gran trabajo impedir la efusion de sangre y restablecer la concordia, que por lo

demás no fué mas que aparente.

El ejército fuerte ahora de setenta mil hombres, avanzó hasta un lugar denominado Bacdura ó Nafdura, (1) donde el ejército berberisco le disputó el paso. Viendo que los enemigos tenian superioridad numérica, los dos clientes Omeyas que servian de guias á Colthum le aconsejaron hacer un campo fortificado, evitar la batalla y limitarse á saquear con destacamentos de caballeria las poblaciones cercanas. Colthum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Baldj lo desechó con indignacion. «Guardaos de hacer lo que se os aconseja, dijo á su tio, y no temais á los Berberiscos, á causa de su muchedumbre, porque no tienen armas ni vestidos;» y Baldj decia verdad en esto; los Berberes estaban mal armados, por todo vestido llevaban un tapa-rabos, y ademas tenían muy pocos caballos; pero Baldj olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor á la libertad duplicaban sus fuerzas. Colthum, acostumbrado á dejarse guiar por su sobrino, se adhirió á

(1) La primera leccion se encuentra en el «Ákhbar madjmua,» la segunda en Ibn-al-Cutia. En otro lugar del «Akhbar madjmua» (fól. 66 r.) se lee «Nacdura.»



su opinion, y habiendo resuelto empeñar la batalla le dió el mando de la caballería siria, confió el de las tropas africanas á Harun y á Moghith y se puso él mismo á la cabeza de los infantes sirios.

Baldj comenzó el ataque. Él se vanagloriaba de que aquella desordenada multitud, no se mantendria un momento contra su caballería; pero los enemigos habian encontrado un medio seguro de burlar sus esperanzas. Comenzaron á lanzar á la cabeza de los caballos sacos llenos de chinas, y esta estratagema fué coronada de completo éxito: encabritáronse enfurecidos los caballos de los Sirios, lo que obligó á abandonarlos á muchos ginetes. Luego lanzaron contra la infanteria potros bravos que habian puesto furiosos, atandoles á la cola odres y grandes pedazos de cuero, de manera que causaron gran desórden en las filas. Sin embargo, Baldj que habia permanecido á caballo con cerca de siete mil de los suyos, intentó un nuevo ataque. Esta vez, consiguió romper las filas de los Beréres, y su carga impetuosa le condujo detrás de su ejército; pero enseguida algunos cuerpos berberiscos volvieron cara para cortarle la retirada, y los otros combatie-

ron á Colthum con tanta fortuna, que muertos Habib, Moghith y Harun, los Arabes africanos, privados de sus jefes y además mal dispuesto contra los Sirios emprendieron la huida. Quedaba aun Colthum con la infanteria siria. Decalvado por un sablazo, dice un testigo ocular, que volvió á colocar la piel en su sitio con admirable sangre fria. Hiriendo á derecha é izquierda recitaba versículos del Coran propios para enardecer el valor de sus compañeros. «Dios, «decía, ha comprado á sus creyentes sus «bienes y sus personas para darles en cam-«bio el paraiso; el hombre no muere sino «por la voluntad de Dios, segun el libro que «señala el término de la vida.» Pero cuando los nobles que combatian á su lado murieron uno á uno y él mismo cayó acribillado de heridas, la derrota de los Sirios fué tan completa y tan terrible, y los Berberes los persiguieron con tal encarnizamiento, que, por confesion de los vencidos, un tercio de este gran egército quedó muerto y otra tercera parte fué hecha prisionera.

Mientras tanto Baldj, separado con sus siete mil ginetes del grueso del ejército, se defendia valerosamente causando gran estrago en los Berberes, pero eran estos de-

masiados numerosos para contar sus muertos y ahora que muchos de los cuerpos que habian conseguido la victória sobre el ejército de su tio volvian contra él, iba á ser oprimido por una numerosa multitud. No teniendo pues mas partido pue la retirada ó la muerte se decidió á buscar su salvacion en la fuga, pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairawan, quehabian tomados los fugitivos, fuerza le fué seguir la direccion opuesta. Perseguidos sin descanso por los Berberes, que cabalgaban sobre los caballos de sus enemigos muertos en el combate, los caballeros sirios llegaron cerca de Tánger estenuados de fatiga. Despues de procurar en vano penetrar en la ciudad, tomaron el camino de Ceuta y habiéndose apoderado de la plaza, reunieron algunos víveres, lo que no les fué dificil por la fertilidad del pais. Cinco ó seis veces vinieron los Berberes á atacarlos, pero como ignoraban el arte de los sitios y los asediados, se defendian con el valor de la desesperacion, comprendieron que no conseguirian quitarles—á viva fuerza el último asilo que les quedaba. Resolvieron pues, vencerlos por hambre y asolando los alrededores, los circundaron con un desierto

de dos jornadas, viéndose reducidos los Sirios á alimentarse con la carne de sus cabalgaduras; pero bien pronto, aun estas les comenzaron á faltar, y si el gobernador de España continuaba rehusándoles el socorro que reclamaba su deplorable situacion, no tenian mas que morir de hambre. (1)

---

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 62 r.-64 v; Ibn-Adharí, t. I, p. 41-43; Isidoro, c. 63.

XI.

En ningun caso, los Árabes establecidos en España hacía treinta años, hubieran consentido fácilmente en dar á los Sirios encerrados en los muros de Ceuta, las embarcaciones que les pedian para pasar á la Península. El insolente despego con que estos pastores habian tratado á los Árabes de África y su designio proclamado á voces de establerse en este pais, habian prevenido á los Árabes españoles del peligro que tendrian que correr si les dieran medios de pasar el estrecho. Pero si en cualquiera circunstancia tenian los Sirios poca probalidad de obtener lo que deseaban, en las circunstancias presentes no tenian ninguna,

pues era el partido medinés el que gobernaba en España.

Despues de haber sostenido contra los Árabes de la Siria, contra los paganos como ellos los llamaban, una lucha tan larga como tenáz, los hijos de los fundadores del islamismo, de los Defensores y de los Emigrados, concluyeron por sucumbir en la sangrienta batalla de Harra; luego cuando vieron su ciudad santa saqueada, su mezquita transformada en caballeriza, sus mugeres violadas, cuando—como si todos estos sacrilegios y todas estas atrocidades que nos recuerdan el saco de Roma por la feroz soldadesca del Condestable, y los furiosos luteranos de Jorge Frundsberg no bastaran—fueron obligados á jurar, que en adelante serian esclavos del Califa, «esclavos que podria manumitir ó vender á voluntad,» emigraron en masa como ya hemos tenido ocasion de referir de su ciudad, ántes tan reverenciada, refugio ahora de las fieras, y alistándose en el ejército de África, vinieron con Muza á España donde se establecieron. Si su celo religioso al que siempre se mezclaba cierta levadura de hipocresía, de orgullo, de interés mundanal, se habia acaso enfriado un poco en el ca-

mino, conservaron á lo menos en su alma, y trasmitieron á sus descendientes un ódio implacable hácia los Sirios y la convincion de que, puesto que tenian el honor de descender de los gloriosos compañeros del Profeta, les pertenecia el poder de pleno derecho. Ya una vez, cuando murió el gobernador de España en la célebre batalla que dió á Cárlos Martel cerca de Poitiers, en Octubre de 732, habian elegido para el gobierno de la Península, al hombre mas influyente de su partido, á Abdelmelic hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes habia combatido en sus filas en la batalla de Harra; pero como este Abdelmelic se hiciera culpable de las mayores injusticias segun el testimonio unánime de Árabes y Cristianos, (1) y esprimiera la provincia de un modo estravagante, perdió el poder desde que el África recobró su autoridad legítima sobre España, es decir, desde que Obaidallah fué nombrado gobernador del Oeste.

Obaidallah, como hemos dicho, confió el gobierno de la Península á su patrono Ocba. Este, luego que llegó, hizo aprisionar á Ab-

(1) Isidoro, c. 60: Ibn-Bachcowal, «apud» Maccari, t. II, p. 11.

delmelic y trasportar al África á los jefes del partido medinés, cuyo espíritu inquieto y turbulento alteraba la paz del pais. (1) Sin embargo, los medineses no se dejaron desanimar, y mas tarde cuando á consecuencia de la gran insurreccion berberisca, el poder del gobernador del África llegó á ser nulo en España y Ocba cayó tan gravemente enfermo que se creyó cercana su muerte, supieron persuadirlo ú obligarlo á designar por su sucesor á Abdelmelic. (2) (Enero de 741. (3))

Era pues á Abdelmelic, á quien Baldj debia dirigirse para obtener los medios de pasar á España, y nadie seguramente estaba menos dispuesto á acceder á su peticion. En vano Baldj intentó conmoverlo, diciéndole en sus cartas, que él y sus compañeros perecían en Céuta de hambre, y que sin embargo, eran Árabes como él; Abdelmelic antiguo jeque medinés léjos de apiadarse de su miseria, daba gracias al cielo que le habia permitido gustar aun, á la edad de noventa años, las inefables dulzuras de la

(1) Isidoro, c. 61.

(2) Isidoro, c. 61, 63,

(3) Esta fecha, la única verdadera es tomada de Razi, («apud» Maccari t. II, p. 11.)

venganza. Iban, pues á perecer de inanicion los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos impíos que en la batalla de Harra habian degollado á sus amigos y á sus parientes, y cuyas espadas habian estado á pique de herirle á él mismo, los que habian saqueado á Mediua y profanado el templo del Profeta! ¡Y los hijos de estos mónstruos osaban aun alimentar la loca esperanza de que tuviera piedad de su suerte, como si el genio vengativo de un Árabe pudiera perdonar tales ofensas, como si los sufrimientos de un Sirio pudieran inspirar compasion á un medinés! Abdelmelic no tuvo mas que una sola inquietud, un solo cuidado, un solo pensamiento, impedir á otros menos hostiles que él á los Sirios que les enviasen víveres. A pesar de las precauciones que tomó un noble compasivo de la tribu de Lakhm consiguió burlar su vigilancia é introducir en el puerto de Céuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo Abdelmelic, mandó arrestar al generoso lakhmita y darle setecientos azotes. Luego, bajo pretesto de que intentaba suscitar una revuelta, le hizo sacar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fué atado á una horca con un perro crucificado á su derecha, á fin de que su

muerte fuera la mas ignominiosa posible.

Los Sirios, parecian pues condenados á morir de hambre cuando un acontecimiento imprevisto vino á obligar á Abdelmelic á que cambiase de conducta.

Los Berberes establecidos en la Península, aunque á lo que parece, no estaban oprimidos en el rigor de la palabra, participaban sin embargo, del ódio y de los celos de sus hermanos de África contra los Árabes. Ellos habian sido los verdaderos conquistadores del pais. Muza y sus Árabes no habian hecho mas que recoger el fruto de la victoria, conseguida por Taric y sus doce mil Berberiscos sobre el ejército de los Visigodos; cuando aquellos desembarcaron en las costas españolas, todo lo que quedaba por hacer era ocupar algunas ciudades dispuestas á rendirse á la primera intimacion. Y sin embargo, cuando se trató de dividir el fruto de la conquista, los Árabes se atribuyeron la parte del leon: ellos se adjudicaron la mayor parte del botin, el gobierno del pais y las tierras mas fértiles. Guardando para sí la bella y opulenta Andalucía, relegaron á los compañeros de Taric, á las áridas llanuras de la Mancha y de Estremadura y á las ásperas montañas de Leon, de

Galicia y de Asturias, donde era preciso escaramuzear sin tregua con los cristianos mal domados. Poco escrupulosos consigo acerca de lo tuyo y de lo mio, se revestian de una severidad inexorable cuando se trataba de los Berberes. Cuando estos se permitian imponer contribuciones á los cristianos que se habian entregado por capitulacion, los Árabes despues de hacerles sufrir el látigo y la tortura, los dejaban gemir cargados de cadenas, y apenas cubiertos de harapos é hirviendo de miseria en el fondo de húmedos é infectos calabozos. (1)

La suerte de España estaba además demasiado intimamente ligada á la de África para que lo que pasaba de la otra parte del estrecho, no se sintiera de rechazo en la de acá. Ya una vez, el fiero y bravo Munuza, uno de los cuatro jeques berberes principales que habian venido á España con Taric, (2) habia levantado el estandarte de la rebelion en la Cerdaña, porque supo que sus hermanos de África, estaban cruelmente oprimidos por los Árabes, y fué secundado por Eudes duque de Aquitania, con cuya

(1) Véase Isidoro, c. 44.
(2) Véase á Sebastian, c. 11.

hija se habia casado. (1) Ahora la insurreccion de los Berberes de África, tuvo en España un eco prodigioso. Los Berberes de este pais, habian acogido con los brazos abiertos los misioneros no-conformistas llegados del África á predicarles y excitarlos á tomar las armas para esterminar á los Árabes. Una insurreccion, al par política y religiosa como la de África, estalló en Galicia y se comunicó á todo el Norte, escepto al distrito de Zaragoza, único en esta parte del pais en que los Árabes estuviesen en mayoría. Do quieran fueron batidos y arrojados los Árabes; todas las divisiones que Abdelmelic envió sucesivamente contra los rebeldes derrotadas. Luego se reunieron los Berberes de Galicia, de Mérida, de Coria, de Talavera y de otros lugares, eligieron un gefe, un iman, y se dividieron en tres cuerpos de los cuales uno debia sitiar á Toledo, otro atacar á Córdoba, y el tercero marchar sobre Algeciras, apoderarse de la armada que estaba en el puerto, pasar el estrecho, es-

(1) Isidoro (c. 58) que dá detalles sobre esta revuelta dice que ocurrió cuando Abderramen al-Ghafikí era gobernador de España. Los autores árabes la colocan en el gobierno de Haitham el predecesor de este Abderramen; véase Ibn-Adharí t. II, p. 27 y Maccari t. I, p. 145.

terminar á los Sirios en Ceuta y trasportar á España una multitud de Berberes del África.

La situacion de los Árabes españoles, era pues demasiado precaria y peligrosa para que Abdelmelic, aunqne á pesar suyo, no se viera obligado á solicitar el socorro de aquellos mismos Sirios que hasta entónces, tan despiadadamente habia abandonado á su triste suerte. Sin embargo, tomó sus precauciones; prometióles enviar barcos de trasporte, pero á condicion de que se comprometiesen á evacuar á España, tan luego como fuera vencida la rebelion y de que cada division le entregara diez de sus jeques que, custodiados en una isla, le respondieran con sus cabezas de la fiel ejecucion de lo tratado. Por su parte estipularon los Sirios, que Abdelmelic no habia de separalos cuando los volviera al África, y que los habia de desembarcar en una costa que no estuviese en poder de los Berberiscos.

Aceptadas estas condiciones por una y otra parte, desembarcaron los Sirios en Algeciras hambrientos y cubiertos apenas de miserables andrajos. Se les suministraron víveres, y como casi todos hallaron contributos en España, estos se encargaron de su

equipo, cada cual en la medida de sus fuerzas; tal jeque rico procuraba vestidos á ciento de los recien venidos, tal otro cuya fortuna era menos considerable se encargaba de equipar á diez ó á uno sólo. Y como ante todo era preciso detener la division berberisca que marchaba sobre Algeciras y que ya habia avanzado hasta Medina-Sidonia, los Sirios reforzados con algunos cuerpos arábigo-españoles la atacaron, y, combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron, cogiendo un rico botin. El segundo ejército berberisco, el que marchaba sobre Córdoba, se defendió con más tenacidad é hizo esperimentar á los Árabes pérdidas bastante graves; sin embargo fué tambien obligado á retirarse. Quedaba el tercer ejército, el mas numeroso de todos, que hacía veinte y siete dias sitiaba á Toledo. Este salió al encuentro del enemigo y la batalla que tuvo lugar en las orillas de Guazalate terminó con su completa derrota. Desde entónces, los vencedores persiguieron á los rebeldes como á fieras en toda la Península, y los Sirios ayer mendigos cogieron tan considerable botin que se encontraron de golpe mas ricos de lo que hubieran podido imaginar.

Gracias á estos intrépidos soldados, la rebelion que al principio parecía tan formidable habia sido sofocada como por encanto, pero Abdelmelic, apenas se vió desembarazado de aquellos enemigos pensó en desembarazarse igualmente de sus auxiliares á quienes temía tanto como odiaba. Apresuróse pues, á recordar á Baldj el tratado que habia estipulado con él y á exigirle que abandonase á España. Pero Baldj y sus Sirios, no tenian ganas de volver á una tierra en que habian esperimentado todo género de reveses y de sufrimientos, y le habian tomado el gusto al magnífico pais, teatro de sus últimas hazañas, en que se habian enriquecido. No es pues sorprendente, que se suscitáran contestaciones y quejas entre hombres que originariamente enemigos, tenían ahora opuestos designios é intereses. Como el ódio es mal cosejero, Abdelmelic agravó el mal y revivió las inveteradas llagas, rehusando trasportar de una vez todos los Sirios al Africa, y manifestando que pues tenían al presente tantos caballos esclavos y bagajes, él no contaba con el suficiente número de buques para cumplir con esta cláusula del tratado. Además, como los Sirios deseasen embarcarse en la

costa de Elvira (Granada), ó de Tadmir (Murcia), declaró que esto era imposible, pues tenia todas sus naves en el puerto de Algeciras y no podía alejarlas de esta parte de la costa por temor á un desembarco de parte de los Berberes africanos, en fin, sin tomarse el trabajo de disimular sus pérfidos pensamientos, tuvo la imprudencia de ofrecer á los Sirios volverlos á Céuta. Tal proposicion exitó una indignacion inesplicable. «Mas valdría que nos echaran al mar, que entregarnos á los Berberes de la Tin«gitania,» esclamó Baldj echando en cara al gobernador que habia faltado poco para dejarles morir de hambre en Céuta, y que había hecho crucificar del modo mas ignominioso al generoso lakmita que les envió víveres. De las palabras pronto se pasó á los hechos. Aprovechando un momento en que Abdelmelic tenía poca guarnicion en Córdoba, los Sirios lo arrojaron del palacio y proclamaron á Baldj gobernador de España. (20 de setiembre de 741.)

Una vez desencadenadas las pasiones, era de temer que los Sirios no quedaran en esto y los acontecimientos no tardaron en justificar este temor.

El primer cuidado de Baldj, fué hacer

que pusieran en libertad á los jeques sirios que habian servido de rehenes, y que Abdelmelic hacia custodiar en la pequeña isla de Omm-Hakim frente por frente de Algeciras. Estos jeques llegaron á Córdoba irritados, exasperados. Decian que el gobernador de Algeciras, obrando segun las instrucciones de Abdelmelic, los habia tenido faltos de alimentos y de agua, que un noble de Damasco de la tribu yemenita de Gazan, habia perecido de sed, y exigian la muerte de Abdelmelic en espiacion de la del Gazanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jeque respetado, llevaron á su colmo el ódio que los Sirios profesaban á Abdelmelic; ese pérfido, decían, tiene merecida la muerte. Badj, á quien repugnaba este partido extremo, trató de apaciguarlos diciéndoles que debia atribuirse la muerte del Gazanita á ana negligencia involuntaria y nó á un designio premeditado. «Respetad la vida de Abdmelic, añadió, es un coreiscita y lo que es mas, un viejo.» Sus palabras no produjeron ningun resultado; los Yemenitas que tenían que vengar á un hombre de su raza, y que suponían que Baldj quería salvar á Abdelmelic porque este era de la raza de Maád á la que Baldj

pertenecia tambien, persistieron en su demanda y Baldj, que como la mayor parte de los nobles no mandaba sino á condicion de ceder á los deseos y las pasiones de sus soldados, no pudo resistir á sus clamores y permitió que se sacase á Abdelmelic de la casa que tenia en Córdoba y á la que se habia retirado despues de su deposicion.

Ébrios de furor arrastraron los Sirios al suplicio á este viejo nonagenario, cuyos largos y blancos cabellos lo asemejaban (tal es la espresion estraña, pero pintoresca de los cronistas árabes), al pollo de un avestrúz. «¡Cobarde le gritaban, que escapaste «á nuestras espadas en la batalla de Harra, «para vengarte de tu derrota, nos has re«ducido á comer cueros y perros, has que«rido entregarnos, vendernos á los Berbe«riscos, á nosotros, soldados del Califa!» Parándose cerca del puente, le azotaron con varas, le clavaron sus espadas en el pecho y pusieron su cadáver en una cruz. Á su izquierda crucificaron á un perro, á su derecha un cochino...

Tan bárbaro asesinato, suplicio tan infamante clamaba venganza. La guerra estaba encendida, las armas decidirán si los Arabes de la primera ó los de la segunda inva-

sion, si los Medineses ó los Sirios han de quedar dueños de la Península.

Tenían los Medineses por caudillos á los hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, que habian huido cuando la deposicion de su padre á buscar socorro, el uno á Zaragoza, el otro á Mérida. Sus antiguos enemigos los Berberes, hicieron causa comun con ellos; pensaban en verdad, volver mas tarde sus armas contra los Arabes españoles, pero querian ante todo vengarse de los Sirios. Los Medineses tuvieron además otros auxiliares, estos fueron el lakmita Ábderramen, Ibn-Alcama gobernador de Narbona, y el fihrita Abderramen, hijo del general africano Habib que habia venido con algunas tropas á buscar en España un refugio despues de la terrible derrota en que su padre habia perecido, pero antes de la llegada de los Sirios á la Península. (1) Enemigo jurado de Baldj, desde que habia contendido con él, atizó el ódio que tenia á los Sirios el viejo Abdelmelic, contándole las insolencias que se habian permitido en Africa, fortificole en su desig-

(1) Es lo que Rakik («apud») Ibn-Adharí, t. I, p. 43, dice expresamente, y esta asercion tiene mayor grado de probabilidad que la de otros cronistas que dicen que Abderramen Ibn-Habib, llegó á España en compañía de Baldj.

ño de no enviarles las naves que solicitaban, y de dejarles primero morir de hambre. Creíase obligado á vengar el asesinato de Abdelmelic, porque era su contributo y como de ilustre nacimiento, aspiraba al gobierno de la Península. (1)

Tenian los coaligados sobre sus enemigos la ventaja del número, contando su ejército cuarenta mil hombres segun unos, cien mil segun otros, mientras que Baldj no habia podido reunir mas que doce mil soldados, aunque reforzado con gran número de Sirios que habian pasado el estrecho despues de muchas tentativas inútiles para volver á su pátria. Para engrosar su ejército, alistó una multitud de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los Arabes y de los Berberes, y fué á esperar al enemigo en un lugarejo denominado Aqua-Portora. (a)

Habiéndose empeñado el combate (Agosto de 742), los Sirios se defendieron tan bra-

---

(1) Véase á Ibn-al-Abbar, p. 51.

(a) A dos «barid» de Córdoba dice el «Akhbar Majmua», Un «barid» es el espacio que puede recorrer un caballo de posta, que segun parece variaba de 6 á 12 millas. Este último es lo que generalmente se designaba con este nombre. (N. del T.)



vamente que rechazaron los ataques de los coaligados. Entónces Abderramen el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero mas valiente y mas cumplido que hubo nunca en España, creyó que la muerte del gefe enemigo decidiria de la suerte de la batalla. «Que me enseñen á Baldj! esclamó, y juro matarlo ó morir!—Héle ahí, le «respondió uno, es aquel que monta un ca«ballo blanco y lleva el estandarte.» Abderramen cargó tan vigorosamente con sus caballeros de la frontera que hizo cejar á los Sirios. Á la segunda tentativa hirió á Baldj en la cabeza, pero atacado al mismo tiempo por la caballeria de Kinnesrina y rechazado por ella, arrastró en su precipitada retirada todo el egército de los coaligados. Su derrota fué completa, perdiendo diez mil hombres y los Sirios que no habian perdido mas que mil, entraron en Córdoba vencedores.

Las heridas de Baldj eran mortales; pocos dias despues exhalaba el último suspiro, y como el Califa habia órdenado que, si Baldj llegaba á morir, debia sustituirle el yemenita Thalaba, los Sirios le proclamaron gobernador de España. Los Medineses no tuvieron que felicitarse por ello. Aunque no

lo hubiera conseguido Baldj, intentó al menos poner freno á los apetitos sanguinarios de los Sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Queria popularizarse, y sabia que para lograrlo no tenia mas que dejar hacer, ó reconoció acaso en el graznido de algun ave nocturna, la voz da alguna persona querida que le recordaba que tenia que vengar en los Medineses, la muerte de algun cercano pariente, de su padre tal vez? (1) No lo sabemos, pero lo cierto es que su resolucion de no tener piedad con los Medineses, le ganó el corazon de sus soldados y lo hizo mas popular que Baldj lo habia sido nunca.

Sus principios sin embargo, no fueron felices. Habiendo ido á atacar á los Arabes y á los Berberes que se habian reunido en gran número en los alrededores de Mérida, fué batido y obligado á refugiarse en la capital del distrito, donde su situacion llegó á ser muy peligrosa. Ya habia enviado á su teniente en Córdoba la órden de venir á socorrerlo con todas las tropas que pudiera,

(1) Los Arabes creian, que cuando un hombre habia perecido de muerte violenta, su alma, huyendo del cuerpo á que habia estado unida, se metamorfoseaba en un buho ó en un mochuelo que seguia haciendo escuchar su voz, hasta que su muerte fuera vengada en el asesino.

cuando lo salvó un feliz accidente. Un dia de fiesta en que los sitiadores se hallaban esparcidos por los alrededores sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, aprovechando su incuria, los atacó de improviso, hizo en ellos gran carnicería y, habiendo cogido mil prisioneros y obligado á los demás á buscar su salvacion en una precipitada fuga, redujo á esclavitud á sus mugeres y á sus hijos. Esto era un atentado inaudito, una barbarie que hasta entónces, ni aun los Sirios mismos se habian atrevido á cometer. Mientras que tuvieron por jefe á Baldj, habian respetado la costumbre inmemorial que se ha perpetuado hasta nuestros dias entre los Beduinos, de dejar en las guerras intestinas, en libertad á las mugeres y á los hijos del enemigo y aun de tratarlos con cierta cortesía. Peor fué todavia, cuando Thalaba volvió á Andalucía, arrastrando tras sí á diez mil prisioneros. Haciendo acampar su egército en Mozara (b) cerca de Córdoba, un jueves de

(b) Lugar en que se ejercitan los caballos en la carrera. Creemos con el Sr. Fernandez y Gonzalez, traduccion de Ben-Adharí, p. 79, que debe entenderse así, y no almazara, (molino de aceite) como entiende el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en su traduccion del «Akhbar madjmua», p. 54 (N. del T.)

mes de Mayo de 743, mandó subastar los cautivos, entre los que se contaban muchos Medineses. Para abatir su orgullo de una vez para siempre, los Sirios burlonamente feroces, convinieron entre sí en venderlos no á la alza sino á la baja. Un Medines, por quien un Sirio habia ofrecido diez monedas de oro, fué adjudicado al que ofreció un perro, otro fué vendido por un chivo, y así los demás. Nunca hasta entónces, ni aun en el horrible saco de Medina, habian inferido los Sirios tantas afrentas, tantas ignominias á los hijos de los fundadores del Islamismo.

Duraba aun esta escena escandalosa, cuando un suceso que ni Thalaba, ni los exaltados de su partido parecian haber previsto, vino á ponerla término.

Hombres sensatos y moderados de ambos partidos, afligidos de los males causados por la guerra civil, indignados de los horribles excesos cometidos por una y otra parte, y temerosos de que los cristianos del norte no aprovechasen la discordia de los musulmanes para entender los límites de su imperio, habian entrado en relaciones con el gobernador de África Handhala el Kelbita, suplicándole les enviase un gobernador ca-

paz de restablecer el órden y la tranquilidad. Handhala, envió pues á España al Kelbita Abu-'l-Khattar que llegó con sus tropas á Mozara en el momento mismo en que se vendian Árabes por chivos y por perros. Mostró sus órdenes, y como era un noble de Damasco, los Sirios no rehusaron reconocerlo. Los Árabes españoles le saludaron como á su salvador, porque su primer cuidado fué devolver la libertad á los diez mil cautivos que se vendian á la baja.

Con prudentes medidas restableció la tranquilidad. Concedió amnistía á los dos hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, y á todos los que habian abrazado su partido, excepto al ambicioso Abderramen-ibn-Habib, que consiguió sin embargo, ganar la costa y pasar al Africa, donde le esperaba un brillante porvenir, alejó de España á una docena de los jeques mas turbulentos, entre los que se contaba Thalaba, diciéndoles que, perturbadores de la tranquilidad en la Península, emplearian mejor su fogoso valor combatiendo contra los Berberes de Africa; en fin como le importaba ante todo librar á Córdoba de la presencia de los Sirios que le estorbaban, les dió en feudo tierras del dominio público, ordenando á los

siervos que las cultivaban, entregar en adelante á los Sirios el tercio de la cosecha que habian entregado hasta entónces el Estado.

Establecióse la division de Egipto en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Tadmir (Murcia); la de Emesa en los distritos de Sevilla y Niebla; la de Palestina en los de Sidona y Algeciras, la del Jordan en el distrito de Regio (Málaga), la de Damasco en el de Elvira (Granada), y por último; la de Kinnesrina en el de Jaen. (1)

Aquí concluye el papel importante, pero desgraciado que los hijos de los Defensores de Mahoma representan en la historia musulmana. Escarmentados con tantos reveses y catástrofes, parece que comprendieron al fin que eran irrealizables sus ambiciosas esperanzas. Abandonado á otros partidos la escena pública, se oscurecieron para vivir retirados en sus dominios y cuando á largos intérvalos se vé surgir el nombre de un jeque medinés en los anales arábigos, es siempre obrando por inte-

(1) «Akhbar majmua» fól. 65 v.-69 r.; Isidoro, c. 64-67.; Ibn-Adhari, t. II, p. 30-34.; Maccari t. II, p. 11-14.; Ibn-al-Cutia fól. 7 r.-8 v.; Ibn-al-Khatib en mis «Recherches,» t. I, p. 84 y sig.

reses puramente personales, ó sirviendo la cáusa de un partido que no es el suyo. Aunque numerosos y ricos, no tuvieron casi ninguna influencia en la suerte del pais. Entre los descendientes del goberna-dor Abdelmelic, unos, los Beni-'l-Djad eran opulentos propietarios en Sevilla, otros los Beni-Casim, poseian vastos dominios cerca de Alpuente (1) en la provincia de Valencia, en donde un pueblo (Benicasim) lleva su nombre todavía, pero ni la una ni la otra rama salieron de su oscuridad relativa. Verdad es que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño Estado que por lo demás no se estendia, á lo que parece, mas que al límite de sus propias tierras; pero era la época en que hundido el Califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba aires de soberano. Verdad es que tambien que dos siglos mas tarde los Beni-'l-Ahmar, que descendian del Medinita Sad ibn-Obada (2), uno de los compañeros mas ilustres de Mahoma, y que estuvo á pique de ser su sucesor, subieron al trono de Granada, pero ya entónces las antiguas pretensiones y los an-

(1) Maccari t. II, p. 11.
(2) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 176 r.

tiguos rencores estaban completamente olvidados; nadie se acordaba siquiera de la existencia de un partido medinés; los Arabes habian perdido su carácter nacional, y á consecuencia de la influencia berberisca, se habian entregado á la devocion. Además estos Beni-'l-Ahmar no reinaron sino para ver á los reyes de Castilla quitarles sus fortalezas una á una hasta el dia en que «la cruz entró por una puerta de Granada mientras que el coran salia por la otra, y que resonaba el «Te-Deum» allí donde habia resonado el «Allah acbar» como dice el romance español. Viva imágen del destino de los Medineses, la familia de Sad ibn-Obada, cuyo nombre se halla enlazado con los mas esclarecidos de la historia en Oriente y Occidente, con los de Mahoma y Abu-Becr, con los de Carlomagno é Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fué casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y concluye con Boabdil. Un intérvalo de ocho siglos y medio separa estos dos nombres, y sin embargo, los que los llevaron murieron ambos en el dèstierro, llorando su grandeza pasada. Intrépido campeon del Islamismo en todos los combates que habia dado Mahoma á los paganos, Sad

«el perfecto» iba á ser elegido Califa por los Defensores, cuando los emigrados de la Meca vinieron á reclamar para sí este derecho. Gracias á la traicion de algunos Medineses, gracias sobre todo á la llegada de una tribu enteramente adicta á los Emigrados, estos lo consiguieron en medio de un espantoso tumulto, durante el cual, Sad, que yacía sobre un colchon, presa de una grave enfermedad, fué cruelmente ultrajado por Omar, poco faltó para que fuese aplastado entre el gentío. Jurando que no reconocería á Abu-Becr y no pudiendo soportar la vista del triunfo de sus enemigos, se retiró á la Siria, donde encontró la muerte de una manera misteriosa. En un parage apartado, dice la tradicion popular, fué muerto por los djins, y sus hijos lo supieron por esclavos que vinieron á contarles que habian oido salir de un pozo una voz que decía: «Nosotros hemos «muerto al jeque de los Khazradj, Sad-ibn-«Obada, nosotros le hemos disparado dos fle-«chas que no han errado su corazon.» (1)

---

(1) Véase á Tabari t. I, p. 6-12, 32-42; Nawawi, p. 274; Ibn-Coteba. p. 132.-Los racionalistas de aquel tiempo no dejaron de decir que la muerte de Sad habia sido causada por la mordedura de un reptil venenoso.

Tambien Boabdil cuando hubo perdido su corona fué á pasar el resto de sus dias en una tierra lejana é inhospitalaria, despues de haber dirigido desde lo alto de la roca que conserva aun el poético nombre del «Último suspiro del moro,» una prolongada mirada de triste despedida sobre su queridísima Granada, sin par en el mundo.

XII. (1)

En los primeros dias de su gobierno trató Abu-'l-Khattar á todos los partidos con una equidad laudabilísima, y aunque Kelbita, los mismos Caisitas que se hallaban en gran número entre las tropas que Baldj habia conducido á España, no tuvieron de que

(1) «Akhbar Madjmoua» fól. 72 v.-78 r.: Maccari t. II, libro VI. Ibn-Adharí t. II, p. 35-38, 43-45; Ibn-al-Abbar, p. 46-50, 52, 54; Isidoro c. 68, 70, 75; Ibn-al Katib, man. E. artículo sobre Samail.-En cuanto al nombre del jeque caisita que vá á representar tan importante papel en esta narracion y en la siguiente, como los manuscritos arábigos no ponen las vocales, no se sabria si la verdadera pronunciacion es Somail ó Samil, si la manera con que lo escribe «Zamahil» el autor contemporáneo Isídoro no decidiera la cuestion.

quejarse. Mas léjos de perseverar en esta moderacion, muy escepcional en un Árabe, tornó bien pronto á sus naturales antipatías. Tenía cuentas antiguas que ajustar con los Caisitas; en África él mismo habia sido víctima de su tiranía; en España su contributo Sad, hijo de Djauwas, fué asesinado por ellos, y él le quería tanto, que acostumbraba á decir: «De buena gana me «dejaría cortar la mano, con tal de volverle «á la vida.» Podía vengarlo al ménos y de sobra lo hizo; tanto se enconó contra los Caisitas, que suponía cómplices de la muerte de su amigo, que pudo decir en uno de sus poemas:

Quisiera que el hijo de Djawas pudiera saber con qué ardor hé tomado su cáusa en mis manos. Para vengarlo hé muerto noventa personas, que yacen en el suelo como troncos do palmeras desarraigados por el torrente.

Tantos suplicios debian necesariamente encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los Caisitas menos numerosos en España que los Yemenitas, no se apresuraron á salir por la fuerza de una situacion que

se había hecho sin embargo intolerante para ellos; el ódio acumulado en sus corazones no desbordó hasta que no estuvo comprometido el honor de su jefe, y la ocasion fué esta:

Un hombre de la tribu maádita, de Kinana, en una disputa con un Kelbita vino á litigar su pleito al tribunal del gobernador. El derecho estaba de su parte, pero el gobernador, con su parcialidad ordinaria, le quitó la razon. Quejóse el Kinanita de este juicio inícuo al jeque caisita Samail, de la tribu de Kilab, quien se presentó enseguida en palacio y reprochó al gobernador su parcialidad hácia sus contributos, exigiendo que se hiciera justicia á las quejas del Kinanita. El gobernador le respondió ágriamente; y como Samail le replicára en el mismo tono, le mandó abofetear y echar de su presencia. Samail soportó sin quejarse estos insultos, con sereno menosprecio. Brutalmente despedido salió de palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba á la puerta, le dijo: «¿Qué le ha pasa«do á vuestro turbante, Abu-Djauchan? está completamente descompuesto.—Si tengo contributos, contestó el jeque caisita, ellos lo compondrán.»

Esta era una declaracion de guerra; Abu-'l-Khattar se habia proporcionado un enemigo tan peligroso como implacable, que no era un hombre comun, ni en el bien ni en el mal. Un génio bueno y otro malo se disputaban con iguales fuerzas el alma naturalmente buena y generosa, pero altiva, apasionada, violenta y vengativa de Samail. Era una organizacion poderora, pero inculta, móvil, sumisa al instinto y guiada por el azar, mezcla estraña de las tendencias mas opuestas. De actividad perseverante, cuando se habian escitado sus pasiones, recaía cuando se había calmado su febril agitacion en la pereza y el abandono que le eran mas naturales aun. Su generosidad, virtud que sus compatriotas estimaban sobre todas, eran tan grande, tan ilimitada, que por no arruinarlo, su poeta, (pues cada jeque árabe, como los de los clanes escoceses tenia el suyo,) no le visitaba más que dos veces al año, en las dos grandes festividades religiosas, pues Samail habia jurado darle todo lo que tuviera encima cada vez que lo viese. Sin embargo, no era instruido. Apesar de su aficion por las poesias, sobre todo por aquellas que alhagaban su vanidad, y apesar de que compusiera versos

de tiempo en tiempo, no sabía leer, y los mismos Arabes le juzgaban muy detrás de su siglo, (1) en cambio sabía tan bien el arte de vivir, que sus propios enemigos se vieron obligados á reconocerlo como un modelo de cortesía. (2) Por sus relajadas costumbres y por su indiferencia religiosa, perpetuaba el tipo de los antiguos aristócratas, de aquellos bebedores desenfrenados que no eran musulmanes mas que de nombre. A despecho de la prohibicion del Profeta, bebía vino como un Arabe pagano, y casi todas las noches se ponia ébrio. (3) El Coran le era casi enteramente ignorado, y se cuidaba muy poco de conocer un libro cuyas tendencias ecualitarias lastimaban su orgullo de Arabe. Dícese que un dia, oyendo á un maestro de escuela que se ocupaba en enseñar á leer á los niños en el Coran pronunciar este versiculo: «Alternamos los «reveses y los triunfos entre los hombres,» esclamó: «No, es preciso decir: entre los Ara«bes.» —Perdonad, señor, replicó el maestro de escuela, ahí dice entre los hombres.—Es;

(1) Véase á Ibn-al-Coutia, fól. 16 v.

(2) Véase el testimonio de Abderramen I, (en el «Akbar madjmua» fól. 88 r.,) que mas adelante reproduciremos.

(3) «Akbar madjmua» fól. 78 v.

así como ese versiculo está escrito?—Sí, sin duda.—Desgraciados de nosotros! En este caso el poder no nos pertenece esclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos tendrán tambien su parte! (1) «Por lo demás si era mal musulman, le venía de casta. Tuvo por abuelo aquel Chamir de Cufa de que ya hemos hablado, aquel general del ejército Omeya que no tuvo ni un momento de duda cuando se trató de matar al nieto del Profeta, cuando tantos otros, á pesar de ser escépticos, retrocedían ante ese sacrilegio. Y este abuelo que habia llevado al Califa Yezid I la cabeza de Hozain, fué tambien causa indirecta de la venida de Samail á España. El Siita Mokhtar, le hizo decapitar y arrojar su cadáver á los perros, (2) cuando dueño de Cufa, vengaba la muerte de Hozain con horribles represalias; entónces Hatim, padre de Samail, librándose con la fuga de las iras del partido triunfante, fué á buscar un asilo al distrito de Kinnesrina. Allí se estableció con su familia, y cuando Hixem mandó levantar en Siria el ejército destinado á ir á domar la insurreccion berberisca, á Samail le tocó la suerte de ir.

(1) Ibn-al-Coutía, fól. 17 r.
(2) Ibn-Kaldum, t. II, fól. 177 v.

Mas adelante pasó el Estrecho con Baldj, y los Caisitas de España le consideraban como su jeque principal.

Ya en su casa de vuelta, convocó para la noche á los Caisitas mas influyentes, y cuando los vió reunidos en torno suyo les contó los ultrages que habia sufrido y les pidió consejo sobre su conducta. «Comuni«cadnos vuestro plan, le respondieron, que «nosotros lo aprobamos anticipadamente, y «estamos dispuesto á egecutarlo.—Por Dios, «replicó entónces Samail, yo tengo la firme «intencion de arrancar el poder de manos «de ese Arabe, pero nosotros los Caisitas «somos demasiados débiles en este pais para «que podamos resistir solos á los Yemenitas, «y no quiero esponeros á los peligros de una «empresa tan temeraria. Sin duda que llamaremos á las armas á todos los que que«daron debajo en la batalla de la Pradera «pero haremos tambien alianza con los Lak«hmitas y los Djodhamitas (1) y le daremos el «emirato á uno de los suyos:—quiero decir «que ellos tendrán la heguemonía en aparien«cia, pero que nosotros la tendremos en rea«lidad. Voy pues á dejar á Córdoba para ver-

(1) Dos tribus yemenitas.

«me con los jeques y hacerles tomar las ar-«mas. Aprobais este plan?—Lo aprobamos, «le respondieron, pero guardaos de ver á «vuestro contributo Abu-Ata, pues que po-«deis estar seguro de que ha de negaros su «concurso.» Este Abu-Ata, que habitaba en Écija, era el jeque de los Ghatafan. La gran influencia que Samail egercía, neutralizaba la suya y le inspiraba una violenta envidia: no es, pues, estraño, que cuando se llegó á la votacion, todos los Caisitas estuvieran unánimes en aprobar el consejo que se le acababa de dar. Uno solo, sin embargo parecia no ser de la comun opinion; pero como era demasiado jóven y su modestía no le permitiera dar un voto contrario al de sus mayores, no manifestaba su desaprobacion sino con su silencio, hasta que Samail le animó, preguntándole por qué no declaraba su parecer como lo habian hecho los demás. «No tengo que decir mas que una «palabra, respondió entónces el jóven: si «no vais á pedir el apoyo de Abu-Ata, es-«tamos perdidos; si lo haceis, acallará su «envidia y su ódio para no escuchar más «que el amor de su raza, y podeis estar se-«guro de que os ha de ayudar vigorosa-«mente.» Despues de reflexionar un instan-

te, dijo Samail: «Creo que teneis razon,» y saliendo de Córdoba antes de amanecer, fué enseguida en busca de Abu-Ata, que como hacoaliciovisto el jóven Ibn-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra. Desde Écija Samail fué á Moron, donde residía Thoaba, el jeque de los Djodhamitas, que habia tenido tambien desavenencias con Yusuf. Ambos jeques concluyeron una alianza, y proclamando á Thoaba, jefe de la coalicion, los Caisitas, los Djodhamitas y los Lakhmita se levantaron en armas en el distrito de Sidona. (Abril de 745.)

Apenas lo supo Abu-'l-Khattar, salió con las tropas que tenia en Córdoba al encuentro de los insurgentes. Pero durante la batalla que tuvo lugar en las orillas del Guadalete, pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Samail habia dado á sus contributos, cuando les persuadió á entablar alianza con dos poderosas tribus yemenitas, y á dejar á una de ellas el primer puesto (la heguemonia), en lo que siguió la costumbre observada en el Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas á sus enemigos, se alian ordinariamente á tribus de otra raza. Así en el Korasan (1) y en el Irac, (2) los Yeme-

(1) Véase el «Comentario de Soccarí sobre el Di-

nitas que estaban en minoría se ligaban con los de Rabia, tribu maádita, para hacer frente á los otros maáditas, los Teminitas. Esta clase de alianza proporcionaba á las tribus débiles otra ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaban, por decirlo así al enemigo, que repugnaba casi siempre combatir á tribus de su raza, especialmente cuando estas tenian la heguemonia. Así sucedió tambien en la batalla de Guadalete. Los Yemenitas de Abul-'l-Khattar, despues de haber combatido flojamente á los Djodamitas y á los Lakhmitas, con los que mantenian ya inteligencias y que por su parte los escusaban todo lo posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Solo con sus Kelbitas en el campo de batalla, Abu-'l-Khatar, fué muy pronto obligado á seguir su ejemplo, despues de haber visto matar á muchos de sus contributos, pero cuando huia con tres parientes suyos, fué hecho prisionero por sus enemigos.

En la hueste victoriosa no faltaba quien deseara su muerte; pero triunfó la opinion contraria. Se contentaron, pues, con cargarlo de cadenas, y Thoaba, gobernador

---

van de Ferazdac,» man. de Oxford, fól 93 v.

(2) Ibn-Khaldum, t. II, «passim.»

de España por el derecho del mas fuerte, estableció su residencia en la capital.

Sin embargo, los Kelbitas no se daban por vencidos, y uno de sus jeques, Abderramen Ibn-Noaim, concibió la atrevida resolucion de hacer una tentativa para librar á Abu-'l-Khattar de sus cadenas. Acompañado de treinta ó cuarenta caballeros y de doscientos peones, se aprovechó de la oscuridad de la noche para penetrar en Córdoba, atacó de improviso la guardia de Abu-'l-Khattar, la puso en fuga y llevó al ex-gobernador con los Kelbitas establecidos en los alrededores de Beja.

Libre Abu-'l-Khattar reunió algunos Yemenitas bajo su bandera, y marchó sobre Córdoba, esperando que esta vez mostraran sus soldados mas celo por su causa. Thoaba y Samail salieron á su encuentro, y ambos ejércitos acamparon frente á frente. Pero á la noche salió un Maádita del campo de Thoaba, y aproximándose al de Abn-'l-Khattar, hablóde este modo, alzando la voz todo lo que pudo: «Yemenitas, por qué nos «combatís y habeis libertado á Abu-,l-Khat«tar? Temeis que lo matemos? Hubieramos «podido hacerlo, puesto que lo hemos teni«do en nuestro poder, pero le dejamos la vi-

«da, y se lo perdonamos todo... Tendriais un «pretesto para combatirnos si hubieramos «elegido emir de nuestra propia raza, pero lo «hemos elegido de la vuestra. Os conjura«mos, pues, que reflexioneis sobre el partido «que vais á tomar. No es, por Dios, el te«mor quien nos hace hablar de este mane«ra, pero queremos, si es posible, evitar la «efusion de sangre.» Estas palabras, en las cuales es facil de reconocer las inspiraciones de Samail, hicieron tanta impresion sobre los soldados de Abu-'l-Khattar que arrastrando á su emir á pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para retirarse á sus hogares y cuando el alba comenzaba á iluminar las cimas que limitaba el horizonte, estaban ya á muchas leguas de distancia. ¡Tan cierto es que en estas guerras civiles los soldados no se batian por intereses individuales, sino por la heguemonia!

La muerte de Thoaba, que ocurrió un año despues, sumió á España de nuevo en la anarquia. Dos jeques djodhamitas pretendian el emirato. Amr, hijo de Thoaba, (1) que creia tener derecho á suceder á su pa-

(1) En el «Akhbar majmua» se lee Thoaba-ibn-Amr, pero yo creo deberle sustituir «Amr-ibn-Thoaba.



dre, é Ibn-Horaíth, hijo de una negra, y descendiente de una familia de antiguo establecida en España. (1) Este último, profesaba á los Sirios un ódio tan feróz, que no cesaba de decir: «Si la sangre de todos los «Sirios estuviera reunida en una copa, yo la «bebería, la bebería hasta la última gota.» Sirio Samail, no podia consentir que España fuera gobernada por un enemigo tan implacable de su raza, pero no queria tampoco al hijo de Thoaba. Lo que queria era dar el título de godernador, que él no ambicionaba, porque veia á los Caisitas demasiado débiles para sustentarlos, á un «testaferro,» y gobernar de hecho. Y habia hallado el hombre que le convenia bajo todos aspectos en el Fihirita Yusuf, que juntaba á una inofensiva medianía, títulos personales que le recomendaba á los sufragios de todos los Arabes, sin distincion de raza. Bastante anciano para los que aman la gerontócracia, pues quecontaba cincuenta y siete años, provenia además de una noble é ilustre familia, pues que descendia de Ocba, aquel célebre gene-

(1) El autor del Akhbar majmua, dice que Ibn-Horaith pertenecía «al pueblo del distrito del Jordan,» pero esto debe ser un error, pues en este caso hubiera sido sirio, y como esplicar entónces su ódio contra los sirios?

ral, que habia conquistado gran parte del Africa, y por último era Fihirita, y los Fihiritas, esto es, los Coreiscitas del distrito de la Meca eran considerados como la mas altà nobleza despues de los Coreiscitas puros: estábase habituado á verlos al frente de los negocios, y se les consideraba como superiores á todos los partidos. A fuerza de ponderar á todas estas ventajas, consiguió Samail hacer aceptar su candidato, se contentó á Ibn-Horaith, dándole el gobierno de Regio, y en Enero de 747 los jeques eligieron á Yusuf gobernador de España.

Desde entónces Samail, cuyas pasiones habian estado contenidas hasta entónces por el contrapeso del poder de Thoaba, era el único señor, y pensaba valerse de Yusuf, á quien manejaba como de cera, para satisfacer su sed de venganza. Sabiendo que podia contar con todos los Maáditas, no retrocedería ante la espectativa de una guerra con todos los del Yemen. Para empezar, violó la promesa que habia hecho á Ibn-Horaith, y este Djodamita fué separado de su gobierno. Esta fué la señal de la guerra. Furioso Ibn-Horaith, ofreció su alianza á Abu-'l-Khattar, que vivia entre sus contributos, triste y desanimado. Tuvieron una

entrevista los dos jeques, y poco faltó para que no fuese infructuosa, pues Abu-'l-Khattar reclamaba el emirato para sí, é Ibn-Horath le pretendía tambien, alegando que su tribu era mas numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos Kelbitas, que conocian que para vengarse de los Caisitas tenian necesidad del apoyo de toda su raza, obligaron á Abu-'l-Khattar á ceder. Ibn-Horath fué pues reconocido como emir, y de todas partes vinieron los Yemenitas á alistarse bajo sus banderas. Los Maáditas se agruparon tambien en torno de Yusuf y Samail. Do quiera los vecinos de opuesta raza se despedian de la manera cortés y amable que es propia de hombres serenos y valientes, pero al mismo tiempo se prometian unos á otros medir sus fuerzas luego que llegasen al campo de batalla. Ni la una ni la otra hueste eran numerosas; limitada al mediodia de España, la lucha que iba á empeñarse era un duelo en gran escala mas bien que una guerra; en cambio, los que tomaban parte en ella eran los guerreros mas bravos y mas ilustres de su nacion.

El encuentro que tuvo cerca de Secunda, antigua ciudad romana, rodeada de muros sobre la ribera izquierda del Guadal-

quivir, frente á Córdoba, y que comprendida mas tarde en el recinto de esta capital, llegó á ser uno de sus arrabales. (1) Despues de la oracion de la mañana, los caballeros se atacaron como en un torneo, y cuando se rompieron las lanzas, y cuando ya el sol calentaba, se gritó por todas partes que era preciso combatir cuerpo á cuerpo. Al punto dejaron todos sus caballos, y habiendo elegido su adversario cada cual, combatieron hasta que se quebraron las espadas. Desde entónces cada uno se sirvió de lo que hallaba más á mano, este de un arco, aquel de un carcax; se arrojaban tierra á los ojos, se daban de puñadas, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado la lucha encarnizada, hasta la tarde, sin ningun resultado decisivo, Samail dijo á Yusuf: «¿Por«qué no hacemos venir el ejército que hemos «dejado en Córdoba?—¿Qué ejército? pre«guntó Yusuf con sorpresa. —El pueblo del «mercado,» le respondió Samail. Era una idea estraña en un Arabe, y sobre todo en un Arabe del temple de Samail, hacer intervenir panaderos, guiferos, tenderos, patanes y villanos, como entónces se decía, en una lucha de este género, y pues que Samail tu-

(1) Véase sobre Secunda á Macari. t. I, p. 304.

vo esta idea, es preciso suponer que preveyó que su partido pudiese sucumbir de un momento á otro. Sea de esto lo que quiera, Yusuf aprobó como de costumbre el proyecto de su amigo, y despachó dos personas á Córdoba para que viniese este estraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos ciudadanos se pusieron en camino, casi sin armas; algunos de ellos habian podido procurarse lanzas y espadas, y los guiferos se habian provisto de sus cuchillos; pero los demás solo tenian palos. Sin embargo como los soldados de Ibn-Horaith estaban ya medio muertos de fatiga, esta improvisada milicia nacional, llegando al campo, decidió la suerte de la batalla, y los Maáditas hicieron entónces gran número de prisioneros, entre los que se encontraba Abu-'l-Khattar.

Sabía este jeque la suerte que le esperaba, y no hizo ninguna tentativa para rehuirla, pero queria por lo menos que participase de ella el que se llamaba su aliado, Ibn-Horaith, el implacable enemigo de los Sirios, que le habia despojado del emirato. Habiéndole visto ocultarse en un molino, indicó á los Maáditas el lugar donde se habia agazapado, y cuando lo hicieron prisionero y lo condenaron á muerte, le dijo haciendo alu-

sion á la frase sanguinaria que Ibn-Horaith tenía constantemente en los lábios: «Hijo de «la negra, queda en tu copa alguna gota?» Á entramboss le cortaron la cabeza (447).

Los Maáditas arrastraron los demás prisioneros hasta la Catedral de Córdoda, que estaba dedicada á S. Vicente. Allí Samail fué juntamente su acusador, su juez y su verdugo; sabia hacer pronta y terrible justicia: cada sentencia que pronunciaba y ejecutaba era una sentencia de muerte. Ya habia hecho rodar la cabeza de setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, á quien esta escena horrible causaba mortal desagrado, esclamó levantándose: «Abu-Djau-«chan, envainad la espada.—Sentaos, Abu-«Ata, le respondió Samail con feróz exalta-«cion: este dia es un dia glorioso para vos y «para vuestra tribu.» Abu-Ata se sentó, y Samail continuó sus ejecuciones. Pero ya Abu-Ata no aguantó más. Helado de horror á la vista de aquellos torrentes de sangre, de la muerte de tantos desgraciados que eran Yemenitas, pero Yemenitas de la Siria, vió en Samail al enemigo de sus compatriotas al decendiente de aquellos guerreros del Irac, que á las órdenes de Alí habian combatido á los Sirios de Moawia en

la batalla de Ciffin. Levantándose por segunda vez le dijo: «Arabe exclamó, si tienes «tan bárbaro placer en degollar á los Sirios «mis compatriotas, es por que te acuerdas «de la batalla de Ciffin. Cesa de matar ó de- «claro, vive Dios, que la cáusa de tus victimas es la de los Sirios.» Entónces, pero sólo entónces, Samail envainó su espada.

Despues de la batalla de Secunda, la autoridad de Yusuf no fué ya contestada; pero no teniendo de gobernador más que el titulo, pues que Samail era el que gobernaba en realidad, acabó por enojarle, la posicion subordinada á que el Caisita le habia reducido, y queriendo desembarazarse de él, le ofreció una especie de vireinato, el gobierno de Zaragoza. Samail no rehusó la oferta y lo que mas le decidió á aceptarla fué la consideracion de que todo este pais estaba habitado por Yemenitas, á los que esperaba oprimir para satisfacer el ódio que tenía contra ellos; pero las cosas tomaron un giro que no habia previsto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos Coreiscitas, llegó á Zaragoza en el año de 650, justamente cuando comenzaba España á verse desolada por un hambre que duró cinco años, tan grande, que se interrumpió

el servicio de correos, porque casi todos los conductores murieron de necesidad (1) y que los Berberes establecidos en el Norte, emigraron en masa para volverse al Africa. La vista de tantas miserias y sufrimientos escitó á tal punto la compasion del gobernador, que por uno de esos accesos de bondad, que parecian alternar en su carácter con la ferosidad mas brutal, olvidó todos sus agravios, todos sus rencores, y sin distinguir entre amigos y enemigos, Maáditas ni Yemenitas, dió á este dinero, á aquel esclavos, pan á todo el mundo. Nadie podria reconocer en este hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al carnicero que habia hecho rodar tantas cabezas sobre las lozas de la iglesia de S. Vicente.

Dos ó tres años se pasaron así, y si una buena inteligencia entre Caisitas y Yemenitas, hubiera sido posible, si Samail hubiera podido reconcíliarse con sus enemigos, á fuerza de beneficios, los Arabes españoles hubieran gozado de paz, despues de tan sangrientas guerras. Pero hiciera lo que hiciera no podia Samail hacerse perdonar sus despiadadas egecuciones; se le creia siempre dispuesto á renovarlas cuando la ocasion se

(1) «Akhbar madjmua» fól. 81

presentára, y el ódio estaba demasiado arraigado en el corazon de los corifeos de ambos partidos, para que su aparente reconciliacion fuese mas que una corta tregua. Por otra parte, los Yemenitas, que se figuraban que España les pertenecía de derecho, pues constituian la mayoria de su poblacion árabe, no sufrian sino trinando de ira la dominacion de los Caisitas, y estaban dispuestos á aprovechar la primera ocasion de reconquistar el poder.

Algunos jeques coreiscitas murmuraban tambien. Perteneciendo á una tribu que desde Mahoma era considerada como la mas ilustre, veian con despecho á un Fihirita, á un Coreiscita del distrito, á quien consideraban muy inferior á ellos, gobernar á España.

Era de preveer la coalicion de estos dos partidos, y no se hizo esperar mucho tiempo. Habia entónces en Córdoba un señor coreiscita, ambicioso, llamado Amir á quien Yusuf, que le odiaba, habia quitado el mando del ejército, que de tiempo en tiempo iba á combatir á los cristianos del Norte. Ardiendo en deseos de vengarse de esta afrenta, y aspirando á la dignidad de Gobernador, Amir alimentaba el designio de esplotar en provecho suyo el descontento de

los Yemenitas, y de ponerse á su cabeza haciéndoles creer que el Califa abasida, le había nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por edificar una fortaleza en un terreno que poseia al Oeste de Córdoba, pensando cuando la tuviera acabada, atacar á Yusuf, lo que le sería fácil, pues que éste no tenía á su disposicion más que una guardia de cincuenta caballeros y aun cuando esta empresa se frutára, tendría siempre el recurso de retirarse á la fortaleza, y esperar allí la llegada de los Yemenitas, con quienes ya mantenia inteligencias. Yusuf, que no ignoraba los designios hostiles del Coreiscita, trató de hacerle prender; pero viendo que Amir estaba prevenido, y nó osando recurrir á una medida extrema, sin el dictámen de Samail, á quien consultaba en todo á pesar de la distancia que lo separaba de la capital, le escribió preguntándole lo que debia hacer. Contéstale Samail, instándole á que hiciera asesinar á Amir en seguida. Felizmente para él, este último fué avisado por un espía que tenía en la casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, montó á caballo sin perder momento, y juzgando dsmasiado debilitados á los Yemenitas de la Siria despues de la batalla de

Secunda, tomóel camino de Zaragoza, cierto deque los Yemenitas del nordestelepres-tarian apoyo mas eficáz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro Coreiscita llamado Hobab (1) habia levantado el estandarte de la rebelion. Propúsole Amir que reuniesen sus fuerzas contra Samail, y habiendo tenido ambos jefes una entrevista, resolvieron llamar á las armas á los Yemenitas, y Berberiscos contra Yusuf y Samail, á quienes tachaban de usurpadores, diciendo que el Califa abasida habia nombrado á Amir gobernador de España. Y respondiendo en gran número los Yemenitas y los Berberes á este llamamiento, y habiendo batido las tropas que Samail habia enviado contra ellos, fueron á sitiarle en Zaragoza (753-4.)

Despues de haber pedido, en vano, socorro á Yusuf, reducido á tal impotencia que le fué imposible reunir tropas, Samail se dirigió á los Caisitas que formaban parte de las divisiones de Kinnesrina y de Damasco, establecidas en los territorios de Jaen y de Elvira, pintándoles el peligro en que se hallaba, y añadiéndoles que en último caso se

(1) Ó Habhab.

contentaria con un pequeño refuerzo. Su peticion, encontró dificultades. Verdad es que su amigo el kilabita Obaida, que era despues de él el jeque mas poderoso de los Caisitas, salió á recorrer el territorio habitado por las dos divisiones, advirtiendo de camino á todos aquellos con quienes podia contar, que se armaran y aprestasen para marchar á Zaragoza; verdad es tambien que los Kilab, los Moharib, los Solaim, los Nazr y los Hawazin, prometieron tomar parte en la empresa, pero los Ghatafan, entonces sin jeque, porque Abu-Ata habia muerto y no se le habia dado sucesor aun, estaban indecisos y diferian de dia en dia su respuesta definitiva, y los Cab ibn-Amir con sus tres subtribus de Cochair, de Ocail y de Harech, descontentos de que la heguemonia que habian tenido cuando mandaba á todos los Sirios de España Baldj el Coreiscita, perteneciese ahora á los Kilabitas (porque tanto Samail como Obaid, pertenecían á esta tribu,) los Cab ibn-Amir no deseaban nada menos en su mezquina envidia, que ver perecer á Samail falto de socorros. Apremiados por los Obaid, los Ghatafan acabaron sin embargo, por prometer su concurso, y entonces los Cab ibn-Amir se digeron, que bien pensando era lo

mejor ir con los demás. Comprendieron sin duda, que no haciéndolo así, se atraerian la general animadversion, sin conseguir su objeto, pues que Samail seria de todos modos socorrido, y podria muy bien pasarse sin ellos. Suministraron, pues, guerreros todas las tribus caisitas, pero en escaso número: el de los peones nos es desconocido; pero sabemos que el de los caballeros pasaba poco de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, comenzaban á desmoralizarse, cuando uno de ellos los sacó de sus vacilaciones con algunas palabras entusiastas: «No debemos, dijo en conclusion, abandonar á un jeque como Samail, aunque debiésemos perecer para salvarlo.» Los ánimos antes tan dudosos, se reanimaron, y se emprendió la marcha hácia Toledo, despues de haber conferido el mando de la espedicion á Ibn-Chihab, el jeque de los Cab ibn-Amir, por consejo de Obaid que, aunque podia pretender para sí esta dignidad, prefirió como amigo generoso y desinteresado, cederla al jeque de la tribu que se habia mostrado mas contrario á la empresa, esperando ligarlo así sólidamente á la causa de Samail. Esta marcha tuvo lugar á principios del año 755.

En las orillas del Guadiana, los Caisitas

se encontraron á los Becr ibn-Wail, y los Beni-Alí, tribus ambas que, aunque no Caisitas, pertenecian tambien á la raza de Maad. Habiéndolos comprometido á acompañarlos, engrosaron su hueste con más de cuatrocientos ginetes. Así reforzados, llegaron á Toledo, donde supieron que se apretaba el sitio con tal rigor, que Samail no tardaría en tener que rendirse. Temiendo haber llegado tarde, y queriendo prevenir á los sitiados de su llegada, mandaron los Caisitas á uno de los suyos á Zaragoza, encargándole que se deslizara entre los sitiadores y lanzase por cima de las murallas un papel enrollado á una piedra, en el que se habian escrito estos dos versos:

Sitiados, alegraos, porque os llega socorro y pronto tendrán que levantar el sitio. Ilustres guerreros Nizaritas vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros de la casta de Awadj.

El mensajero ejecutó diestramente la órden recibida. El billete fué recogido y llevado á Samail, que se lo hizo leer, y se apresuró á reanimar el valor de sus soldados, comunicándole tan buena como importante noticia. Todo terminó sin tirar un tiro, bastando el rumor de que se aproxi-

maban los Maáditas para hacer levantar el asedio, no queriendo los sitiadores esponerse encontrarse entre dos fuegos: entraron, pues los Caisitas con sus aliados en la ciudad, y Samail lo recompensó generosamente por el servicio recibido.

Entre los auxiliares, habia treinta clientes de la familia de los Omeyas, que pertenecian á la division de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los Omeyas (segun la costumbre arábiga, se daba este nombre lo mismo á los indivíduos de la familia que á sus clientes), los Omeyas se distinguia de antiguo por su adversion á la cáusa de los Maáditas, en la batalla de Secunda habia combatido bravamente en las filas de Yusuf y Samail, y estos dos gefes los consideraban mucho, pero si estos treinta caballeros habian acompañado ahora á los Caisitas que salieron en auxilio de Samail, no era tanto porque le considerasen como aliado, como porque tenian que hablarle de negocios y de intereses de la mayor importancia. Pero para poder comprender de lo que se trataba es preciso que volvamos cinco años atrás.

XIII (1).

Cuando en el año de 750, Meruan II último Califa de la casa de los Omeyas halló la muerte en el Egipto, á donde habia ido á refugiarse, se desató una cruel persecucion contra su numerosa familia que los Abasidas usurpadores del trono querian esterminar. Á un nieto del Califa Hixem, le cortaron un pié y una mano, y mutilado así lo pasearon montado en un burro por todas las ciudades y lugares de la Siria, acompañado de un heraldo que lo enseñaba como si fuese una fie-

(1) El «Akhbar madjmua» (fól. 69 r.-72 v. 77 r., 78 r. 80 r.) me ha servido de fuente principal para esta narracion y la siguiente. Algunos detalles me ha suministrado Maccari, lib. VI.

ra, pregonando: «He aquí á Aban, hijo de «Moawia, el que se apellidaba el caballero «más cumplido de los Omeyas!» Y duró este suplicio hasta que la muerte le puso término. Rehusando la princesa Abda, hija de Hixem, revelar dónde había escondido sus tesoros, la dieron al punto de puñaladas.

Pero la persecucion fué tan violenta, que estuvo á punto de malograr su objeto. Muchos Omeyas consiguieron sustraerse á las persecuciones y esconderse entre las tribus beduinas. Viendo los Abasidas que sus víctimas se les escapaban, y que no podrian completar su obra sanguinaria, sino con la astucia y la traicion, repartieron una proclama de su Califa Abu-'l-Abbas, en la que, confesando haberse escedido, prometía la amnistía á todos los Omeyas que vivieran aun. Mas de setenta cayeron en el lazo, y fueron muertos á golpes de barras.

Dos hermanos, nietos ambos del Califa Hixem, Yahya y Abderramen habian escapado de esta horrible matanza. Cuando se dió la proclama del Califa Abasida, Yahya dijo á su hermano: «Esperemos un poco: «si todo vá bien, siempre tendrémos tiempo «de reunirnos al ejército de los Abasidas que «se encuentra cerca de aquí, porque hasta

«ahora no tengo gran cofianza en la amnis-
«tía que se nos ofrece: enviaré pues á su
«campo alguien que nos diga como tratan á
«nuestros parientes.»

Despues de la matanza, la persona que Yahya envió al campo, volvió apresuradamente á traerle la nueva fatal; pero este hombre era perseguido de cerca por los soldados, que habian recibido la órden de matar á Yahya y Abderramen, y antes que el primero volviera del susto y pensára en los medios de fugarse, fué preso y degollado. Abderramen estaba de caza y esto lo salvó. Avisado por criados fieles de la infeliz suerte de su hermano, aprovechó la oscuridad de la noche para volver á su casa y les dijo á sus hermanas que iba á ponerse en salvo en otra casa que tenía en una aldea no lejos del Eufrates, encargándoles que se reunieran con él lo mas pronto posible, con su hermano y con su hijo.

Llegó sin novedad el jóven príncipe á la aldea, y no tardó en hallarse rodeado de toda su familia. No pensaba permanecer allí mucho tiempo, decidido como estaba á pasar al África; pero creyendo que sus enemigos no habian de descubrir fácilmente su retiro, esperaba un momento en que sin

mucho peligro, pudiera emprender este largo viaje.

Un dia, Abderramen que padecia entónces una enfermedad en la vista, estaba acostado en una habitacion oscura, cuando su hijo Soliman, que no tenía más que cuatro años, y que estaba jugando en la puerta de la calle, entró en su habitacion, y asustado y llorando se echó contra su pecho. «Déjame «niño, le dijo su padre, no sabes que estoy «malo? ¿Pero qué tienes? ¿Por qué ese «miedo?» El niño ocultó de nuevo su cabeza en el seno de su padre, llorando y sollozando. «¿Qué tendrá?» esclamó el príncipe levantándose, y abriendo la puerta vió á lo lejos los estandartes negros... El niño los habia visto tambien, y se acordaba de que el dia en que esos estandartes habian aparecido en la antigua casa de su padre habia sido degollado su tio... Apenas tuvo tiempo Abderramen de meter algunas monedas de oro en su bolsillo, y de despedirse de sus hermanas: «Me voy, les dijo: enviadme á «mi liberto Badr que me encontrará en tal «lugar, y decidle que me lleve lo que nece«site, si Dios quiere que consiga salvarme.»

Mientras que la caballería abasida, despues de haber cercado el pueblo registraba

la casa que servia de refugio á la familia Omeya, sin encontrar mas que dos mujeres y un niño, á quienes no hicieron ningun daño, Abderramen, acompañado de su hermano, de trece años de edad, fué á ocultarse á alguna distancia de la aldea, lo que no le fué dificil, porque el pais estaba muy cubierto de árboles. Cuando llegó Badr, los hermanos se pusieron en camino y llegaron á las orillas del Eufrates. El príncipe se dirigió á un hombre conocido, le dió dinero y le envió á comprar provisiones y caballos. Este marchó acompañado de Badr, despues de haber prometido cumplir su encargo. Pero desgraciadamente un esclavo de este hombre, habia oido todo lo que se acababa de decir. Esperando una considerable recompensa, partió el traidor á todo correr á delatar al capitan Abasida el sitio en que los fugitivos se ocultaban. De repente aterrorizó á estos oir un galope de caballos. Apenas tuvieron tiempo de ocultarse en un jardin, pero ya los habian visto los jinetes, que comenzaron á cercarlo; un momento mas y los dos hermanos hubieran sido degollados. No les quedaba mas partido que arrojarse al Eufrates y tratar de pasarlo á nado. El rio era muy ancho, la empresa peli-

grosa, pero en su desesperacion no dudaron intentarla, y se lanzaron precipitadamente al agua. «Volveos, le gritaban los jinetes que «veian escapárseles una presa que yá creian «tener en las manos: volveos que no se os «hará mal.» Abderramen, que sabia lo que valian estas palabras, nadó mas apriesa. Cuando hubo llegado á la mitad del rio, se detuvo un momento para gritar que se apresurase á su hermano que se habia quedado atrás. ¡Ay! el jóven peor nadador que Abderramen, habia tenido miedo de ahogarse, y, creyendo en las palabras de los soldados, volvía hácia la orilla. «Ven, ven con«migo, querido hermano, yo te lo ruego, no «creas en las promesas que te hacen,» gritaba Abderramen, pero en vano. «El otro «se nos escapa,» se digeron los soldados, y el mas animoso de ellos iba ya á desnudarse para echarse al Eufrates, cuando la anchura del rio le hizo cambiar de opinion. Abderramen, no fué pues perseguido, pero desde la otra orilla tuvo la pena de ver como los bárbaros soldados cortaban á su hermano la cabeza.

En Palestina se le reunieron su fiel Badr y Selim, liberto de una de sus hermanas, que le traian dinero y pedrerias. En seguida par-

tió con ellos para Africa, donde la autoridad de los Abasidas no había sido reconocida y donde muchos Omeyas habian encontrado asilo. Llegó allí sin obstáculo, y si hubiese querido, hubiera encontrado tranquilidad y sociego; pero no era hombre capáz de resignarse á una existencia modesta y oscura. Sueños ambiciosos cruzaban sin cesar por su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, habiendo recibido una esmerada educacion, y poseyendo talentos poco comunes, su instinto le decía que estaba llamado á brillantes destinos, y su espíritu aventurero y emprendedor se alimentaba con los recuerdos de su infancia, que desde que llevaba una vida pobre y errante, se despertaron con mayor viveza. Era creencia muy estendida entre los Arabes, que cada uno lleva escrito su sino en los rasgos de su fisonomía; Abderramen lo creia como todo el mundo tanto mas, cuanto que una prediccion hecho por Molesma, el hermano de su abuelo, que tenia la reputacion de hábil fisonomista, respondia á sus mas ardientes deseos. A la edad de diez años, muerto ya su padre Moawia, lo llevaron un dia con sus hermanos á la Ruzafa. Era esta una soberbia posesion en el distrito de Kinnesrina,

la residencia habitual del Califa Hixem. Estando estos dos niños á la puerta del palacio llegó Molesma, y deteniendo su caballo, preguntó quienes eran, «Son los hijos de Moawia,» le contestó su ayo. «Pobres huérfanos.» esclamó entónces Molsema, con los ojos llenos de lágrimas, y se los hizo presentar dos á dos. Abderramen pareció agradarle mas que los otros. Habiéndolo subido sobre el pomo de su silla, lo colmaba de caricias, cuando Hixem, saliendo de su palacio, preguntó á su hermano: «¿Quien es este niño?—Es un hijo de Moawia» é inclinándose á su hermano le dijo al oido, pero bastante alto para que Abderramen pudiera oirlo: «El gran «acontecimiento se aproxima y este niño se«rá el hombre que sabeis.—Estais bien se«guro? preguntó Hixem.—Sí, os lo juro, re«plicó Molesma, hé reconocido los signos en «su rostro y en su cuello.»

Recordaba tambien Abderramen que desde entónces su abuelo tuvo por él una gran predileccion, que muchas veces le enviaba regalos de que no participaban sus hermanos, y que le hacia ir á palacio todos los meses.

¿Qué significaban las misteriosas palabras pronunciadas por Molesma? Es lo que Ab-

derramen no sabia precisamente, pero en la época en que fueron dichas, se habian hecho muchas predicciones del mismo género. El poder de los Omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, estos príncipes superticiosos, como todos los orientales lo son, poco mas ó menos, abrumaban á preguntas á adivinos, astrólogos, fisonomistas, en una palabra, á todos los que de un modo ó de otro pretenden levantar el velo que cubre el porvenir.

No queriendo ni quitar toda esperanza á estos hombres que los colmaban de regalos ni arrullarlos con promesas que los sucesos vendrian bien pronto á desmentir, estos adeptos de las ciencias ocultas habian encontrado un término medio, diciendo que se hundiria el trono de las Omeyas, pero que un vástago de esta ilustre familia lo restablecería en alguna parte. Molesma parece haber estado preocupado con la misma idea.

Creíase pues, Abderramen destinado á sentarse en un trono: pero en qué pais deberia reinar? El Oriente estaba perdido, y allí no habia nada que esperar. Quedaban Africa y España, y cada uno de estos paises procuraba asegurarse una dinastía fihirita.

En Africa, ó mas bien la parte de esta

provincia, que estaba aun bajo la dominacion arábiga, pues que el Oeste la habia sacudido, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde tambien habia tratado, aunque sin conseguirlo, de declararse emir. Era el Fihirita Abderramen ibn-Habib, pariente de Yusuf, el gobernador de España. No habiendo reconocido á los Abasidas, pensaba ibn-Habib trasmitir el Africa á sus hijos como principado independiente, y consultaba á adivinos, sobre el porvenir de su raza, con inquieta curiosidad. Algun tiempo ántes de la llegada á su corte del jóven Abderramen, un judío iniciado en los secretos de la ciencias ocultas por el príncipe Molesma, en cuya corte habia vivido, le habia predicho que un descendiente de régia familia, que se llamaria Abderramen, y que tendria un rizo de cabellos á cada lado de la frente, seria el fundador de una disnatia que habia de reinar en el Africa. (1) Ibn-Habib le respondió que el que se llamaba Abderramen, y que poseia el

(1) Los documentos nombran aquí á España, pero es sin duda un error, pues que era el Africa la que interesaba á Ibn-Habib. Probablemente el judio designaría el Africa, pero habiendo desmentido los sucesos su prediccion, se sustituiría el nombre de España al de Africa.

África no tendria mas que dejarse crecer un rizo de cabello á cada lado de la frente pu-ra que la predileccion pudiera aplicarsele. «No, le respondió el judio, no sois vos la «persona designada, porque no descendien-«do de familia real, no teneis todas las con-«diciones exigidas.» Más adelante, cuando Ibn-Habib vió al jóven Abderramen, notó que este príncipe tenia los cabellos de la manera indicada, y habiendo hecho llamar al judio, le dijo «Y bien, este es el que el «destino llama á ser el dueño del África «pues que tiene todas las condiciones reque-«ridas. No importa, no me quitará mi pro-«vincia, porque lo haré asesinar.» El judio, sinceramente afecto á los Omeyas, sus an-tiguos señores, se estremeció á la idea de que su prediccion fuera cáusa del asesina-to de un jóven por quien se interesaba; sin embargo respondió sin perder su presencia de ánimo. «Confieso, señor, que este jóven «tiene todas las cualidades exigidas. Pero «puesto que creeis en lo que os hé predicho, «es preciso una de dos cosas, ó que este Ab-«derramen no sea la persona designada, y en «este caso podreis matarlo, pero cometereis «un crímen inútil, ó bien que sea el destinado «á reinar en Africa, y en este caso hagais lo

«que hagais no conseguireis quitarle la vida, «porque es preciso que su destino se cum-«pla.»

Comprendiendo la verdad de este razonamiento, Ibn-Habib no atentó por lo pronto á la vida de Abderramen, sin embargo desconfiando no solo de él, sino de todos los demás Omeyas que habian venido á refugiarse en sus Estados, y en los que veia pretendientes que podrian llegarle á ser peligrosos algun dia, espiaba los pasos de todos con creciente ansiedad. Entre estos príncipes se hallaban dos hijos del Califa Walid II. Dignos hijos de su padre que solo vivió para el placer, que enviaba á sus cortesanos para que presidieran en su lugar las oraciones públicas, y que tirando el arco se servia del Coran á guisa de blanco, llevaban alegre vida en el destierro, y una noche que bebian y platicaban juntos, esclamó uno de ellos: «¡Qué locura! Pues no se imagina ese «Ibn-Habib que quedará de emir en este «pais, y que nosotros hijos de un Califa le «dejaremos reinar tranquilamente?» Ibn-Habib que escuchaba á la puerta oyó estas palabras. Resuelto á desembarazarse, pero secretamente de estos huéspedes peligrosos, esperaba para hacerlos perecer, una ocasion

favorable, para de que se atribuyera su muerte á un accídente ó á una venganza personal. No cambió, pues, de conducta respecto á ellos, y cuando venian á visitarlo les mostraba la misma benevolencia que ántes. Sin embargo, no calló á sus confidentes que habia espiado á los hijos de Walid, y les había oido palabras indiscretas. Entre estos confidentes habia un secreto partidario de los Omeyas, que aconsejó á los dos príncipes se sustrajeran con la fuga al resentimiento del gobernador. Así lo hicieron al punto; pero informado Ibn-Habib de su precipitada fuga, cuya causa ignoraba, y temiendo no hubiesen ido á sublevar alguna tribu árabe ó berbere, los hizo perseguir por jinetes que los alcanzáran y se los trajeran. Luego, juzgando que su huida, y los intentos que les habia escuchado eran pruebas suficientes de sus proyectos criminales, los hizo decapitar. (1) Desde entónces no pensó mas que en desembarazarse igualmente de los demás Omeyas, :que advertidos por sus partidarios se apresuraron á buscar un refugio entre las tribus berberes independientes.

(1) Ibn-Adharí t. I, p. 49, 50.

Errante de tribu en tribu, de ciudad en ciudad, recorrió Abderramen el norte de Africa de punta á cabo. Por algun tiempo estuvo oculto en Barca; luego buscó un asilo en la córte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort, mas tarde fué á implorar la proteccion de la tribu berbere de Micnesa. Cinco años pasaron así y nada indica que durante este largo periódo Abderramen hubiera imaginado probar fortuna en España. Era el Africa la que codiciaba este pretendiente ambicioso, sin dinero y sin amigos; intrigando sin cesar, tratando á toda costa de ganarse partidarios, se vió arrojado de Micnesa y se allegó á la tribu berbere de Nafza, á la que pertenecia su madre, y que moraba en los alrededores de Ceuta. (1)

Convencido al fin de que allí no lograría sus propósitos, dirigió sus ojos al otro lado del mar. Tenía acerca de España algunas noticias por Selim uno de los dos libertos que habian corrido con él las visicitudes de su vida errante. Selim había estado en España en tiempo de Muza, ó poco despues, y en las circunstancias presentes hubiera

(1) Véase á Becri en las «Noticias y Estractos», t. XII, p. 559.

podido prestar al príncipe servicios de suma utilidad, pero ya se habia vuelto á la Siria. Cansado hacia ya algun tiempo de la vida vagamunda que llevaba en compañia de un aventurero, estaba decidido á aprovechar para dejarla la primera ocasion oportuna, cuando Abderramen se la proporcionó. Una vez que estaba dormido y no oyó que lo llamaba su amo, este le arrojó un vaso de agua en el rostro, y Selim le respondió colérico: «Puesto que me tratais como á un vil esclavo, os dejo para siempre. «No os debo nada porque no sois mi patro«no; solo vuestra hermana tiene derechos «sobre mí, y con ella me vuelvo.»

Quedábale el otro liberto, el fiel Badr. A este fué á quien Abderramen encargó pasar á España, á fin de concertarse con los clientes Omeyas, que en número de cuatrocientos ó quinientos, formaban parte de las dos divisiones de Damasco, y Kinnesrina, establecidas en los territorios de Elvira y de Jaen. Badr debia entregarles una carta de su patrono, en la que éste les decia, como hacia cinco años que recorria fugitivo el Africa á fin de escapar á las persecuciones de Ibn-Habib, que atentaba á la vida de todos los miembros de la familia de los Ome-

yas. «En medio de vosotros, clientes de mi «familia, proseguia el príncipe, es donde «quiero ir á vivir, porque estoy convencido «que sereis para mí amigos fieles. Mas ¡ay! «no me atrevo á ir á España; el emir de ese «pais me tenderia asechanzas como el de «Africa, me consideraria como un enemigo, «como un pretendiente. ¿Y en verdad, no «tengo derecho de pretender el emirato yo «que soy nieto del Califa Hixem? Pues bien, «pues que yo no puedo ir á España como «simple particular, iré como pretendiente: —«No iré sino despues de haber recibido de «vosotros la seguridad de que hay para mí «en ese pais algunas probalidades de éxi«to, de que vosotros me apoyareis y consi«derareis mi causa como vuestra.» Terminaba prometiendo dar á sus clientes los puestos mas importantes, si querian secundarlo. (a)

Llegado á España, entregó Badr ésta carta á Obaidallah y á Ibn-Khalid jeques de

(a) Rod. de T. Historia Arabum L. C. Nótese la exactitud con que en su brevedad refiere estos sucesos la Crónica de D. Rodrigo, á diferencia de como se encuentra en Conde, que la tomó de historiadores árabes posteriores, y dígase luego si es posible pensar que el ilustre Arzobispo desconoció las fuentes musulmanas. (N. del T.)

los clientes de la division de Damasco. Enterados de su contenido señalaron entrambos jeques el dia en que habian de deliberar sobre el asunto, con los otros clientes, y rogaron á Yusuf ibn-Bokht, jeque de los clientes Omeyas, de la division de Kinnesrina que asistiera á la reunion. En el dia señalado consultaron á sus contributos sobre el partido que deberian adoptar. Algo dificil pareció la empresa, pero pronto se pusieron de acuerdo en que era preciso intentarla. Tomando esta decision, cumplian los clientes un verdadero deber, bajo el punto de vista arábigo, porque la clientela impone un lazo indisoluble y sagrado, un parentesto de convencion, y los descendientes de un liberto están obligados á secundar en todas circunstancias á los herederos del que ha dado la libertad al fundador de su familia. Pero además esta decision era tambien dictada por su propio interés. El régimen de las dinastias árabes era el de una familia: los parientes y clientes del príncipe, ocupaban casi esclusivamente las altas dignidades del Estado. Trabajando por la fortuna de Abderramen, sus clientes trabajaban tambien por su propia grandeza. Pero la dificultad era ponerse acuerdo acerca

de los medios de ejecucion y se convino consultar á Samail, (sitiado entónces en Zaragoza) antes de emprender nada. Creíasele irritado contra Yusuf, porque no iba á socorrerlo, se le suponía con un resto de afecto hácia los Omeyas, antiguos bienhechores de su familia, y en todo caso se creia poder contar con su discrecion, pues se le tenia por demasiado caballero para hacer traicion á una confianza que se le hiciera bajo palabra de guardar secreto. Fué pues, principalmente para conferençiar con él, para lo que una treintena de Omeyas, acompañados por Badr se reunieron á los Caisitas que iba en socorro de Samail.

Se ha visto ya que la espedicion de los Caisitas fué coronada de completo éxito; podemos, pues volver á tomar el hilo de nuestra narracion, que habiamos interrumpido en el momento en que los gefes de los clientes Omeyas pedian á Samail una conferencia reservada.

Habiéndosela concedido el Caisita comenzaron por suplicarle reservara las importantes noticias que le iban á comunicar, y cuando lo hubo prometido, Obaidallah, le contó la venida de Badr, y le leyó la carta de Abderramen, añadiendo luego en tono humilde y sumiso:

—«Ordenadnos lo que os parezca; lo que «aprobeis eso harémos, lo que desapro- «beis, eso dejarémos de hacer.» Muy pensativo les respondió Samail: «el asunto es «grave; no me exijais una respuesta inme- «diata; reflexionaré sobre lo que me acabais «de decir, y os comunicaré mi opinion más «adelante.»

Habiendo sido introducido Badr, á su vez Samail, sin prometerle nada le hizo regalos, como á los demas que habian venido á socorrerle. Despues salió para Córdoba. En ella encontró á Yusuf ocupado en reunir tropas destinadas á castigar los rebeldes de Zaragoza.

En el mes Mayo de 755, Yusuf en vísperas de ponerse en camino hizo venir á los dos jeques de los clientes Omeyas, á quienes consideraba como clientes suyos desde que sus patronos habian perdido la corona (1) y cuando llegaron, les dijo:

—Id á vuestros clientes y decidles que vengan á acompañarnos.

—Es imposible, señor, le contestó Obaidallah. A consecuencia de tantos años de hambre los desgraciados no tienen fuerzas pa-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 9 v.

ra marchar. Todos los que podian hacerlo han ido á socorrer á Samail, y este largo viaje, durante el invierno les ha fatigado mucho.

—Hé aquí con qué restablecer sus fuerzas, replicó Yusuf: enviadle estas mil monedas de oro, y que las empleen en comprar trigo.

—Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscritos en el registro? Es muy poco, sobre todo, estando tan caras las cosas.

—Haced lo que querais; pero no os doy más.

—Pues bien, guardaos vuestro dinero; no os acompañarémos.

Sin embargo, cuando dejaron al emir volvieron sobre sí. «Seria mejor, se dijeron, «que aceptásemos ese dinero, que podrá ser«virnos. ¡Bah! sin decir que nuestros contri«butos no acompañarán á Yusuf, se queda«rán en sus casas á fin de estar preparados á «todo evento, pero nosotros encontrarémos «algun pretesto para esplicar su falta en el «ejército: aceptemos de todos modos el di«nero que Yusuf nos ofrece: darémos una «parte á nuestros contributos, que gracias «á ella podrán comprar trigo, y empleare«mos lo demás en facilitar la ejecucion de

«nuestro proyecto.» Volvieron, pues, á ver al gobernador, y le dijeron que aceptaban las mil monedas de oro que le habia ofrecido. Cuando las hubieron recibido, volvieron al distrito de Elvira, cerca de sus contributos. dieron á cada uno de ellos diez monedas de plata de parte de Yusuf, diciendo que esta pequeña suma era para que comprasen trigo. Lo que no les digeron, era que Yusuf les habia dado mucho más, que queria que los clientes lo acompañáran, y que las mil monedas de oro eran su soldada. La moneda de oro equivalía á veinte de plata; se quedaron, pues, los dos jeques con cerca de las tres cuartas partes de lo que Yusuf les hahia enviado.

Entretanto Yusuf habia salído de Córdoba con algunas tropas, y tomando el camino de Toledo, estableció su campo en el distrito de Jaen, en el sitio que llevaba entónces el nombre de «Vado del Fath,» al norte de Menjibar, por donde se pasaba el Guadalquivir cuando se querian atravesar los desfiladeros de Sierra-Morena, y donde se halla ahora un vado, que por los sucesos que precedieron á la batalla de Bailen en 1808, ha adquirido una celebridad europea. Yusuf esperaba allí las tropas, que de

todas partes se le reunian, y las distribuia sus sueldos, cuando los dos gefes de los clientes Omeyas, sabiendo que teniendo prisa de marchar contra los rebeldes de Zaragoza, no se detendria mucho tiempo en «Vado del Fath» se presentaron á él. «Y bien, les dijo «Yusuf, por qué no vienen nuestros clien«tes?—Tranquilizaos, emir, y que Dios os «bendiga, le respondió Obaidallah: vuestros «clentes no se parecen á ciertas personas que «vos y yo conocemos. Por nada del mundo «dejarian que combatiérais á vuestros ene«migos sin ellos. Es lo que ellos me decian «el otro dia, pero al mismo tiempo me en«cargaron que os pidiese alguna demora. La «recoleccion de primavera, como sabeis, pro«mete ser abundante, y ellos querrian ante «todo hacer la siega; pero piensan reunirse «con vos en Toledo.» No teniendo ninguna razon para sospechar que Obaidallah lo engañaba, Yusuf creyó en sus palabras y dijo: «Pues bien, volved con vnestros contri«butos y haced que se pongan en camino lo «mas pronto posible.»

Poco despues Yusuf continuó su marcha, Obaidallah y su compañero le acompañaron una parte del camino, y despues se despidieron prometiendole juntársele en seguida

con los demás clientes y se volvieron hácia el vado del Fath.

En el camino encontraron á Samail y á su guardia. Despues de haber pasado la noche en una de sus habituales orgías el jeque caisita dormía aun cuando Yusuf se puso en camino de manera que no salió sino mucho mas tarde. Viendo llegar á los dos clientes, les dijo sorprendido; «¿Qué os volveis? ¿Es para traerme alguna noticia?—No señor, le respondieron ellos; Yusuf nos ha permitido partir, comprometiéndonos á unirnos á él en Toledo con los demás clientes; pero si quereis os acompañarémos un trozo de camino.—Mucho me alegraré de gozar de vuestra compaña.» Y despues que hubieron conversado algun tiempo de cosas indiferentes, Obaidallah se aproximó á Samail y le dijo al oido, que queria hablarle en secreto. A una señal del jeque, sus compañeros se retiraron á cierta distancia, y Obaidallah continuó: «Se trata del negocio del hijo de Moa«wia, sobre que os consultamos. Su mensa«gero está aquí todavía.—No he olvidado «ese asunto, replicó Samail, por el contra«rio, lo he pensado maduramente, y como os «prometí, no he hablado de él ni aun á mis «amigos mas íntimos. Hé aquí mi respues-

«ta: creo que la persona en cuestion merece «reinar y ser apoyado por mí. Podeis escri- «bírselo y quiera Alláh prestarnos su ayu- «da! En cuanto al viejo pelado (así era como «llamaba á Yusuf), es preciso que me deje «hacer lo que pienso. Le diré que debe ca- «sar á su hija Omm-Muza, que ahora está «viuda, (1) con Abderramen, y resignarse «á no ser emir de España. Si hace lo que le «digo, se lo agradeceremos, si no le rompe- «remos la calva con nuestras espadas y no «le haremos mas de lo que merece.»

Locos de alegria con tan favorable respuesta, le besaron agradecidos la mano los dos jeques, y despues de darle las gracias por la ayuda que prometía á su patrono, lo dejaron para volver al vado de Fath.

Evidentemente Samail que no habia tenido tiempo de dormir su mona, se habia levantado aquella mañana de muy mal humor contra Yusuf; pero todo lo que habia dicho á los clientes provenía de un primer arrebato, falto de reflexion. El hecho es, que con su habitual indolencia no había

(1) Habia estado casada con Catan, hijo de aquel Abdelmelic, el Fihrita que había sido gobernador de España.



pensado sériamente en el asunto de Abder-ramen sino en que lo habia olvidado completamente. Solo despues de haber dado á los clientes tantas esperanzas fué cuando empezó á considerar el pró y el contra, y entónces una sola preocupacion se apoderó de su ánimo. «¿Qué será de la libertad de «las tribus árabes si un príncipe Omeya rei-«na en España? Establecido el poder mo-«nárquico, qué nos quedará de poder á noso-«tros los jeques de tribu? No, por quejas «que tenga contra Yusuf, es menester que «las cosas queden como están:» y llamando á uno de sus esclavos, le mandó ir á escape á decir á los clientes que lo esperaran.

Llevaban ya estos una legua de camino, conversando sobre las halagüeñas promesas que les habia hecho Samail, y teniendo por seguro el éxito del pretendiente, cuando Obaidallah sintió que lo llamaban por detrás y deteniéndose vió un ginete. Era el esclavo de Samail, que le dijo: «Esperad á mi amo que vá á venir y tiene que hablaros.» Atónitos con este mensage, y de que Samail viniera á buscarles, en lugar de mandarlos á llamar, temieron por un instante que quisiera prenderlos, y entregarlos á Yusuf; sin

embargo, volvieron piés atrás, y no tardaron en divisar á Samail montado sobre Estrella, su mula blanca, que marchaba á galope tendido. Viendo que venia sin soldados recobraron el ánimo, y Samail acercándose á ellos les dijo: «Desde que me tragísteis la carta del hijo de Mowia y me hiciste conocer á su mensajero, he pensado «mucho en este asunto.» (Diciendo esto mentía Samail, ó le engañaba la memoria; pero no podía confesar que apenas se había ocupado de este asunto tan importante y era muy Arabe para que le costara mucho una mentira.) «Aprobé vuestros designio, como «os decía ahora mismo; pero despues que «me dejásteis, hé reflexionado de nuevo, «y ahora soy de parecer que vuestro Abder«ramen pertenece á una familia tan podero«sa que» (aquí Samail usó una frase muy enérgica seguramente, pero que la decencia nos impide traducir.) «En cuanto al otro, «es en el fondo un buen muchacho y se deja «guiar por nosotros, salvo raras escepciones, «con gran docilidad. Además le debemos «grandes obligaciones y no estaría bien que «le abandonásemos. Reflexionad bien lo que «vais á hacer, y si de vuelta en vuestras ca«sas persistis en vuestros proyectos, creo

«que no tardareis en volver á verme, pero nó «como amigo. Tenedlo sabido, pues os juro «que la primera espada que salga de la vai- «na para combatir á vuestro pretendiente, «será la mia. Y ahora id en paz, y que Alláh «os envie, así como á vuestro patrono pru- «dentes inspiraciones.»

Consternados con estas palabras que frustraban de un golpe todas sus esperanzas, y temiendo irritar á este hombre colérico, los clientes le respondieron humildemente: «¡Dios «os bendiga, señor! Nunca nuestra opinion «diferirá de la vuestra.—En buen hora, di- «jo Samail, ablandado y conmovido por es- «tas palabras respetuosas; pero como ami- «go os aconsejo que no intenteis nada para «cambiar el estado político del pais. Todo lo «que podeis hacer es tratar de asegurar á «vuestro patrono una posicion honrosa, en «España, y si él promete no aspirar al emi- «rato, yo no me atrevo á aseguraros que Yu- «suf lo acojerá con benevolencia, le dará «su hija por esposa, y con ella una fortuna «conveniente. Adios y buen viaje!» Dicho esto, hizo dar media vuelta á Estrella y metiéndole espuelas la hizo tomar un trote decidido.

No teniendo nada que esperar de Samail

ni en general de los Maáditas, que no obraban de ordinario sino por las inspiraciones de este jeque, no quedaba á los clientes mas partido que echarse en brazos de la otra nacion, de los Yemenitas, excitándolos á vengarse de los Maáditas.—Queriendo alcanzar sus designios á toda costa, resolvieron hacerlo de seguida, y mientras volvian á sus casas, se dirigieron á todos los jeques yemenitas con quienes creian poder contar, invitándoles á tomar las armas por Abderramen. Obtuvieron un éxito que escedió á sus esperanzas. Los Yemenitas á quienes la ira desgarraba las entrañas, pensando en la derrota de Secunda, y viéndose condenados á sufrir el yugo de los Maáditas, estaban prontos á levantarse á la primera señal y á formar bajo la bandera de cualquier pretendiente, fuera el que fuera, con tal de tener ocasion de vengarse y degollar á sus enemigos.

Asegurados del apoyo de los Yemenitas, y viendo á Yusuf y Samail ocupados en el norte, los clientes Omeyas juzgaron llegado el momento favorable para la venida de su patrono. Compraron, pues, un barco y entregaron á Tammam, que con once mas habian de tripularlo, quinientas monedas de

oro, de las cuales deberia dar al príncipe una parte, y servirse de la otra para contentar la avaricia de los Berberes á quienes conocian lo bastante para creer que no dejarian partir á su huésped sin rescate. Este dinero era el que Yusuf habia dado á los clientes para que lo acompañasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza; lejos estaba de suponer cuando lo dió que habia de servir para traer á España un príncipe que le disputára el emirato.

XIV. (1)

Meses hacía, que Abderramen que se habia separado de los Nafzas para irse al pais de los Moghilas, en las costas del Mediterráneo, arrastraba triste y monótona su existencia, esperando con creciente ansiedad la vuelta de Badr, de quien no habia recibido noticia alguna. Su suerte iba á decidirse: si sus grandes proyectos se frustraban, todas sus ilusiones de gloria y de fortuna se disiparian como el humo, y se veria reducido á llevar de nuevo la vida de proscripto y de vagabundo, ó á ocultarse en algun ignorado rincon del Africa, mientras que si triun-

(1) Véase »Akhbar madjmua» fól. 80 r.-83 r.

faba en su audáz empresa, España le ofrecería seguro asilo, riquezas y todos los goces del poder.

Columpiado así entre el temor y la esperanza, Abderramen, naturalmente poco devoto, pero fiel observador de las conveniencias, cumplía una tarde con la oracion ordenada por la ley, cuando vió aproximarse un bajel á la costa, y á uno de los que lo tripulaban tirarse al mar y nadar hácia la playa. Conoció á este hombre, era el fiel Badr, que impaciente por volver á ver á su señor, no había querido esperar á que se echara el ancla. «Buenas nuevas!» le dijo en cuanto lo vió, y le refirió en breve lo que había pasado, nombró los jeques con quienes podía contar Abderramen y las personas que se hallaban en el bajel destinado á conducirlo á España. «No os faltará tampo-«co dinero, añadió: os traemos quinientas «monedas de oro.» Loco de alegria salió Abderramen al encuentro de sus partidarios. El primero que se presentó fué Abu-Ghalib Tamman. Abderramen le preguntó su nombre y su prenombre, y cuando los hubo oido sacó de ellos un presagio feliz. No podía haber en efecto nombres más propios para inspirar grandes esperanzas á quien

creyera en presagios, y Abderramen creia mucho en ellos, porque Tamman significaba «cumplimiento» y Ghalib «victorioso.» «Cum- «pliremos nuestro designio, esclamó el prín- «cipe, y obtendremos la victoria.»

Apenas se dieron á conocer, cuando se resolvió marchar sin demora. Hacía el príncipe sus preparativos, cuando los Berberes corrieron en tumulto, amenazando oponerse á la partida, á menos que no se les hicieran regalos. Habiendo sido prevista esta circunstancia, Tamman los gratificó á cada uno, segun el rango que ocupaba en su tribu. Hecho esto, ya se levaba el ancla, cuando un Berber que había sido olvidado en la distribucion, se lanzó á la mar y aferrándose á una cuerda del barco, comenzó á gritar que él quería tambien recibir alguna cosa. Cansado de la desvergüenza de estos mendigos, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al Beber, que cayó en el agua, y se ahogó.

Libre de los Berberiscos se empavesó el buque en honor del príncipe, y poco despues fondeó en el puerto de Almuñecar. Érase el mes de Setiembre de 755.

Imagínese fácilmente la alegría que esperimentó Abderramen cuando puso el pié en

el suelo de España, y la de Obaidallah y de Ibn-Khalid, cuando abrazaron á su patrono cuya llegada habian esperado en Almuñecar. Despues de haber pasado algunos dias en al-Fontin, pueblo de Ibn-Khalid, situado cerca de Loja entre Archidona y Elvira, (1) fué á establecerse el príncipe en el castillo de Torrox, que pertenecia á Obaidallah, y que estaba algo más al Oeste, entre Iznajar y Loja. (2)

En este entretanto, Yusuf que habia llegado á Toledo, comenzaba á inquietarse por la prolongada ausencia de los clientes Omeyas. Por esperarlos difería su partida de dia en dia. Samail que sospechaba la verdadera causa de su ausencia, pero que fiel á su palabra guardaba secreto sobre sus designios, se impacientaba por la larga detencion del ejército. Quería concluir lo más pronto posible con los rebeldes de Zarago-

---

(1) La posicion del pueblo de Al-Fontin, que al fin del siglo nono pertenecía aun á los descendientes de Ibn-Khalib, está indicada por Ibn-Haiyan fól. 76 v. 83 v.

(2) Sé muy bien que hay hoy un Torrox al Oeste de Almuñecar, á la orilla del Mediterráneo, pero la posicion de la propiedad de que se trata en el texto, está señalada claramente por Ibn-Haiyan, fól. 83 v.



za, y un dia que Yusuf se quejaba de nuevo de que los clientes tardáran tanto en venir, Samail le dijo desdeñosamente: «Un jeque «como vos no debe detenerse tanto tiem-«po por esperar á unos «nadies» como esos. «Temo que se nos escape la ocasion de en-«contrar á nuestros enemigos inferiores en «número y en recursos, si permanecemos «aquí más.» Para el débil Yusuf, tales palabras, viniendo de Samail eran una órden. Pusiéronse pues, las tropas en marcha. Cuando estuvieron frente al enemigo, no tuvieron necesidad de combatir, porque luego que conocieron los rebeldes que tenian que habérselas con un ejército muy superior en número, entraron en negociaciones. Yusuf les prometió la amnistía á condicion de que le entregaran sus tres jeques coreiscitas Amir, su hijo Wahb y Hobac. (a) Los insurrectos, la mayor parte Yemenitas, dudaron tanto menos en aceptar esta condicion cuanto que suponian que Yusuf se había de mostrar clemente, con individuos que eran, casi contributos suyos. Entregáronle, pues los jeques, y Yusuf convocó á los capitanes de su ejército, á fin de que sentenciaran á es-

(a) A Amir á su hijo y Az. Zhori dice la trad. del «Ajbar Madjmua» de D. E. Lafuente. (N. del T.)

tos prisioneros, que entretanto había hecho cargar de cadenas.

Samail que habia tomado á estos Coreiscitas uno de esos ódios que para él no concluian sino con la vida de aquel que habia tenido la desgracia de escitarlo, insistió vivamente en que se les cortara la cabeza. Ningun otro Caisita parcipaba de su opinion, todos juzgaban que no tenian derecho de condenar á muerte á hombres, que como ellos pertenecian á la raza de Maád, y temian además atraerse el ódio de la poderosa tribu de Coreixc, y de sus numerosos aliados. Los dos jeques de la rama de los Cab Ibn-Amir, Chihab y Hosain, (b) sostenian esta opinion con mas calor aun que los otros Caisitas. Con la ira en el pecho, y dispuesto á vengarse pronto de los que habian osado contradecirlo, cedió Samail. Yusuf perdonó pues la vida á los tres Coreiscitas pero los retuvo prisioneros.

No tardó Samail en hallar la ocasion que buscaba de desembarazarse de los jeques que en esta circunstancia le habian vencido, y que ántes, cuando estaba sitiado en Zaragoza rehusaron por mucho tiempo ir en su ayuda.

(b) Zuleiman ben Xihel y Al-Hosain ben Ad-Dachn id. id. (N. del T.)

Habiendo imitado los Vascos de Pamplona el ejemplo que les habian dado los Gallegos, emancipándose de la dominacion árabe, Samail propuso á Yusuf enviar una parte del ejército contra ellos, y confiar el mando de estas tropas á Ibn-Chihab, y á Hozain. Hizo esta proposicion con el ánimo de alejar por el momento estos importunos contradictores, y con el secreto designio de que no volviesen de esta espedicion, á través de un pais agreste y herizado de ásperas montañas.

Cediendo Yusuf como de costumbre al ascendiente que egercía su amigo sobre él, hizo lo que este deseaba, y despues de haber designado á su mismo hijo Abderramen para el gobierno de la frontera, volvió á tomar el camino de Córdoba.

Había hecho alto en las riberas del Jarama (1) cuando un propio vino á traerles la noticia de que las tropas enviadas contra los Vascos habian sido completamente derrotadas, Ibn-Chihab muerto, y que Hozain se habia retirado á Zaragoza con el escaso número de guerreros que habian escapado del desastre.

---

(1) «Wadi-Charamba» en el «Akhbar majmua;» Ibn-al-Abbar (p. 52) nombra aquí el Wadi-ar-ramal (la ribera arenosa) es decir, el Guadarrama.



Ninguna noticia podia ser mas grata á Samail, y al amanecer de la mañana siguiente, dijo á Yusuf: «Todo vá á pedir de boca. «Alláh nos ha librado de Ibn-Chihab. Acabemos ahora con los Coreiseitas; hacedlos «venir y mandad que se les corte la cabeza.» A fuerza de repetirle á menudo que esta ejecucion era absolutamente necesaria, habia conseguido Samail ganar á su opinion al emir que tambien esta vez condescendió con su voluntad.

Los tres Coreiscitas habian dejado de vivir. A la hora acostumbrada, esto es, á las diez de la mañana (1) se trajo el desayuno, y Yusuf y Samail se pusieron á la mesa. El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos, reprochábase además el haber enviado á Ibn-Chihab y á tantos valientes guerreros á una muerte segura, conociendo que tanta sangre pedía venganza, un vago presentimiento le decia que su poder tocaba ya á su fin, y lleno de zozobra apenas comia. Samail, por el contrario brutalmente alegre, mientras almorzaba con excelente apetito, hacia todo lo posible por confortar

(1) Véase á Burckardt, «Beduinos» p. 36.

al débil emir, de que se servia para satisfacer sus rencores personales, y á quien empeñaba en una via de atroces violencias. «Desechad esas tristes ideas, le dijo: ¿En qué «habeis delinquido? Si Ibn-Chihab ha muer«to no es culpa vuestra, ha perecido en un «combate, y en la guerra eso puede suceder «á cualquiera. Si han sido ejecutados los tres «Coreiscitas, lo merecian, eran rebeldes y pe«ligrosos antagonistas, y el ejemplo de seve«ridad que habeis dado, servirá á los que «quieran imitarlos, para que lo piensen an«tes. La España es ya vuestra y de vuestros «nietos, habeis fundado una dinastía que «durará hasta la venida del Antecristo. «¿Quién será ahora bastante audáz para «disputaros el poder? (c)

Con tales razones procuraba Samail, pero en vano, disipar la tristeza que consumía á su amigo. Concluido el desayuno se levantó, volvió á su tienda, y se fué á dormir la siesta en el departamento destinado á sus dos hijas. Ya solo Yusuf se echó en el lecho

---

(c) Creemos con el Sr. Lafuente que estas palabras muestran en efecto que desde la caida de los Omeyas, Yusuf se habia declarado independiente, ó al menos que este era el pensamiento con que lo halagaba Samail. (N. del T.)

mas por costumbre, que porque tuviera necesidad de dormir, lo que no le permitian sus negros pensamientos. De pronto oyó gritar á sus soldados: «Un correo! Un correo «de Córdoba! É incorporándose: ¿Qué dicen «por ahí? preguntó á los centinelas que es«taban delante de su tienda: ¿Un correo de «Córdoba? - Si, le respondieron, es un esclavo que viene montado en una mula de «Omm-Othman. —Que entre al momento!» dijo Yusuf que no comprendia porque razon su esposa le enviaba un propio, pero que presumía que debía ser para algun asunto grave y apremiante.

Entró el correo y le entregó un billete concebido en estos términos «Un nieto del Califa Hixem ha llegado á España: se ha establecido en Torrox, en el catillo del infame Obaidallah ibn-Othman. Los clientes Omeyas se han declarado por él, vuestro lugarteniente en Elvira, que habia salido para rechazarlo con las tropas que tenía á su disposicion, ha sido derrotado. Sus soldados han sido apaleados; pero ninguno muerto. Haced sin pérdida de tiempo lo que juzgueis más conveniente.»

Cuando Yusuf leyó esta carta, mandó llamar á Samail. Yendo para su tienda ha-

bía visto este llegar el correo, pero indolente como de costumbre, no prestó á ello gran atencion, y solo cuando el emir le hizo llamar á hora tan insólita, fué cuando se figuró, si el emisario habría venido para algun negocio importante.

—Qué ha ocurrido, emir, dijo entrando en la tienda de Yusuf, que me haceis llamar á la hora de la siesta? Supongo que nada malo!

—Si! le respondió Yusuf, ¡por Dios! que es un acontecimiento gravísimo, y me temo que Dios quiera castigarnos de haber muerto á esos hombres.

—Lo que decis es una locura, le contestó Samail con desden; creedme, esos hombres eran demasiado viles para que Dios se ocupara de ellos. Pero veamos, qué ha sucedido?

—Acabo de recibir una carta de Omm-Othman, que Khalib vá á leeros.

Khalib, cliente y secretario del emir, leyó entónces el billete. Menos asombrado que Yusuf porque habia podido preveerlo, Samail no perdió su sangre fria oyendo que Abderramen habia llegado á España. «El «asunto es grave, en efecto, dijo, pero hé «aquí mi opinion: Marchemos al instante

«contra el pretendiente con los soldados que «tenemos. Démosle la batalla, quizá lo ma«tarémos: en todo caso sus fuerzas son aho«ra tan escasas que las dispersarémos fácil«mente, y cuando haya esperimentado una «derrota, perderá probablemente la gana de «repetir.—Me agrada vuestro parecer, replicó «Yusuf, pongámonos en camino sin tardanza»

Pronto supo todo el ejército que un nieto de Hixem estaba en España, y que marchaban á combatirlo. Esta noticia causó entre los soldados una emocion extraordinaria. Indignados yá por el infame complot urdido por sus jefes contra Ibn-Chihab y de que habian sido víctimas gran número de sus contributos, indignados tambien por la ejecucion de los Coreiscitas, á despecho de la contraria opinion de los jeques caisitas, no estaban además dispuestos en manera alguna á hacer una campaña para la que no habian sido pagados. «Se nos quiere obligar decian á hacer dos campañas en lugar de una: no la haremos.» Y á la caida de la tarde comenzó una desercion general: los contributos se llamaban unos á otros, y á bandadas dejaban el campo para volver á sus hogares. Apenas quedaron diez Yemenitas en el campo: eran los porta-estandartes que no

podian abandonar su puesto sin faltar al honor; pero no reprendieron á los desertores, ni hicieron nada para detenerlos. Quedaban tambien algunos Caisitas, especialmente ligados á Samail, y algunos guerreros de otras tribus maáditas, pero no se podia contar con ellos, tanto mas, cuanto que fatigados con la marcha ardian en deseos de volver á sus casas, y rogaron á Yusuf y Samail que los condujeran á Córdoba diciéndoles que emprender una campaña de invierno con tan escasas fuerzas en la Sierra de Regio, sería por temor de un peligro lánzarse en otro mayor: que la revolucion se circunscribiría sin duda á algunos distrito de la costa, y que para atacar á Abderramen era preciso esperar al buen tiempo. Pero una vez que Samail resolvia un plan, se obstinaba de tal modo, que, aunque hubiera algo de verdad en lo que se le decia, persistió en su designio. Fueron, pues á la Sierra de Regio, pero con ayuda de la mala voluntad de los soldados, hubo de convencerse pronto el mismo Yusuf de que el plan de Samail era impracticable. El invierno habia comenzado; las lluvias y los torrentes desbordados ponian intransitables los caminos. Apesar de la oposicion de

Samail, Yusuf ordenó, pues, la vuelta á Córdoba, y contribuyó á hacerle tomar esta resolucion, el que se le dijo que Abderramen no habia venido á España para disputarle el emirato, sino solo para buscar asilo y medios de subsistencia. «Si le ofreceis una de «vuestras hijas en matrimonio y algun dine«ro, vereis como no pretende nada mas.»

Á consecuencia de esto, Yusuf ya en Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió á Torrox tres de sus amigos. Eran estos Obaid, el jeque mas poderoso de los Caisitas, despues de Samail, y amigo de este, Khalid, secretario de Yusuf é Isa, cliente omeya y pagador del ejército. Debian ofrecer al príncipe ricos vestidos, dos caballos, dos mulos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron, pues, con estos presentes, pero cuando hubieron llegado á Orch, en la frontera de la provincia de Regio, (d) Isa (e) que aunque cliente de la familia Omeya estaba sinceramente unido á Yusuf, dijo á sus compañeros: «Me estraña mucho que hombres «como Yusuf, Samail y vosotros puedan obrar

---

(d) Debia hallarse, pues, cerca de Loja, Archidona é Iznajar. (N. del T.)

(e) Denominado «Tarik al-Frers» el que deja el caballo. (N. del T.)

«con tal ligereza. Sois bastantes simples pa-«ra creer que si llegamos con estos presen-«tes á Abderramen, y este rehusa aceptar «las proposiciones de Yusuf, nos dejará vol-«vernos con los regalos á Córdoba?» Esta observacion pareció tan justa y tan sensata á los otros dos, que resolvieron se quedase Isa en Orch con los presentes, hasta que Abderramen hubiera aceptado las condiciones del tratado.

En Torrox encontraron el pueblo y el castillo atestado de soldados, porque habian acudido allí una turba de clientes Omeyas, de Yemenitas, de la division de Damasco, de la del Jordan y de la de Kinnesrina. Pedida y concedida que les fué una audiencia, los recibió el príncipe rodeado de su pequeña córte, en la que Obaidallah ocupaba el primer lugar, y espusieron el objeto de su comision, diciendo: que Yusuf, lleno de reconocimiento á los beneficios que su tatarabuelo el ilustre Ocba ibn-Nafi, habia recibido de los Omeyas, no deseaba mas que vivir en buena inteligencia con Abderramen, pero á condicion de que este no pretenderia el emirato, sino solo las tierras que el califa Hixem habia poseido en España; que le ofrecía, pues, su hija con un dote consi-

derable, que tambien le enviaba presentes que estaban aun en Orch, pero que no tardarian en llegar, y que si Abderramen queria ir á Córdoba, podia estar seguro de encontrar la mas amistosa acogida.

Estas proposicionee agradaron bastante á los clientes. Su primer ardor se habia resfriado un poco desde que habian podido apercibirse de que los Yemenitas, aunque muy dispuestos á combatir á sus rivales, tenian una tibieza desesperante, en lo que tocaba al pretendiente, y bien considerado, todo se inclinaban á un acomodamiento con Yusuf. Respondieron, pues á los mensageros: «Lo que proponeis es escelente. Yusuf «tiene completa razon al suponer que no es «para pretender el emirato, sino para rei«vindicar las tierras que le pertenecian por «derecho hereditario, para lo que nuestro «patrono ha venido á España;» en cuanto al príncipe, no participaba sin duda de esta manera de ver, y su ambicion no se contentaba con la posicion de rico propietario que se le queria dar, pero no teniendo aun el suelo muy seguro bajo de sus piés, y dependiendo enteramente de sus amigos, se mostraba para con ellos modesto y hasta humilde; no osando condenar lo que apro-

baban, guardaba un prudente silencio. Un observador superficial hubiera dicho que su espíritu no habia salido aun del estado de crisálida, ó por lo menos que el viejo Obaidallah le tenia en tutela.

«Hé aquí ahora la carta que Yusuf os envía, replicó Khalid, vereis como en ella confirma todo lo que os acabamos de decir.»

El príncipe tomó la carta, y habiéndosela dado á Obaidallah, le rogó que la leyese en voz alta. Esta carta, compuesta por Khalid, como secretario de Yusuf, estaba escrita con una notable pureza de lenguaje, y en ella se habian vertido á manos llenas las flores de la retórica arábiga. Cuando Obaidallah hubo concluido su lectura, el príncipe siempre prudente, dejó á su amigo el cuidado de tomar una decision. «¿Quereis encargaros de «contestar á esta carta, puesto que conoceis «mi manera de ver?» le dijo.

No podia caber duda sobre el sentido en que habia de estar concebida la respuesta. Obaidallah aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusuf, y el príncipe se habia resignado ya al doloroso sacrificio de sus ambiciosos sueños, cuando una chanza inconveniente de Khalib vino á embrollar el asunto y á devolver al príncipe la esperanza.

Kalib no era árabe, pertenecía á la raza vencida, era español. Su padre y su madre eran esclavos y cristianos, pero á ejemplo de una multitud de sus compatriotas, su padre habia abjurado el cristianismo; haciéndose musulman habia recibido el nombre de Zaid y para recompesarle de su conversion, Yusuf su dueño lo habia emancipado. Educado en el palacio de su patrono, el jóven Khalib, á quien la naturaleza habia dotado de una notable inteligencia, y de gran aptitud para los trabajos de ingenio, estudió con ardor la literatura arábiga, y acabó por conocerla, y escribir el árabe con tal pureza que Yusuf le nombró su secretario. Esto era un gran honor, porque los emires se preciaban de tener por secretarios á los hombres mas versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas. Gracias á su posicion, Khalib adquirió bien pronto una gran influencia sobre el débil Yusuf, que no fiándose nunca de sus propias luces, necesitaba siempre ser guiado por la voluntad de otro, y cuando no estaba Samail era Khalib quien le dictaba sus resoluciones. Envidiado por los Arabes, á cáusa de su influencia y de su talento, y menospreciado por ellos á cáusa de su origen, Khalib devolvía

á estos rudos guerreros menosprecio, por menosprecio, y cuando vió la torpeza con que el viejo Obaidallah, que sabia manejar mejor la espada que el «calam,» hacía sus preparativos para contestar á su elegante carta, se indignó su vanidad de literato, de que el príncipe hubiera confiado tan noble taréa á espíritu tan inculto y tan poco familiarizado con las elegancias del lenguaje. Una burlona sonrisa apareció en sus lábios y dijo en tono desdeñoso: «Los sobacos te «han de sudar Abu-Othman ántes que contestes á una carta como esa!»

Viéndose zumbado de un modo tan grosero por un cualquiera, por un vil español, Obaidallah, cuyo génio era naturalmente violento, se enfureció de una manera espantosa. «Infame, esclamó, no me sudarán mu«chos los sobacos, porque no responderé á tu «carta.» Diciendo estas palabras tiró á Khalib brutalmente la carta á la cara, y le asestó en la cabeza un tremendo puñetazo. «¡Que cojan á ese miserable y que lo encadenen!» prosiguió dirigiéndose á sus soldados, que se apresuraron á ejecutar la órden, y luego dirigiéndose al príncipe le dijó: «Hé aquí el principio de la victoria, «toda la sabiduría de Yusuf reside en ese

«hombre; sin él no es nada.»

El otro mensajero, Obaid, esperó á que la cólera de Obaidallah se hubiera calmado un poco, y luego dijo: «Abu-Othoman, quereis «recordar que Khalib es un enviado y como «tal inviolable?—No señor, le respondió «Obaidallah; el enviado sois vos, así os de- «jarémos marchar en paz. En cuanto al otro «ha sido el agresor y merece ser castigado: «es el hijo de una mujer vil é impura: es un «ildje.» (1)

Á consecuencia de la vanidad de Khalib y del temperamento irascible de Abaidallah quedó rota la negociacion, y Abderramen que veia cómo favorecia el acaso pensamiento que no habia osado confesar, estaba muy léjos de sentirlo.

Cuando Obaid, en el que respetaba Obaidallah al gefe de una noble y poderosa familia árabe, hubo partido y Khalib arrojado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habian hablado de regalos que estaban en Orch, y resolvieron apro-

(1) La palabra «ildje» no significa solamente «cristiano,» como se encuentra en nuestros diccionarios, sino tambien «renegado.» Véase Mármol, «Descripcion de Africa,» t. II, fól. 17, col, 1. Hæst «Nachrichten» p. 147. Charant, p. 48. Jakson, p. 140.

piárselos: eran una presa hecha á Yusuf, con quien ya estaba la guerra declarada. Un centenar de ginetes salieron á rienda suelta hácia Orch, pero Isa, avisado á tiempo, habia partido apresuradamente, llevando consigo todas las riquezas que los enviados debian ofrecer al príncipe ommiada, y los ginetes tuvieron que volverse á Torrox sin haber conseguido su objeto; en adelante jamás perdonó del todo Abderramen á su cliente la conducta que tuvo en esta ocasion, por mas que este cliente tratara de pesuadirle que fiel servidor de Yusuf, su señor entónces, no pudo obrar de otro modo que como lo habia hecho.

Cuando Obaid, de vuelta en Córdoba, informó á Yusuf y Samail de lo que habia pasado en Torrox, esclamó este último: «Ya «esperaba que esta negociacion habia de «frustrarse: bien os lo habia dicho, emir, de«bísteis atacar á ese pretendiente durante «el invierno.» Este plan, bueno en sí mismo pero desgraciadamente impracticable, habia llegado á ser para Samail una especie de idea fija.

XV (1).

Para comenzar las hostilidades tuvieron ambos partidos que esperar al fin del invierno, que este año fué mas rigoroso que de ordinario en Andalucia. Abderramen ó mas bien Obaidallah, pues este era el que lo dirigía todo, aprovechó esta forzada inaccion para escribir á los jeques árabes y berberes, invitándolos á declararse contra Yusuf. Los Yemenitas respondieron unánimemente que á la primera señal del príncipe tomarian las armas para defender su cau-

(1) Véase el «Akhbar madjmua» fól. 83 r.–91 r. libro que he seguido con preferencia á todos; Ibn-al Coutia fól. 10 v.–13 r; Ibn-al-Abbar p. 42, 50‘ 54, 55.

sa. Los Berberes estaban divididos; unos se declararon por Yusuf, otros por el pretendiente. En cuanto á los jeques caisitas, seis solamente prometieron apoyar á Abderramen, tres de ellos tenian ódios personales contra Samail, y eran Djabir, hijo de aquel Ibn-Chihab que Samail habia enviado al pais de los vascos, para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Ibn-Chihab, de cuyo destino debió participar, y Abu-Becr ib-Hilal el Abdita, que estaba irritado contra Samail, porque este le habia pegado un dia á su padre. Los otros tres pertenecian á la tribu de Thakil, que desde los tiempos del ilustre takifitá Haddjadj eran ciegos partidarios de la causa de los Omeyas.

Entrambas naciones rivales, reforzadas por los berberes, iban pues, á comenzar de nuevo, pero en mayor número y en mayor escala, la batalla de Secunda, dada diez años ántes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecian á primera vista. El partido Omeya era superior en número; pero el pretendiente no podia contar mucho con la adhesion de los Yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, no viendo en esta guerra mas que un medio de vengarse de los Maáditas. El

partido de Yusuf presentaba por el contrario una masa tan homogénea como es posible entre tribus árabes, siempre celosas las unas de las otras. Todos en este partido querian la misma cosa: el mantenimiento puro y simple de lo que existia. Yusuf bueno y débil anciano, que en nada estorbaba su amor á la independencia y á la anarquia, era precisamente el emir que convenia á los Maáditas, y si le faltaba sagacidad, lo que sucedia con frecuencia, Samail, quaunque tuviera enemigos, aun entre los Caiesitas, gozaba sin embargo de la estima de la mayoria de sus contributos, estaba siempre allí para aconsejarlo y dirigirlo.

Al comenzar la primavera, sabiéndose en Torrox que Yusuf se preparaba para marchar contra su competidor, resolvieron dirigirse hácia el Oeste, á fin de atraerse durante esta marcha á los Yemenitas, cuyo pais se iba á atravesar, y recibir á Yusuf con ventaja. Era preciso pasar primero por la provincia de Regio, habitada por la division del Jordan, y cuya capital era entónces Archidona. El gobernador de este distrito era entónces un Caisita llamado Djidar. Obaidallah le mandó preguntar, si dejaría pasar al príncipe y á su egército, y Djidar,

sea porque tuviese algun motivo de ódio contra Samail, sea que conociera la necesidad de ceder al voto de la poblacion, enteramente yemenita, (1) del distrito que gobernaba, le mandó esta respuesta: «Traed al príncipe á la «Mozalla» de Archidona, el «dia de la ruptura del ayuno y vereis lo «que hago. Despues del medio dia indicado que en este año 756 caia el 8 de Marzo, llegaron, pues, los clientes con el príncipe á la «Mozalla» así se llamaba una gran llanura en las afueras de la ciudad donde debia ser predicado el sermon á que todos los musulmanes de Archidona tenian obligacion de asistir. Cuando el predicador ó «Khatib» iba á comenzar por la fórmula ordinaria, que consistía en pedir la bendicion celeste para el gobernador Yusuf, Djidar se levantó y le dijo: «No pronuncieis ya «el nombre de Yusuf, sustituidle el de Ab«derramen hijo de Moawia, hijo de Hixem, «porque este es nuestro emir, hijo de nues«tro emir.» Luego continuó dirigiéndose á la multitud: «Pueblo de Regio, qué opinais «acerca de lo que acabo de decir?—Pensa-

(1) Compárese con Ahmed Ibn-abi-Yacub, fól. 78 v.

«mos como vos,» gritaron por todas partes. El predicador suplicó, pues, al Eterno, que concediese su proteccion al emir Abderramen y acabada la ceremonia religiosa, la poblacion de Archidona prestó juramento de fidelidad y de obediencia al nuevo soberano.

Sin embargo, apesar de esta prisa por reconocerle, el número de jeques que se reunieron con sus tropas al pretendiente no fué muy considerable. Esto fué compensado por la llegada de cuatrocientos ginetes de la horda berberisca (1) de los Beni-al-Khali, clientes del Califa Yezid II, que habitaban en el dístrito de Ronda, (llamado entónces Tá-Corona) (2) y que sabiendo lo que habia pasado en Archidona, habian partido aceleradamente para reunirse al ejército.

---

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 13 v.

(2) En este nombre propio, «Corona» es el nombre latino y «tá» el prefijo berber. Este nombre caracteristico era el de una de las fortalezas edificadas sobre el pico de una roca, tan numerosas en la Serranía de Ronda. El lugar que habitaban los Beni-al-Keli, conserva aun su nombre en Benadalid. Es una pequeña poblacion con un castillo muy pintoresco al sud de Ronda, en la ribera derecha del Genil. Véase Mármol, «Rebelion de los Moriscos,» fól. 221, col. 1, y Rochfor Sott, «Excursiones in the mountains of Ronda and Granada,» t. I, p. 89.

Pasando de la Provincia de Regio á la de Sidona, habitada por la division de Palestina, atravesó el príncipe, no sin trabajo, y por senderos escarpados que serpean á los lados de rocas holladas, la salvaje y pintoresca serranía de Ronda. Llegando al lugar donde habitaba la tribu maádita, de Kinena, y que lleva todavia el nombre de Ximena, (1) ligera alteracion de Kinena, no encontró allí mas que mugeres y niños, habiendo partido ya todos los hombres para reunirse con el ejército de Yusuf. Juzgando que no debia comenzar por ejecuciones no les causó molestia alguna.

Reforzado por los Yemenitas de la provincia de Sidona, que se juntaron á él en gran número, marchó el pretendiente á la provincia de Sevilla, habitada por la division de Emesa. Los dos jeques yemenitas mas poderosos de la provincia. Abu-Zabbah de la tribu de Yahcib y Hayat ibn-Molamis, de la tribu de Hadhramot, salieron á su encuentro, y hácia mediados de Marzo hizo

---

(1) Véase sobre Ximena, pequeña ciudad con un oastillo de construccion romana á Rochfor Scott, t. II, p. 28 y sig. El nombre de la tribu Kinena se ha conservado tambien en «Ximena» entre Jaen y Jodar y en Torreximeno al norte de Martos.

su entrada en Sevilla, donde se le juró. Muy poco despues, sabiendo que Yusuf se habia puesto en movimiento por la ribera derecha del Guadalquivir, para venir á atacarle en Sevilla, abandonó esta ciudad con su ejército y se dirigió sobre Córdoba, siguiendo la ribera opuesta del rio, esperando sorprender la capital, que debería estar casi desguarnecida, y donde los clientes Omeyas y los Yemenitas que la habitaban le prestarian auxilio.

Cuando llegaron en el distrito de Tocina, á la villa de Colombera, (1) segun unos, á la que se llamaba Villanova de los Bahritas (hoy Brenes), segun otros, (2) se notó que cada una de las tres divisiones militares, tenia su estandarte, pero que el príncipe no lo tenia. «¡Dios de bondad!» se digeron entonces los jeques, «la discordia vá á estallar entre nosotros.» Entónces el jeque sevillano Abu-Zabbah se apresuró á atar un turbante á una lanza y presentar al príncipe este

(1) «Akbar majmua» fól. 84 r.
(2) Ibn-al-Cutia fól. 11 r. Los Beni-Bahr eran, añade una sub-tribu de los Lakhmitas. Brenes es, una alteracion de la palabra árabe Bharin.

estandarte que llegó á ser el paladium de los Omeyas. (a)

(a) Sobre este estandarte cuenta el Ajbar Madjmua una curiosa tradicion: un devoto, Abu-l-Fralh As-Sadforí, que dominado por el deseo de la guerra santa, pasaba su vida entre la frontera de Aragon y la de Colomera, donde vivia, era gran amigo del adivino Farkad, y pasando un dia cerca de Cazlona, este último le dijo: «En esta ciudad ha de acontecer un infausto suceso:» y le predijo lo que despues acaeció á Abderramen y Abu-Aswad ben Yusuf. Contóle luego la entrada de Abderramen en España, y añadió: «cuando pasemos por Sevilla te mostraré el parage en que se ha de jurar su bandera.» Y habiendo caminado hasta llegar á la alqueria, le dijo señalando á dos olivos: «Entre estos dos árboles se ha de jurar su bandera, y á este acto estará presente uno de los ángeles encargados de la defenas de las banderas con otros 40,000 y no.... (esto falta én el texto) contra un enemigo, sin que este auxilio le preceda cuarenta dias.» Habiendo llegado esto á oidos de Abderramen, cuando envejecía aquel turbante, cubría sus pedazos con otro nuevo, y así continuó durante los reinados de Hixem, Al Haquen y Abd-er-Ramen II, hasta las campañas contra Mérida. Queriendo entónces renovar el estandarte, y hallando aquellos guiñapos Abd-er-Ramen ben Ganin y Al-Escanderan, los tiraron, poniendo el estandarte nuevo en ocasion en que Abd-er-Ramen estaba ausente. Luego que este volvió, desaprobó altamente lo hecho y mandó que se buscasen los pedazos para ponerlos de nuevo, pero no se pudieron encontrar. (N. del T.)

En tanto que Abderramen continuaba su marcha hácia Córdoba, Yusuf que habia hecho una corta parada en Almodóvar, proseguía la suya hácia Sevilla y pronto los dos ejércitos se encontraron frente á frente, separados por el Guadalquivir, cuyas aguas habian crecido demasiado en esta estacion; (era el mes de Mayo) para que se pudiera vadear. Observábanse de ambos lados. Yusuf que tenia prisa de atacar á su competidor, ántes que este hubiera recibido nuevos refuerzos, contemplaba con impaciencia el momento en que bajara la corriente. Por su parte el pretendiente quería marchar sobre Córdoba, sin que se apercibiera el enemigo. A la entrada de la noche hizo encender los fuegos del vivac, á fin de hacer creer á Yusuf que habia plantado su tienda, y luego, aprovechando la oscuridad se puso en camino con el mas profundo silencio. Desgraciadamente para él, tenia que andar cuarenta y cinco millas árabes, y apenas habia hecho una de camino cuando se apercibió Yusuf de su marcha clandestina. Sin perder un instante, el emir volvió piés atrás para proteger á su capital amenazada. Comenzó entónces una verdadera carrera á «pierde el postre,» pero viendo Abderramen

que en ella iba Yusuf á ganar el premio, trató de nuevo de engañarlo deteniéndose. Yusuf que desde la otra orilla observaba todos los movimientos del enemigo hizo lo mismo, cuando Abderramen se puso en marcha hizo otro tanto, hasta que se detuvo repentinamente en Mozara, cerca de Córdoba, frente á su competidor, cuyo plan se habia frustrado enteramente, con gran descontento de sus soldados, que no teniendo mas que garbanzos por alimento, esperaban indemnizarse en la capital de sus privaciones.

El jueves 13 de Mayo, dia de la fiesta de Arafa, comenzó á decrecer el Guadalquivir, y Abderramen, convocando á los jefes de su ejército, que acababa de reforzarse con la llegada de muchos Cordobeses, les habló en estos términos: «Es tiempo de tomar una última y breve resolucion. Conoceis las proposiciones de Yusuf. Si juzgais que debo aceptarlas pronto estoy á hacerlo; pero si quereis la guerra yo tambien la quiero. Decidme, pues, francamente vuestra opinion, cualquiera que ella sea, será la mia.» Habiendo opinado por la guerra todos los eques yemenitas, su ejemplo arrastró á los clientes Omeyas, que en lo íntimo de su pensamiento no rechazaban aun la idea de

un acomodamieuto. Resuelta pues la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra. «Pues bien, amigos mios, le dijo: pasemos «hoy mismo el rio, y hagamos de modo que «mañana podamos dar la batalla, porque «mañana es un dia feliz para mi familia, es «viernes y dia de fiesta, y precisamente en «viernes y en dia de fiesta fué cuando mi tatarabuelo dió el Califado á mi familia, «obteniendo la victoria en la pradera de «Rahita, sobre otro Fihirita que como el que «vamos á combatir tenía un Caisita por vi«sir. Entónces como ahora los Caisitas es«taban de una parte y los Yemenitas de otra. «Esperémos, amigos mios que mañana será «para los Yemenitas y los Omeyas una jor«nada tan gloriosa como la de la Pradera de «Rahita.» Luego el príncipe dió sus órdenes y nombró los gefes que habian de mandar los diferentes cuerpos del ejército. Al propio tiempo entabló una artera é insidiosa negociacion con Yusuf. Queriendo pasar el rio sin combatir, y procurar bastimento á sus hambrientos soldados, le mandó á decir que estaba pronto á aceptar las proposiciones que se le habian hecho en Torrox, y que no habian sido desechadas sino por cáusa de una impertinencia de Khalib, y que en con-

secuencia esperaba que Yusuf no se opondria á que pasara con su ejército á la otra ribera, donde más cerca el uno del otro, podrian proseguir mas fácilmente las negociaciones, y que estando á punto de restablecerse la buena inteligencia, suplicaba á Yusuf se sirviera enviarle víveres á sus tropas.

Creyendo en la buena fé de su rival y esperando que podrian arreglarse los asuntos sin derramamiento de sangre, Yusuf cayó en el lazo. No solo no se opuso al paso de sus tropas, sinoquetambien le envió vacas y carneros. Un singular destino parecía ordenar que el viejo Yusuf secundára siempre sin saberlo los proyectos de su jóven competidor. Ya una vez el dinero que habia dado para que se armáran en su defensa los clientes Omeyas habian servido para traer á España á Abderramen; esta el ganado que le envió sirvió para restaurar las fuerzas de sus enemigos que se morian de hambre.

Solo á la mañana siguiente, viernes 14 de Mayo, dia de la fiesta de los sacrificios, se apercibió Yusuf de que se habia dejado engañar. Vió entónces que el ejército de Abderramen, reforzado con los Yemenitas de

Elvira y de Jaen, que habian llegado con el dia, se colocaba en órden de batalla. Obligado, pues á aceptarla, dipuso sus tropas para el combate, bien que no hubiese recibido aun los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debia traerle de Zaragoza, y que estuvieran demasiado inquietos los Caisitas que habian notado, como Abderramen, la singular semejanza que habia entre esta jornada y la de la Pradera.

Trabóse el combate, el pretendiente rodeado de sus clientes, uno de los cuales Obaidallah llevaba su bandera, montaba un magnífico caballo andalúz, al que hacía dar corbetas. No se creia preciso que todos los caballeros, ni aun siquiera los gefes tuviesen caballos; mucho tiempo despues eran todavía tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba de ordinario montada en mulos; (1) por eso el caballo de Abderramen, inspiró sospechas y temores á los Yemenitas, que se dijeron: «Este es muy jóven é ignoramos si es valiente. Quién nos garantiza

(1) En el siglo X Juan de Gorza embajador del Emperador Oton I, en la córte de Abderramen III, vió en Córdoba la caballería lígera montada en mulos un dia de gran parada. «Vita Johannis Gorziensis» c. 132.



«que sobrecogido por el miedo no se salve «por medio de este caballo andalúz, y que «arrastrando á sus clientes en la fuga no in- «troduzca el desórden en nuestras filas?» Estas murmuraciones, cada vez mas acentuadas, llegaron á oidos del príncipe, que llamó al punto á Abu-Zabbah, uno de los que mostraban mayor recelo. Llegó el jeque sevillano montado en su mulo viejo, y el príncipe le dijo: «Mi caballo es demasiado «fogoso, y con sus saltos me impide apun- «tar bien. Yo quisiera tener un mulo y no «veo en todo el egército ninguno que me «convenga tanto como el vuestro; ès dócil «y á fuerza de encanecer se ha puesto «blanco de negro que era. Me viene, pues, «á pedir de boca, porque quiero que mis «amigos puedan reconocerme por mi cabal- «gadura; si las cosas van mal, lo que Dios «no quiera, no habrá mas que seguir á mi «mulo blanco: él mostrará á cada uno el ca- «mino del honor. Tomad, pues mi caballo y «dadme vuestro mulo.-Pero no valdria mas «que el emir permaneciera á caballo? bal- «buceó Abu-Zabbah, sonrojándose de ver- «güenza.—No por cierto», replicóel príncipe saltando gallardamente á tierra, y cabalgando en el mulo. Tan luego como los Ye-

menitas lo vieron montado en este viejo y pacífico animal desecharon sus temores.

El éxito del combate no estuvo dudoso mucho tiempo. La caballeria del pretendiente arrolló el ála derecha y el centro del egército enemigo, y Yusuf y Samail despues de haber sido testigos cada uno de la muerte de uno de sus hijos, buscaron su salvacion en la fuga. (b) Solo el ála derecha compuesta de Caisitas y mandada por Obaid se mantuvo firme hasta el medio dia y no cedió sino cuando casi todos los Caisitas de distincion, y el mismo Obaid hubieron muerto.

Los Yemenitas victoriosos, ante todo se apresuraron á entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento del enemigo, donde encontraron las viandas que Yusuf habia hecho preparar para sus sol-

(b) Como muestra de la semejanza de carácter entre los antiguos árabes y los modernos andaluces, citamos la siguiente anedoota: Hecho Khalib prisionero, Abderramen confió su guarda á dos enfermos, con órden de qué si los suyos llevaban lo peor de la batalla, lo matasen, por lo cual solía decir Kalib: «Jamás en mis oraciones hice invocacion contra mi propio interés, mas que aquel dia; pues habia dicho: Dios mio concede la victoria á Yusuf, y entónces estaba mi muerte en su victoria y mi vida en la de Ebn-Moawia.» (N. del T.)

dados, y además un botin considerable; otros al palacio de Yusuf en Córdoba, y dos hombres de esta banda que pertenecian á la tribu yemenita de Tai, pasaron el puente á fin de hacer otro tanto con el de Samail en Secunda. Entre otras riquezas hallaron allí un cofre con diez mil monedas de oro. Samail vió y conoció desde lo alto de una montaña situada en el camino de Jaen, á los dos individuos que se llevaban su cofre, y como aunque derrotado y privado de un hijo muy querido, habia conservado todo su orgullo, exhaló al punto su cólera y su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos dos versos:

La tribu de Tai ha tomado mi dinero en depósito, pero dia vendrá en que este depósito sea retirado por mí... Si quereis saber lo que pueden mi lanza y mi espada no teneis mas que preguntar á los Yemenitas y, si ellos guardan un silencio sombrio, los númerosos campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos y proclamarán mi gloria.

En el palacio de Yusuf, Abderramen tuvo mucho que trabajar por echar á los saqueadores, y solo lo consiguió dándoles vestidos, de que decian carecer. El haren de

Yusuf estuvo tambien amenazado del mayor peligro, pues los Yemenitas en su ódio contra el viejo emir, no tenian intencion de respetarlo. La esposa de Yusuf, Omm-Othman, acompañada de sus dos hijas, vino, pues á reclamar la proteccion del príncipe. «Primo, le dijo ella, sed bueno para noso-«tros, puesto que Dios lo ha sido para vos.— «Yo lo seré,» contestó este conmovido por la suerte de estas mugeres, en las cuales veia á miembros de una familia aliada á la suya, y ordenó al punto que se fuera á buscar al «Zahib-az-Zalat» el superior de la mezquita. Cuando el que tenia entónces esta dignidad, que era un cliente de Yusuf hubo llegado, Abderramen le mandó conducir estas mugeres á su morada, especie de santuario, donde éstarian al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les devolvió hasta los objetos preciosos que habia podido arrancar á los saqueadores. Para mostrarle su reconocimiento, una de las hijas de Yusuf le hizo el regalo de una jóven esclava, llamada Holal, que mas adelante dió á luz á Hixem, el segundo emir ommiada de España. (1)

(1) Compárese Ibn-al-Cutia, fól. 12 r. y el «Akhbar madjmua» fól. 86 v. con Khochaní, p. 219.

La noble y generosa conducta de Abderramen descontentó extraordinariamente á los Yemenitas. Les impedia saquear, á ellos, que se prometian un rico botin; tomaba bajo su proteccion mujeres que codiciaban: eran otras tantas usurpaciones de los derechos que creian haber adquirido. «Es par«cial para su familia, se decian los descon«tentos, y pues que á nosotros es á quien de«be su victoria, nos deberia mostrar un poco mas de reconocimiento.» Aun los Yemenitas mas moderados, no desaprobaban del todo estas murmuraciones, pues bien que dijeran que el príncipe habia hecho perfectamente, se veia en la espresion de su fisonomía que no hablaban así sino en descargo de su conciencia, pero en el fondo de su alma daban la razon á los mal contentos. En fin, como no habian prestado ayuda á Abderramen mas que para vengarse de los Maáditas, y este objeto se había conseguido, uno de ellos se acaloró hasta decir: «Hemos concluido con nuestros enemigos los Maádi«tas. Este hombre y sus clientes pertenecen á «la misma raza. Volvamos ahora nuestras «armas contra ellos, matémosles, y en un «solo dia habremos obtenido dos victorias «en lugar de una.» Esta infame proposicion

fué debatida con sangre fria, como si se tratara de la cosa mas natural: unos la aprobaban, otros la desaprobaban. Entre los últimos se contaba toda la raza de Codhaa, á que pertenecian los Kelbitas. Aun no se habia tomado una decision, cuando Thalaba noble Djodhamita de la division de Sidona fué á revelar al príncipe el complot que se tramaba contra él. Un motivo personal le impulsó á ello. Apesar de su noble orígen habia sido vencido por sus competidores, cuando sus contributos habian elejido jeques, y habiendo opinado en favor de la proposicion sus felices rivales, creia haber hallado un excelente medio de vengarse de ellos. Habiendo, pues advertido á Abderramen, le dijo que no podia fiarse mas que de los Codhaas, y que el que habia apoyado la proposicion mas que ninguno, era Abu-Zabbah. El príncipe le dió las gracias con efusion, prometiendo recompensarle mas adelante (á lo que no faltó), y tomó sus medídas sin perder momento. Nombró al Kelbita Abderramen ibn-Noaim prefecto de la policía de Córdoba, y se rodeó de todos sus clientes, que organizó como guardias de corps. Cuando los Yemenitas se apercibieron de que se habia hecho traicion al proyecto

que meditaban juzgaron prudente abandonarlo, y dejaron ir á Abderramen á la gran Mezquita, donde se pronunció en calidad de iman la oracion del viernes, y arengó al pueblo, prometiéndole reinar como buen príncipe.

Dueño de la capital Abderramen, no lo era todavia de España. Yusuf y Samail, aunque hubiesen esperimentado una gran derrota, no desesperaban de restablecer su causa. Segun el plan que habian acordado al separarse despues de la fuga, Yusuf marchó á buscar socorros á Toledo, mientras que Samail se presentó en la division de Jaen, á que pertenecia, donde llamó todos los Maáditas á las armas. En seguida Yusuf vino á reunírsele con las tropas de Zaragoza que habia encontrado en el camino, y con las de Toledo. Entónces ambos gefes obligaron al gobernador de Jaen encerrarse en la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira á buscar un refugio en las montañas. Al mismo tiempo Yusuf que habia sabido que Abderramen se preparaba á marchar contra él, ordenó á su hijo Abu-Zaid ganar á Córdoba por un camino diferente del que seguia Abderramen, y apoderarse de la capital, lo que no le seria dificil, considerando que la ciudad

no tenia mas que una escasa guarnicion. Sí se lograba este plan, Abderramen se veria obligado volver piés atrás para recuperar á Córdoba, y Yusuf ganaria tiempo para engrosar su egército. El plan se logró en efecto. Abderramen se habia puesto ya en camino cuando Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió á Obaidallah que, con algunos guerreros se habia retirado á la torre de la Gran Mezquita y le obligó á rendirse. Pero habiendo sabido poco tiempo despues que Abderramen volvia atrás para atacarle, dejó á Córdoba llevándose consigo á Obaidallah y dos jóvenes esclavas del príncipe que habia hallado en palacio. Los jeques que lo acompañaban le censuraron esto públicamente: «Vuestra conducta es menos noble que la «de Abderramen, le digeron, porque teniendo en su poder á vuestras hermanas y á «las mujeres de nuestro padre, las respetó «y las protegió mientras que vos os apropiais mujeres que le pertenecen.» Abu-Zaid conoció que decian la verdad, y cuando estuvo á una milla al nórte de Córdoba, mandó levantar una tienda para las dos esclavas que instaló allí despues de haberles devuelto sus efectos. Luego fué á juntarse

con su padre en Elvira.

Cuando Abderramen supo que Abu-Zaid habia dejado á Córdoba, marchó rápidamente contra Yusuf, pero las cosas se rodearon de otra manera que se esperaba. Conociéndose demasiado débiles para resistir al príncipe á la larga, Yusuf y Samail le enviaron proposiciones declarando que estaban prontos á reconocerlos por emir, siempre que les garantizara todo lo que poseian, y concediera una amnistia general. Abderramen las aceptó, estipulando por su parte que Yusuf le entregaria en rehenes á sus dos hijos, Abu-Zaid y Abu-'l-Aswad, comprometiéndose á tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligacion que la de no abandonar su palacio, y prometiéndo devolverlos á su padre, tan luego como la tranquilidad estuviera enteramente restablecida. Durante estas negociaciones, el español Khalib, prisionero de Abderramen, fué cangeado por Obaidallah, prisionero de Yusuf. Por un estraño juego de la fortuna, el cliente Omeya fué cangeado por el mismo que habia hecho prender.

Reconocido por todos como emir de España Abderramen con Yusuf á su derecha, y Samail á su izquierda, volvió á tomar el

camino de Córdoba (Julio 756). Durante todo el viaje, Samail se mostró el hombre mas cortés y bien educado del mundo, y Abderramen acostumbraba á decir posteriormente: «¡Cierto es que Dios concede el gobierno «segun su voluntad, y no segun el mérito «de los hombres! Desde Elvira hasta Cór«doba Samail estuvo siempre á mi lado, y sin «embargo, su rodilla no tocó jamás la mia, «nunca la cabeza de su caballeria se adelantó «á la de la mia, jamás me hizo una pregunta «que pudiera parecer indiscreta, y jamás «comenzó una conversacion sin que yo le «hubiese dirigido la palabra.» (1) El príncipe, añaden los Cronistas, no tuvo motivo para hacer el mismo elogio de Yusuf.

Todo marchó bien durante algun tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusuf, que querian ponerle pléito, bajo pretesto de que se habia apropiado tierras á las que no tenía derecho, quedaron sin efecto. (d) Él y Samail gozaban de gran favor en la córte, y hasta los consultaba muchas veces

(1) Ziyad hermano bastardo de Moawia I, y gobernador del Irac, hace un elogio semejante, hablando de Haritha. Véase Ibn-Khallican, t. I, p. 325, ed. de Sláne.

(d) El «Ajbar Madjmua,» dice que sentenció en contra de los demandantes. (N. del T.)

Abderramen en graves y difíciles coyunturas. Samail se habia resignado con su suerte, y Yusuf incapáz de tomar por si solo ninguna resolucion importante, acaso se hubiera acomodado tambien á su papel secundario si no hubiese estado rodeado de nobles coreiscitas, fihíritas y hachimitas, que habiendo ocupado las mas altas y lucrativas dignidades, durante su reinado, y no pudiendo resignarse á la oscura condicion á que se veian reducidos, se esforzaban en excitar al emir antiguo contra el nuevo, dando una interpretacion, torcida á las menores palabras del príncipe. Y consiguieron demasiado sus propósitos. Resuelto á tentar una vez mas la suerte de las armas, solicitó Yusuf en vano el apoyo de Samail y el de los Caisitas, pero consiguió mas de los Baladies (así se llamaban los Arabes que vinieron á España antes de los Sirios,) principalmente de los de Lacant, (1) Mérida y Toledo, y en el año 758 recibió Abderramen un dia la noticia de que Yusuf habia huido en direccion á Mérida. Lanzó al punto escuadrones en su persecucion, pero en vano. Entonces hizo traer á Samail y le reprochó duramen-

(1) Este Lugar se hallaba probablemente en los alrededores de Fuénte de Cantos, al N, O. de Sevilla.

te haber favorecido la evasion de Yusuf. «Estoy inocente, respondió el Caistta; la «prueba es que no le he acompañado, como «lo hubiera hecho, si fuera su cómplice.—Es «imposible que Yusuf haya dejado á Córdo- «ba sin consultaros, replicó el príncipe, y «vuestro deber era advertírmelo.» Y lo mandó encerrrar en una prision, como tambien á los dos hijos de Yusuf que se hallaban en palacio en calidad de rehenes.

Yusuf, despues de haber reunido en Mérida sus partidarios árabes y berberes, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos habitantes se unieron á él, y de aquí marchó sobre Sevilla. Habiendo acudido á su bandera casi todos los Baladíes de esta provincia, y un gran número de Sirios, pudo comenzar á la cabeza de veinte mil hombres, el sitio de esta ciudad, donde gobernaba un pariente de Abderramen, llamado Abdelmelic, que el año anterior habia llegado á España con sus dos hijos. Pero creyendo en seguida que este gobernador que no tenia bajo sus órdene mas que una escasa guarnicion, compuesta de Arabes y Sirios, no se atreveria á emprender nada contra él, resolvió dar sin tardanza un gran golpe, marchando directamente sobre la capital, án-

tes que los Arabes sírios del mediodia hubiesen tenido tiempo de llegar á ella. Frustróse este plan, porque mientras que Yusuf estaba todavia en camino, llegaron los Sirios á Córdoba y Abderramen salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte el gobernador de Sevilla recibió presto un refuerzo con la llegada de su hijo Abdallah, que creyendo á su padre sitiado en Sevilla, habia venido á su socorro con las tropas de Moron, de cuyo distrito era gobernador, y entónces padre é hijo resolvieron ír á atacar á Yusuf, durante su marcha. Advertido éste de los movimientos del enemigo, y temiendo ser cogido entre dos fuegos, se apresuró á retroceder para aniquilar primero las tropas de Sevilla y de Moron. A su aproximacion, Abdelmelic que queria dar tiempo á Abderramen para llegar, se retiraba lentamente; pero Yusuf le obligó á detenerse y aceptar el combate. Como de costumbre comenzó la batalla por un combate singular. Un Berberisco cliente de una familia fihirita, salió de las filas de Yusuf gritando: «¿Hay alguno que quiera «ponerse conmigo?» Como era un hombre de colosal estatura y de prodigiosa fuerza, ninguno de los soldados de Abdelmelic osó

aceptar el desafio. «He aquí un principio «muy propio para desanimar á nuestros sol- «dados,» dijo entónces Abdelmelic, y dirigiéndose á su hijo Abdallah: «Vé hijo mio, «le dijo, vé á luchar con ese hombre, y que «Dios te ayude.» Ya iba Abdallah á salir de las filas para cumplir la órden desu padre, cuando un Abisino, cliente de su familia, llegóse á él y le preguntó lo que iba á hacer: «A combatir á ese Berberisco,» le respondió Abdallah. «Dejadme á mí ese cuidado,» dijo entónces el Abisino, y en el mismo instante salió al encuentro del campeon.

Los dos ejército esperaban con ansiedad el resultado del combate. Los dos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y bravura, así que la lucha continuó algun tiempo sin ventaja de uno ni de otro; pero estando el piso húmedo á causa de la lluvia el Berberisco se resbaló y cayó al suelo. Mientras que el Abisino se lanzaba sobre él y le cortaba las piernas, enardecido el ejército de Abdelmelic con el triunfo de su campeon, lanzó el grito de «Dios es grande» y cayó sobre la hueste de Yusuf, con tanto ímpetu que la puso en fuga. Un solo ataque habia decidido, pues, la suerte de la batalla; pero Abdelmelic no tenia bastantes tro-

pas para sacar de su victoria el fruto que hubiera deseado.

Mientras que sus soldados huian en todas direcciones, Yusuf acompañado solamente de un esclavo, y del persa Sabic, cliente de los Temin, atravesó el campo de Calatrava, y ganó la carretera que conducía á Toledo. Corriendo á rienda suelta, pasó delante de un lugarejo situado á diez millas de Toledo, donde fué reconocido, y donde un descendiente de los Medineses dijo á sus amigos: «Montemos á caballo y matémos á ese hombre; solo su «muerte puede dar reposo á su alma, y al «mundo, porque mientras viva será un tizon de discordia! Aprobaron sus compañeros la proposicion, montaron á caballo y como los tenian frescos, mientras que los de los fugitivos iban agobiados de fatiga, alcanzaron á los que perseguian á cuatro millas de Toledo y mataron á Yusuf y á Sabic. Solo el esclavo escapó de sus espadas y llevó á Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdallah ibn-Amr vino á ofrecer á Abderramen la cabeza de su infortunado competidor, este príncipe que queria concluir con sus enemigos, hizo tambien deca-

pitar á Abu-Zaid, uno de los dos hijos de Yusuf, y condenó á Abu-'l-Aswad, el otro, (á quien no perdonó la vida sino en consideracion á su estrema juventud) á cautividad perpétua. Solo Samail podia aun hacerle sombra. Una mañana se esparció el rumor de que habia muerto de apoplegía estando ébrio. Los jeques maáditas introducidos en su calabozo, á fin de que pudieran convencerse de que no habia fallecido de muerte violenta, encontraron al lado del cadáver vinos, frutas y confites. Ellos no creyeron sin embargo en una muerte natural, y en esto tenian razon; en lo que se equivocaban era en suponer que Abderramen habia hecho envenenar á Samail. La verdad era que lo habia hecho estrangular. (1)

(1) Véase á Macari, t. II, p. 24.



XVI.

Abderramen habia conseguido sus deseos. El proscripto, que lanzado de un lado á otro durante cinco años por todos los azares de una vida aventurera, habia errado de tribu en tribu por los desiertos del África, habia llegado al cabo á ser dueño de un gran pais, y sus mas declarados enemigos habian perdido la vida.

No gozó sin embargo pacíficamente de lo que habia alcanzado con la perfidia y el asesinato. Su poder no tenia raices en España; solo lo debia al apoyo de los Yemenitas, y desde el principio habia podido convencerse de cuán precario era este apoyo.

Ardiendo en deseos de vengarse de la derrota de Secunda, y de recobrar la heguemonía de que habian estado privados tanto tiempo, la causa de Abderramen no era para ellos mas que un pretesto: en realidad, mejor hubieran querido elevar al emirato á alguno de los suyos, si sus celos recíprocos se lo hubieran tolerado, y era de preveer que volviesen sus armas contra el príncipe en cuanto fuera vencido el enemigo comun. En efecto, no dejaron de hacerlo, y durante sus treinta y dos años de reinado, vió Abderramen I su autoridad contestada, ya por los Yemenitas, ya por los Berberes, ya en fin, por los Fihiritas, que aunque batidos muchas veces se levantaban despues de cada derrota con nuevas fuerzas, como aquel jigante de la fábula á quien Hércules derribaba siempre en vano. Felízmente para él no habia nunca union entre los jeques árabes, que tomaban las armas, ya para vengar agravios personales, ya para sasisfacer un simple capricho, conocian confusamente que para vencer al emir era necesaria una confederacion de toda la nobleza; pero ellos no tenian el hábito de concertarse y de obrar unidos. Gracias á esta falta de union de sus enemigos, gracias tambien á su infa-

tigable actividad y á su política ya pérfida y astuta, ya violenta y atróz, pero casi siempre hábil, bien calculada y adaptada á las circunstancias, Abderramen supo sostenerse aunque solo apoyado por sus clientes, algunos jeques que se le habian adherido, y los soldados berberes que habia hecho venir de África.

Entre las mas formidables de las numerosas revueltas intentadas por los Yemenitas es preciso contar lade Allah Ibn-Moghih (1) que estalló el año 763). Dos años antes, el partido fihrita, de que Hixem ibn-Ozra, hijo de un antiguo gobernador de la Península, era jeque entónces, se habia sublevado en Toledo, y el emir no habia conseguido aun reducir esta ciudad cuando Allah nombrado gobernador de España por el califa abasida Almansor, desembarcó en la provincia de Beja y enarboló el estandarte negro que le habia dado el califa. (2) Ninguno mas propio para reunir los diferentes

---

(1) Difieren los autores árabes acerca de la tribu á que pertenecíá Allah. Los unos nombran á la de Yazob; otros á la de Hadhramot, y otros á la de Djodham.

(2) Se sabe que el negro era el color de los Abasidas.

partidos; puesto que no representaba esta ni aquella fraccion, sino la universalidad de los musulmanes. Así los Fhiritas de esta parte de España se juntaron á los Yemenitas, y la posicion de Abderramen, asediado en Carmona, durante dos meses, llegó á ser tan crítica que se decidió á jugar el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, fatigados por lo largo del sitio, se habian vuelto á sus hogares bajo diversos pretestos, eligió setecientos hombres, los mejores de la guarnicion, y haciendo encender una gran hoguera cerca de la Puerta de Sevilla, les dijo: «Amigos mios, es preciso vencer ó morir. Echemos en ese fuego las váinas de nuestras espadas, y juremos morir como bravos, si no podemos alcanzar la victorial» Lanzaron todos á las llamas las váinas de sus espadas, y saliendo de la ciudad se precipitaron sobre los sitiadores, con tal ímpetu, que estos, despues de haber perdido, á lo que se asegura, sus gefes y siete mil de los suyos, emprendieron la fuga en espantoso desórden. (a) El vencedor, irritado,

(a) Ibn-Adhari. pág. 113 de la trad. de D. F. Fern. y Gonzalez. De muy diferente manera lo cuenta el Ajbar Madjmua: segun este, los cercados en Carmona fueron los sublevados. (N. del T.)

hizo cortar la cabeza al cadáver de Allah y á los de sus principales compañeros, y queriendo quitarle al califa abasida las ganas de disputarle á España, hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y de alcanfor, y despues de colocar en la oreja de cada una un papel en que se declaraba el nombre y la calidad de aquel á quien habia pertenecido, las hizo meter en un saco, juntando á ellas el estandarte negro, el diploma por el que Almanzor nombraba á Allah gobernador de España, y una relacion escrita de la derrota de los insurjentes. Con dádivas comprometió á un comerciante de Córdoba á llevar este saco á Cairawan, donde le llamaban negocios de comercio, y á colocarlo durante la noche en el soco de esta ciudad. El comerciante cumplió su mision sir ser descubierto, y se dice que Almanzor, noticioso de ello, esclamó aterrorizado: «Doy gracias á Dios «que ha puesto un mar entre semejante ene«migo y yo.» (1)

---

(1) «Akhjbar madjmua» fól. 91 fól. r.-92 r.—Ibn-al-Cutia fól. 14 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 53-55. Algunos historiadores dicen que el saco fué llevado por un peregrino de Córdoba no á Cairawan, sino á la Meca, (b) donde Al-Manzor se encontraba entónces.

(b) Segun As-Sabmi en las «Perlas de los Colla-



La victoria obtenida sobre el partido abasida fué pronto seguida de la rendicion de Toledo. (764) Cansados de la larga guerra que tenian que sostener los Toledanos, entraron en parlamentos con Badr y Tamman que mandaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía despues de haber entregado sus gefes. Cuando los llevaban á Córdoba, el emir envió á su encuentro un barbero, un sastre y un cestero. Segun las órdenes que habian recibido el barbero afeitó á los prisioneros la cabeza y la barba; el sastre les hizo túnicas de lana, (c) el cestero canastas y los habitantes de Córdoba vieron llegar un dia á la ciudad asnos con canastas, de donde salian cabezas calvas y bustos estrañamente rebosados en estrechas y mezquinas túnicas de lana. Perseguidos por los silvidos del populacho, los infelices Toledanos fueron paseados por la ciudad y crucificados en seguida. (1)

res» encontrando Almanzor en la Meca, donde habia ido en peregrinacion, el azafate en la puerta de su tienda, dijo: «á fé mia que hemos espuesto á la «muerte á este mezquino. ¡Alabado sea Dios que ha «puesto el mar entre nosotros y ese demonio! (N. del Tr.)

(1) «Akhbar majmua» fól. 92 r. y v.; Ibn-Adhari t. II, p. 55.

(c) Al-Omri que estaba enfermo, dijo á Haywa: «¡Angosta chupa me han vestido!» y Haywa le contestó «¡Ojalá tuviera itempo de romperla!» Akhbar-Madjmua. (N. del T.)

La manera cruel con que Abderramen castigaba á los que habian osado desconocer su autoridad, muestra suficientemente que queria reinar por el terror, pero los Arabes, á juzgar por la rebelion de Matarí que estalló dos años despues del suplicio de los nobles toledanos, no se dejaban intimidar fácilmente. Este Matarí era un jeque yemenita de Niebla. Una noche que habia hecho libaciones demasiado copiosas, y en que la conversacion habia recaido sobre la matanza de los Yemenitas que habian combatido bajo el pendon de Allah, cojió su lanza, le ató un trapo, y juró vengar la muerte de sus contributos. Cuando despertó por la mañana habia olvidado enteramente lo que habia hecho la víspera, y al fijar los ojos en la lanza, transformada en estandarte, preguntó qué significaba aquello. Refiriósele entónces lo que habia dicho y hecho la noche precedente, y lleno de terror esclamó: «Quitad al punto ese pañuelo de mi «lanza, á fin de que no se divulgue mi in«discrecion.» Pero ántes que hubieran tenido tiempo de ejecutar esta órden: «Nó, dijo, «dejad ese estandarte. Un hombre como yo «no abandona un proyecto, sea el que quie«ra:» y llamó á sus contributos á las armas.

Supo mantenerse algun tiempo, y cuando al fin fué muerto en el campo de batalla, sus compañeros continuaron defendiéndose con tanta tenacidad, que el emir se vió obligado á tratar con ellos y á concederles su gracia. (1)

Llegó su vez á Abu-Zabbab. Aunque Abderramen tuviera completa razon para desconfiar de este poderoso yemenita que habia querido asesinarlo inmediatamente despues de la batalla de Mozara, no juzgó sin embargo prudente romper con él, y le confió el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo insurrectos que combatir, y se creyó bastante fuerte para no tener nada que temer de Abu-Zabbah, lo destituyó de su puesto. Furioso Abu Zabbah, llamó á los Yemenitas á las armas. Pronto adquirió Abderramen la certeza de que la influencia de este jeque era mayor de lo que habia creido. Entónces entabló negociaciones insidiosas; hizo proponer una entrevista al Sevillano, y le hizo entregar por Ibn-Khalib un salvo-conducto firmado de su puño. Abu-Zabbah vino entónces á Córdoba, y, dejando los cuatrocientos caba-

(1) «Akhbar madjmau» fól. 92 v.

lleros que lo acompañaban á la puerta del palacio, tuvo con el emir una conversacion secreta. Tratóle, segun dicen, con palabras injuriosas. Entónces Abderramen trató de darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jeque sevillano le obligó á llamar á sus guardias y hacerle matar por ellos. Acaso hubo mas premeditacion en este homícidio que la que los clientes ommiadas, que han escrito la historia de sus patronos han querido confesar.

Cuando Abu-Zabbah espiró, Abderramen hizo echar una manta sobre su cadáver, y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre, y habiendo luego mandado venir á sus visires, les dijo que Abu-Zabbah estaba prisionero en palacio, y les preguntó si convendria matarlo. Todos le aconsejaron no hacerlo. «Seria muy peligroso, le «dijeron, porque los ginetes de Abu-Zab«bah están á las puertas de palacio y vues«tras tropas ausentes.» Uno solo no participó de su opinion; era un pariente del emir que espresó la suya en estos versos:

Hijo de los califas, os doy un buen consejo, induciéndoos á matar á ese hombre,

que os ódia, y que arde en deseos de vengarse de vos. Que no se os escape, porque si queda con vida será para nosotros el orígen de una gran desgracia. Concluid con él y quedaréis desembarazado de una gran enfermedad. Sepultadle en el pecho una buena hoja damasquina: cuando se trate de semejante hombre, hasta la violencia es generosidad.

«Sabed, pues, replicó entónces Abderramen, que lo hé hecho matar,» y sin atender á la sorpresa de sus visires levantó la manta estendida sobre el cádaver.

Los visires que no habian desaprobado la muerte de Abu-Zabbah, sino porque temian el efecto que semejante violencia habia de producir en sus acompañantes, conocieron muy luego que semejante temor carecía de fundamento, pues cuando un empleado de palacio les anunció que su jeque no existía, y que ellos podian marcharse, se retiraron tranquilamente; circunstancia estraña que hace suponer, si Abderramen, no queriendo obrar sino sobre seguro, los habia corrompido de antemano.

Un solo cliente omeya, tuvo sentimientos bastante elevados para condenar esta traicion infame de que habia sido instrumento

sin saberlo; era Ibn-Khalid, el que habia remitido al jeque sevillano el salvo-conducto del emir. Retiróse á sus tierras y desde entónces rehusó contantemente aceptar ningun empleo. (1)

Poco tiempo despues de la muerte de Abu-Zabbah estalló una gran insurreccion entre los Berberes, que hasta entónces habian estado tranquilos. Fué escitada por un maestro de escuela, semi-fanático, semi-impostor, que vivía en el Este de España, y se llamaba Chakya. Pertenecia á la tribu berbere de Miknesa, pero ya sea que su cerebro se hubiera turbado con el estudio pel Coran, las tradiciones relativas al Profeta y la historia de los primeros tiempos del islamismo, ya sea que la ambicion le llevara á hacerse gefe de partido, creia ó pretendia creer que dascendía de Alí y de Fátima, la hija del Profeta. Los crédulos Berberiscos aceptáron esta impostura, tanto más facilmente, cuanto que por una circunstancia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba tambien Fátima, y cuando Chakya, ó mas bien Abdallah, hijo de Mohammed, porque así era como se ha-

(1) «Akhbar madjmua» fól. 92 v.-93 v.; cf. Ibn-al-Abbar, p. 45.

cía llamar, vino á establecerse en el pais que se estiendo entre el Guadiana y el Tajo, los Berberes que constituian la mayoría de la poblacion musulmana, y que estaban siempre dispuestos á tomar las armas cuando se lo ordenaba un marabut, acudieron en tropel bajo sus estandartes de tal manera, que pudo apoderarse sucesivamente de Sontebria (1) de Mérida, de Coria y de Medellin. Batió las tropas que envió contra él el gobernador de Toledo; ganó á su causa los Berberes que servian en la hueste del cliente omeya Obaidallah; atacó á los otros soldados de este general, los derrotó, se apoderó de su campo y supo siempre escapar á las persecuciones de Abderramen, retirándose á las montañas. En fin, despues de seis años de guerra, Abderramen buscó y obtuvo el apoyo de un Berberisco que era en aquella éspoca el jeque más poderoso en el Este de España, y que miraba con ojos celosos el poder y los triunfos del pretendido fatimita. Entónces se introdujo la discordia entre los Berberes, y Chakya se vió obligado á abandonar á Sontebria y á retirarse há-

(1) Sontebria (hoy Castro de Santober, en las orillas del Guadiela;) era una ciudad muy importante en la época de la dominacion arábiga Gallangos, notas sobre Razi, p. 47.

cia el norte; (1) pero mientras Abderramen marchaba contra él, asolando los campos y las aldeas de los Berberes que se encontraba en su camino, estalló otra revuelta en el Oeste donde los Yemenitas no esperaban mas que una ocasion favorable para vengar la muerte de Abu-Zabbah. El alejamiento del emir suministró esta ocasion y ellos marcharon sobre la capital, de que esperaban apoderarse por un golpe de mano, mandados por los parientes de Abu-Zabbah que eran gobernadores de Beja y de Niebla y reforzados por los Berberes del Oeste, trabajados hacía mucho tiempo á lo que parece por los emisarios del Marabut.

No bien hubo recibido Abderramen estas enojosas nuevas, cuando volvió apresuradamente á Córdoba, y rehusando detenerse ni una sola noche en su palacio, como se lo proponían, halló á sus enemigos atrincherados en la ribera del Bembezar. (2) Habiéndose pasado los primeros dias en escaramuzas poco importantes, Abderramen se

(1) «Akhbar madjmua» fól. 93 v. Ibn-Adharí t. II, p. 56-57; Nowairi p. 441.

(2) Ibn-al-Coutia nombra á este rio que parece haber llevado tambien el nombre de Wadi-Cais- (Rio de los Caisitas) como se encuentra en Ibn-Adhari.



valió de sus clientes berberes, entre los que se hallaban los Beni-al-Khali, para separar á los Berberes de su alianza con los Yemenitas. Habléndose deslizado en el campo enemigo al caer la noche, los clientes hicieron comprender á los Berberes que si el emir, único que podia defenderlos contra el ódio celoso de los Arabes, perdía su trono, su espulsion sería la consecuencia inevitable. «Podeis contar, añadieron, con el reco-«nocimiento del príncipe, si quereis aban-«donar una cáusa contraria á vuestros in-«tereses y abrazar la suya.» Sus consejos prevalecieron: los Berberes les prometieron hacer traicion á los Yemenitas, cuando el combate, fijado para el dia siguiente, se hubiera trabado. Cumplieron su promesa. Antes de la batalla, dijeron á los Yemenitas: «Nosotros no sabemos combatir más que á «caballo, mientras que vosotros sabeis muy «bien combatir á pié: dadnos todos los ca-«ballos que teneis.» No teniendo ninguna razon para desconfiar de ellos, los Yemenitas consistieron en su demanda. Lugar tuvieron de arrepentirse, pues habiendo comenzado el combate, los Berberes que habian obtenido caballos, fueron á juntarse á la caballería omeya, y mientras que car-

aban vigorosamente á los Yemenitas, hueron los otros Berberes. Los Yemenitas fuen rotos por todas partes. Entónces coenzó una horrible carnicería. Los soldados de Abderramen, en su ciego furor herian indistintamente á todos los que encontraban, á despecho de la órden que habian recibido de perdonar á los Berberes fugitivos. Treinta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, y fueron enterrados en una fosa que todavía se enseñaba en el siglo X. (1)

La revolucion de los Berberes del centro, no fué reprimida sino despues de diez años de guerra, cuando Chakya fué asesinado por dos de sus compañeros, y duraba aun cuando una confederacion formidable llamó á España á un conquistador estrangero. Los miembros de esta confederacion eran el Kelbita al-Arabi (2) gobernador de Barcelona, el Fihirita Abderramen-ibn-Habib, yerno de Yusuf y apellidado el «Eslavo,» porque su cuerpo delgado y alto, su blonda

---

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 93 v., 94 r.; Ibn-al-Cutia, fól. 13 r y v.; Ibn-Adhari. t. II, p. 52, 53.

(2) Soliman ibn-Yacdhan al-Arabi.

cabellera y sus azules ojos recordaban el tipo de esta raza, de que muchos indivíduos vivian en España como esclavos, y en fin, Abu-'l-Aswad, hijo de Yusuf, que Abderramen habia condenado á cautividad perpétua, pero que habia logrado burlar la vigilancia de sus carceleros, fingiéndose ciego. Al principio no se quiso creer en su ceguera. Se le hicieron sufrir las pruebas mas difíciles, pero el deseo de libertad le hizo no descuidarse ni un momento, y representó su papel con tanta perseverancia y con tanto talento para engañar, que al cabo todo el mundo lo creyó. Viendo entónces que sus carceleros no hacian mucho caso de él, concertó su plan de evasion con uno de sus clientes que habia obtenido permiso de venir de cuando en cuando á visitarlo. Y una mañana que llevaban los presos por un camino subterráneo al rio, para que se lavasen, el cliente se apostó con algunos amigos y caballos en la ribera opuesta. Aprovechándo un momento de descuido, Abu-'l-Aswad se tiró al rio, lo atravesó á nado, montó á caballo, tomó á galope el camino de Toledo y llegó sin obstáculo á esta ciudad. (1)

(1) Ibn-al-Abbar p. 56.

Tan profundo éra el ódio que estos tres gefes profesaban á Abderramen, que resolvieron implorar el auxilio de Carlomagno, apesar de que este conquistador, que ya llenaba el mundo con la fama de sus hazañas, era el mas encarnizado enemigo del islamismo. Fueron, por consiguiente, en el año 777 á Paderborn, donde Carlomagno tenia entónces un Campo de Mayo, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló en aceptar la proposicion. Tenia entónces las manos libres, y podia pensar en nuevas conquistas. Los Sajones se habian sometido (así al menos lo creia) á su dominio y al cristianismo. Millares de ellos venian en aquel momento á bautizarse en Paderborn, y Wittekind, el mas temible de sus gefes se habia visto obligado á dejar el pais y á buscar asilo en las tierras de un príncipe danés. Se convino pues, en que Carlomagno, franquearía el Pirineo, con numerosas tropas que al-Arabi y sus aliados del norte del Ebro le reconocieran por soberano, y que el «Eslavo» despues de haber reclutado tropas berberiscas en Africa, las conduciria á la provincia de Todmir, (Murcia), donde secundaría el movimiento del norte, enarbolando el estan-

darte del califa abasida, aliado de Carlomagno. En cuanto á Abu-'l-Aswad ignoramos la parte de España en que debia operar.

Esta formidable coalicion, que no habia decidido su plan de campaña, sino despues de haberlo deliberado maduramente, amenazaba ser infinitamente mas peligrosa para Abderramen que ninguna de las precedentes; afortunadamente para él la ejecucion no correspondió á los preparativos. Verdad es que el «Eslavo» desembarcó con un ejército berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto y ántes que Carlomagno hubiera pasado el Pirineo, así que cuando pidió socorros á al-Arabi, este le mandó á decir, que segun el plan adoptado en Paderdorn, su papel era permanecer en el norte para secundar al ejército de Carlomagno. (1) El ódio entre Fihiritas y Yemenitas estaba demasiado arraígado para que no se supusiera traicion

(1) Así es como creo entender estas palabras del «Akhbar madjmua» El «Eslavo» escribió á al-Arabí para pedirle hacer cáusa comun con él. Al-Arabí le respondió: «no dejaré de ayudaros.» El «Eslavo» quedó tanto mas descontento con esta respuesta, cuanto que veia que al-Arabi no reunía tropas para venir en su ayuda, etc.



por ambas partes. Creyéndose el «Eslavo» vendido por al-Arabi, volvió sus armas contra él, fué batido, y de vuelta á la provincia de Todmir, asesinado por un Berberisco de Oretum á quien imprudentemente habia concedido su confianza, no sospechando que era un emisario de Abderramen.

En el momento, pues, en que el ejército de Carlomagno se aproximaba al Pirineo, uno de los tres jeques árabes con quienes contaba, habia dejado de existir. El segundo, Abn-'l-Aswad, lo apoyó tan débilmente que ninguna crónica franca ni árabe nos cuenta lo que hizo. No le quedaba, pues, mas que al-Arabi, y sus aliados del norte, tales como Abu-Thor, gobernador de Huesca y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña. Sin embargo, al-Arabi no habia permanecido inactivo. Secundado por el defensor Hosain ibn-Yahya, uno de los descendientes de aquel Sad ibn-Obada, que habia aspirado el califato despues de la muerte del Profeta, se habia hecho dueño de Zaragoza. Pero cuando el ejército de Carlomagno llegó delante de las puertas de esta ciudad no pudo vencer la repugnancia que tenian sus correligionarios á admitir al rey de los franceses dentro de sus muros: el defensor Ho-

sain ibn-Hahya, sobre todo, no hubiera podido consentirlo sin renegar de los recuerdos de su familia, que le eran tan sagrados. Viendo que no podia persuadir á sus conciudadanos, y no queriendo que Carlomagno supusiera que lo habia engañado, al-Arabi se puso en sus manos espontáneamente.

Habia debido, pues, Carlomagno empezar el sitio de Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Wittekind habia vuelto á Sajonia; á su voz los Sajones habian vuelto á tomar las armas, aprovechando la ausencia del ejército franco, y llevándolo todo á sangre y fuego habian penetrado ya hasta el Rhin, apoderándose de Deutz, frente á Colonia.

Obligado á dejar á toda prisa las orillas del Ebro para volver á las del Rhin, Carlomagno marcho hácia Roncesvalles. Entre las rocas y las selvas que dominan el fondo septentrional de este valle, se habian emboscado los Vascos, llevados por su ódio inveterado contra los francos, y ávidos de botin. Desfilaba el ejército franco en estrecha línea delgada y larga, como lo exigia lo angosto del terreno. Los Vascos dejaron pasar la vanguardia, pero cuando llegó la retaguardia embarazada con los bagajes,

se precipitaron sobre ella y aprovechando la ligereza de sus armas y la ventaja de su posicion, la arrojaron al fondo del valle, mataron despues de un tenáz combate hasta el último, y entre ellos á Rolando, capitan de la frontera de Bretaña: luego saquearon los bagajes y protegidos por las sombras de la noche, que ya espesaban, se desparramaron por diversos lugares con estrema celeridad. (1)

Tal fué el desastroso fin de esta espedicion de Carlomagno, emprendida con tan felicísimos auspicios. Todos contribuyeron á que se malograse, escepto el emir cordobés contra quien iba dirigida, pero el que se apresuró al menos á aprovecharse de las ventajas que debia á sus rebeldes súbditos de Zaragoza, á los Vascos cristianos y á un gefe sajon, cuyo nombre mismo le era acaso desconocido, y marchó contra Zaragoza para obligarle á volver la obediencia. Antes que hubiese llegado al término de su viaje, al-Arabi que habia acompañado en su re-

(1) Comparense acerca de todos estos acontecimientos los anales francos en Pertz. «Monum. Germ. t. I, p. 19. 81,156–9, 296 493 con el «Akhbar madjmua», fól. 64 v., 95–96 v.



tirada á Carlomagno, y que despues había vuelto á Zaragoza, habia dejado de existir. El defensor Hosain que lo consideraba como un traidor á su religion, le hizo dar de puñaladas en la mezquita. Asediado ahora por Abderramen, Hosain se sometió. Mas tarde, levantó de nuevo el estandarte de la rebelion, pero entónces sus conciudadanos asediados de nuevo, lo entregaron á Abderramen, que despues de haberle hecho cortar los pies y manos, lo hizo matar á golpes de maza. Dueño de Zaragoza el emir, atacó á los Vascos é hizo tributario al conde de la Cerdaña. (d) Por último, Abu-'l-Awas intentó aun otra revolucion, pero en la batalla de Guadalimar le hizo traicion el general que mandaba su ála derecha y los cadáveres de cuatro mil de sus compañeros «sirvieron de pasto á los lobos y á los buitres.» (1)

Abderramen habia pues salido vencedor

(d) Ebn Belascot, cuyo hijo tomó en rehenes, dice el Akhbar Majmua, «Este Ebn Belascot, piensa D. Emilio Lafuente, debió ser el Galindo Belascotenes de que habla la «Genealogía de Meyá» (N. del T.)

(1) Véase el poema de Abu-'l-Makhchi sobre ésta batalla «apud» Ibn-al-Khatib, man. P. fól. 214 r. y v.



de todas las guerras que tuvo que sostener contra sus súbditos. Sus triunfos imponian admiracion hasta á sus mismos enemigos. Se cuenta, por ejemplo, que el califa abasida Almanzor, preguntó un día á sus cortesanos: «¿Cual es vuestra opinion el que me-«rece ser llamado el Sacre de Corech?» Creyendo que el Califa ambicionaba este título, los cortesanos contestaron sin vacilar: «Sois vos, príncipe de los creyentes, que ha-«beis vencido á poderosos príncipes, doma-«do tantas revueltas y puesto término á las «discordias civiles—No soy yo,» replicó el califa. Los cortesanos nombraron entonces á Moawia I y Abdelmelic. «Ni uno ni otro, «dijo el Califa: en cuanto á Moawia, Omar «y Othman, le habian allanado el camino, «y en cuanto á Abdelmelic, estaba apoya-«do por un partido poderoso. El Sacre de los «de Corech es Abderramen, hijo de Moawia, «que despues de haber recorrido solo los de-«siertos del Asia y del Africa tuvo la auda-«cia de aventurarse sin ejército en un pais «que le era desconocido y situado al otro «lado del mar. Sin mas apoyo que su habili-«dad y su perseverancia, ha sabido hu-«millar á sus orgullosos adversarios, matar «los rebeldes, mantener seguras sus fronte-

«ras contra los ataques de los cristianos, «fundar una gran imperio y reunir bajo «su cetro un pais que parecia ya parti- «do entre diversos gefes. Esto es lo que «nadie ha hecho antes de él.» (1) Estas mismas ideas espresaba Abderramen en sus versos con legítimo orgullo. (e) Pe-

---

(1) «Akhbar madjmua» fól. 98 r. y v. Ibn-Adharí, t. II p, 61-62,

(e) Hé aquí los versos á que se refiere el texto:

«Nadie como yo, impulsado por una noble indignacion y desnudando la espada de doble filo,

«Cruzó el desierto, surcó el mar y superando olas y estériles campos,

«Conquistó un reino, fundó un poder y un mimbar independiente para la oracion.

«Organizó un ejército que se hallaba aniquilado, y pobló ciudades que se hallaban desiertas,

«Y despues llamó á su familia toda á parage donde pudo venir como á su propia casa.

«Y vino sin embargo, acosado del hambre, ahuyentado por las armas, fugitivo de la muerte.

«Y obtuvo seguridad y hartura, y riquezas familiares.

«¿Por ventura, el derecho de este sobre aquel no es superior al de bienhechor y patrono?

Akhbar Madjmua trad. de D. E. Lafuente, p. 117 y 118, «en la Coleccion de obras arábigas de Historia y Geografía que publica la real Academia de la Historia,» t. I. (N. del T.)

ro caros habia pagado sus triunfos este tirano, pérfido, cruel, vengativo, depiadado y, si ningun jeque árabe, osaba ponérsele de frente, todos le maldecian en secreto. Ningun hombre de bien queria entrar á su servicio. Habiendo consultado á sus visires sobre la eleccion de un cadí de Córdoba, sus dos hijos Soliman é Hixem estuvieron de acuerdo (lo que sucedia rara vez) en recomendarle á Mozab, piadoso y virtuoso anciano. Abderramen lo hizo venir y le ofreció el cadiazgo. Pero persuadido Mozab que, bajo un príncipe que ponia su poder sobre las leyes, no seria sino instrumento de tiranía rehusó aceptarlo, apesar de las reiteradas instancias del emir. Irritado con esta repulsa, Abderramen que no podia sufrir la menor contradicion, se retorcía ya el bigote, lo que en él era la señal de una terrible borrasca, y los cortesanos esperaban oir de su boca una sentencia de muerte. «Pero «Dios, dice un cronista árabe, le hizo aban«donar su culpable designio.» El venerable anciano le imponia involuntario respeto y dominando su ira, ó disimulándola al menos se contentó con decirle: «Sal de aquí y «maldiga Dios á los que te han recomen-

«dado.» (1)

Poco á poco vió escapársele hasta el apoyo con que hubiera debido contar en todas ocasiones, muchos de sus clientes lo abandonaron. Algunos de ellos, como Ibn-Khalib rehusaron seguirle en la via de traiciones y crueldades en que se habia empeñado. Otros escitaron sus sospechas y Obaidallah fué de este número. Se decia que queriendo hacerse necesario al emir, que á lo que pensaba trataba de desembarazarse de él, habia favorecido la defeccion de su sobrino Wadjih que habia abrazado el partido del pretendiente fatimita. Por su parte Abderramen, cuando lo tuvo en su poder lo trató con todo rigor, haciéndole cortar la cabeza, apesar de las súplicas de Obaidallah. (2) Algun tiempo despues, Obaidallah fué acusado sin razon ó con ella, de haber tomado parte en un complot urdido por dos parientes del emir; pero Abderramen no tenía en sus manos pruebas suficientes de su complicidad, y por poco escrupuloso que fuera, vacilaba en condenar á muerte, por una simple sospecha, al anciano á quien debia el trono. Fué, pues clemente á su ma-

(1) Ibn-al-Cutia. fól. 18 r; cf Khochaní, p. 204-5.

(2) «Akhbar madjmua» fól. 95 r; Maccari t. II, p. 30.

nera. «Yo infligiré á Obaidallah un casti-«go que le sea mas doloroso que la misma «muerte;» y desde entónces le trató con una cruel indiferencia. (1)

No hubo ninguno, hasta el fiel Badr, que no cayera en desgracia. Abderramen le confiscó los bienes, le prohibió salir de su casa, y acabó por relegarlo á una ciudad fronteriza; pero conviene decir que Badr se habia apartado del respeto que debía á su señor, y le habia enojado con sus quejas injustas é insolentes. (2)

Desavenido con sus clientes mas considerados, Abderramen vió conspirar contra él hasta su propia familia. Desde que llegó á ser dueño de España, hizo venir á su córte á los Omeyas dispersos por el Asia y el África, los colmó de riquezas y honores, y solia decir á menudo: «El mayor beneficio «que he recibido de Dios despues del poder «es el de estar en estado de ofrecer un asi-«lo á mis parientes, y de hacerles bien. «Confieso que mi orgullo se muestra hala-«gado cuando ellos admiran la grandeza á «que he subido, y que no debo á nadie mas

(1) Macari t. II, p. 30.
(2) Véase Macari, t. II, p. 27 y sig.

«que á Dios.» (1) Pero estos Omeyas, movidos por la ambicion ó no pudiendo sufrir el despotismo quisquilloso del gefe de su familia, se pusieron á conspirar. La primera conspiracion fué urdida por dos príncipes de la sangre y tres nobles, que fueron delatados, presos y decapitados. (2) Años despues fué tramada otra por Moghira, sobrino de Abderramen, y por Hodhail, que tenia que vengar aun la muerte de su padre Samail, estrangulado en su prision. Fueron delatados tambien y castigados del mismo modo. Cuando hubieron cesado de vivir, un cliente Omeya, entró donde estaba Abderramen. Le encontró solo, sério y abatido, con los ojos fijos en el suelo, y como perdido en tristes reflexiones. Adivinando lo que pasaba en el alma de su señor, asáz quebrantado segunda vez en su orgullo de gefe de familia, y herido en sus mas íntimas afecciones, el cliente se aproximó con precaucion sin hablar palabra. «¡Qué parien-«tes los mios! esclamó al fin Abderramen. «Cuando procuraba asegurarme un trono, «con peligro de mi vida, pensando en ellos

(1) Maccari, t. II, p. 32,
(2) «Akhbar madjmua,» fól. 93 v.; Maccari, t. I, p, 31, 32

«tanto como en mi mismo. Habiendo logra-
«do mi proyecto les rogué que vinieran aquí
«y hé partido con ellos mi opulencia. Y
«ahora quieren arrancarme lo que Dios me
«dió! Señor Omnipotente! tú los has casti-
«gado por su ingratitud, haciéndome cono-
«cer sus infames complóts, y si les he quita-
«do la vida ha sido por preservar la mia!
«Sin embargo, ¡qué triste es mi suerte! Sos-
«pecho de todos los miembros de mi fami-
«lia, y por su parte todos ellos temen que
«yo atente á su vida! ¿Qué confianza, qué
«espansion puede ya haber entre nosotros?
«¿Qué relaciones pueden existir ya entre mí
«y mi hermano, el padre de ese desgraciado
«jóven? ¡Cómo podré yo estar tranquilo á su
«lado, yo, que he condenado á su hijo á
«muerte! He roto los lazos que nos unian!
«¿Cómo podrán mis ojos encontrar los su-
«yos?» Luego dirigiéndose á su cliente pro-
siguió: «Vete á buscar en este mismo ins-
«tante á mi hermano, escúsame con él lo
«mejor que puedas, dale las cinco mil mone-
«das de oro que vés ahí, y dile que se marche
«á la parte de Africa que quiera.»

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Walid medio muerto de miedo. Lo animó, le entregó la suma que el emir

le remitía, y le refirió las palabras que le habia oido decir. «Ay! dijo entónces Walid «dando un profundo suspiro, el crimen co«metido por otro, recae sobre mí! Este hijo «rebelde que ha ido en busca de la muerte «que merecía, me ha arrastrado en su pér«dida, á mí, que no buscaba mas que el re«poso, y que me habria contentado con un «pequeño riconcito en la tienda de mi her«mano! Pero yo obedeceré su órden; es nues«tro deber someternos á lo que Dios dispo«ne!» Vuelto cerca de su Señor el cliente, le anunció que Walid hacía ya sus preparativos para dejar á España, y le repitió las palabras que le habia escuchado. «Mi her»mano dice la verdad, esclamó el príncipe «sonriéndose con amargura, pero que no «espere engañarme con esas palabras y ocul«tarme su entero pensamiento. Le conozco, «y sé que si pudiera apagar con mi sangre «su sed de venganza, no tendria un momen«to de vacilacion.» (1)

Execrado por los jeques árabes y berberes, desavenido con sus clientes, vendido por su familia, Abderramen se encontró cada vez mas aislado. En sus primeros años de reina-

(1) Maccari, t. II. p. 32, 33.

do, cuando gozaba aun de cierta popularidad, por lo menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles de la capital y mezclarse con el pueblo, ahora desconfiado y sombrío, se habia hecho inaccesible, no salia nunca de su palacio, y cuando lo hacia era rodeado de numerosa guardia. (1) Desde la gran insurreccion de los Yemenitas y los Berberes del Oeste, vió en el aumento de tropas mercenarias el único medio de mantener á sus súbditos en obediencia. Compró, pues, sus esclavos á los nobles para alistarlos, hizo venir de Africa una infinidad de Berberes, y elevó así su ejército permanente hasta 40,000 hombres (2) ciegamente adictos á su persona, pero completamente indiferentes á los intereses del pais.

Acostumbrar á los Arabes y á los Berberes á la obediencia, obligarlos á contraer hábitos de órden y de paz, tal era la constante preocupacion de Abderramen. Para realizar este pensamiento empleó todos los medios á que recurrieron los reyes en el siglo XV, para triunfar del feudalismo. Pero era un triste estado aquel á que España se ha-

---

(1) Maccari, t. II, p. 25.
(2) Maccari «ibid.»

llaba reducida, por la fatalidad de las circunstancias, un triste papel el que tendrian que representar los sucesores de Abderramen, el camino que les habia trazado el fundador de su dinastía, era el despotismo del sable. Es verdad que un monarca no podia gobernar á los Arabes y Berberes de otro modo: si de una parte estaban la violencia y la tiranía, el desórden y la anarquía estaban de la otra. Las diferentes tribus hubieran podido formar otras tantas repúblicas unidas, acaso por un lazo federativo, contra el enemigo comun, los cristianos del norte: esta hubiera sido una forma de gobierno en armonía con sus instintos y sus recuerdos, pero ni los Arabes ni los Berberes estaban hechos para la monarquía.

NOTAS.

Nota A. P, 143.

Algunos de esos cronistas teólogos que han querido plegar la historia musulmana á su estrecho y falso criterio, pretenden que dos generales ambos de la familia de los Omeyas, Obaidallah, hijo de Ziyad y Amr hijo de Zaid, apellidado Achdac, rehusaron mandar el ejército destinado á reducir entrambas ciudades santas. Yo creo que esto es tan fabuloso como las cien monedas de oro que hubieran sido dadas á cada soldado, porque Fakihi, el más antiguo de los cronistas de esta especie, nada dice de semejante negativa, y ciertamente no hubiera dejado de hacerlo, á tener conocimiento de ella; pero aun suponiendo que no fuera una fábula la negativa de los dos generales, no seria motivada por escrúpulos religiosos, como los devotos cronistas quieren hacer creer, sino por rencor contra el Califa. Obaidallah, como observa muy bien M. Weil (t. I. pág. 330 en la nota) estaba descontento porque no creia bastante recompensados sus servicios, y porque Yezid, que le

habia prometido el gobierno del Korazan además del del Irac, no habia cumplido su promesa. Achdac tenía igualmente quejas de Yezid, que lo habia quitado el gobierno de Hidjaz. Asi contestó, segun Ibn-Khaldun: «Yo he sabido mantener este pais, yo; (mis sucesores no han sabido mantenerlo) y ahora la sangre vá á correr» es decir «puesto que se ha creido deber seguir una política opuesta á la mia, no quiero meterme en nada.»

Nota B. p. 185.

Segun Ibn-Bandrun (p. 185) y otros autores, Merwan no ganó la batalla de Rahita, sino por una perfidia. Por consejo de Obaidallah atacó á los Caisitas de improviso, durante una tregua que le concedió Dhahhac. Este relato me parece inventado en una época muy reciente por los Caisitas, ó por enemigos de los Omeyas, pues los mejores escritores como Ibn-al-Athir, Masondi, el autor del «Raihan» etc., y los poetas caisitas de la época, que si el hecho fuese verdadero, no hubieran dejado de reprochar á sus enemigos la desleatad de su conducta, no dicen nada ni de un armisticio, ni de perfidia.

Nota C. p. 283.

Isidoro no dá á esta víctima del ódio de Haitam,

mas nombre que el de «Zat» (es decir «Sad») Yo creo que este Sad era Kelbita, é hijo del poeta Djauwas; porque el Kelbita Abu-'l-Khattar que mas tarde llegó á ser gobernador de España, se glorifica en un poema, de que he traducido un fragmento (p. 000) de haber vengado la muerte de Ibn-Djauwas é ignoro qué personage podria designar con este nombre mas que al Sad de Isidoro. Lo que me induce á creer que Ibn-Djauwas en el poema de Abu-'l-Khattar es realmente el hijo, (ó acaso el nieto) del poeta, es la circunstancia de qué el nombre de Djauwas es tan raro, que Tibrizí, nombrando en su Comentario sobre el Hamasa (p. 638) á todos los que lo han llevado, no pone mas que cuatro entre los que no hay mas que un Kelbita, Djauwas el poeta.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA I p.

El autor que muestra en este libro una profunda erudicion, un delicado sentido crítico y un arte de exposicion inimitable, no parece poseer del mismo modo un elevado sentido histórico. Ni el individuo es la negacion del todo, ni la libertad el capricho, ni la igualdad la negacion de toda diferencia, (que concluiría con la individualidad y la libertad misma) ni la fraternidad el eselusivismo de tribu ni el gobierno un mal, ni el llamado «estado de la na«turaleza» el ideal de las sociedades humanas. El todo humano no se niega, sino se afirma, en sus individuos; la libertad verdadera consiste en la realizacion, en el tiempo de la naturaleza del ser, que es la ley de la vida, no en someterla irracionalmente á los intereses ó aprensiones del momento, con lo que el sujeto se hace esclavo de sus propios hechos; la igualdad no niega la distincion individual, sino que reconoce y concede á cada uno valor equivalente y condiciones proporcionadas, y aislarse de los demás, desconocer sus relaciones con el resto de los hombres, es negarse á sí propio, por un falso orgullo, que solo conduce á trocar las relaciones eternas y racionales del derecho en las ciegas y accidentales de la fuerza. Bien lo enseña el autor en la misma obra que traducimos y anotamos, haciéndonos ver con la incontrastable evidencia de los hechos, que las cualidades que elogia en este capítulo fueron parte principalísima á impedir que los Arabes hayan podido constituir un

pueblo, y fundirse con las razas que por mucho tiempo dominaron.

NOTA II p.

Publicamos con mucho gusto la siguiente, erudita curiosísima carta que debemos á la fina atencion de nuestro estimado amigo el modesto y entendido Arqueólogo Sr. D. Fernando Belmonte.

Sr. D. Federico de Castro:

Querido amigo, envio á V. la nota sobre las monedas arábigas acuñadas en España desde la invasion hasta la entrada de los Almoravides, por si en algo puede contribuir á esclarecer las noticias, fechas, ó datos historicos de la obra de Mr. Dozy. Creo conveniente abreviar todo lo posible las indicaciones, y apuntar sencillamente los hechos, sin esplicacion ni comentarios, que inútiles aquí, serian oportunos en una obra especial de numismática: pongo lo que pude estudiar, consultando una pequeña coleccion que poseo, cuanto he visto en otros monetarios, las noticias tomadas de varios AA y las colecciones de mi maestro y querido amigo D. Antonio Delgado, cuya bondad y modestia igualan á su saber justamente apreciado en Europa.

Con tan pocos recursos ha de ir necesariamente defectuosa esta nota, y soy el primero en reconocerlo: disculpa merece un discípulo poco aventajado en materia tan oscura, en la que los maestros cometieron graves errores, y de suyo tan mudable, que el descubrimiento de cualquier moneda viene á correjir ó ampliar las noticias, como tuve ocasion de ver en

media docena de dinares de los Abadies de Sevilla, que adquirí hace pocos meses. Ad vierto que las fechas consignadas en este escrito, se tomaron solo de las monedas, poniendo los años de la Egira 1.° y último de cada tipo, aunque en varios casos faltan los intermedios, y respecto á la transcripcion de los nombres árabes, acepto por ahora la mas comun.

Las mas antiguas monedas arábigo-españolas, dan poca luz á la Historia, á escepcion de alguna que otra, y necesitan ser estudiadas con detenimiento, sí han de interpretarse científicamente. Distinguiendo los metales, las primeras que conozco de «oro,» son los sueldos bilingües, acuñados en España. (Andalos) ó en Africa y de ellos poseia uno el Sr, Delgado, con inscripcion en letras latinas capitales que se leen SOLIDVS FERITVS IN SPANIA ANNO XCII·INDICTIONE XII.: otros hay con esta leyenda arábiga: «Se acuñó este dinar en Andalos año 98» y luego en caractéres latinos ponen el año XCV, quizás por falta de espacio para las tres últimas unidades. Si estas fechas han de entenderse por años de la Egira como parece probable, es manifiesta la importancia del primer ejemplar descrito. A estos siguen en antigüedad las monedas de oro de los años 102 y 104 que reseñan algunos numismáticos, y luego las acuñadas por Abderrahman III.

Las de «plata» mas antiguas son dos dirhemes de la Egira 108 el uno y 116 el otro, que cita D. Francisco Codera, batidos en Andalos, y otro de la misma seca, indicado por Mr. Longperier, con la fecha 121.

Desde estos raros ejemplares falta la série hasta los años 148 y 149, que son los mas antiguos que hé visto, y desde entónces son las monedas mas frecuentes de España. Son comunes tambien unas de «cobre» que atribuyo á esos primeros tiempos, y no dudo de su antigüedad por los caractéres paleográficos y numismáticos; pero tienen mal conservada la mejor parte de su leyenda: unas dicen «No hay mas Dios que Allah, Mahoma es un enviado.» Otros añaden: «Dios es solo, no tiene compañero;» algunas llevan una estrella, y por leyenda «Se acuñó este felus en Andalos,» y varias escriben parte de la Sura 112 del Coran, y en la orla la seca y fecha de su acuñacion, pues en una de las que poseo, puede leerse «en Andalos año 110. Confirman esta fecha otros feluses citados por Mr. Soret y varios autores de los egiras 100 108 y 110, pero Frachn coloca en la 92 con vacilacion un felus del cual podemos dudar con el mismo fundamento que del sueldo coetaneo antes apuntado. En ambos es natural el suponer ya que no cupieron en la moneda todas las cifras de su fecha, ya que estén gastadas, ó bien presumir que fueron mal leidas, é interpretadas.

La numerosa y notable séries de las acuñaciones en Andalos (Córdoba) empieza en Adderrahman I, imitando los tipos de los Califas Omeyas de Siria así en la forma como en el carácter de letra y las leyendas, diferenciándose en el lugar y fecha de la acuñacion: llevan por un lado la inscripcion que contiene el símbolo muslímico, y por orla la nota de acu-

ñacion: el reverso lo ocupa la Sura 112 y su orla la mision del Profeta; pero como no espresan el nombre del Emir, carecen de interés histórico. En las de Hixem I, suele añadirse una letra debajo de la inscripcion. Alhaquem I, puso además puntos estrellas ó monógramas.—Las de Abderrahman II, tiene ya nombres que podemos leer, como Aly, Yahya, Mohamed, Sabil.—Las de Mohamed I, dicen Maad, y Ben Fahad, y por último, Abdallah pone estos cinco: Hosein ben Hasen, Amer, Abn Bahlul, Aly, Abdallah ben Zoheir.

Abderrahman III, introdujo grandes reformas en la acuñacion, escribió por primera vez en la moneda su nombre con los títulos de Iman, Anaser, Ledin, Allah, Emir Al-mumenin; puso tambien los de los dos personages, que parecen ser el hagib ó primer ministro y el Prefecto ó encargado de la seca. Empezó á batir moneda en Córdoba con el nombre de Andalos, de 306 á 339, y desde este mismo año al de 350 en Medina Zahara. Los que en su reinado ocuparon los cargos referidos, son Amer, Ben Bahlul, Hazem. Mohamed, Yahya ben Yunis, Soheid, Cazem, Hixem, Abdallah y Ahmed.

«Alhaquen II,» se titula Iman Almostanser billah Emir Al-mumenia: acuñó de 350 al 66, y es de observar que lo hizo siempre en Zahara á escepcion de los dos años últimos, que vuelve la seca á Córdoba: ya se vé claro el título de «hagib» puesto junto al nombre que vá al lado del Iman, y es probable que sea el Prefecto el que colocó en el área opuesta. Los

hagibes son Yahya, Abderrahman, Chafar, Amer y los Prefectos Xoheid, y Amer. Las monedas que llevan el nombre de Amer en el lugar correspondiente, al hagib, no tienen el del Prefecto, aun cuando pocas son las que traen ambos.

«Hixem II,» añadiendo á los títulos de Iman y Emir el de Almuyed bi-llah, acuñó desde 356 á 370 siempre en Córdoba (Andalos), pero no he visto monedas suyas de los años 371 á 76. Él tuvo por habib desde el principio de su reinado al célebre Mohamed «Almanzor,» que solo ponia su nombre de familia, «Amer,» y que desaparece en 392, entrando el año siguiente con igual oficio Ab-el-Melik, su hijo. que lo conservó hasta 398 y del último año de Hixem hay monedas en las cuales aparece Abderrahman ó Abdalazis? Siendo mas conforme á la Historia la primera lectura, que es el nombre del nieto de Almanzor. Los prefectos de este Emir, fueron Mofarach, Mohamed, Tamiah, Abdelmelic y Xoheid. A decir verdad no concluyen las monedas de Hixem II en 399, pues continuan sin interrupcion hasta 403 en Andalos, con los prefectos Abdallah, El Becri, Soheid, ben Yusef y Ebn Abbas; pero durante esos años ardia la guerra civil.

La historia de ese periodo es muy oscura, así por la carencia de noticias, como por la dificultad de ordenar los sucesos conocidos; disputábanse el poder varios partidos que se apoderan repetidas veces de la capital, y acuñan en ella, dando muestras de su predominio; por eso en un mismo año hay monedas

cordobesas de tres imanes diferentes, «Mohamed II,» el Mehdi bi-llah les tiene de 398, 399 y 400 con los prefectos de Chahuar, Ebn Moslema y Mohamed; pero al mismo tiempo ó seanen los años 397, 400, 402, 403 y 404 acuñaba en Córdoba, y además en Zahara el 400, «Soliman Almostain bi-llah,» poniendo por waly y el ahda ó príncipe heredero á Mohamed, y con los Prefectos Xoheid, Ebn Molesma, Hacen, Abdel-melic y otros.

Herederos del califato fueron los Alíes ó «Beni-Hamud» de quienes dice Conde no haber visto moneda, pero es cierto que las acuñaron y se conservan muchas. Fué el primero «Aly ben Amud» que comenzó á batirlas en Córdoba, año de 640 con el modesto nombre de príncipe heredero, y reconociendo á Hixem II por Iman; pero en los años 407 y 408 tomó para sí este dictado con el de Anaser Ledin Allah y trasmitió el de príncipe á su hijo Yahya.

«Alcasem Almamun,» hermano y sucesor de Aly con los dictados de Imam y Emir Almumenin, las acuñó en la misma seca de 410 á 413 con el mismo príncipe heredero Yahya, su sobrino, los dos primeros años, y con el de Mohamed en los últimos. En un dinar de 411 figura el Emir Hacen.

De «Mohamed III,» el Mostacfi bi-llah, solo conozco un dirhem de Andalos, año 414 con el Prefecto Becr-«Yahya Almotaly», acuñó otro en la misma seca año 416 con el príncipe heredero Edris y un Yafarny que pudo ser prefecto y de «Hixem III Almotad bi-llah,» en cuyo tiempo desaparecieron los úl-

timos restos del Califato, hay un dinar de Zaragoza que lleva inscrito al hagib Mondzer.

A estos años pertenecen unas monedas que pueden atribuirse ya á los «Beni Chehuar» de Córdoba, ya á los «Beni-Edris» de Málaga, herederos todos en parte del poder muslímico en Andalos. Un dinar de Chehuar acuñado en Andalos 426 reconoce por Iman á Hixem II; pero en otros dirhemes de 427 presta obediencia al Iman Edris, ben Aly Almutayed y dá el puesto de príncipe heredero á Hacen, por consiguiente esta última pieza, puede atribuirse á los Cheuares y á los Edrises. En igual caso está otra de 437 que lleva el nombre de Edris II. Alaly como Iman y el de Mohamad ben Chehuar como príncipe heredero y otras de 440 al 44 que llevan los nombres del Iman Mohamed el Mehdi ben Edris, del Emir Yahya y el de otro Mohamed ben Ali que pudo ser Prefecto ó Waly.

En Andalos acuñó tambien por los años 444 y 45 el Emir Alcasem ben Mohamed Alwatsek billah, reconociendo al Iman Mohamed el Mehdi.

La guerra civil solo pudo ser útil al egoismo de los partidos: habia minado los cimientos del imperio muslímico, y tuvo por consecuencia la disolucion del ya postrado Califato: entónces los gobernadores de las provincias se hicieron independientes, estableciendo multitud de pequeñas monarquías que oscurecen más la confusa historia de aquellos tiempos: tomaron el título Emires, pues, como dice un poeta árabe, en España los pueblos divididos lla-

maban Emir Almumenin á su Arraez. Unos reconocieron nominalmente la soberanía espiritual de Iman Hixem II, y lo inscriben en las monedas muchos años despues de muerto por aquella fábula que la Historia cuenta, inventada por el interés de parcialidades poderosas: otros proclaman á un Iman Abdallah, durante un período tan largo que no puede aplicarse á la vida de un solo personage; este para mí es desconocido, y creo que tal nombre solo significa el reconocimiento de la autoridad de los Califas de Oriente. Los dirhemes que acuñaron esos Reyes de táifas, son de cobre ó vellon, casi todos, y no de plata.

Entre estas dinastías, brilló con singular esplendor, la de los «Abadíes de Sevilla,» de los cuales acuñaron dos, y de ambos tengo varios y hermosos ejemplares. El primero llamado Abu-Amru Abbad «Almotaded» acuñó desde 437 á 460, casi sin interrupcion, y siempre en Andalos, que ahora debe significar Sevilla, y sus monedas muestran el reconocimiento al Iman Hixem II. Al principio lleva el Abadí solo el título de Hagib, con el que aparece hasta el año 439 y tiene por prefecto á Mohamed; pero desde esa misma fecha se apropió el lacab de Motaded bi-llah que usó luego toda su vida. Desde 439 á 448, en lugar del antedicho prefecto, pone al hagib Ismail, el cual fué sustituido en 450 por el hagib Mohamed, á quien sucede en 456 Mohamed, hijo y heredero de Motaded, con los títulos de Adafer y Almuyer billah, y llegó hasta 460, como demuestran dos curio-

sos dinares de mi coleccion, de los años 459 y 60 Mohamed «Almotamed» Aly Allah, acuña desde 461 á 483, los primeros años en Andalos que desde 465 lleva su verdadero nombre de Sevilla, y además en Córdoba, y como de esta ciudad fué dueño, solo cierto tiempo debe notarse que las monedas de ella, llevan las fechas 461-463-464-466-469-473. Reconoció siempre al Imam Abdallah, aquel desconocido de que antes hice mencion. El primer año de su reinado solo toma el título de Adafer Almuyed bi-nasr-allah que tuvo en vida de su padre, y pone un hagib titulado Xerach daula, pero desde 462 toma el lacab de Motamed, que usó toda su vida; desde ese mismo año, ó tal vez desde 461 aparece un hagib Hixem en las acuñaciones de Sevilla, y su nombre vá precedido del título Serahdaula, mientras en las de Córdoba, del mismo tiempo es hagib un Ebn-Farjun precedido de los mismos títulos, y que desaparecen en 466. Opina el Sr. Codera, que ese título Serach daula no debe aplicarse á ninguno de estos hagibes, aun cuando vaya al lado de sus nombres, sino á un hijo de Almotamed, llamado Abu-Amru Abbad Adafer, y un Adafer Almuyad aparece en las monedas sevillanas de 467. Desde 468 al 70 fué hagid Adhel-ed-daula, otro hijo de Motamad que en las posteriores se llama Arraxid y Almamun.—Almotamed, dueño de Murcia, acuñó tambien allí de 380 al 83, poniendo al mismo Arraxid y un Ebn chafar, personage desconocido.

De los «Zeiries de Granada» hay algunas monedas

pero dan poca luz á la historia por lo mal conservadas que están sus fechas: figura en ellas Badis ben Abus con el título de «Almodafar» bi llah y un hagib Almoez, y son acuñadas en Granada y Málaga; unas reconocen al Imam Edris Alaly y otras á Abdallah.

De Almeria no hay mas monedas que las acuñadas por el tochibí Yahya, con el título de «Mohtasem billah,» son escasas y de fecha incierta: en ellas vá inscrito un hagib, de quien solo conozco el título de Moez Ed-daula.

En «Murcia» se acuñaron unos dirhemes de vellon con la fecha 452; pero sin nombres propios á quienes pueda atribuirse; y algunos años despues, vemos las de «Motamed» el sevillano antes descritas.

«Denia» presenta una série mas numerosa, aun cuando no muy completa en la sucesion de fechas. Los primeros Emires de quienes conozco monedas son Moez Eddaula y Aly Echalo-daula únicos de esa comarca que reconocen al Imam Hixem II; Aly empezó en 443 poniendo en el área opuesta á su nombre el de Abdelmelic; pero en monedas de 447 á 455, este último es sustituido por Moez Ed-daula Mohamed. Los emires sucesores no prestan acatamiento á ningun Imam, de Mondzer ibn-Hud las hay de 474 al 80, con el sencillo dictado de hagib y el de Amed ed-daula y en el área opuesta llevan el nombre de Soliman su hijo y sucesor. Este acuñó de 483 á 488, si bien faltan en algunos años, como sucede tambien con las de sus dos predecesores, y lleva los títulos de hagib «Salaco ó Sid Ed-daula» y su nombre propio, y cunia de Ebn-Mondzer.

Las monedas de «Valencia» son en mayor número y fuente mas abundante en noticias; empezó la acuñacion en 435 á 450 (faltando algunos años) el Rey Abdelazis con el titulo de «Almanzor bi-llah» y llevando al lado de su nombre el Ebn Aglab, en monedas de 446, añade el nombre de Ahmed, que puede representar el hagib ó prefecto, y en otras vá sustituido por Naser: en el área opuesta aparecen por órden cronológico Almotasem, En-nacer, Almodafer su hijo y sucesor, y en una de fecha incierta, Mohamed ben Hasud: poro en todas reconoce á Hixem II. «Almodafer Ebn Aglab acuñó en 455, 56 y 57, prestando obediencia al Imam Abdallah, y parece que tuvo de prefecto á Adafer. El toledano «Yahya Almamum Dzulmechdin se apoderó de Valencia, y acuñó en ella los años 459 y 61 con el hagib Sorach Ed-daula sin reconocer á ningun Imam, y así mismo mostró su independencia Yahya «Alcader bi-llah» de la misma familia en sus monedas valencianas de 464 y 472.

«Mallorca,» en árabe Mayorca, conforme á su origen latino, fué seca de tres Emires: el primero «Aly ben Muchaid Ecbalo Ed-daula,» con fecha incierta, reconoció al Imam Hixem. El segundo «Almortady Ebn Aglab» bajo la soberania espiritual del Imam Adallah, por los años 484 y 85, y por último, en los de 488, 90 y 94 «Mobaxer Naser Ed-daula.» Observamos en estas monedas que escriben la seca así: «Medina Mayorca.»

Las monedas de «Tortosa» son dificiles de estu-

diar, por ser casi desconocidos sus Reyes, por la dificultad de leer sus fechas y por la variedad de tipos y leyendas. En unas de 432 vemos el nombre de Moez Ed-daula Macabil? que reconoce al Imam Hixem II; al mismo acatan otras de 439 con el nombre de Seifo-l-Millah, y en el área opuesta nombran á un Moslema que en 445 y 50 se cambia por Yaaly. Las de Soliman Salaco ó Sid Ed-daula tienen confusas las fechas, habiendo una en que se espresa hasta el mes rabic II en que se acuñó; cosa rara en estas piezas; pero como digno de especial estudio, tengo nota de un dirhem de vellon de Tortosa sin fecha, batido por un titulado Califa Nabil, bajo el Imanato de Hixem.

«Zaragoza» fué la capital del reino árabe mas poderoso del N. E. de España, y del que se conservan muchas monedas; las mas antiguas son de la dinastia de los Tochibies y empiezan en 415 con un «hagib» Yahya,» que reconoce al Imam Alcasem Almamun; pero en 417 el mismo hagib presta obediencia al Imam Abdallah; el cual sigue obedecido por otro hagih titulado «Mondzer Moez Ed-daula» en los años de 420 y 428, mientras que en otras de 423 aparece el Imam Hixem. Por último, en 427 las hay del Imam Abdallah y con el hagib Yahya. La dinastia de Beni Hud empieza con las monedas de Soliman Almostain» bi-llah que lleva el título de Tacho Ed-daula y reconoce al Imam Hixem de 432 al 40. Al mismo Imam obedece su sucesor el hagib Ahmed »Emad Ed-daula, en las que acuñó desde 439 á 474,

y en el área opuesta á su nombre inscribe el de Chafar en los principios, el cual desaparece luego, y queda desde 460 solo una letra (ain) inicial de un personaje desconocido. Jusef «Almutamem,» que le sucedió de 474 al 78, sin reconocer ningun Imam, tomó el título de hagib que á los dos años cedió á su hijo Ahmed; el cual mostró la misma independencia que su padre en su reinado de 478 al 497, llevando el lacab de «Almostain bi-llah» Ahmed ben Almutamen. En una de este Rey hallamos un nombre que puede leerse Sarach ó Jabar.

En «Toledo» durante la dominacion de los Beni-Dhinun se acuñaron muchas monedas; las conocidas de esa brillante dinastia empiezan en 448 con «Yahya Almamum Dzulmechdin» sin prestar acatamiento á ningun Imam, escepto algunas de oro en que Yahya se titula hagib en las otras con Hasem Ed-daula, Seraf Ed-daula: en otras viene un Obeid Allah ó un Abed desconocidos; y concluyen estas acuñaciones en 466. De Yahya «Alcader bi-llah solo tengo una moneda de 468 en que no pone Imam; y del mismo Emir parecen ser otras de Cuenca, con las fechas 468 y 474.

Los Beni Alaftas de «Badajoz» reconocieron al Imam Abdallah «Yahya Almanzur billah que es el primero de quien conozco ejemplares, toma el título de hagib y pone en el área opuesta á su nombre el de Muafec; las hay de 456 y 57. Su sucesor Omar «Almotawuquel Aly Allah,» tuvo por hagib á Fajad Ed-daula.

De las monedas de los restantes Emires apenas tenemos noticias; en «Tarifa» parece que se acuñó un tal Almanzor á nombre de Hixem el Imam; al cual reconocen tambien en «Calatayud» un hagid Mohamed Adhed Ed-daula y en «Tudela» un Adhafer Mondzer, cuyas monedas llevan ademas el nombre de Farach. Aquí concluye este trabajo, pues las piezas acuñadas despues en España pertenecen á los Almoravides y determinadamente á Jusef ben Tachfin quien ya en 490 las tiene de la seca Medina Córdoba y en los años posteriores de las otras ciudades españolas dominadas por los árabes.

Para completar esta nota, añadiré pocas palabras sobre el sistema monetario arábigo-español, siguiendo los pasos del Sr. Vazquez Queipo, cuyos estudios le han granjeado justamente la autoridad de maestro en tan dificil arte.

El sistema monetario seguido por los árabes desde su invasion en España hasta la entrada de los Almoravides, fué el mismo que habia aceptado los Califas Omeyas de Oriente con lijeras variaciones, y debe estudiarse en las piezas de oro y plata, pues las de cobre, en todos tiempos no han sido verdaderas monedas; en las de oro la base era el «Dinar,» quizás etimológicamente deribado del «Denario» griego, y subdivididos en medios tercios y cuartos; en la plata el «dirhem nacido de la dracma griega. El peso de los dinares de los Califas Omeyas orientales dá por término medio general 4,25 gramos que corresponde á la dracma Atica ó Seleucida que usa-

ban en Siria en tiempo de los Sasanidas. El de los dirhemes sale á 2,83 gramos, ó sea una 120 parte de la libra Egipcio-romana, conservada en Arabia y en casi toda el Asia menor. En cuanto á la ley de metales era tan alta como se podia desear con relacion al estado de las ciencias entónces, el oro tenía, segun los análisis practicados más de 0,90 de fino, y la plata estaba en igual proporcion.

Fácil es comprender que este mismo sistema monetario, debió seguirse en España por los Omeyas de Córdoba, por ser hijos de aquella civilizacion, y así lo demuestran los hechos: el peso medio de los primeros dinares cordobeses es tambien en gramos 4,25, que debió ser la talla legal, pues si algunos no alcanzan á eso, estando bien conservados, debe considerarse ya como «permiso,» siempre tolerado, ya como abuso no raro entónces, de parte de la Autoridad: pero en la decadencia del Califato y durante el período de los Reyes de taifas, bajó el peso hasta el punto de poderse considerar como término medio el de granos 3,96, efecto sin duda de la anarquia de la época, de la falta de metales preciosos, y del abuso, pero no de haber cambiado de sistema, pues algunos dinares de Almotaded de Sevilla nos dan el peso de 2,24. (Uno de mi coleccion, egira 438.)

Respecto á la moneda de plata, notamos una variacion, pues si los Orientales aceptaron como tipo para el dirhem, la una 120 parte de la libra Egipcio-romana, los Omeyas de Andalos debieron tomar por modelo la una 120 parte de la libra romana que era

la conservada en uso en este pais; así parecen demostrarlo los dirhemes de nuestros primeros Califas que pesan por término medio, gramos 2,71 ó 2,708, mas esta talla sufrió grandes alteraciones en el reinado de Abderrahmen III, cuyos dirhemes varian de 2,18 á 3,97, y despues el peso y ley de la plata fueren muy variables y arbitrarios.

La ley del oro en los primitivos sueldos de la época de los Emires españoles dá por término medio 082, Abderraman primer Califa de Córdoba la sube á mas del 0,90, como los orientales; pero sus sucesores la alteraron mucho rebajándola cuantos les placía, y especialmente en las fracciones del dinar, que suelen hallarse hasta de 0,45. Los Reyes de taifas de Sevilla y Valencia no la subieron de 0,70. En la plata aceptóse al principio la buena ley de las orientales, hasta que Abderrahman III, la alteró por completo, pues algunos de sus dirhemes bajan hasta 0,30, su sucesor la elevó hasta 0,77, pero luego fué decreciendo al mismo nivel que el Califato, y los Reyes de taifas hicieron ya dirhemes de vellon y puro cobre, de modo que solo conservaron el nombre.

Es de V. afectísimo amigo, «Fernando Belmonte y Clemente.»—20 Julio 1877.

Nota III p.

No me parece fuera de propósito indicar aquí, aun cuando muy ligeramente las fuentes principales que pueden consultarse para el estudio de esta época, á cuyo fin las dividirémos en:

I. FUENTES CRISTIANAS.

«Jncerti auctoris additio ad Joannem Biclarensem.» (En Florez Esp. Sagr. t. VI pág. 445.) Apenas hace una ligera mencion de la entrada y conquista de los árabes.

«Isidori Pacensís Epíscopi Chronicon.» Escrita hácia 754. (Tambien en Florez Esp. Sagr. tomo VIII, pág. 274, impresa además y traducida varias veces): Comprende desde el año primero del reinado de Heraclio, era 649 hasta el décimo de el de Constantino era 792 y es la fuente mas copiosa y mas segura para todo este periodo, no solo de las cristianas sino de los árabes. Su autor presenció la mayor parte de los sucesos que refiere y pudo escuchar las narraciones do las Sirios sobre los primeros Califas de Oriente ántes que los teólogos los desfiguráran. ¡Lástima grande que por estar escrita en un latin tan bárbaro que hace decir á Juan Vaseo, que debe llamarse en vez de «Chronicon, portentum: adeo prodigióse scribit, et gothicé potiús quam latiné» y por haber sufrido cambios, interpolaciones y adicíones, se haga en muchos casos difícil de entender.

«Sebastiani Chronicon» Atribuida por algunos al Rey D. Alfonso III, y escrita durante el reinado de este monarca. (Tambien en Florez, tomo XIII, pág. 475, traducida é impresa varias veces.) Se propone continuar á S. Isidoro, y comienza con la elec-

cion de Wamba, y termina con la muerte de Ordoño I. Habiendo pasado un largo espacio de tiempo sin que se escribieran los sucesos de los reinos cristianos, desconociendo respecto de los árabes la crónica anterior, y no poco inclinado á lo retórico y lo maravilloso, abulta algunas veces los hechos y otros los rodea de circunstancias imposibles; es sin embargo una fuente excelente para el estudio de su tiempo.

«Choronicon Albendense ó Emilianense.» Tambien de la misma época (y tambien en Florez Esp. Sagr. tomo XIII, pág. 433, impreso y traducido alguna otra vez.) Debe su nombre al monasterio en que se encontró y ha sido llamada tambien de Dulcidio y de Vigilano. Consta de dos partes; la primera y mas importante comprende, despues de algunas noticias geográficas, cronológicas, históricas y otras notoriamente impertinentes, que acaso no tienen que ver con ella, mas que haber estado escritas en el mismo códice, desde Atanarico hasta D. Ramiro, hijo de Sancho en breve lista cronológica, y dos nombres de los reyes de Pamplona, acaso por falta de los restantes, y despues con mayor estension desde Pelayo hasta Alsonso III el Magno, cuya historia que no termina, parece haber sido su principal objeto, por la latitud con que es tratada, que contrasta notablemente con la brevedad y concision de cuanto le precede, termina con algunas reflexiones sobre la invasion árabe, un catálogo de los emires que gobernaron á España, la genealogía de Mahoma y sus

sucesores, comenzando en Abraham y el orígen de los godos, segun la doctrina de S. Isidoro: debia escribirse entre los años 881 y 883. La segunda parte es debida á Vigila, monge de Albelda, que la escribió el año 976: comprende los sucesores de Alfonso el Magno hasta Ramiro III, y concluye con una breve, aunque importante noticia de los Reyes de Navarra, desde Sancho Garcia (Abarca) hasta Sancho II, el Mayor.

«Cronicon de Sampiro.» Notario Mayor de Leon (en Florez. Esp. Sagr. tomo XIV pág. 438,) desde Alfonso III el Grande 866 hasta la muerte de Ramiro III, 872. Es autor digno de todo crédito, pero fué interpolada por Pelayo de Oviedo con noticias especialmente favorables a su iglesia y su ciudad.

«Pelagi Obetensis Epíscopi Cronicon Regum Legionensium » (En Florez Esp. Sagr. tomo XIV pág. 466.) Comprende desde Bermudo II, 832 hasta la muerte de Alfonso VI. Por lo indicado anteriormente y por algun suceso milagroso que narra con notoria falsedad, merece menos crédito que el anterior.

«Cronicon Silence.» (En Florez Esp. Sagr. tomo XVII pág. 270,) comienza con un capítulo titulado «Viticæ flagitia et Roderici;» sigue con la venida de Carlo-Magno á España, concluye con la muerte de Fernando I. Debe estar incompleto, pues que el docto caballero sevillano Pedro Mexia, nos indica haber leido en esta crónica (Pedro Obispo de Leon) noticias referentes al reinado de Alfonso VI.

«Roderici Ximeni archiepíscopi, de rebus Hispa-

nicis IX.» (En la Hisp. Ilustrat. tomo II pág. 25.) Alcanza hasta la toma de Córdoba por Fernando III, y es buena guia para los sucesos de que es fuente.

«Idem Hist. Arabum.» (En id. pág, 162.) Comprende desde el nacimiento de Mahoma hasta los Almoravides, y debió conocer y utilizar para ella, fuentes arábigas que acaso para nosotros se han perdido, como era de presumir en su grande ilustracion y puede todavia notarse, por encontrarse muchas de las tradiciones que refiere en el Akhbar Majmua, y en la Historia de Al-Andalus de Ben-Abdarí.

Al lado de estas fuentes principales pueden citarse tambien, aunque de menor importancia el «Cronicon Iriense.» (En Florez Esp. Sagr. tomo XX pág. 566), el «Lusitanum vel Gothorum Crónica.» (En Florez tomo XIV, pág. 402) que comprende desde la salida de los godos de su pais, hasta la batalla de Alarcos. El «Barcinonense I.» (En Florez Esp. Sagr. t. XXVII p, 328 y el «Barcinonense II.» (en idem idem 328, y el «Ulicinense» (en idem idem 335): siguen á esta, los llamados pequeños Cronicones, á saber: el «Burgense» (en Florez tomo XXIII pág. 305) desde el n. de Jc. hasta la batalla de las Navas, los «Annales complutenses» (en Florez t. XXIII p. 310) desde el nacimiento de Jesucristo hasta la muerte de D.ª Urraca: el «Cronicon Complutense,» desde la salida de los godos hasta la toma de Santarem (tambien en Florez, tomo XXIII pág. 415.) Los «Compotelanos», sacados del tumbo negro (en idem, idem 317.) Comprenden desde el nacimiento de Jesucristo hasta la toma de Sevilla por

S. Fernando. El «Conimbricense» (en idem, idem 325) escrito hasta 1326, en latin, y en portugués hasta 1404, y los Cronicones Castellanos, á saber: los «Anales Toledanos I,» (en Florez, tomo XXIII, pág. 381:) los «II» (en idem, pág. 401) y los «III» (en id. íd. 410.)

Sirven tambien para ilustrar esta época las Crónicas Extrangeras que tratan de asuntos de España, entre las que pueden citarse la «Crónica S. Victoris Masiliensis,» que en lo que se refiere á los sucesos de nuestra pátria se encuentra en Florez, tomo XXVII pág. 337; los «Anales Vertenianos,» que en lo que se refieren á la misma se encuentran tambien en Florez, tomo X, pág. 570, la «Historia de las cosas de España», de Orderico Vitalis, (en idem, idem 580,) la «Crónica de Eghinard» y además las obras de Eulogio (en Schot, Hisp. Ilustr., t. IV.), Alvaro, «Vita Eulogii», en la Esp. Sagr. t. X, «Epistolæ é Indiculus luminosus,» en id. t. XI. Samson «Apologétieus» en id. t. XI «Vita Beatœ Virginis Argentæ» en id. t. X, «Vita Jouan. Gorziensis,» en Pertz, «Monumenta Germaniœ» t, IV de los Escrit, y algunos otros.

II. FUENTES ARÁBIGAS.

Abdu-R-Ramen ben-Abd-el-Aquem, natural de Egipto, que murió en 257 de la Egira (870, 871) escribió una historia de su pais y otra de la conquista de Africa y España. La parte de Africa ha sido publicada por Slane, y se encuentra en el «Journ, asiat,» de 1844, y como apéndice á su traduccion de la Historia de Berberiscos de Ibn-Jaldun; la Historia de la Conquista de España, con traduccion inglesa

y notas críticas por J. H. Jones. Gotinga 1858. Contiene 28 págs. esta parte, y es escasa de noticias, habiendo algunos años en que no refiere los sucesos de España, ocupándose entre tanto de los del Africa.

Historia de la conquista de España de Ibn Al-Cutya, (Manusc. de Paris número 706: su autor cordobés descendiente de godos, murió en 367 (977), y su historia llena de pormenores interesantes, comienza en la conquista, y termina en Abderramen III.

Ibn Adhari. Historia de Africa y España, (al-Bayano 'l mogrib) de mediados del siglo IV de la Egira. Sigue á Arib-ben Zad, secretario de Al-Haquem II, y escribió con el título de Compendio de la Historia de At-Tabarí, una Crónica en que amplía las noticias de este autor, en lo relativo á Africa y España: contiene la mas estensa y elogiada relacion de los hechos que comprende, y ha sido publicada por Dozy en Leiden 1848-1851. en dos tomos: el segundo es la Historia de España. De esta tenemos una preciosa traduccion del docto Catedrático D. Francisco Fernandez y Gonzalez, impresa en Granada.

Ibn-Jaldun. Historia de España: manuscrito de que hay diversos ejemplares en las bibliotecas de Europa. Cuenta muy ligeramente la Conquista y la série de gobernadores, porque la obra comprende una Historia General de los arabes. La autobiografía del autor fué publicada por Slane en el Journal asiat. 1844.

An-Nowairi, famoso autor egipcio del siglo XV, compuso gran número de obras. Slane, en su apéndice al tomo primero de su traduccion de la Historia de los Berberiscos de Ibn-Jaldum, ha publicado la relacion que escribió de la conquista de Africa, en la cual se habla tambien de la de España, y al tratar de los gobernadores de aquella, se mencionan tambien por incidencia algunos de los de esta.

Al-Makkarí Analectes sur l' Histoire et la Literature des Arabes d' Espagne, publicada por Do-

zy, Dugat, Krehly Wrigh (Leiden 1855-1860.) Conserva preciosos fragmentos de Ibn-Hayyan Ar-Rasi y otros autores hoy perdidos: ha sido traducida en la parte histórica á la lengua inglesa, por el docto ex-catedrático de la universidad Central D. Pascual Gayangos, con el título de «Histor. of. the. Mahomet dinast.»

Akhbar-Majmua, Coleccion de tradiciones relativas á la conquista de España. Relacion de los emires que hubo en ella hasta la entrada de Abderramen ben-Moawia: de como triunfó y reinó en ella, así como sus hijos y de las guerras que hubo entre unos y otros con tal motivo. Es interesantísima, y tenemos de ella una preciosa traduccion, hecha por D. Emilio Lafuente, que ha publicado la Academia de la Historia.

En estas traducciones, sus anotadores algunas veces han publicado fragmentos inéditos de autores perdidos.

Sirven tambien para este este estudio:

Ibn-Baxcual, Diccionario Biográfico, manus. del Escorial; núm. 1692 de Casiri, m. 578 (1182 á 1183).

Ibn-Alabbar, Diccionario Biográfico de los poetas notables de España, titulado Hollat-ez-Zillara, publicadas por Dozy Leiden 1847-1851. Exactísimo.

Cronica castellana del moro Rassis. No es la historia que hemos citado de este autor, aunque pudo ser tomada en parte de tradiciones arábigas, se supone traducida del árabe, por Mahmad y Gil Perez de órden de D. Dionis rey de Portugal, está llena de fábulas absurdas: únicamente son aprovechábles algunos de sus datos geográficos. Publicada en las Memorias de la Acad. de la Hist. t. VIII.

Abalamia (Abdalla-ben-Imen) Historia de Al-Andalos, traducida por el Dr. D. Pedro Guerrea: impresa en Sevilla año de 1642: un tomo en octavo. Aunque la hemos encontrado citada con este titulo,

y todos estos pormenores, no la hemos podido encontrar, y es tanto mas de sentir su pérdida cuanto que nos inspira gran confianza el nombre de su traductor. La apuntamos, sin embargo, por si alguno fuere mas afortunado.

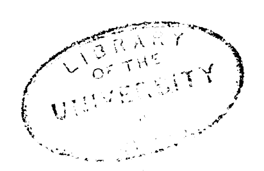
Cartas de Faustino de Barbon (Muscat) á Masdeu. sobre su Historia Crítica de España. Contiene muchos textos de autores arábigos. Nosotros hemos examinado un ejemplar perteneciente á D. Pascual Gayangos, en el que este docto, arabista señala los textos que le parecen falsificados ó sospechosos que son los mas.

Historia de la Dominacion de los Arabes en España, sacado de varios manuscritos y memorias arábigas, por el Dr. D. José Antonio Conde. Se conservan en la Biblioteca del Monasterio del Escorial los cuadernos manuscritos en que apuntaba los pasajes de los historiadores arábigos de que se sirvió para su obra. Comprobados la mayor parte de estos con sus originales, resultan exactísimos, por lo que creemos completamente injustificada la nota de falsificador con que se le moteja. De este punto nos ocuparemos con mas estension en lugar oportuno.

Estas son las fuentes, meramente históricas desde la conquista, que estimamos principales. Como no las tenemos presentes todas, quizás hayamos podido cometer algun error, pero estamos seguros deque no ha de ser sustancial, al citarlas. Todas ellas han sido examinadas y estudiadas por nosotros

Aunque saliéndonos un poco de nuestro objeto, no vacilamos en recomendar, para el conocimiento del estado interior de los reinos cristianos á Muñoz, «Estado de las personas en los reinos de Asturias y Leon» y las colecciones de Fueros y cartas-pueblas del mismo y de la Academia de la Historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



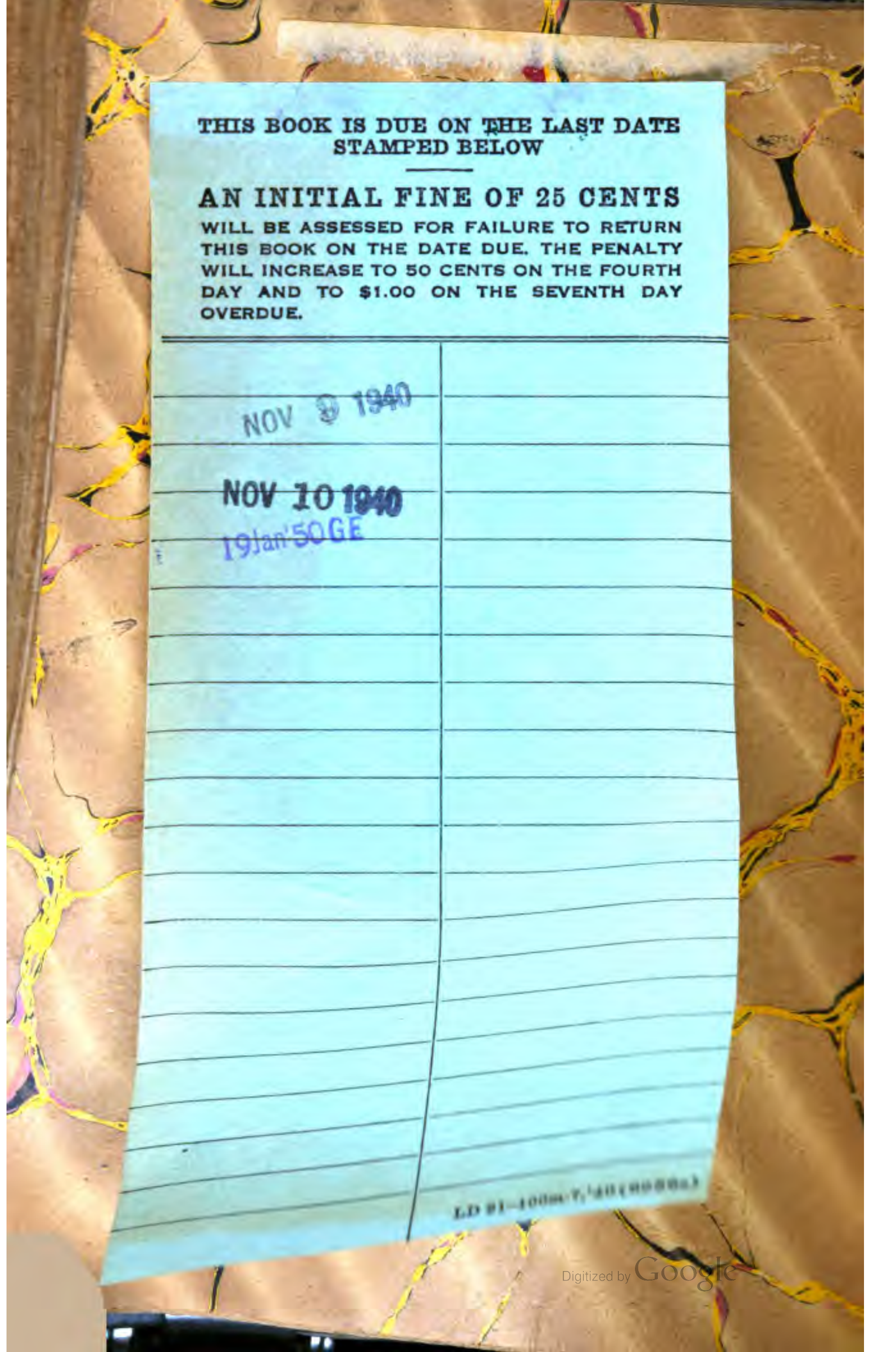
en-
nto
tra-
uno

lou.
nu-
mos
ual
los
que

Es-
rá-
er-
los
jes
su
sus
nos
dor
nos

es-
o-
los
ros
las

no
el
s-
p
el





YB 29966
Dozy
128416
D.P101
D6
v.1
Digitized by Google

